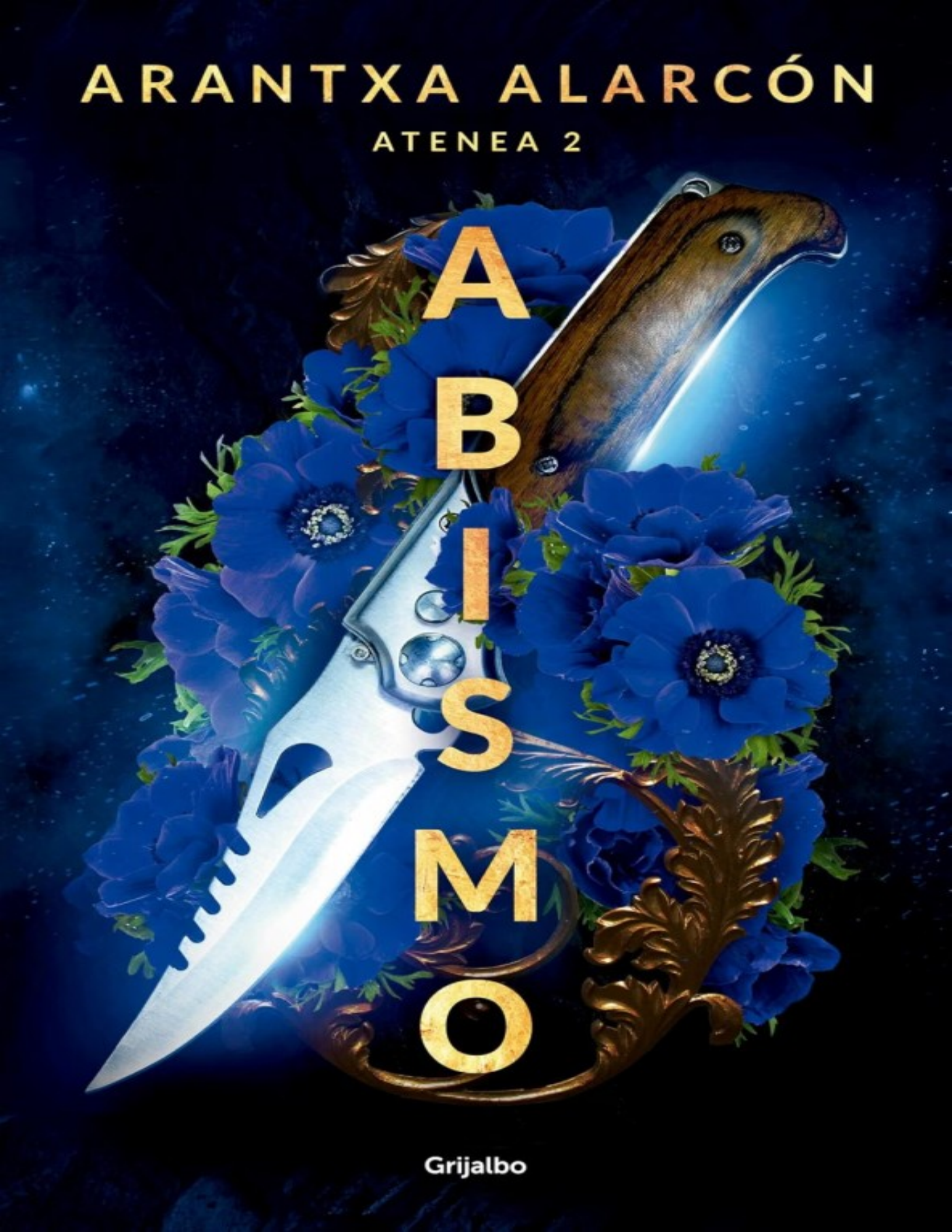
ARANTXA ALARCÓN

ATENEA 2




Grijalbo

ARANTXA ALARCÓN

# Abismo

(Serie Atenea 2)

Grijalbo

*A todos los lectores cero del mundo. Os debemos mucho.*
*Por aguantarnos, por escucharnos,*
*por responder mensajes a deshoras.*
*Por la ilusión, la paciencia y la honestidad.*
*Por sostener historias cuando aún tiemblan.*
*Y por creer en ellas antes que nadie.*
*Y en especial a ti, Bego, por ser refugio y empujarme a crecer,*
*a seguir y a soñar más alto*

# Nota de la autora

Todos los personajes y sus acciones son producto de la imaginación de la escritora, es decir, que han salido de esta loca cabecita. Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.

Esta novela contiene algunas escenas violentas que podrían dañar la sensibilidad de ciertas personas. Si lo que te apetece leer es una historia apacible que traiga sosiego y tranquilidad a tu corazón, puede que este libro no sea el que buscas. Sin embargo, si anhelas adentrarte en una trama en la que se mezcla el suspense, el erotismo y la venganza, estás de enhorabuena, porque vas a pasártelo en grande.

¡Bienvenida, mi ávida lectora!

# 1

## ALEX

El olor del guiso inunda la estancia cuando abro el horno apenas unos centímetros para comprobar si ya está listo. Huele a la mezcla de tomillo, laurel y eneldo que he añadido a la salsa con la que he bañado el solomillo. La boca se me hace agua pensando en el primer bocado, y sonrío antes de sacar la bandeja y servirme un plato generoso.

La mesa está dispuesta con riguroso orden militar, con los cubiertos perfectamente alineados, como soldados a la espera de una orden de ataque, sobre un mantel de lino blanco impoluto; el bajo plato de yute está situado justo en el centro, como si de un campo de batalla se tratase, y la servilleta descansa doblada de forma exquisita. Para completar la disposición, sitúo la copa de vino tinto a la derecha de la del agua, creando una línea vertical ascendente. Se trata de un Vega Sicilia Único que he tenido el placer de encontrar en la bodega del dueño de la casa. Sin duda, esta ha sido la sorpresa de la noche.

Me siento de cara a la puerta, coloco con cuidado la servilleta sobre mi regazo y me llevo el tenedor a la boca. Una explosión de

sabores me inunda el paladar al momento y el tiempo parece detenerse.

«Joder, creo que esta vez estoy casi a la altura de las enseñanzas de la abuela Amparo. Si esa vieja loca probara este guiso, tendría que tragarse algunas de sus pullas».

La imagino de pie a mi lado, con esa mirada inquisitiva que me hace sentir como un niño pequeño bajo su supervisión, y niego con la cabeza.

«Ni de coña reconocería que no cocino tan mal como le gusta decir».

Me llevo otro trozo a la boca y cierro los ojos, disfrutando del silencio.

Justo en ese instante, oigo el ruido de la cerradura de la puerta de entrada.

«Me cago en todo, ¿es que ese desgraciado no podía haber tardado un poco más en llegar?».

Respiro hondo para tranquilizarme y aguzar mis sentidos. No quiero que esto acabe antes siquiera de haber empezado.

Sigo mentalmente cada uno de sus movimientos: deja las llaves y el móvil en la consola de la entrada, camina hacia su habitación y se quita los zapatos y, por último, lo escucho acercarse con pasos lentos y pesados hacia la cocina, como si estuviese deseando que el día llegase a su fin. Su cuerpo se envara cuando percibe una presencia no esperada en su hogar y los ojos se le agrandan al comprender lo que está viendo: a un desconocido sentado tranquilamente en su mesa mientras disfruta de una cena copiosa.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta, todavía más confundido que alerta.

Lo observo sin responder, dándole tiempo a reflexionar y a hacer la pregunta correcta. Pero no la hace, rara vez suelen hacerla. En lugar de eso, gira la cabeza de un lado a otro, buscando una salida o tal vez tratando de averiguar si he venido solo o me respaldan más hombres. Para su desgracia, no encuentra respuesta ni a lo uno ni a lo otro.

—Buenas noches, Carter. Quién soy no es relevante en este momento. Por favor, siéntate. —Antes de que su mano se haya siquiera acercado a la cintura del pantalón, la mía ya está apuntándole. Le dedico una de mis mejores sonrisas—. Predecible, Carter, demasiado predecible —le reprendo—. Ahora, saca el arma que llevas en la espalda y déjala, despacio, sobre la mesa. Después, siéntate. Odio que se me enfríe la comida.

Duda un par de segundos antes de hacer lo que le pido. Una vez que lo tengo frente a mí, guardo su arma en mi cintura y lo miro a los ojos con curiosidad.

—Si vienes a por pasta, te advierto que no encontrarás mucho. Solo soy un currante de clase media, te habrás dado cuenta de eso —se anticipa.

—Antes de que sigas tratándome como si fuera tonto —le advierto —, vas a hacer una cosa por mí. Te quedarás callado hasta que yo te formule la siguiente pregunta. ¿Podrás hacerlo?

—¡Y una mierda! —estalla golpeando con el puño en la mesa—. No eres más que un puto pirado que se ha colado en mi casa y cree que puede darme órdenes mientras…

Con un movimiento rápido que no ve venir, el cuchillo de carne que sostengo en la mano derecha sale volando y se le clava en el

hombro hasta el mango. Sonrío con satisfacción al comprobar que está tan afilado como me gusta.

Su grito rompe la quietud de la noche y eso me molesta. De verdad me apetecía una cena tranquila antes de la acción y el muy imbécil lo ha tenido que estropear todo.

—Deja de lloriquear y mantente callado mientras termino de cenar, o lo próximo que probará tu carne será una de las balas que no me apetece malgastar todavía.

El sudor le cae por la frente, su mandíbula se tensa y su expresión se transforma en un rictus de odio. Al menos guarda silencio, y eso es lo único que importa.

Me levanto, saco otro cuchillo del primer cajón y vuelvo a sentarme con calma, dispuesto a terminar mi cena. Mastico despacio, degustando cada bocado a la vez que saboreo su agonía. La noche por fin está yendo como debe.

Cuando acabo, tarareo una vieja melodía mientras recojo el plato, los cubiertos, la servilleta y la copa ya vacía con una deliberada lentitud que no hace más que incrementar su nerviosismo. Reconozco que estoy disfrutando de la situación. Liam dice que soy como un niño que juega con la comida antes de lanzarse a probarla, pero yo creo que esto es todavía más divertido.

Tras recogerlo todo, me apoyo en la encimera de la cocina, cruzo las piernas a la altura de los tobillos y vuelvo a mirarlo a los ojos. Lo que veo en ellos me gusta: una mezcla de desconcierto, miedo y odio.

—Bueno, ahora que has tenido unos minutos para pensar en nosotros y en nuestra situación actual, ¿a qué crees que se debe mi visita? —Su mirada se desvía por un instante hacia mi arma, la cual

sigue sobre la mesa, a medio camino entre los dos. Sonrío antes de seguir hablando—: Yo que tú no lo intentaría. ¿Por qué no facilitas las cosas y respondes?

—No tengo ni puta idea de quién eres, pero seguro que me lo vas a decir.

—Vaya —musito haciendo un mohín—, pensé que eras un poquito más listo, la verdad. También esperaba que fueses más educado. Menuda decepción.

—Tal vez si dejas que me saque el cuchillo del hombro y me cure la herida podamos hablar tranquilamente. Tengo buenos contactos en la ciudad, podría conseguirte cualquier cosa que necesites. —Toma mi silencio como afirmación y sigue hablando—: Drogas, armas, chicas. Solo has de pedírmelo y será tuyo. Dime, ¿qué busca un hombre con poder como tú?

—¿Qué tipo de chicas?

—La que quieras —se apresura a responder—. Puedes describirme cómo te gustan o elegir a la carta. Obviamente, la segunda opción requiere de más tiempo y bastante dinero, pero puedo conseguirte a cualquiera. ¿Es eso lo que buscas? ¿Una chica en especial? —pregunta, tanteándome, mientras una sonrisa pastosa se dibuja en su cara.

—Tiene el pelo rosa, usa gafas de pasta y su nombre es Alba. Creo que ya la conoces. ¿Cuánto?

—¡No me jodas! A esa ya me la encargaron. Si no fuera tan escurridiza la muy hija de puta, hace días que la habría atrapado y vendido.

—¿Quién te pagó para que la consiguieras?

—Vamos, tío, sabes que no puedo decírtelo. Si no mantengo la confidencialidad de mis clientes, el negocio se irá a la mierda, sin contar con que alguien podría cabrearse y tomar represalias contra mí. —Mi mirada se endurece y él respira con dificultad—. Venga, hombre, elige a otra. Puedo traerte a una parecida si te gusta ese rollito *nerd*.

Lanzo uno de los tres cuchillos que he dejado perfectamente alineados sobre el banco de la cocina y observo cómo se clava en su brazo izquierdo, justo por encima del codo. El alarido que suelta es ensordecedor, espero que no haya despertado a ningún vecino. Se levanta de la silla y me mira con odio durante una fracción de segundo antes de encorvarse por el dolor. La sangre mana de sus heridas y veo en sus ojos que está cerca de quebrarse.

«Puto cobarde».

En cualquier otra situación aguantaría un poco más, estiraría su agonía hasta que no pudiera soportarlo, pero hoy estoy impaciente por conocer la información que tiene para mí. Sé que no consiguió atrapar a Alba, pero necesito saber qué lo llevó a intentarlo.

—¿Has terminado de decir gilipolleces o quieres seguir ejerciendo de diana?

—Estás… como una puta regadera —musita.

—Nunca me han diagnosticado, pero tengo la certeza de que no hay una patología que defina con exactitud lo que sucede dentro de mi cabeza. Ahora, volvamos a nuestra conversación. Puedes responder a la pregunta o puedes seguir cantando mientras agujereo tu cuerpo. ¿Qué eliges?

Se desploma de rodillas sobre las baldosas del suelo, sin ocultar el dolor que siente, y parece que, por fin, entiende la situación.

—Me ofrecieron una suma bastante importante por secuestrar a esa chica y prometieron doblarla cuando la entregase. Tenía que atraparla, retenerla durante tres días y asustarla para que llegara mansa a manos de quien había pagado por ella. Me… me dieron carta blanca para hacer lo que quisiera, siempre que no la dejara inútil, no la drogara y no… no tocara sus manos. Las instrucciones fueron claras: querían recibir un corderito.

—Nombre del que te contrató.

—Yo… no lo sé… Él… —balbucea.

—Me quedan dos cuchillos —le advierto—. Nombre y todo lo que sepas sobre él.

En un intento desesperado por su parte, se abalanza sobre la mesa donde tengo la pistola, pero antes de que pueda alcanzarla, lanzo el siguiente cuchillo, que atraviesa la mano que mantenía estirada para lograr su objetivo. Vuelve a gritar y lo miro con reprobación.

«¿Es que este tío no va a aprender nunca?».

—Vamos, Carter. Creía que serías más listo. Sabes que la has cagado por meterte con la chica equivocada y ahora tienes que pagar las consecuencias. Es uno de los riesgos de ese negocio de mierda que te has montado. —Se sujeta la mano herida con fuerza y la observa con los ojos desorbitados mientras yo doy un paso al frente para imponer mi presencia. Ya me he cansado de jugar hoy—. Hasta ahora, te he dejado decidir cómo iba esto y solo has tomado decisiones de mierda. ¿Quieres que me vaya? Bien, responde a la pregunta.

—Contactó conmigo por teléfono. No reveló su nombre ni me preguntó si podría hacer el trabajo. Solo me dijo lo que me pagaría y

me envió un mensaje con varias fotografías y un par de direcciones donde podría encontrarla. Yo… la busqué, y la seguí durante unos días. Fue… fue difícil, no tiene una rutina definida, pero cuando vi una oportunidad, me lancé. No esperaba que supiese defenderse. Es la primera vez que una se me escapa.

—Si no hubieses fallado, ¿cuándo tenías que entregarla?

—Tres días después de atraparla. Las órdenes eran avisarle cuando la tuviese y esperar tres días hasta que me enviase nuevas instrucciones para el intercambio: el dinero por la chica.

Me acerco en dos zancadas, me agacho y lo agarro del cuello con una sola mano, presionando con la fuerza justa para no matarlo, pero asegurándome de que dude de si voy a hacerlo.

—¿Sabes que estás hablando de una mujer y no de un paquete, imbécil? —Guarda silencio, todo su cuerpo lucha por un mismo objetivo: conseguir el oxígeno del que le estoy privando. Aflojo un poco el agarre, no quiero que se muera antes de tiempo. Saco la navaja del bolsillo trasero de mis pantalones y le ofrezco mi mejor sonrisa—. Verás, últimamente no he practicado mucho. Las musas me han abandonado durante un tiempo, pero tú me estás inspirando. Veamos si puedo hacer un buen trabajo.

Cojo la servilleta que cuelga de la mesa y se la meto en la boca para amortiguar los berridos que saldrán de su garganta, le ato las manos a la espalda, abro mi navaja, la misma que conservo desde que mi padre me la regaló con seis años, y comienzo a dibujar en su frente. La tiene amplia y, aunque frunce el ceño con fuerza, consigo escribir una «A» grande y bien definida. La sangre mana de ella en hilos rojos que le manchan la piel y fluyen hasta los ojos. Cojo el

extremo de la servilleta que cuelga de su boca para limpiar los trazos y observo mi trabajo, valorándolo.

—Ha quedado bastante bien. Es una pena que no puedas verlo. —Aflojo un poco la mano y hace el amago de toser, tratando de recuperar el aliento. Lo miro directo a los ojos. Ha perdido mucha sangre y ya no lucha con la misma fuerza que antes. Lástima—. Te contaré cómo irán las cosas a partir de ahora. Eres escoria para esta ciudad, cazas a mujeres inocentes, las torturas y después las vendes como si fueran puro ganado. Y yo amo a las mujeres. Entenderás que no puedo permitir que alguien como tú campe a sus anchas por Londres, así que esto es lo que haremos: me quedaré tu teléfono y me aseguraré de que la chica nunca llegue a manos del sádico que te ha contratado.

Cojo la pistola de la mesa y la coloco en su frente, justo en medio de sus ojos para que pueda verla además de sentirla.

—No… no lo hagas. Puedo ayudarte, lo juro.

—Vamos, no supliques, Carter. Los dos sabemos que no necesito tu ayuda. Eres un hijo de puta sin escrúpulos y nadie te echará de menos.

—Si me haces daño, te arrep… —Meto una bala en su cabeza antes de que pueda continuar la frase, y su cuerpo se desploma como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Patético.

Observo la escena. Si Liam estuviese aquí, me echaría la bronca por no haber realizado un trabajo limpio, pero que me jodan si no he disfrutado de cada segundo de sufrimiento de este hijo de puta. Sin embargo, no es suficiente. Pienso en sus palabras, en su plan, en lo que hubiese hecho con Alba si ella no llega a darse cuenta de que este malnacido la estaba siguiendo. Las imágenes que llevo toda la

vida tratando de olvidar comienzan a pasar por mi cabeza sin que pueda hacer nada para evitarlo.

*Yo con seis años, sin ninguna prenda que cubra mi cuerpo, encadenado a la pata del sillón de mi padre. Tengo frío, pero no me atrevo a decirlo. Soy incapaz de emitir sonido alguno por miedo a las consecuencias. El hombre que siempre lo acompaña está de pie, con su espalda pegada a la pared, la mirada clavada al frente y esa expresión que lo hace parecer un ser sin vida. Intento llamar su atención, pero no me ve. Nunca lo hace.*

La rabia arde en mi estómago. Cojo el borde de la mesa con las dos manos y la vuelco, estampándola contra la pared. La madera cruje, pero no siento alivio alguno.

*El monstruo me ha visto tiritar y me ha sonreído de esa forma que tanto miedo da. El ardor es insoportable cuando aplasta la punta de su puro contra la piel de mi hombro, dos veces.*

El grito de mi yo adulto nace de lo más profundo de mi garganta. Barro todo lo que hay sobre el banco de la cocina; arranco las puertas de los muebles; saco los cajones y los estrello contra el suelo. Nada es suficiente. Nada consigue apartar los recuerdos que me están quemando por dentro.

*La patada en mi estómago cuando intento alejarme me roba el aire y toso a la vez que prometo portarme bien. Le pido que pare, pero veo en sus ojos que aún no ha terminado.*

Lanzo, rompo y destruyo todo lo que encuentro a mi paso. En este momento, no reconozco lo que tengo delante, una nube de odio lo ensombrece todo. Estoy en aquel sótano, pero ya no soy ese niño indefenso. Reviento las cadenas que rodean mis muñecas, saco mi puñal y lo clavo una y otra vez en el estómago del hijo de puta que

consiguió quebrarme día tras día, año tras año. La hoja le atraviesa la carne sin descanso mientras grito, pero no parece ser suficiente para la bestia que habita en mí, nada lo es.

Necesito que siga sufriendo.

Necesito apagar su voz en mi cabeza.

Cuando vuelvo en mí, tengo las manos y la ropa cubiertas de la sangre del tipo que intentó secuestrar a Alba. Su cuerpo está irreconocible y mi sed de violencia no se ha apagado.

Nunca lo hace.

# 2

## ALBA

Hoy Vega no parece ella misma, está irritable y, aunque no ha perdido el aire de seguridad que siempre la acompaña, la noto nerviosa. Creo que se siente responsable de mi casi secuestro, como si ser la líder del equipo le otorgara el poder de la omnipresencia.

Lo cierto es que ninguno de nosotros lo vimos venir. No soy una cara visible en Atenea, más bien al contrario. Soy la que se queda atrás mientras el equipo avanza, guiándolos y abriéndoles el camino en la distancia, protegida por mis pantallas. Por ese motivo, no esperaba un ataque y sigo sin entender cómo llegaron hasta mí. Puede que no sea tan buena con los cuchillos como Vega ni me haya convertido en una fanática de las armas de fuego como Mark, pero sé cubrirme las espaldas y nunca dejo que quede ningún rastro a mi paso.

Algo falló en mi sistema de seguridad, ese en el que llevo años trabajando y que creía perfecto, y lo peor de todo es que aún no he descubierto cómo accedieron a mi entorno. Si no llega a ser por el respaldo, esos hombres habrían logrado su propósito y puede que ahora ni siquiera pudiese contarlo. He cambiado de apartamento, incluso de zona. Chiswick es un barrio tranquilo en comparación con

Southwark. Aquí apenas llegan turistas, pero al menos he localizado un par de cafeterías desde las que podría trabajar.

Como cada mañana cuando no estamos en medio de una misión, entramos en nuestra sala de reuniones de Atenea y nos sentamos alrededor de la mesa, dejando la cabecera libre para la jefa. Hay cinco salas iguales y luego está la nuestra, la única con acceso reservado para la élite y que el resto de los miembros de la organización no ha visto nunca por dentro. Somos una especie de reyes por aquí, el equipo que nunca falla y al que todos respetan.

—No me voy a andar con paños calientes —exclama Vega sin siquiera sentarse—, la cosa se pone cada vez peor. Esos hijos de puta avanzan más rápido de lo que habíamos imaginado y en las últimas semanas han conseguido abrir siete nuevos clubs en Europa.

—¿Cómo coño lo han hecho sin que nos enteremos? ¡Estaban acabados! —interviene Sebas, expresando la misma frustración que sentimos todos.

—Todavía no lo sabemos y esto me jode tanto como a vosotros. Creíamos haber desmantelado por completo la organización en Europa, pero esos cabrones están resurgiendo de las cenizas. No es solo que avancen con rapidez, sino que, de alguna manera, se están blindando. La pregunta es ¿cómo lo hacen?

—Mediante contactos, no hay otra manera —afirma Lucas con seguridad, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Hay una idea que me ronda la cabeza. ¿Y si estábamos equivocados? Pensamos que había alguien dentro de la célula reuniendo hombres e intentando hacerse con el puesto que quedó vacío tras la muerte de Feng, y hemos basado nuestra estrategia en esa creencia. Pero, pensadlo bien, es muy difícil que alguien nuevo o con un rango bajo

se haya hecho con el liderazgo en menos de un año. Parece que no hubiese habido lucha de poder, como si todos hubieran aceptado de buena gana el cambio de líder sin rechistar.

—¿En qué piensas? —lo anima a continuar Vega cuando se queda callado.

—Creo que Feng tenía un socio que se mantenía en la sombra.

—No veo a ese capullo compartiendo la silla del jefe con nadie —apunta Mark, que había permanecido en silencio hasta ahora.

—¿Y si el que movía los hilos era precisamente el que aguardaba en la sombra?

—¿Estás diciendo que Feng era solo la marioneta de alguien peor? —pregunta Sebas interesado.

—Solo estoy barajando las posibilidades.

—Lucas tiene razón —afirma Vega mientras se pone en pie y se acerca al tablón en el que solemos colgar las pistas y que nos ayuda a seguir los distintos hilos de la investigación—. Se han reagrupado demasiado rápido para haber perdido tanto a Feng como a su mano derecha, Tao. Esperábamos una lucha de poder entre sus hombres de mayor rango, pero es como si ya supiesen a quién debían obedecer. Tiene sentido que hubiese alguien detrás de ellos a quien no vimos, alguien al que todos sus hombres respetan. Necesitamos confirmar esta teoría cuanto antes y, sobre todo, hemos de ser más hábiles y más rápidos. No sabemos contra quién luchamos, pero no podemos permitirnos que todo por lo que llevamos años peleando se venga abajo. —Coloca en el panel una fotografía con una silueta en negro y la señala con el dedo—. Quiero saber a quién nos estamos enfrentando, así que nuestra misión desde ya es encontrar cualquier pista que nos lleve hasta su identidad. ¿Lo tenemos claro?

—Clarísimo —responde Lucas por todos.

—No olvidéis que buscamos a alguien con contactos importantes, alguien capaz de blindar toda la puta organización y cuyos tentáculos llegan hasta Europa.

Asentimos y Vega da por terminada la reunión. Cuando todos salen, vuelve a sentarse y me pide que me quede un minuto más. La miro a los ojos y percibo el cansancio que se resiste a mostrar.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Es gracioso que seas tú quien me lo pregunte. No soy yo la que ayer estuvo a punto de ser secuestrada en plena calle. ¿Cómo te sientes?

—Sabía a lo que me apuntaba cuando acepté el puesto. Puede que entonces no estuviese preparada, pero ahora lo estoy.

—Lo sé, aunque eso no responde a mi pregunta.

Respiro hondo antes de hablar y comprendo que debo sincerarme. Ella siempre ha confiado en mí más que los demás.

—Me encuentro bien, solo enfadada conmigo misma por no haberlo visto venir. Estaré mejor cuando descubra cómo dieron conmigo y quién lo hizo.

—Estoy segura de que lo harás. ¿Qué te parecería venir a vivir con nosotros hasta que la cosa se calme?

—Ni hablar. Liam y tú ya tenéis bastante con lo vuestro y Mara apenas se está adaptando a tener una familia. Esa pobre chica necesita todo tu apoyo ahora mismo.

No puedo ni imaginar lo que ha sido para ella nacer y crecer entre las paredes de un burdel, y menos con un padre como Feng Bao, líder de una red de trata de mujeres, y una madre que murió obligada a prostituirse bajo su dominio. No estoy segura de que todo

el cariño del mundo sea suficiente para hacerle olvidar sus primeros quince años de vida.

—Me sentiría mejor sabiendo que estás a salvo en la mansión.

—Vega, sé cuidarme sola, los chicos y tú os encargasteis de entrenarme hasta aseguraros de ello y, además, me encontraría perdida con tanta gente a mi alrededor. Estoy acostumbrada a tener como única compañía el sonido de las teclas de mi ordenador. Creo que me volvería loca con tanto hombre armado paseándose de un lado a otro. Te agradezco el ofrecimiento, pero, a no ser que esto sea una orden, prefiero quedarme en mi casa.

—Sabes que no lo es —bufa con una mueca de fastidio.

—Gracias. —Sonrío—. Por todo.

No puedo evitar sentirme culpable por lo que ha pasado. Soy la encargada de la seguridad del equipo y he dejado que me localizaran. Me duele haberles fallado y, en especial, haberle fallado a ella.

Es hora de ponerle remedio.

Me siento en mi despacho, ese en el que, gracias a Vega, tengo acceso a casi cualquier recurso que necesite, y me prometo que no voy a descansar hasta que entienda cómo han conseguido vulnerar mi sistema y quién ha sido el artífice de ello. Voy a tener que ser creativa a la hora de colocar las trampas. Ha de ser algo diferente, algo que haga caer a una persona como la que ha conseguido vencer mis muros de protección. Voy a demostrarle que no puede jugar conmigo y protegeré a mi equipo cueste lo que cueste.

Un puñado de horas después, ya sé lo que tengo que hacer y he encontrado el cebo perfecto. Si han venido una vez a por mí, lo harán de nuevo, solo que cuando lo hagan los estaré esperando.

# 3

## ALEX

Liam no me ha pedido que vigile a Alba, nadie lo ha hecho y, sin embargo, aquí estoy, sentado en mi coche frente a su nuevo apartamento. Entiendo por qué ha elegido este barrio, parece todo lo opuesto a la zona en la que vivía anteriormente, está alejado del centro y resulta tan tranquilo que después de una hora de vigilancia ya lo he aborrecido. Lo que todavía no entiendo es lo que me ha impulsado a estar aquí.

Cuando me enteré de su intento de secuestro, casi me volví loco y sentí la necesidad de masacrar a la persona que había tenido los huevos de ir a por ella, un mero matón a sueldo. Ahora que esa parte ya está solucionada, necesito más, necesito saber quién orquestó el ataque y hacerle pagar con sangre, pero, sobre todo, necesito evitar que le hagan daño. No tiene sentido, apenas la conozco, pero esa chica con cara aniñada, pelo rosa y gafas de pasta despierta en mí un instinto de protección que no siento por ninguna otra persona. Sí, defiendo a la Hermandad con uñas y dientes y recibiría una bala por Liam sin dudarlo, pero la ferocidad con la que quiero apartar a Alba de todo mal es algo nuevo y… raro.

Recuerdo el día en que la vi por primera vez. Liam ya había desarrollado cierta atracción por Vega, aunque él todavía no lo reconociera, y me encargó un informe completo sobre ella. Cuando nuestro investigador de confianza me pasó sus fotos tomando un café con una amiga, la acompañante me pareció una chica del montón, más allá de su llamativo color de pelo. Le pedí que la investigara por una cuestión de protocolo y porque en nuestro mundo no todo es lo que parece. Lo que descubrió sobre ella corroboró mi primera impresión: Alba tenía un contrato de administrativa con una empresa de compraventa de vehículos, no cumplía un horario fijo y era habitual que trabajara en remoto desde casa o desde algún coworking. De hecho, apenas contaba con un par de amigos y no tenía ningún hobby aparte de salir a correr y comprar docenas de libros al mes.

Todo en ella me parecía demasiado anodino, pero, aun así, un día decidí seguirla hasta un centro comercial. La observé desde una distancia prudencial mientras compraba velas y otras chorradas, preguntándome por qué me causaba tanta fascinación aquella chica que no aparentaba tener nada que ofrecerme. Me senté en un banco cercano cuando ella paró en una terraza a descansar y continué observándola tras reanudar sus compras, esta vez en una librería. Después de quince minutos esperando, entré para observar qué hacía. No la vi a simple vista y comencé a buscarla en cada pasillo de la enorme tienda. La encontré en el último, apoyada en una estantería, enfrascada en la lectura de un libro que mostraba a una mujer pelirroja en la portada. Apenas alcancé a leer el título, *Matrioska*, cuando escuché su voz:

—Me gustaría saber si esta persecución va a durar mucho tiempo —dijo sin despegar la mirada del libro que sostenía—. Más que nada, porque mi apartamento es pequeño y no creo que quepamos los dos en él. Además, he llegado al momento más interesante del libro y me estás distrayendo.

Miré a ambos lados para ver si había alguien más con nosotros, pero estábamos solos en el pasillo. Después, volví la mirada hacia ella, que seguía leyendo en la misma postura, sin inmutarse lo más mínimo, hasta el punto de que me pregunté si sus palabras no habrían sido fruto de mi imaginación. Por primera vez en mi vida, una mujer me había dejado mudo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que esa descarada con aspecto de mosquita muerta me estaba vacilando y, antes de que lo viera venir, le había arrancado el libro de las manos y la tenía acorralada contra aquella estantería. El gritito que dio apenas se escuchó, pero sí que pude notar como el aire abandonaba sus pulmones y su corazón comenzaba a latir con fuerza. Empujé un poco más hacia ella, apresando su cuerpo con el mío y me gustó demasiado que mantuviese el mentón alzado y no intentase soltarse.

—¿Qué pasa, no encuentras una réplica para esto?

—Quítate de encima, imbécil.

—¿O qué? ¿Me lanzarás uno de estos libros? Me has confundido por un segundo, pero al final va a resultar que eres justamente lo que pareces.

Puso una sonrisa fingida.

—Voy a hacer como que te sigo el juego, ¿a qué te refieres? —Sus ojos, que no entiendo cómo podían haberme pasado desapercibidos hasta ese momento, eran de un raro color gris, casi plateado. Un

tono que me atrajo sin remedio y me dejó embelesado por un segundo, el tiempo que ella tardó en agachar la cabeza, como si quisiera desaparecer de la escena. Eso me cabreó. No quería que se escondiera de mí, sino que se defendiera como había hecho al principio.

Cuando empecé a ser consciente de lo que estaba haciendo, la solté como si su cuerpo estuviera envuelto en lava.

—A que no eres más que un lindo ratón de biblioteca.

—Pues este ratón hace rato que se ha dado cuenta de que lo seguías. Me preguntaba cuándo te aburrirías y te irías a acosar a otra. ¿Eres una especie de enfermo pervertido?

—Ten cuidado con lo que dices —gruñí, volviéndome a acercar a ella.

—No me das miedo.

Valoré mis opciones, nada me apetecía más que quedarme y poner a esa mocosa en su sitio, pero sabía que hacerlo podría traerme problemas, así que me marché de aquel lugar lo más rápido que pude y no me permití mirar atrás ni una sola vez. Mi error fue pensar que podría olvidarme de ella al girar la primera esquina, como solía suceder con la mayoría de las mujeres que aparecían en mi vida.

Me fui de allí con una sensación distinta. Haberla tenido tan cerca despertó algo en mí que no era capaz de explicar.

«No me gusta la chica, ¿cómo iba a hacerlo con ese aspecto de *nerd* que se gasta?».

Esa misma noche visité a Sophie, una de las criadas de la mansión con la que me veía de vez en cuando. Con ella siempre ha sido fácil,

como con el resto de las mujeres con las que me acuesto. Ellas tienen claro lo que quiero y yo sé lo que les gusta. Fin del asunto.

Lo que no esperaba esa maldita noche era que la imagen de Alba apareciera en mi mente justo en el peor momento, cuando estaba terminando sobre el cuerpo de Sophie.

Me fui de su habitación enfurecido y con la intención de hacer lo necesario para olvidarme de aquella mujer que se me había metido entre ceja y ceja sin pedir permiso.

Su recuerdo me acompañó cada noche durante semanas. Que se diese cuenta de que la estaba siguiendo aquel día delataba que yo no había estado haciendo mi trabajo como Dios mandaba. Esa mujer tenía la capacidad de distraerme, y la forma en la que se había enfrentado a mí, sin ningún miedo ni respeto, había despertado mi curiosidad. Sin embargo, sabía que no era buena idea acercarme a ella, una persona corriente jamás podría soportar a alguien como yo.

Me había propuesto olvidarla cuando volvió a aparecer delante de mis narices. Vega había sido secuestrada y mi primo andaba como loco intentando recuperarla. Estábamos casi seguros de que era Feng quien la tenía, pero no conseguíamos ninguna pista lo suficientemente sólida que nos llevase hasta ella. Liam estaba dispuesto a todo con tal de recuperarla y fue entonces cuando descubrimos que uno de nuestros hombres nos había traicionado. Mi primo me asignó cazarlo y disfruté como un niño de la tarea. Lo tenía en el sótano, atado y amordazado, listo para que Liam fuera a hacerle una visita, cuando entré en su despacho para darle la noticia. La sorpresa me la llevé yo al encontrar a Alba sentada tras su mesa. Mis ojos se clavaron en su figura mientras ella tecleaba en

el ordenador a la velocidad de la luz, ignorándome, con la mirada pegada a las pantallas que tenía delante.

Desde ese día, ya nada ha sido igual. Ahora que mi primo y Vega están juntos oficialmente, es inevitable encontrarme con los miembros de Atenea aquí y allá y, desde el intento de secuestro de Alba, he desarrollado cierta tendencia a acecharla. ¿Estoy obsesionado? Podría decirse que sí. ¿El motivo? Ni puñetera idea. Lo que tengo claro es que saber que puede estar en peligro no ayuda con mi puto problema.

Dejo de darle vueltas a la cabeza en el momento en que veo una sombra cruzar la azotea del edificio en el que vive. Ha sido solo un segundo, pero estoy seguro de lo que he visto. Un instante después, una segunda sombra salta el muro que separa las terrazas entre edificios y se une a la primera.

«Mierda».

Saco mi arma de la sobaquera y compruebo que está cargada antes de salir del coche y dirigirme hacia el portal corriendo. No pienso esperar a comprobar qué coño pretenden hacer esas sombras misteriosas.

Rompo el cristal de la puerta con el codo y accedo sin problemas al bloque de pisos. Alba vive en el sexto, el último del edificio, así que es probable que traten de descolgarse por la fachada y acceder por una ventana. Es lo que yo haría.

No me lo pienso y comienzo a subir los escalones de tres en tres. Al pasar por la segunda planta, unos hombres salen al rellano y empiezan a gritar algo, pero no me paro a escucharlo, ni siquiera me giro para comprobar si me siguen, poco me importa en este momento.

Cuando llego al sexto, identifico cuál es el apartamento de Alba por los ruidos que se escuchan al otro lado de la puerta, sonidos característicos de una pelea. La abro a golpes y lo que veo al entrar en su casa me deja paralizado. Alba lucha contra dos hombres a la vez. Tiene el pelo revuelto y, quitando una herida en el labio, parece estar ilesa. Observo cómo bloquea cada uno de los golpes que le lanzan. Los tíos que la rodean se están empezando a cansar y veo la frustración dibujada en sus rostros. Apuesto a que no esperaban que una mujer tan pequeña fuera capaz de defenderse de esa manera, ni siquiera yo podía imaginarlo pese a saber a qué se dedica.

Me quedo embelesado contemplando cada uno de sus movimientos mientras una fina capa de sudor va cubriendo su piel. La visión es hipnótica.

Su mirada se desvía hacia mí cuando se percata de mi presencia y el descuido la hace ganarse un puñetazo en el estómago que la dobla por la mitad. Un tercer hombre sale por la puerta de lo que parece ser un dormitorio mientras guarda un portátil en una mochila que se cuelga del hombro. Después, mira en dirección a sus compañeros y saca una táser del bolsillo de sus pantalones. No le doy tiempo a acercarse a su objetivo, todavía no ha avanzado ni un paso cuando recibe una bala en el pecho. La segunda sombra obtiene un regalo similar, pero la tercera… Esa se arrepentirá de haber golpeado a mi ratoncito. Alba aprovecha la confusión y le da una patada en los huevos al tío, regalándome los segundos que necesito para llegar hasta él y comenzar a asestarle puñetazos. Golpeo su cara una y otra vez. Escucho el crujido de un hueso, pero eso no me detiene.

—¿Quién coño te envía? —pregunto mientras la sangre comienza a manchar su cara y una niebla espesa nubla mi vista y mi pensamiento.

Sé que sigo dando puñetazos, pero, de repente, ya no me encuentro en casa de Alba. Ahora estoy en el sótano de la mansión de mi padre, suplicando que los golpes dejen de llegar y defendiéndome como nunca me atreví a hacerlo. La ira mueve mi cuerpo y no puedo parar hasta que la voz de Alba llega a mi cerebro y conecta algún tipo de alarma. Su grito suena lejano, amortiguado, pero sé que ella está ahí fuera, en algún lugar. Cierro los ojos, y, al abrirlos de nuevo, recuerdo dónde estoy, aunque soy incapaz de levantar la cabeza o soltar al despojo humano que permanece bajo mi cuerpo. Dudo de si la escena es real cuando él consigue esbozar lo que parece una sonrisa extraña.

—Mi jefe siempre obtiene lo que quiere. —Su voz es apenas un susurro, pero entiendo perfectamente lo que ha dicho. Entonces desvía la mirada hacia Alba, y en ese momento me vuelvo loco.

Mi último golpe lo deja inconsciente.

Siento los ojos de ella clavados en mi espalda y no quiero girarme. No quiero darme la vuelta y descubrir el miedo en su mirada o, mucho peor, el asco. Soy un monstruo, mis Hermanos lo saben, Liam lo sabe y cualquiera que se mueva en el submundo de Londres ha escuchado algún rumor sobre mí, pero ella… Ella no tendría que haberlo descubierto nunca.

Me levanto despacio, tratando de alargar el momento de enfrentarme a Alba, de darle tiempo para que salga corriendo para encerrarse en el baño, pero el silencio prolonga la escena, convirtiéndola en un acto interminable.

Cuando al fin me doy la vuelta, no es horror lo que gritan sus ojos grises, tampoco asco ni repulsa, es una emoción distinta, una especie de rabia mezclada con pena. Espero que diga algo, que me grite, que me insulte, pero su silencio es mucho peor, quema.

El sonido de sirenas me saca del trance.

—¡A la puerta! —ordeno con urgencia.

—Pero…

—Pero nada. No cojas nada, no pienses, solo dirígete a la maldita puerta —exijo, sonando mucho más cabrón de lo que pretendía.

Seguramente los tíos que me han gritado en la escalera han llamado a la policía y, por lo que escucho, esta no debe de andar muy lejos.

Me acerco a la ventana, miro a través de la cortina y descubro que ya es demasiado tarde para salir por el portal como si la cosa no fuese con nosotros.

—¡No pienso ir contigo a ninguna parte! ¿Qué leches haces en mi edificio, en mi puto piso? ¿Me estás siguiendo? ¿Acaso me vigilas?

—No hay tiempo para un ataque de ira. ¡Nos vamos!

Me gusta que saque ese carácter que parece tener tan escondido; de hecho, me gusta demasiado…, pero, como he dicho, no es el momento.

Camino hacia ella y se aparta antes de que pueda sujetarla del brazo.

—¡Y una mierda! ¡Tú eres el que se larga!

—Alba, la policía está abajo y no tardarán en subir. ¿Qué vas a decirles cuando vean dos muertos y medio en el suelo de tu cocina? —Saca el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y ya sé lo que

pretende hacer, llamar a Vega—. Te he dicho que no hay tiempo, joder.

La escucho gritar cuando la cojo de la cintura, de modo que sus pies no tocan el suelo. Es bajita, así que sus intentos de darme un cabezazo son más graciosos que otra cosa.

No cojo nada. Abro la puerta de su piso con la mano libre, me asomo por el hueco de las escaleras y compruebo que hay dos agentes uniformados a los que les faltan solo dos pisos para alcanzarnos. Cuando escuchan gritar a Alba, comienzan a correr.

—Imbécil, suéltame ahora mismo o te juro que te cortaré a cachitos.

Le tapo la boca con una mano mientras se me escapa una sonrisa.

«Joder, a quien le diga que esta situación de mierda me hace gracia…».

Subo con ella a cuestas hasta la azotea y tenemos la suerte de que la puerta está abierta. Desde allí, no me cuesta nada saltar el muro que da al edificio de al lado y después al siguiente. Llamo a Liam, sé que esto me va a traer problemas, pero no me queda otra.

—¿Qué coño quieres a estas horas? —Por su respuesta, intuyo que he interrumpido algo con Vega. Fantástico.

—Necesito un coche que venga a buscarnos a Alba y a mí a su casa. También que llames al superintendente Evans. Hay dos muertos y un testigo en el apartamento de la chica.

Lo escucho resoplar, sé que quiere gritarme, pero no lo hace, probablemente por no alterar a su mujer.

—Busca un callejón y no apagues el teléfono. Envío a alguien. —Silencio—. Y, Alex…

—¿Sí?

—Venid aquí directos.

No hay opción a réplica, lo sé, como también sé que he hecho lo que debía. Puede que mis formas no le gusten, pero Alba no lo habría conseguido si yo no hubiese llegado a tiempo. Joder, ni siquiera puedo pensar en lo que eso significaría sin que la rabia encienda cada célula de mi cuerpo. Si ella no hubiese estado presente, ninguno de esos tres cabrones habría salido con vida de esa casa.

Después de mi conversación con Liam, ella parece haberse calmado un poco, así que cuando entramos en un edificio que me parece seguro, la suelto y comienza a bajar las escaleras por su propio pie, eso sí, dejando un par de pasos entre nosotros, asegurándose de que nuestros cuerpos no se toquen, ni siquiera por casualidad. Me odia, estoy seguro de eso, pero, aun así, no siento ni una pizca de arrepentimiento por lo que he hecho esta noche.

# 4

## ALEX

—Ni se te ocurra interferir en mi conversación con Vega o exagerar de algún modo lo que ha pasado —me advierte Alba cuando estamos llegando a la puerta de la mansión.

Se ha mantenido en silencio durante todo el trayecto y ya empezaba a echar de menos sus refunfuños.

—¿Exagerar? —Me giro desde mi asiento, el del copiloto, hacia atrás, donde ella va sentada sola—. ¿Te das cuenta de que he tenido que matar a dos tíos esta noche para salvarte el culo?

—Yo no te he pedido que lo hicieras.

—¡Increíble! Está bien, me quedaré callado mientras hablas con ella, pero espero que no estés pensando en mentirle, porque he visto cómo maneja sus cuchillos y te garantizo que no tengo ganas de enfrentarme a su furia.

—No he dicho que vaya a mentirle, solo que te metas en tus cosas y me dejes en paz.

—Cojonudo, la próxima vez me aseguraré de no intervenir cuando estén a punto de matarte. De hecho, sacaré unas palomitas y me sentaré a ver el espectáculo.

No me he dado cuenta de que el coche se ha detenido hasta que la veo resoplar y salir sin esperarnos ni a mí ni al compañero que nos ha traído y que ahora se aguanta las ganas de reír. La sigo, porque solo faltaría que Liam la vea y piense que la he dejado venir sola.

En cuanto subimos los siete escalones que llevan a la puerta de entrada, esta se abre y aparece Vega con la preocupación marcada en el rostro. Detrás está mi primo, quien observa primero a Alba con ojo analítico y después clava su mirada en mí, con una intención totalmente distinta.

«Mierda, me espera un buen sermón».

Vega abraza a Alba por los hombros y le dice algo bajito para que solo ella pueda escucharlo. Después, se encaminan al despacho de Liam. Mi primo y yo las seguimos en silencio y, al observar cómo interactúan entre ellas, me doy cuenta de que existe una complicidad que no había notado hasta ahora, una que va más allá de lo laboral. Alba es una chica callada, observadora, incluso diría que algo introvertida. No parece sentirse cómoda delante de gente que no conoce y suele preferir pasar desapercibida a ser el centro de atención. Solo la he visto exaltarse con una persona: conmigo. Cuando está delante de mí su actitud cambia, se pone a la defensiva y no puede evitar atacarme. Tengo claro que no me soporta, pero a mí me divierte demasiado pincharla.

Una vez en el despacho, tomamos asiento y dejo que sea ella quien cuente su versión de los hechos. Estoy seguro de que más tarde tendré que dar muchas explicaciones a mi primo, así que ¿por qué no dejar al ratoncito salirse con la suya por una vez?

—No lo entiendo, dijiste que la brecha estaba reparada. ¿Cómo han conseguido llegar hasta ti otra vez? —pregunta Vega cuando Alba termina de hablar—. Hay algo que no me encaja.

Alba me mira de reojo. Sé que ha sido un gesto inconsciente, pero no ha podido corregirlo a tiempo y estoy convencido de que Vega se ha dado cuenta.

—Yo los atraje —confiesa con apenas un hilo de voz.

—¿Que tú qué? ¿Para qué coño hiciste eso? ¿Cómo?

—Puse trampas. Solo pretendía saber quién había conseguido burlar la barrera de seguridad que creé para Atenea y, de paso, probar la Ané… —Suspira y parece que cambia de opinión respecto a lo que iba a decir. Apenas levanta la mirada del suelo y no sé por qué, pero esa actitud derrotista en ella me molesta demasiado—. Lo siento. No volverá a pasar.

—Sabes que con eso no basta. Formar parte de Atenea implica compromiso completo. Si estás dentro, trabajas con y para el equipo. —La que habla ya no es Vega, sino Sombra, una versión más letal y mucho menos amable de la misma persona—. Piensa bien lo que quieres y házmelo saber, porque no volveré a dejar pasar algo como lo de hoy.

El silencio se extiende mientras la temperatura de la habitación parece haber bajado un par de grados.

Alba asiente y la noto incómoda, como si prefiriera estar en cualquier lugar antes que en este. Cuando intervengo en la conversación, no sé muy bien por qué lo hago, tal vez sea por impulso o por el incómodo hormigueo que me provoca ver lo mal que lo está pasando.

—Poco se habla aquí del héroe de la noche. ¿Vais a darme una insignia de Atenea por haber salvado a uno de los vuestros? Supongo que estamos de acuerdo en que merezco algún tipo de reconocimiento. ¿Qué os parece un día entero entrenando en vuestras instalaciones megasecretas? ¿Lleváis un traje especial o algo así?

Sé que mi primo está a punto de explotar, casi puedo ver las columnas de humo salir de su cabeza, pero su chica se le adelanta.

—Y tú, ¿qué coño hacías allí? ¿Cómo supiste que estaba en peligro?

—Es mi trabajo estar informado —respondo encogiéndome de hombros como si la cosa no fuese conmigo.

—No sobre mi equipo. —Sus palabras llevan una amenaza velada. Sabe que no estoy diciendo toda la verdad y no se conformará hasta obtenerla.

—Ok. Estaba siguiendo una pista. Interrogué al tío que intentó secuestrarla el otro día y, aunque saqué de él entre poco y nada, algo me decía que no tardarían en volver a aparecer, así que fui a comprobar que todo estuviera en orden con tu chica. Fue entonces cuando vi a varios tíos en el tejado. Por cierto, dato importante: los tres eran asiáticos.

—¿Y por qué leches sabías tú dónde vivo yo? —interviene Alba—. Casi nadie lo sabe. ¡Me acabo de mudar!

—Oye, pero ¿tú por qué eres tan calladita con todo el mundo menos conmigo? —respondo para picarla.

Ella pone los ojos en blanco y observo cómo la piel de su rostro comienza a tornarse de un tono rojizo intenso.

«¿No es adorable?».

—Basta. —El tono de Liam es cortante y nos pilla desprevenidos —. Es tarde y todos tenemos mucho en lo que pensar. Hablaremos mañana por la mañana, ¿te parece? —La pregunta va dirigida a su chica. Ella asiente y, antes de que pueda darme cuenta, las dos mujeres han salido de la habitación, dejándome a solas con el lobo.

Liam se levanta, camina sin prisa hacia la ventana que queda a la derecha de su escritorio y se mantiene de espaldas a mí, con la mirada dirigida hacia el exterior, como si estuviese observando algo más interesante que la negrura de la noche y las sombras que se alargan bajo las luces tenues del jardín.

—Evans no estaba contento cuando lo llamé. —Su tono de voz es calmado, pero noto el deje de ira en él—. El que dejaste vivo sufre un traumatismo craneoencefálico y han tenido que meterlo en la UCI del St. Mary's.

—Fue un error no matarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Acaso prefieres que pida perdón? —respondo molesto.

—¡Prefiero que te centres de una vez y dejes de hacer gilipolleces! —Se da la vuelta y, por la forma en la que me mira, sé que he cruzado una línea—. Dos putos muertos y un tío con la cara destrozada en un piso de Chiswick. En uno de los barrios más jodidamente tranquilos de Londres. ¿De verdad, Alex? ¿No había una forma más llamativa de salvar a la chica?

—No es que tuviera muchas opciones. Cuando llegué al piso ya la estaban atacando. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que les pidiera por favor que la dejaran en paz?

—¡No me tomes por imbécil! —me corta—. Se pueden hacer las cosas sin montar un puto espectáculo. Lo que hiciste con la cara de

ese tío… Evans ha tenido la amabilidad de enviarme una foto, ¿quieres verla?

—Paso —respondo acomodándome en la silla, como si la cosa no fuese conmigo.

Liam se frota la cara con las manos y se acerca. Está tratando de rebajar la intensidad de la conversación y, aunque le agradezco el esfuerzo, no sé a dónde quiere ir a parar. Ya me ha echado la bronca, fin de la función.

—¿Ves a lo que me refiero? Ese es el problema. Mira a tu alrededor. Las cosas nos van bastante bien. Lo de Amapola está saliendo incluso mejor de lo que esperábamos y el dinero entra sin prácticamente mover un solo dedo. Con Feng fuera del mapa y teniendo a nuestros mayores socios cogidos por las pelotas, podemos permitirnos bajar un poco el ritmo, y sin embargo… —me remuevo en mi asiento, notando como si, de repente, la ropa me picara—, estás más descontrolado de lo que te he visto en los últimos años.

—Los dos sabemos que ninguno de esos hombres era importante, así que te agradecería que me dijeras de qué va en realidad este rollo.

—No es solo esto. Lo que pasó hace tres semanas con los albaneses nos ha traído problemas.

—¿Ahora me sales con eso? —pregunto sorprendido.

—¡No puedes ir por ahí dándoles palizas a los hombres de nuestros colaboradores!

—Liam, sabes tan bien como yo que los putos albaneses están intentando ganar territorio, se están colando en nuestras calles para vender su mierda y ni siquiera te han pedido permiso.

—Y eso es algo que tendré que solucionar con Krasniqi. Pero ¿eres consciente de en qué posición me has dejado para negociar después de tus jueguecitos? ¡En solo una noche te cargaste a dos de sus subjefes después de marcarles la cara!

—Quería que Krasniqi recibiera un mensaje: «No se juega con la Hermandad». ¿Desde cuándo te importa que haga las cosas a mi manera?

—¡Desde que se te está yendo de las manos! —grita, pero acto seguido rectifica y coge aire para calmarse—. Alex, no puedo dejar que vuelvas al lugar en el que te encontré hace doce años.

Todo mi cuerpo se tensa y me levanto como si el ataque hubiese sido físico y no verbal. No puede saberlo, no tiene forma de saber que las regresiones han vuelto.

—Te estás equivocando, Liam.

—Sé lo del tal Carter.

—¿Cómo coño…?

—Te recuerdo que soy el líder de la Hermandad que gobierna Londres. Yo soy el jefe de esta ciudad y, como tal, nada escapa a mis oídos, ¿lo has olvidado? —Me reta con la mirada. Supongo que espera que me defienda, pero no tengo nada que añadir porque nunca le mentiría, no a él—. Quiero que te tomes un tiempo.

«Pero ¿qué cojones?».

—¿Me vas a dar vacaciones como si fuera el cajero de un puto supermercado?

—No, voy a pedirte que te alejes unos días, un par de semanas. No sé, lo que necesites para calmarte y volver a ser el que has sido desde que enterramos a los hijos de puta de nuestros padres.

—¿Tengo opción de negarme?

Su postura sigue siendo firme, pero noto cierta preocupación en su mirada y es lo último que querría ver.

—No me hagas obligarte, joder. Hago esto por ti.

En el fondo, sé que sus razones son válidas, pero lo son para él, no para mí. No quiero marcharme, no quiero alejarme de la única forma de vida que conozco y, además, no creo que sirva para una mierda. Las regresiones han vuelto, sí, pero no se quedarán en la pista de aterrizaje observándome mientras yo cojo un avión rumbo a unas jodidas vacaciones. No, ellas tendrán la deferencia de acompañarme allá donde vaya.

Quiero mandar a la mierda a Liam, sin embargo, digo lo único que puedo decir en este momento, nuestro mantra, el de la Hermandad:

—Tu orden, mi ejecución.

Suspira cansado, como si no fuera esta la reacción que esperaba por mi parte. Lo siento, pero es lo que hay.

—Hablaremos mañana con tranquilidad. Buenas noches, Alex —concluye sin darme opción a añadir nada más.

Salgo del despacho enfadado y mi cabeza me pide desquitarme con alguien. Quizá un par de peleas en Masters sean suficientes para calmar la bola de rabia que está creciendo en mi interior.

Masters podría ser un club de lucha como otro cualquiera, si no fuese porque es mío. Llevaba frecuentándolo un par de años cuando el dueño acudió a mí pidiendo ayuda. Su hijo se había metido en problemas y necesitaba vender el negocio para pagar una deuda. Él sigue estando a cargo de todo y yo me paso cuando quiere revisar algo conmigo o si necesito liberar al animal que hay dentro de mí. Pero no, hoy no quiero pelear. No voy a salir de la mansión después de lo que ha pasado con Alba.

De camino a mi habitación me encuentro con Sophie, todavía vestida con el uniforme de trabajo, ese que le queda demasiado ajustado para su voluptuoso cuerpo. No hace falta que diga nada, solo sonríe, me guiña un ojo y se marcha contoneando las caderas, lo que consigue que la siga para pasar un buen rato allá donde se le ocurra. Nunca le he preguntado por qué, pero le gusta hacerlo en lugares en los que pueda ser descubierta. Supongo que le pone el riesgo durante el sexo, porque estoy seguro de que, si mi primo o Vega la descubren alguna vez, acabará de patitas en la calle. De todas formas, tampoco es que me importe demasiado.

# 5

## ALBA

No sé qué hora es, pero llevo tiempo dando vueltas en la cama esperando a que salga el sol y no hay manera. No tengo un reloj con el que orientarme —el imbécil de Alex no me dejó ni coger el bolso antes de sacarme de mi propia casa a rastras— y en esta habitación no hay un solo aparato que me dé una pista sobre las horas que llevo aquí metida.

Sé que sueno desagradecida, pero quiero estar en mi casa, en mi cama y con mis cosas a mano. Necesito el portátil y el móvil para seguir con la investigación, pero con el cabreo que llevaba Vega cuando hemos hablado hace un rato, no me he atrevido ni siquiera a sugerírselo. Estoy segura de que intentaron entrar en mi sistema, y por eso me localizaron. Si es así y mi nueva app estrella, Anémona Azul, ha funcionado, podré descargar toda la información de esos idiotas en unos minutos.

Los hombres que entraron en mi piso anoche eran de origen chino, lo cual solo puede significar una cosa… y no es buena.

«Si al menos el imbécil me hubiese dejado coger el móvil…».

Pienso en él, en Alex. En cómo ha cambiado durante todos estos años. Ha pasado de ser un niño delgaducho, taciturno y enfadado

con el mundo a un hombre que haría temblar a un pelotón entero con solo una palabra. Siempre fue alto, pero su cuerpo se ha transformado con los años. Nunca imaginé que llegaría a ser así. Su espalda es ahora enorme y, con todos esos tatuajes y músculos, parece justo lo que es: un mafioso, como su padre, como el hombre que más he odiado en la vida.

Todavía recuerdo la cantidad de veces que Alex juró que jamás se convertiría en él… y, sin embargo, eso es justo lo que parece haber ocurrido. Aun así, hay algo distinto en sus ojos, algo que no reconozco y que tampoco había visto antes en otra persona. Es como un vacío interminable, como un agujero infinito en el que temo perderme si me asomo demasiado.

Cuando lo descubrí en aquella librería, buscándome sin saber que yo ya lo había cazado, pensé que lo que más rabia me daba era verlo convertido en una copia del temible señor Reigadas, su progenitor, por llamarlo de alguna manera. Qué equivocada estaba.

Nada fue peor que comprobar que no me reconocía. Que ni siquiera me recordaba. Él solo estaba allí para asegurarse de que la amiga rara de Vega fuera lo que aparentaba: una persona insignificante que no supondría ningún problema para ellos.

Me siento una tonta por haber pensado que Alex se acordaría de mí. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacerlo? Han pasado más de veinte años y por aquel entonces yo no era más que la mocosa de la que siempre intentaba deshacerse, hasta que un día lo consiguió.

Sacudo la cabeza para dejar de pensar en él. No lo merece y tengo otras cosas en las que centrarme.

Tendría que haber sido sincera con Vega desde el principio. Debería haberla puesto al tanto de mis planes, haberle pedido el

permiso y también el apoyo que necesitaba para capturar a los que vinieron a por mí. No soy mala en el cuerpo a cuerpo, aunque esta vez sobrevaloré mis aptitudes.

Me asomo a la ventana solo para comprobar que sigue siendo noche cerrada, pero ya no aguanto más, estoy harta de sentirme atrapada entre estas cuatro paredes sin nada que hacer.

Salgo de la habitación decidida a buscar la cocina. He estado varias veces en esta casa desde que Vega se mudó, pero nunca había subido al piso de arriba, donde se encuentran los dormitorios. Cuando alcanzo mi objetivo, me decido por una taza de leche caliente con cacao, que suele ser mano de santo siempre que necesito calmar los nervios. Me la preparo y me dirijo de nuevo a mi cuarto con ella en la mano.

Apenas he dado un par de pasos, cuando escucho un golpe y lo que parece ser un jadeo.

«¿De verdad es un jadeo?».

Sigo mi camino, decidida a no meterme donde no me llaman, pero la mujer en cuestión vuelve a jadear, esta vez más fuerte, y la curiosidad me puede. A ver, no es que sea una *voyeur*, pero me intriga saber quién estará montándoselo a estas horas en el baño.

Me acerco de puntillas, intentando no hacer ruido con los pies. La puerta está entornada y apenas sale un haz de luz tenue del interior del cuarto, pero, ya que estoy aquí, no quiero irme a la cama con la duda de quién será la parejita insaciable. Si antes no podía dormir, solo me falta volver con la intriga.

Asomo la cabeza y mis ojos tardan unos cuantos segundos en acomodarse a la escasa luz y distinguir dos figuras en el interior. La mujer está subida sobre el lavabo, con las manos apoyadas en el

mármol y las piernas abiertas de par en par mientras el hombre, de espaldas a mí, bombea en su interior con tanta fuerza que podría partirla en dos.

Por un momento soy incapaz de moverme. La forma en la que él hunde los dedos en las caderas de ella y se mueve en su interior tratando de alcanzar un clímax que aún no llega me tiene embobada. Su espalda ancha cubierta de tatuajes, el sudor que le brilla en la nuca y sus gruñidos toscos me dejan clavada en el suelo. Sé que debería marcharme, pero no puedo hacerlo.

En comparación con los escandalosos gemidos de ella, los sonidos que él emite parecen más una queja inteligible. De repente, una de sus manos va a parar a la boca de la mujer a la par que se detiene por completo.

—Joder, deja de gritar de una vez o me marcho y te dejo a medias.

Ella ronronea y se disculpa con voz melosa mientras yo me cago en todos mis muertos.

Es él.

El puto Alex es quien se está tirando en el baño a una de las chicas que sirven en la casa. Un momento, si no me equivoco, se trata de… ¡¿Sophie?! Durante un instante, me quedo paralizada, esforzándome en despegar los ojos de su cuerpo, pero siendo incapaz de hacerlo.

De pronto, como si hubiera percibido mi presencia, levanta la cabeza y nuestras miradas se anclan a través del espejo. Su expresión se oscurece al instante, volviéndose más arrogante, casi desafiante, como si estuviera encantado de encontrarme aquí. La

tensión en los músculos de sus brazos delata que ha intensificado el agarre sobre ella.

Debería salir corriendo, pero mi traicionero cuerpo quiere quedarse hasta el final.

La temperatura de la habitación sube y mi respiración se torna irregular mientras una imagen peligrosa me cruza la mente: cómo sería estar en el lugar de esa mujer, ser yo quien recibiera su miembro en mi sexo, el cual comienza a estar muy necesitado. Su mirada sigue clavada en la mía y me veo obligada a entreabrir los labios para tomar aire.

Alex sigue follándose a Sophie, pero es a mí a quien mira y, por alguna extraña razón, eso hace que mi cuerpo arda. Tengo que realizar un gran esfuerzo para no tocarme y apagar el fuego que él mismo ha encendido en mi interior.

Cuando la chica grita su nombre, una alarma se activa en mi cabeza y salgo de allí a paso rápido y sin mirar atrás.

Nada más entrar en mi habitación, cierro la puerta con cerrojo y apoyo la espalda en ella.

—¡Como si él fuese a venir detrás de ti! —exclamo burlándome de mí misma.

Ese hombre es un prepotente, un gilipollas y un chulo que se parece al cabronazo de su padre. Y lo peor de todo es que me da rabia haberlo visto con otra. ¿Y qué mierda me importa que se folle a esa tía? ¡Por mí, como si se lo monta con el jardinero!

Vuelvo a acostarme, pero el cuerpo todavía me arde de rabia y de deseo. Cuelo los dedos por debajo de la camiseta de tirantes que me sirve de pijama y me acaricio la tripa en círculos, trazando un camino descendente hasta llegar al punto más caliente de mi

anatomía. Me encuentro mojada, resbaladiza y jodidamente caliente. Deslizo las yemas de los dedos suavemente por mi sexo, repartiendo la humedad con mimo. Cuando llego al clítoris y comienzo a moverme en círculos, un gemido escapa de mis labios. Cierro los ojos y las imágenes del baño de la planta de abajo regresan a mi cabeza. Su mirada cargada de deseo puesta en mí mientras la embiste a ella, la fuerza de su agarre, su espalda cubierta de tinta… Vuelvo a imaginar que soy yo quien está frente a él con las piernas abiertas y que es su miembro el que juega conmigo en lugar de mis dedos.

Intensifico el ritmo de las caricias, moviéndome más y más rápido hasta que alcanzo el orgasmo. Uno que dura demasiado poco y es insuficiente.

Me siento estúpida. Estúpida e insatisfecha.

Me cubro la cabeza con la almohada y grito de frustración. Acabo de correrme pensando en él, en el mayor gilipollas que existe, y lo peor de todo es que estoy segura de que utilizará lo que ha pasado hace un rato para mortificarme y reírse de mí. Quiero cerrar los ojos y volver a levantarme a las seis de esta mañana para hacer las cosas de forma distinta.

¿Se pueden cometer más errores en un solo día?

# 6

## ALBA

Creo que he dormido menos de un par de horas cuando un rayo de sol me da justo en los ojos y me despierto.

«Fantástico, se me olvidó cerrar las cortinas».

Como sé que no conseguiré volver a dormirme, me pongo la ropa que Vega me dejó anoche y me adecento como puedo en el cuarto de baño que hay dentro de la habitación. La sudadera me queda un poco grande y tengo que darles dos vueltas a los puños; supongo que soy un retaco al lado de mi jefa. Además, me siento rara vistiendo totalmente de negro, como a ella le gusta. Yo soy de colores vivos o pasteles, incluso me gusta ir entera de blanco… El negro me hace parecer que voy disfrazada.

Me alegra no encontrar a Sophie cuando llego a la cocina.

Me preparo un café de cápsula y completo el desayuno con un yogur natural, un par de cucharadas grandes de muesli y un puñado de moras. Disfruto cada bocado en silencio y, como si me hubiese estado observando, uno de los hombres de Liam aparece justo cuando termino para indicarme que su jefe y la mía me esperan en el despacho de él.

Nada más entrar, veo que es Vega quien está sentada en la silla al otro lado del enorme escritorio mientras que Liam permanece de pie a su lado. Hasta ahí, todo me parece normal, ya me he acostumbrado a que el despiadado Liam Brown le ceda, en ocasiones, el lugar a su mujer. Lo que me sorprende es encontrar a Alex en un sofá de tres plazas algo más apartado.

«¿Qué coño pinta él aquí?».

Estoy esperando a que se gire y se burle de mí, a que encuentre la manera de humillarme delante de todos por lo que vi ayer por la noche. Casi puedo adivinar la sonrisa chulesca en su cara, pero, para mi sorpresa, mantiene la mirada fija en la pared de enfrente y una postura rígida que me incomoda. Es como si no quisiese estar aquí y me pregunto si realmente alguien puede obligar a este hombre a hacer algo que no desee. Apuesto a que incluso Liam, por muy jefe suyo que sea, se ha topado alguna vez con sus límites.

—He estado pensando en lo que pasó ayer —comienza Vega en tono conciliador—. Que los atacantes fueran hombres asiáticos me preocupa, pero lo hace más que hayan llegado hasta ti por segunda vez.

—Vega, ya te dije que fue una trampa y que lo siento. Debí contártelo y pedir tu aprobación. En cuanto tenga acceso al sistema podré averiguar quién está detrás de todo y, entonces, el equipo podrá darle caza.

Me mira con la confianza que me tiene acostumbrada y relajo los hombros, sabiendo que me está dando otra oportunidad después de haberla cagado.

—Dime lo que necesitas.

—Cinco minutos con mi ordenador. Mi teléfono también sería de ayuda.

Liam abre un cajón y me tiende lo que he pedido.

—No fue fácil recuperarlos. Al parecer, el desastre de anoche ha llegado a oídos de la NCA y están haciendo bastantes preguntas —afirma esto último mirando a Alex, como si lo culpase a él de habernos puesto en medio de una investigación policial por la que se está interesando la mismísima Agencia Nacional del Crimen.

—Lo siento y asumo toda la responsabilidad de lo ocurrido. Si no hubiese actuado en solitario, no tendríamos nada que lamentar —exclamo antes de que puedan reprocharle nada.

Por muy insoportable que sea, no voy a dejar que le carguen la culpa de algo que he provocado yo.

Alex eleva de manera sutil las comisuras de los labios, como si mis palabras le hubiesen hecho gracia y estuviera tratando de esconder una sonrisa que se empeña en salir.

—¿Te divierte que me sienta culpable? —le reprocho directamente.

Vega me mira sorprendida por mi arrebato.

—No, ratón, solo me hace gracia que salgas en mi defensa.

—¡Yo no he salido en tu defensa! La culpa de que esos tíos viniesen ayer a mi casa cuando resulta obvio que no estaba preparada es mía, pero de la carnicería te encargaste tú solito.

—Está bien, ya basta —interviene Vega y señala el ordenador—. ¿Puedes hacer tu magia?

Cuando coloco el portátil sobre mi regazo y comienzo a teclear, el mundo a mi alrededor se desvanece. Anémona Azul es brutal, una obra maestra a la que nunca me cansaré de alabar. Haber conseguido darle forma desde los cimientos es mi mayor logro en la

vida. Llevo años trabajando en ella, probando, fallando, mimándola, dedicándole día y noche y, desde que se ha convertido en una realidad, solo puedo flipar cada vez que compruebo de lo que es capaz.

—¡Lo tengo! —afirmo para mí misma unos minutos después—. ¡Joder, los tengo!

—¡Sabía que lo conseguirías! —exclama Vega haciéndome salir de mi burbuja. Levanto la cabeza y recuerdo que no estoy sola, sino que sigo en el despacho de Liam y que hay tres pares de ojos escudriñándome con verdadera curiosidad—. Puedes hablar. Después de lo de anoche, sea lo que sea, la Hermandad también está dentro.

—De acuerdo —respondo y miro a Vega mientras explico lo que acabo de descubrir, como si estuviésemos solas en la habitación. Liam todavía me impone un poco, con esa aura de jefe de la mafia al que todos temen y Alex… no estoy segura de todo lo que me provoca, pero me sentiría menos nerviosa si no estuviese presente —. Son ellos. El lugar desde el que me localizaron es el mismo que utilizaron la primera vez. En ambos casos se encontraban en Pudong, el distrito financiero de Shanghái. La ubicación exacta coincide con la sede central de una de las empresas de las que Feng era accionista mayoritario. No es una coincidencia, son ellos y, con un poco más de tiempo, podré demostrarlo.

—Hay más, ¿verdad? —pregunta Vega, demostrando cuánto me conoce y lo que confía en mis habilidades.

—Sí. —Sonrío con orgullo—. Tengo acceso a parte de los archivos del ordenador desde el que me localizaron. Han estado investigándome durante casi un mes y saben más de mí que

cualquiera de vosotros. Me han seguido a varios lugares, ninguno comprometido —aclaro haciendo referencia a Atenea—, han hecho fotos, tienen una copia de mi supuesto contrato de trabajo y hasta han intentado sacar información de alguno de mis antiguos vecinos. Necesitaré tiempo para analizar todo lo que contiene la carpeta que lleva mi nombre y para rebuscar en el resto de los archivos del terminal.

—Espera un momento —interviene Alex, que ya llevaba demasiado tiempo callado—. ¿Estás insinuando que tienes acceso completo al ordenador desde el que intentaron acceder al tuyo? ¿Es eso posible?

—No intentaron acceder, lo consiguieron, pero solo llegaron hasta donde yo quise que lo hicieran. Trabajo con un programa especial llamado Anémona Azul con el que pude crear un escritorio pantalla. Allí, fui dejándoles pistas falsas hasta que se toparon con el archivo que yo quería que descubrieran. Así fue como me localizaron y también como me permitieron acceso ilimitado a su ordenador. Ahora tenemos que darnos prisa para encontrar cualquier cosa que nos ayude en nuestra investigación antes de que les dé por borrar datos.

Pasamos un par de horas encerrados en el despacho. Yo voy imprimiendo todo aquello que me parece medianamente interesante mientras ellos tres revisan los documentos uno a uno y los catalogan según su importancia o relación. Cuando terminamos, la cosa pinta peor de lo que pensábamos.

—¿Sabéis lo que significa todo esto? —pregunta Vega sujetando con fuerza un puñado de folios—. Esto demuestra que estábamos en lo cierto al pensar que había alguien más a la sombra de Feng.

Puede que matásemos al líder de la organización, pero no acabamos con todas las ratas y una de ellas se ha hecho con el poder.

Liam coloca una mano sobre el hombro de su mujer buscando tranquilizarla, pero creo que ya la conoce lo suficiente para saber que no descansará hasta que haya terminado con todos ellos. No llegó a tiempo de salvar a su hermana de una vida de prostitución forzada, pero está dispuesta a morir para evitar que otras chicas sufran el mismo destino.

—Llegasteis hasta ellos una vez y volveréis a hacerlo. Te ayudaré.

—Gracias, Liam, sé que cuento contigo, pero ahora necesito pensar y reunirme con mi equipo. Alba, esos tipos no quieren matarte, sino llevarte con ellos, y eso solo puede significar que han descubierto de lo que eres capaz con un ordenador entre las manos. Esto es peligroso, muy peligroso.

—¿Estás sugiriendo que me quede aquí una temporada? —pregunto con fastidio.

No soy un ser social, sino más bien lo contrario. Me gusta la soledad de mi piso y el silencio a mi alrededor interrumpido solo por el sonido de las teclas bajo mis dedos.

—En realidad, creo que lo mejor sería enviarte lejos. —Abro los ojos como platos y ella continúa antes de que pueda quejarme—: Van a volver a buscarte, de eso no me cabe ninguna duda. No pararán hasta encontrarte.

—No quiero irme.

—Es lo mejor, créeme. Serán solo unos días, unas semanas a lo sumo. El tiempo que necesitemos para planificar una estrategia y llegar hasta esos cabrones. Gracias a ti, ahora tenemos una dirección en la que buscarlos.

—Iré con vosotros.

—Podría ser una trampa para atraerte hasta ellos —interviene Alex, y lo fulmino con la mirada. Solo me falta que le dé más argumentos a Vega.

—Es posible —asiente mi jefa en su dirección— y por eso no te llevaremos con nosotros.

—Me necesitaréis para entrar. ¿Crees que será fácil?

—No, pero encontrarás la forma de ayudarnos desde la distancia. Alba, lo hago por ti, pero también por el equipo. Te necesitamos y no podré concentrarme en acabar con ellos si tengo que protegerte a la vez.

Quiero decirle que no necesito que me protejan, pero sé que es absurdo, ya ha tomado una decisión.

—¿Adónde me enviarías?

Vega lanza una mirada a Liam un tanto extraña y él asiente, como si estuviesen comunicándose de una forma que solo ellos entienden.

—Tengo una idea que creo que podría encajar bastante bien —afirma él—. No estarás en un punto concreto durante demasiado tiempo, lo que dificultará que puedan encontrarte. Lo ideal sería que no llevases encima nada de tecnología para que no pudiesen seguir ningún rastro, pero comprendo que eso no será posible en tu caso.

—Dilo ya, hombre —lo achucha su primo.

—Te esconderemos en mi yate y estarás en continuo movimiento. Está registrado a nombre de una empresa fantasma, aunque estoy convencido de que puedes lograr que sea más difícil de rastrear de lo que ya es. En estos momentos, está atracado en Ocean Village Marina, al sur de Southampton. Lo más seguro es que salgas de noche y que llegues hasta allí en coche. El helicóptero sería más

rápido, pero demasiado llamativo en estos momentos. En el yate, te acompañará únicamente la tripulación y, si os parece bien a ambas, alguno de mis hombres.

Me pongo nerviosa solo de pensar en pasar varios días encerrada en un barco con completos desconocidos, unos cuya única misión será la de tenerme vigilada día y noche, pendientes de cada uno de mis movimientos. Hombres armados hasta los dientes, demasiado parecidos a aquellos con los que pasé mis primeros años de vida. No es que les tenga miedo, ya no soy aquella niña asustadiza de la que podían burlarse, pero, aun así, no sé si podré soportar tenerlos las veinticuatro horas sobre mí.

La ansiedad hace acto de presencia y me bloquea. Intento realizar inspiraciones profundas, calmar el ritmo acelerado de mi corazón, pero no lo consigo. Ni siquiera soy capaz de negarme, solo muevo levemente la cabeza y me levanto de la silla.

—Yo no…

Doy un paso hacia atrás, después otro.

—Alba, por favor. —Vega nunca me ha suplicado nada—. Sé que no es la solución perfecta, pero necesito que nos ayudes a encontrar a esos cabrones y, sobre todo, saber que estás a salvo mientras lo haces.

—No quiero encerrarme en un barco con unos completos desconocidos.

—Si te hace sentir mejor, Sebas puede ir contigo.

—¡Pero lo necesitáis para llegar hasta el tío que está detrás de la organización de Feng!

No veo ninguna salida. Vega no va a dejar que me quede, piensa que sería demasiado arriesgado, y yo no me siento capaz de

soportarlo.

—Yo iré con ella. —La voz de Alex suena atronadora en el despacho y todos desviamos la mirada hacia él.

—¿Tú? —pregunto mostrándome más insegura de lo que me gustaría.

—Tenía pensado cogerme unos días de vacaciones, ¿verdad, primo?

—No sé si es la mejor de las ideas o una completa locura —responde el aludido.

—Ella me conoce, ¿verdad, ratoncito? Puede que no me soporte, pero supongo que soy la mejor alternativa. Además, no tengo nada que hacer en las próximas semanas. Ya que voy a aburrirme, al menos lo haré en el yate.

Liam mira a Vega de nuevo, consultando su opinión en silencio y es ella quien responde.

—Está bien. Iréis juntos y la protegerás con tu vida. Alex, me la devolverás sin un solo rasguño o afilaré mis cuchillos con tu cabeza. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo, jefa consorte —responde él con guasa.

—Déjate de chorradas y prepáralo todo. Saldréis mañana por la noche —ordena Liam.

Miro a mi alrededor. Las personas que me rodean acaban de decidir mi futuro más próximo y yo permanezco aquí plantada como un arbusto, sin pronunciarme, incapaz de decirles que no estoy de acuerdo y que prefiero ir sola antes que acompañada del energúmeno que ayer se cargó a dos tíos y medio delante de mí. El mismo energúmeno que ni siquiera recuerda que fuimos algo así como amigos en la infancia.

Quiero hablar con Vega a solas, pero cuantas más vueltas le doy, más ridículas me parecen mis quejas. Sobre todo teniendo en cuenta que ellos estarán jugándose la vida para atrapar al hijo de puta que anda detrás de mis intentos de secuestro y de la muerte de su hermana. Y esa es la única razón por la que callo lo que pienso mientras ellos deciden lo que pasará en las próximas semanas conmigo.

# 7

## ALEX

Llegamos a la marina en uno de los SUV negros de la Hermandad y entramos por la zona de servicio. Caminamos por los pantalanes, prácticamente vacíos a esta hora de la noche. Las luces amarillentas del puerto se reflejan en el agua, y el único sonido que acompasa nuestras pisadas es el de los mástiles chocando los unos con los otros de forma suave.

Finalmente, solo nos acompañan dos de nuestros hombres, los de mi mayor confianza. A bordo del yate nos esperan el patrón y dos ayudantes, que cuentan con formación militar.

Conforme nos acercamos, compruebo que han seguido mis indicaciones y las luces exteriores permanecen apagadas.

Capto la sorpresa en la expresión de Alba cuando nos detenemos frente a la embarcación. El yate de mi primo no es de los que buscan llamar la atención. Nada de letreros llamativos ni formas extravagantes. Es grande, pero elegante. El casco es oscuro y casi parece negro bajo las tenues luces del puerto. He estado a bordo demasiadas veces para sorprenderme, pero entiendo que ella se haya detenido a admirarlo. Tres cubiertas, motores capaces de

cruzar la mitad del Mediterráneo sin esfuerzo y un sistema de seguridad que muchos millonarios querrían para sus casas de lujo.

Soy el primero en subir y siento el leve balanceo del barco bajo mis botas. La cubierta de popa está revestida de teca pulida, cálida incluso de noche. En el centro, hay una mesa baja rodeada de sofás blancos donde Liam suele recibir a sus invitados cuando quiere impresionarlos sin necesidad de hablar demasiado.

Observo a Alba con curiosidad. Su mirada se ha quedado fija en la zona de sofás y parece enfrascada en su propio mundo. Me acerco con sigilo hasta situarme a su espalda, casi tocándola, pero asegurándome de no llegar a hacerlo. El viento de la noche desplaza sus mechones rosas y deja a la vista un cuello demasiado tentador.

Exhalo sobre su piel y, para mi sorpresa, no se aparta, sino que inclina un poco la cabeza, ignoro si de forma consciente o no, dándome mejor acceso.

Cierro muy fuerte los puños. Necesito contenerme o acabaré suplicando que me deje follarla sobre el maldito sofá blanco.

Siento cómo se le eriza el vello de la nuca y la forma en la que su cuerpo se desplaza ligeramente hacia atrás en busca del mío.

—Creo que pasar unos días contigo a bordo de esta maravilla va a ser mucho más placentero de lo que esperaba —susurro sobre su cuello, y veo que ha cerrado los ojos.

Pruebo su piel con la punta de la lengua y noto que está aguantando la respiración.

«Dios, es imposible que me contenga por más tiempo».

Estoy a un centímetro de hacerle notar mi erección cuando escucho un sonido a nuestra espalda y ella se separa de mí de un salto.

Me doy la vuelta para ver quién se ha atrevido a interrumpirnos y me encuentro al patrón del barco con cara de circunstancias y la mirada clavada en el suelo.

—Lo lamento, señor. Solo venía a comunicarle que ya está todo listo para que salgamos de la marina. Tal como pidió, navegaremos despacio hasta llegar a mar abierto.

—Está bien. Marchémonos cuanto antes.

Miro a Alba, que se ha separado hasta colocarse lo más alejada posible, y sé que el momento se ha ido a la mierda. Evita mi mirada, pero incluso en medio de la oscuridad de la noche, puedo ver lo sonrojadas que están sus mejillas.

Tres días después de nuestra llegada al barco Alba sigue evitándome. No he conseguido coincidir con ella en ninguna de las comidas y prácticamente no la he visto en cubierta ni en ninguna de las habitaciones comunes. Al principio pensé que apenas salía de su camarote porque aún le duraba el enfado por haber tenido que marcharse de Londres en contra de su voluntad, pero esa teoría ha caído hoy por su propio peso cuando el capitán me ha dicho que es una chica muy agradable.

Ayer, al acercarnos a la costa de Barneville-Carteret, en el norte de Francia, tuve que contratar una lancha y escaparme para hacer una visita a uno de nuestros socios, que disponía de información bastante valiosa sobre los albaneses que nos están dando problemas en casa. No me gustó tener que dejarla a bordo. Desembarqué solo y le pedí a los dos guardias que nos acompañan que se quedasen con ella y no la molestaran. Cuando volví a media tarde, me

sorprendió encontrarla sentada en cubierta, disfrutando del aire y el sol mientras tomaba una bebida. No me dio tiempo a decirle nada porque, en cuanto vio que me acercaba con la lancha, desapareció sin siquiera saludarme.

He sido paciente, ya lo creo que lo he sido, pero el otro día noté que ella también estaba dispuesta a que pasase algo entre nosotros y no pienso desaprovechar la oportunidad de disfrutarla durante los días que dure nuestro encierro juntos.

Son las nueve y media de la mañana cuando irrumpo en su camarote. La encuentro sentada en la cama con el ordenador en su regazo y, al verme entrar, pega un bote y se pone de pie. Lleva unos pantalones cortos de algodón que apenas le cubren el culo y una camiseta de tirantes verde sin sujetador.

—¿No sabes llamar a la puerta? —pregunta con una mezcla de fastidio y vergüenza.

—¿Eso es un pijama? —respondo obviando su pregunta.

Joder, no puedo apartar la mirada de sus tetas. La tela de la camiseta es demasiado fina y sus pezones parecen felices de saludarme. Cuando se percata de en donde se concentra mi atención, se cruza de brazos, sin darse cuenta de que solo ha conseguido que estas se junten más y resulten todavía más apetecibles. Al parecer, la mosquita muerta escondía un buen cuerpo debajo de esas camisetas anchas que tanto le gusta llevar.

—Lárgate de mi habitación, Alex —ordena irguiendo la espalda con orgullo.

—Lo haría, pero en este yate hay muy poca actividad y he pensado que hoy podríamos hacer algo juntos. Llevas tantas horas aquí metida que apenas recordarás cómo es la luz del sol.

—Mira, no tengo tiempo ni ganas de aguantar tus chorradas. Si te aburres, vete a dar una vuelta como hiciste ayer.

—Ah, ¿es eso? ¿Estás enfadada porque no te llevé conmigo? No podía, ratón.

Sus manos se tensan frente a su cara y suelta el aire antes de volver a una posición más relajada.

—No estoy enfadada contigo y me da exactamente igual lo que hagas con tu tiempo siempre que no te cruces en mi camino. ¿Lo pillas?

—Bueno, creo que ellos sí se alegran de tenerme cerca —afirmo con guasa, en alusión a sus pezones.

—¡Serás imbécil! ¡Fuera de mi habitación! —ordena señalando la puerta—. ¡Que te largues!

Me lanza un cojín que esquivo agachándome en el último momento. La observo con una sonrisa en la cara, parece que por fin he encontrado la diversión que me faltaba en esta travesía.

—Te espero en la cubierta en cinco minutos para desayunar juntos. Si no vienes, regresaré a por ti y te llevaré en brazos.

—No serás capaz —me reta, y yo me relamo por dentro.

—Créeme, después de ver lo que escondías bajo toda esa ropa ancha, estoy más que dispuesto a cumplir mi amenaza. De hecho, preferiría que no llegaras a tiempo. —Miro mi reloj y tarareo antes de darme la vuelta y salir de su camarote—: Cuatro minutos y treinta segundos.

Cuando cierro la puerta a mi espalda, escucho un grito de frustración y se me escapa una carcajada.

Paso por la cocina y ordeno a uno de los ayudantes que nos sirvan fuera todo lo que he encargado hace un rato. Una vez en cubierta, me siento en el centro del sofá blanco en forma de U y coloco mis brazos extendidos sobre el respaldo, disfrutando de la brisa de la mañana y del sonido del mar. Hacía tiempo que no sentía tanta paz.

Alba llega un minuto tarde, pero no abro la boca cuando la veo aparecer sofocada y se sienta a un lado de la mesa, lo más alejada posible de donde yo me encuentro. Me muevo para quedar más cerca y nuestras rodillas se rozan bajo la mesa.

—¿Vas a decirme qué pretendes con este numerito?

—Desayunar acompañado, por supuesto. ¿Café? —pregunto levantando la jarra que lo contiene.

Ella no dice nada y decido servírselo como sé que le gusta, con un chorrito de leche, azúcar moreno y un toque de canela. Haberla observado durante varios días me da cierta ventaja.

Al principio solo me mira con recelo, sin apenas moverse, pero, después de unos minutos, se rinde y decide servirse un cruasán de mantequilla. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva puestos unos shorts vaqueros y una camiseta blanca de manga corta, ancha y sin escote alguno.

La veo tragar saliva e intuyo que quiere decirme algo, pero no está segura de hacerlo. En lugar de presionarla como haría con cualquier otro, me esfuerzo por tener paciencia y mantenerme callado. Funciona.

—Me gustaría saber nuestro itinerario.

—No existe un itinerario definido para nuestro viaje, ratoncito. Vamos improvisando sobre la marcha, es lo más seguro. Si nadie sabe a dónde vamos, no pueden encontrarnos.

—¿Tan poco confías en tus hombres? —pregunta tras dar un sorbo a su café. Sus ojos están fijos en los míos y hoy tienen un brillo especial.

—No confío en nadie que no sea yo mismo.

—¿Ni siquiera en tu primo?

Es más astuta de lo que pensaba, pero si su intención es provocar un enfrentamiento para que me aleje de ella, lo está haciendo de pena. Poco me gusta más que una buena pelea.

—La relación con Liam es distinta.

—Ah, claro. La importancia de la familia y esos rollos de mafiosos, lo había olvidado.

—¿Y la tuya? —pregunto obviando su comentario.

—¿Mi familia? Son mis compañeros y Atenea, mi hogar. Les confiaría mi vida con los ojos cerrados.

—¿A cualquier miembro de la organización? No tengo la cifra exacta, pero diría que sois más de cuarenta —pregunto con escepticismo.

—No, hablo de mi equipo. De Vega, Lucas, Sebas y Mark. Ellos son mi familia, la que yo he elegido y a la que protegeré hasta la muerte.

Me meto un trozo de cruasán en la boca y lo mastico lentamente.

—Vaya... Qué pena que ninguno esté aquí para protegerte de mí.

—Para eso me basto yo sola —afirma frunciendo los labios, lo que provoca que ahora me resulten más apetecibles todavía y me pregunte si mantendrán el sabor de la mermelada de fresa que ha

tomado en su tostada. Después de unos segundos mirándonos fijamente en silencio, ella recoge la servilleta que tenía colocada sobre el regazo y la deja sobre la mesa—. Quiero hacer un trato contigo. Vamos a pasar bastantes días aquí encerrados, tal vez semanas. Creo que sería bueno para los dos si no nos acercamos el uno al otro. Este barco es lo bastante grande para que no tengamos que vernos demasiado.

—¿Estás segura? Diría que te gusta observarme. —Sonrío de medio lado y capta al instante a qué me refiero.

Encontrarla al otro lado del espejo y mirarla a los ojos mientras me follaba a Sophie fue muy excitante. Podría haber salido del baño en cuanto nos descubrió y, sin embargo, decidió quedarse hasta el final.

—Eres gilipollas —afirma levantándose del sofá.

La sigo, todavía no quiero que se marche. Avanzo mientras ella retrocede por instinto, y su espalda choca contra la barandilla del barco, quedando atrapada entre ella y mi cuerpo. La brisa del mar juega con su pelo y aparta un mechón de su cara de un manotazo.

—¿Te gusta mirar, ratoncito? Apuesto a que estabas tan caliente que esa noche te tocaste pensando en mí. —Pego mi cuerpo al suyo para que note lo excitado que estoy. Mi polla presiona su estómago y mi aliento golpea sus labios, ahora entreabiertos. Tiene el mismo brillo en la mirada que percibí en aquel momento—. Podrías haber llamado a mi puerta y habría estado encantado de solucionar tu problema—. Paso la nariz por su cuello y aspiro su aroma a manzana. Es jodidamente dulce y es toda para mí.

Su cuerpo se va destensando y poco a poco se amolda al mío. Puedo sentir cómo se rinde cuando acerco mi lengua y acaricio sus

labios con ella. Ya es mía.

Mis manos van directas a sus caderas y es ella quien se lanza a besarme cuando la cojo del culo y la atraigo hacia mí. Su beso es intenso, crudo y está cargado de promesas que me pienso cobrar. Me encanta descubrir que la cosita dulce que esperaba encontrarme tiene garras y un fuego en su interior con el que estoy deseando quemarme.

Me separo un poco y llevo una mano a sus pantalones para desabrochar el botón. Necesito estar dentro de ella y lo necesito ya.

No noto el cambio en su actitud ni preveo su siguiente movimiento, pero mis reflejos siguen siendo los mejores y me separo justo cuando su rodilla está a punto de impactar en mi entrepierna. Se revuelve entre mis brazos e intenta alejarse de mí, pero consigo sujetarle las muñecas y vuelvo a pegar mi cuerpo al suyo para mantenerla quieta.

—No sé a qué tipo de sexo estás acostumbrada, pero no me pone que me destrocen las pelotas, ratoncito.

—¡Deja de llamarme así! Me llamo Alba, Al-ba —afirma dejando un espacio entre ambas sílabas mientras intenta soltarse de mi agarre.

—Me gusta tu nombre, pero todo el mundo te llama de esa manera y yo no soy todo el mundo.

—Lo que eres es un puto imbécil. ¡Suéltame de una vez!

—¿Vas a estarte quieta si lo hago?

—¿Te crees que te lo estoy pidiendo como un favor? Suéltame o atente a las consecuencias.

Su amenaza suena seria, me reta con la mirada y yo no puedo evitar sonreír, sabiendo que eso la cabreará todavía más.

Intensifico el agarre sobre sus muñecas y vuelvo a pegarme a ella hasta que no cabe ni el aire entre nosotros. Me encanta este lado suyo salvaje y estoy disfrutando tanto de la situación que no veo venir sus intenciones cuando echa la cabeza hacia atrás y me golpea con todas sus fuerzas en la cara.

Siento un dolor agudo en la nariz y después el calor de la sangre que me llega hasta los labios. Saco la lengua y noto el sabor a hierro que nunca me ha disgustado.

La miro sorprendido. No creí que fuera capaz de atacarme y, en lugar de cabrearme, me siento jodidamente orgulloso de ella. Me llevo las manos a la cara y los dedos se me manchan de sangre. Ella observa mis movimientos sin decir nada. Está en alerta, pendiente de cuál será mi reacción a su ataque, pero tampoco se disculpa.

Se me ocurre una idea para bajarle un poco los humos y que entienda que no puede tratarme de esa manera. Antes de que pueda esperarse nada, la cojo en volandas y la lanzo al mar.

En realidad, puede sentirse afortunada, si hubiese sido cualquier otra persona, ya tendría una bala entre ceja y ceja.

# 8

## ALBA

Salgo a la superficie para coger oxígeno. No me creo lo que el energúmeno con el que estoy obligada a pasar mis días acaba de hacer. El agua está helada a esta hora de la mañana y encima he perdido mis sandalias en el mar.

Me paso las manos por la cara para eliminar el exceso de agua y me giro para descubrir que el muy cabrón ni siquiera ha ordenado que paren el yate.

«No se atreverá a dejarme aquí».

Alex sigue sobre la cubierta y yo lo miro con odio. Veo cómo se limpia la sangre de la nariz con un pañuelo y después mete ambas manos en los bolsillos del pantalón y me observa con una sonrisa triunfal.

Cuando descubro que la embarcación se aleja cada vez más, empiezo a dudar de mi primer pensamiento. ¿De verdad será capaz de dejarme en medio de la nada? Los rumores que he escuchado sobre él dicen que es un hijo de puta sin escrúpulos, capaz de convertirse en la pesadilla de cualquiera que se interponga en su camino. Hablan de locura, incluso de sadismo.

El barco es solo una mancha en el horizonte y entonces me doy cuenta de que ha sido una mala idea traspasar sus límites. Estoy segura de que estamos lejos de la costa y, aunque no fuese así, ni siquiera sabría en qué dirección comenzar a nadar.

Empiezo a ponerme nerviosa. Mi entrenamiento me obliga a buscar cualquier vía de supervivencia, pero solo veo agua por todas partes. Nadie sabe dónde estamos con exactitud y Vega no espera mi llamada hasta mañana por la tarde. Quedamos en que la contactaría cada dos días hasta que partieran con destino a Shanghái, momento a partir del cual los tendré monitorizados 24/7.

Escucho el motor del barco antes de girarme y verlo con mis propios ojos. Ha vuelto. Ha vuelto a por mí.

El imponente yate se detiene a veinte metros de distancia y distingo la figura de Alex, que se aproxima a la barandilla. Me observa en silencio. No hay una orden para mí y tampoco pide al capitán que se acerque más. El alivio que he sentido al verlo se convierte en rabia.

Nado hasta el barco y subo las escalerillas despacio. El agua cae a chorros de mi cuerpo y forma un gran charco en el suelo cuando me quedo clavada en la cubierta. Mis ojos conectan con los suyos mientras pienso mil formas de hacérselo pagar y, en ese momento, por si las cosas no pudieran ir peor, comienza a reírse a carcajadas.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—Lo siento, no pretendía reírme, pero es que pareces un perro mojado.

Voy a decir cualquier burrada, porque este hombre me saca de mis casillas y se lleva por delante toda la cordura y la sensatez que suelen acompañarme, pero consigo frenarme a tiempo. Lo observo

detenidamente. Se ha limpiado la sangre que le goteaba de la nariz, aunque todavía la tiene roja y un poco hinchada.

—Ya veo. Tu ego ha salido herido cuando te he vencido en el cuerpo a cuerpo y no has encontrado otra opción que intentar humillarme. Eres igual de predecible que todos los hombres.

—Vamos, no te enfades. Solo ha sido una broma. No creerías que soy capaz de dejarte en medio del mar, ¿verdad? ¿Tú sabes lo que Vega me haría si llegase a descubrirlo?

Cierro los ojos, intentando calmar mi furia. Es inútil hablar con él. Es inmaduro, egocéntrico y está como una puta cabra. Cuando vuelvo a abrirlos, noto que los suyos están enfocados algo más al sur y se han oscurecido. Sigo su mirada y descubro que la camiseta blanca se me ha pegado a la piel y se ha vuelto prácticamente transparente. Mis tetas están expuestas y él no disimula lo que la visión le está provocando.

Enfadada, comienzo a andar en dirección a mi camarote, del cual no tendría que haber salido. Cuando paso por su lado gruño y le golpeo el hombro con el mío. Él vuelve a reírse a carcajadas.

Me quedo el resto del día en mi cabina, ni siquiera he cruzado la puerta para ir a comer, ya lo haré esta noche cuando esté segura de que él se ha ido a dormir.

Estar aquí metida mientras mis compañeros se preparan para cazar a esos cabrones que se dedican a romper y vender mujeres me tiene frustrada. Necesito ayudarlos, ser de utilidad. ¿Qué sentido tiene que yo esté aquí metida cuando ellos se van a jugar el cuello?

He aprovechado el tiempo para avanzar en mi investigación. Dispongo de todos los archivos que hallamos en el portátil de los chinos ordenados en una memoria externa y es la cuarta vez que los

reviso al dedillo. Hay uno de ellos que está empezando a obsesionarme: el listado de clubs que la organización de Feng ha conseguido reabrir en Europa en los últimos meses y, en concreto, uno de ellos, ubicado casualmente en una ciudad cercana a Barneville-Carteret, donde nos encontramos ahora mismo.

Le doy vueltas a la cabeza pensando distintas formas en las que podría salir de aquí y acercarme a ese club sin que Alex se enterase, pero todas me parecen una locura y terminan conmigo al descubierto. Además, si Vega se llegase a enterar de que he ido por mi cuenta volviéndome a poner en peligro…

Cuando me canso de meterme en callejones sin salida, abro la bandeja de entrada del correo electrónico y encuentro un mensaje de Mara.

> Te he llamado como mil veces, pero tu teléfono está apagado. Vega dice que has tenido que irte unos días porque estabas en peligro, pero no ha querido contarme nada más. ¿Cuándo va a entender que quiero formar parte de vuestro mundo?

Saco del cajón de la mesita de noche el teléfono que utilizo para comunicarme con mi equipo y la llamo desde la aplicación que ella también tiene instalada en su terminal y que nos permite conectarnos de forma segura.

—Alba, ¿eres tú?

—La misma. Siento haber desaparecido, pero tu tía te ha dicho la verdad, tenía que alejarme unos días.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Dudo un par de segundos. No sé lo que Vega le habrá contado y no quiero inmiscuirme entre ellas ni buscarme más problemas de los

que ya tengo. Pero, a pesar de la diferencia de edad entre nosotras, Mara y yo nos hemos convertido en amigas y no estoy dispuesta a mentirle. Es una chica muy madura y el hecho de que ambas hayamos vivido una infancia complicada, pese a que no hablemos mucho de ella, ha propiciado que se cree entre nosotras una química especial.

—Intentaron secuestrarme dos veces, aunque la segunda fue culpa mía.

—¿Qué dices? ¿Cómo iba a ser culpa tuya?

—Créeme, lo fue. Yo los atraje hasta mí haciéndome la valiente. Tu tía no está muy contenta conmigo que digamos, así que no me ha quedado otra que aceptar su sugerencia y desaparecer por un tiempo.

—Querrás decir su orden —se queja enfadada.

—Bueno, te recuerdo que es mi jefa, así que está en su derecho de darme órdenes y yo debo obedecerlas. Por tu tono al hablar de ella, entiendo que todavía no habéis tenido esa conversación que no haces más que retrasar.

—No la retraso, simplemente, no va a suceder.

—No te cierres. Tu tía es una mujer comprensiva, solo tiene miedo.

—¿Miedo? No me cuentes historias, Alba. Tú no.

—No te mentiría sobre esto. Tiene miedo a perderte, a no hacer bien las cosas contigo y no es que me lo haya confesado, pero puedo verlo en la forma en la que se comporta cuando andas cerca.

—Pues me está asfixiando.

—Lo sé, y por eso mismo debes hablar con ella. Dile que necesitas espacio y tiempo y recuérdale lo importante que es para ti que

cumpla la promesa que te hizo: enseñarte a defenderte. No puedes actuar como si ella tuviese que saber lo que piensas en cada momento.

La línea se queda en silencio durante unos segundos antes de que ella cambie de tema. Espero que nuestra conversación le sirva al menos para pensar en ello más tarde.

—¿Y se puede saber dónde estás ahora?

—Eso no puedo decírtelo, pero los días se me están haciendo eternos. Me paso las horas encerrada en la habitación para no coincidir con Alex.

—¿Alex está contigo? No puedo creerme que siempre me pierda toda la diversión —exclama, y recuerdo que Mara adora a Alex, aunque yo no le encuentre ningún sentido a ese cariño.

—Ese idiota no tiene nada de divertido. Es insufrible, Mara. No sé cómo lo aguantas.

—Eso es porque no le has dado una oportunidad de verdad. Es directo, honesto y una fiesta con patas.

—Lo que tú digas —respondo poniendo los ojos en blanco—. Bueno, bonita, tengo que colgar. Aunque la línea es segura, mejor que la llamada sea corta.

—Está bien. Pero, ya que no puedo estar allí con vosotros, prométeme que al menos intentarás llevarte bien con él.

—Me ha tirado por la borda, así que no, no pienso poner nada de mi parte.

—¿De verdad ha hecho eso?

—Sí, pero ya te lo contaré otro día. Descansa.

No han pasado ni cinco minutos desde que he colgado la llamada, cuando alguien da dos golpes a mi puerta.

—Piérdete, Alex.

No se da por aludido y entra como si fuese el dueño y señor del mundo. Va vestido con unos vaqueros y una camisa negra con los dos primeros botones desabrochados, que dejan a la vista parte de esos tatuajes que lo hacen parecer tan sexy. Se ha peinado y también se ha puesto perfume.

—Que conste que he llamado primero, tal como me has pedido esta mañana.

—Lo cual no tiene ningún sentido si no esperas a que te dé paso. —Cierro el ordenador y me levanto para meterlo dentro del armario.

—Ah, ¿pero ibas a dejarme entrar?

—No.

—Entonces estás confirmando que he acertado al hacerlo a mi manera.

Estoy a punto de caer en su juego, pero, en el último momento, me freno y cojo aire para calmarme.

—Alex, ¿a qué has venido?

—Solo quería advertirte que lo de esconderte aquí dentro tiene que acabar. He quedado con un socio en un local y estaré fuera por unas horas, pero a partir de mañana, las comidas las haremos juntos en la cubierta. A cambio, prometo no volver a tirarte por la borda. ¿Hay trato?

Me muerdo el labio. Si pudiera acompañarlo a tierra firme, podría apañármelas para llegar hasta Cherburgo e investigar el club sobre el que he pasado casi una hora buscando información. Es arriesgado ir allí sola y no quiero pensar en lo que dirá Vega si llega a enterarse, pero… Quizá pueda acercarme solo a dar una vuelta,

observar si hay algo que me llame la atención y que pueda servirnos para llegar hasta el nuevo líder de la organización.

Lo miro y le pongo cara de niña buena.

—Yo desayuno, como y ceno contigo a partir de ahora, y además me comprometo a ser un poco más social durante el tiempo que estemos en este yate… con una condición.

—Miedo me das. ¿Qué es lo que quieres?

—Llévame contigo esta noche. Te prometo que no me pegaré a ti ni a tu socio, solo quiero salir un poco de aquí, pisar tierra firme y pasar una noche agradable. No te enterarás de que estoy en el mismo local que vosotros hasta que sea la hora de irnos, lo prometo.

Me observa pensativo durante unos segundos y finalmente chasquea la lengua, como si no estuviera seguro de su decisión.

—Puede que Liam y la mismísima Sombra se me echen encima si lo descubren, pero a la mierda. Tienes veinte minutos. Si tardas más, me voy sin avisar.

Lanzo un grito silencioso de celebración cuando se marcha y me pongo manos a la obra.

Abro el armario y saco el único vestido de noche que he traído. Es de color verde esmeralda, tiene un poco de brillo y me llega justo por encima de la rodilla, pero lo que más me gusta de él es el toque sexy que le da la abertura lateral que me sube hasta el muslo derecho. Lo combino con unos zapatos de tacón de color beige y, antes de dirigirme al baño para maquillarme, meto mi Glock 43 dentro de un bolso de mano del mismo color y me ajusto con cuidado el liguero táctico con la daga que me acompañará esta noche. Cambio las gafas por lentillas, me aplico delineador negro para enmarcar los ojos y un labial en el mismo tono rosa que mi

pelo. Con el poco tiempo que Alex me ha dado, no puedo hacer más.

Cuando llego a cubierta, todavía me sobran dos minutos.

Alex me observa con detenimiento y se ahorra el comentario mordaz que imagino que está a punto de soltar. Me sorprende ver que el yate ha atracado en un pequeño puerto y ni siquiera lo he notado. Sin duda, es un alivio pisar tierra firme.

Un coche nos espera cerca y hacemos el trayecto en silencio. No es que adore hablar con este hombre, pero empiezo a sentirme nerviosa a su lado cuando llegamos a nuestro destino y todavía no ha dicho ni una sola palabra.

Antes de entrar en la discoteca, miro hacia atrás y veo que los dos guardias que nos acompañan durante nuestro viaje han llegado en otro coche y nos siguen a cierta distancia. Es un problema que ya había considerado y que espero no me cueste demasiado sortear.

—Iré a dar una vuelta por el local. ¿A qué hora tienes previsto que nos vayamos? —pregunto intentando sonar agradable para ganarme su confianza, con la que necesito contar esta noche.

—No lo sé. Estaré con Mathis por aquí y te buscaré cuando termine. Si necesitas algo antes, pídeselo a ellos. No te quitarán el ojo de encima en ningún momento —responde con un toque de advertencia. Desde lo que ha pasado en la cubierta esta mañana está más serio de lo normal y no sé si eso tiene algo que ver conmigo o no.

Cuando se aleja sin añadir nada más, necesito unos segundos para reponerme y volver a centrarme en lo que realmente importa esta noche, porque lo cierto es que acaba de facilitarme las cosas. Ahora solo tendré que dar esquinazo a los guardias.

Miro a mi alrededor buscando un objetivo que pueda ayudar a mis planes y lo encuentro esperando a ser atendido en la barra. Es un chico de unos veinticinco años, con pantalones de vestir de color camel, camisa blanca y mocasines. Lleva el pelo engominado y un reloj caro en la muñeca, pero lo que en realidad me ha hecho elegirlo es lo pagado que parece de sí mismo. Se gusta.

Me apoyo en una mesa alta y clavo la mirada en él durante un rato hasta que sus ojos conectan con los míos. Le sonrío de forma seductora y bebo de mi copa sin apartar la mirada. Cuando me devuelve la sonrisa y me hace un gesto para que me acerque, sé que lo tengo justo donde quería. También soy consciente de que no puedo alargar esto demasiado, así que me dirijo hacia él con paso seguro.

—Hola. Verás, sé que va a sonarte un poco raro, pero acabas de ayudarme con un problema. Mis amigas no me creen capaz de acercarme a un tío y…, ya sabes, ligar con él. Se han pasado la noche diciendo que no tengo lo que hay que tener para lanzarme a por lo que quiero y, bueno, me he propuesto demostrarles lo contrario. ¿Te apetece tomar una copa conmigo?

Me mira de arriba abajo y sonríe como si fuese un trozo de pastel que piensa disfrutar en breve. Después se acerca para que pueda escucharlo por encima de la música alta que suena en el local.

—Acepto la copa. Vamos a demostrarle a esas amigas tuyas lo equivocadas que están.

Su aliento choca en mi oreja y me da repelús, pero finjo estar encantada. Pido un gin-tonic y me aseguro de no quitar los ojos de mi bebida en ningún momento, nunca sabes cuándo o dónde pueden sorprenderte y yo a este tío no lo conozco de nada.

Se acerca a sus amigos y les dice algo que no llego a escuchar, pero que provoca los vítores de estos. No hace falta ser muy inteligente para saber qué les ha dicho. Después, pone su mano en la parte baja de mi espalda y me dirige a la pista de baile.

Tan pronto comenzamos a movernos, le muestro una versión más seductora de la chica a la que acaba de conocer. Balanceo las caderas al ritmo de la música mientras me acerco un poco más a mi acompañante. Apenas han empezado a sonar los acordes de la segunda canción, cuando ya tengo su lengua en mi boca.

«Qué puto asco».

Hago de tripas corazón y le rodeo el cuello con las manos, acto que él aprovecha para poner las suyas en mis caderas y pegarme más a su cuerpo. Busco a los hombres de Alex con la mirada y confirmo que me están vigilando antes de lanzar mi propuesta al oído del tío del que ni siquiera sé el nombre.

—Busquemos un sitio más tranquilo.

Sé que hay un callejón al que se accede por el pasillo de los baños y espero que él lo conozca también. Los guardias pensarán que hemos ido a follar y confío en que tengan la decencia de darme un poco de espacio. El chico engominado me coge de la mano y se para frente al servicio de mujeres, se percata de mi cara de asco y sonríe, llevándome justo por donde quería. El callejón está más oscuro de lo que pensaba y eso juega a mi favor.

—¿Te parece suficientemente tranquilo, belleza?

—Es el lugar perfecto para lo que tengo pensado.

Doy unos pasos hacia atrás para alejarme de la salida del local y adentrarme en una zona más oscura. Luego, le hago un gesto con el índice para que se acerque y le lanzo mi sonrisa más seductora.

Medio segundo después avanza hacia mí con ese toque chulesco que he detestado desde el primer momento en que lo he visto.

Dejo que se confíe, que crea que tiene el control y, cuando está cerca, actúo. Es un solo movimiento, rápido, limpio y preciso bajo su oreja, en la zona cercana a la nuca. Uno que he practicado cientos de veces con Lucas hasta el punto de perfeccionarlo.

Tal como esperaba, mi cita de esta noche cae inconsciente en el suelo.

Lo arrastro hacia el fondo del callejón y lo dejo sentado detrás de unos contenedores. Tendría que haber traído unas bridas para inmovilizarlo y algo que sirviera de mordaza, pero es lo que tiene actuar por impulsos.

Salgo de allí sin mirar atrás, con la esperanza de que no despierte antes de lo previsto y ponga en alerta a los hombres de Alex. Estoy segura de que, si me paro a valorar con detenimiento lo que acabo de hacer o lo que tengo en mente para las próximas horas, acabaría cancelando los planes, y eso es lo último que quiero; así que mi única opción es no pensar en las consecuencias y seguir guiándome por mi instinto. Al fin y al cabo, tampoco me ha ido tan mal hasta ahora.

# 9

## ALEX

Tardo apenas unos minutos en encontrar un coche eléctrico y hackear su sistema para poder controlarlo. Me subo y pongo rumbo a Cherburgo, el lugar en el que se encuentra el burdel de la organización de Feng.

No me ha dado tiempo a planificar mi intrusión en el local, pero lo mejor será entrar como si fuese uno más de sus clientes. Según lo que he averiguado, primero tendré que pasar por una sala a pie de calle que hace las veces de pequeña discoteca. El burdel, mi objetivo real, se encuentra en el sótano del mismo edificio y no creo que me dejen acceder así como así. Deberé improvisar sobre la marcha. Mi meta es conseguir cualquier información que pueda servirnos en la investigación, pero no puedo permanecer mucho tiempo allí dentro, no sería seguro. El plan es entrar, dar una vuelta, puede que tomar un refresco y marcharme sin llamar la atención.

Nunca he salido sola de misión. Vega siempre insiste en que, como mínimo, vayamos en parejas y que contemos con una tercera persona de refuerzo que nos guíe a través del sistema de escucha. Yo suelo ser esa tercera persona.

Cierro los ojos. Soy plenamente consciente de que, si Vega se entera de esto, estará en todo su derecho a dejarme fuera del equipo, pero ya es demasiado tarde para abortar el plan.

«Echaré una mirada y después me iré», me intento autoconvencer. Solo necesito obtener algo de información que me ayude a facilitarles la misión a mis compañeros, esa en la que apenas podré asistirles desde la distancia.

Me sorprende el ambiente que encuentro en la discoteca. Esperaba un antro de mala muerte, oscuro y solitario, y lo que tengo delante se parece más a un club de moda, con mobiliario moderno, música alta y gente atractiva bailando y tomando cócteles.

Trato de pasar desapercibida y me coloco en una esquina desde la que puedo observar tanto al personal de la barra como a gran parte de los clientes. Apenas llevo cinco minutos de vigilancia cuando escucho a una de las empleadas ordenar a un compañero que baje dos cajas de bebidas al sótano. Me acerco a ellos y sigo al chico fingiendo que respondo un mensaje en el teléfono. Cuando veo que se mete por una puerta de metal negro, acelero el paso, coloco el pie y consigo que no se cierre a su espalda. Disimulo un poco más con el móvil y, cuando estoy segura de que nadie me mira, me cuelo por el mismo lugar por el que ha desaparecido el camarero.

Las escaleras son estrechas y bastante empinadas. Tengo que apoyar la mano en la pared para bajar con cuidado, no tengo ganas de hacer una entrada triunfal rodando hasta el último escalón como una pelota gracias a mis zapatos de tacón.

Cuando llego abajo, me asomo un poco, alerta por si alguien está observando el acceso. Este lugar es mucho más oscuro que la sala de arriba, y también más íntimo. La iluminación es tenue, dominada

por luces rojizas y amarillas que encajan a la perfección con el ambiente, cargado de alcohol, un perfume dulzón y algo más difícil de identificar. Pero lo que realmente me sorprende es el enorme ring de boxeo situado en el centro de la estancia y que no encaja en absoluto con el resto del local. Las cuerdas blancas rodean la plataforma elevada como si aquello fuese un club de lucha clandestino.

«¿Es posible que esto sea un burdel y a la vez un club de lucha?».

Paseo la mirada por el local y no encuentro entrenadores ni gente bebiendo mientras hace apuestas, sin embargo, ese ring está ahí, ocupando el centro de todo esto, por una razón.

A su alrededor hay varias mesas redondas donde la gente parece disfrutar no solo de la bebida, sino también de otras sustancias. Veo varias chicas subidas en el regazo de algunos hombres, parejas besándose y otras a las que poco les falta para follar aquí, delante de todos.

Siento el ambiente enrarecido, como si todos estuviesen esperando algo. Los hombres disfrutan de las chicas, pero dirigen su mirada hacia el ring cada pocos segundos, y entonces, ocurre. Varias luces se encienden y enfocan el cuadrilátero cuando una barra de *pole dance* comienza a surgir lentamente desde el suelo, elevándose con un suave zumbido hasta quedar en una perfecta vertical en el centro de la tarima.

Un par de hombres silban, otros se recuestan en sus asientos, preparados para disfrutar del espectáculo.

Una chica exuberante, vestida con un biquini brillante de color rojo que atrapa la luz de los focos, aparece entre las cuerdas del ring. Se acerca con seguridad a la barra, la coge con una mano y se desliza

suavemente, haciendo que su cuerpo gire en torno a ella. La música es ahora más suave, sensual, y el ring se convierte en un escenario de baile erótico.

Aprovecho que todo el mundo la mira a ella para sentarme en una mesa apartada. Mi problema es que no puedo pasar desapercibida con tanta facilidad como lo he hecho en el piso de arriba. Mi aspecto aquí desentona con el del resto de las chicas de la sala, básicamente, porque estoy demasiado vestida. Todos los clientes son hombres y las mujeres o son empleadas, o bien han venido de acompañantes de alguno de ellos, y yo estoy aquí sola, llamando demasiado la atención.

Una camarera se acerca y decido quedarme solo unos minutos más. Pido una copa sin alcohol.

—¿A quién buscas? —pregunta sin confirmar si me ha escuchado.

—A nadie. Solo he venido a ver el espectáculo. —Le muestro una sonrisa pícara mientras hago un gesto con la cabeza hacia la chica que sigue moviéndose de forma sensual sobre el escenario.

—No lo creo. —Finjo prestar atención a lo que sucede en el ring, esperando que la camarera se canse de ser ignorada y se vaya, pero la muy puñetera insiste—. Mira, no sé quién eres ni por qué te has colado esta noche, pero te aseguro que no quieres que el jefe te encuentre aquí. No acostumbro a dar consejos gratis, pero es mejor que te largues.

—No recuerdo haberte pedido alguno.

—Tú misma. En ese caso, nos veremos a menudo a partir de ahora.

Se da la vuelta y se marcha sin darme la oportunidad de preguntarle a qué se refiere y, aunque lo intuyo, no me echo atrás.

La copa me la sirve una chica distinta en completo silencio y esta ni siquiera me mira a los ojos cuando le sonrío en agradecimiento.

No voy a negar que la actitud de las camareras me ha puesto un poco nerviosa, tanto que no estoy segura de arriesgarme a probar la bebida por si le han añadido alguna sustancia extra.

Rozo con la palma de la mano mi muslo, convencida de que notar la daga bajo la tela del vestido me tranquilizará, pero no funciona como esperaba. Miro a mi alrededor y descubro que varios pares de ojos me observan desde la distancia.

«Mierda. Venir sola ha sido un error».

Estoy a punto de levantarme cuando una sombra se cierne a mi espalda.

—Buenas noches. Espero que no te importe que te acompañe. —Un hombre de unos treinta, vestido completamente de negro y con la cabeza rapada ocupa el asiento libre a mi derecha. Habla francés y diría que este es su idioma nativo. Su forma de actuar, segura y con un toque arrogante, me dice que es alguien con poder al que no me conviene enfadar—. Llevo unos minutos observándote y no he podido evitar acercarme.

—Lo siento, no hablo francés —le miento en mi idioma para mantener mi tapadera.

—Oh, eres inglesa. Nunca lo hubiese dicho.

—¿Y eso por qué?

—Mi experiencia con las inglesas me ha demostrado que son mujeres frías, pero tú no lo pareces.

—Generalizar no es bueno.

—Tienes razón. —La segunda camarera, la que no me ha hecho ni caso, aparece con una bebida y la deja frente a mi nuevo

acompañante. Él da un sorbo y se acomoda en la silla—. ¿Sabes? Es la primera vez que una mujer entra sola en mi club.

—Yo veo a varias mujeres sin acompañante —afirmo intentando mostrar seguridad.

—¿Ellas? Ninguna está sola, todas trabajan para mí. Unas son mis camareras y otras mis putas.

Trato de mantener la mirada en el ring. La mujer que bailaba se ha marchado y, en su lugar, hay un maestro de ceremonias presentando a dos luchadores que permanecen cada uno en una esquina del cuadrilátero. Ambos van vestidos con pantalones cortos, zapatillas deportivas y camiseta de tirantes blanca, como si se tratase de una especie de uniforme de boxeador. Son enormes y, aunque los dos mantienen una postura agresiva, lo que veo en los ojos del que está a la derecha va mucho más allá de la competitividad. He visto antes esa mirada, esa sed de violencia.

—Me gusta tu local —afirmo apartando la mirada del luchador cuando comienza la pelea.

—Sí, me he dado cuenta de eso. De otra forma, no te habrías colado.

—Lo siento. —Hago un puchero—. Es solo que me aburría arriba. He escuchado a alguien decir que la verdadera diversión se encontraba en el sótano y me han entrado ganas de comprobarlo.

Apoyo la mano en su hombro y me agarra de la muñeca con demasiada fuerza.

—Nadie me toca sin mi permiso —gruñe, y sus ojos se clavan en los míos con una frialdad que me asusta. Veo el peligro en ellos y también la crueldad.

—Yo… Lo siento —musito tratando de retirar mi mano de su agarre. Al principio me sujeta con más fuerza, tanto que duele, pero pocos segundos después me suelta tan rápido como me ha atrapado. Hago como si no me ardiera la zona donde sus dedos han presionado hasta cortar la circulación y, en lugar de echarme atrás y tratar de escapar, me muerdo el labio de forma sensual—. Eres fuerte.

Me escruta con la mirada buscando debilidades, secretos, dobles intenciones que me hayan traído aquí esta noche, pero no se me da mal ocultar lo que pienso, así que no encuentra nada de lo que busca y eso lo cabrea.

—¿A qué coño has venido a mi club?

—A nada, ya te lo he dicho. Buscaba algo más excitante y creo que lo he encontrado. —Sonrío de forma sugerente—. Pero bueno, si no soy bien recibida, me marcho.

Me levanto fingiendo estar molesta y vuelve a sujetarme de la muñeca. Esta vez tirando de ella hasta hacerme caer en su regazo.

—No.

Suelto una risita tonta, pero creo que puede ver el miedo a través de mis ojos.

«Soy idiota». Solo a una idiota se le habría ocurrido venir a un burdel propiedad de una de las mayores organizaciones de trata del mundo sin refuerzos y sin informar a nadie de lo que iba a hacer.

—¿No?

—Acabas de decir que has venido buscando una experiencia excitante y a mí no me gusta decepcionar a nadie y menos a una muñeca tan bonita como tú. —Su mano acaricia mi rodilla, dibujando círculos en mi piel a la vez que asiste atento al combate. El luchador

en el que me he fijado antes ha derribado al otro y le está dando patadas en el estómago mientras le grita que se levante y le proporcione la pelea que merece. Trago saliva y observo de reojo cómo mi acompañante disfruta del espectáculo. Su mano comienza a trazar un camino ascendente por debajo de la tela de mi vestido y noto cómo su miembro se endurece debajo de mí. Me tenso y aprieto los muslos para que no pueda avanzar. Si sube un poco más, se encontrará con la daga que llevo atada al muslo y entonces sí que estaré en problemas—. Abre —ordena mirándome a los ojos.

—Me halaga que quieras estar conmigo, pero vas un poco rápido. ¿Qué te parece si nos tomamos la copa primero? —sugiero con voz dulce mientras trato de apartarme, cosa que él no me permite, rodeando mi cintura con uno de sus brazos.

—Vamos, no te hagas la dura conmigo, cariño, no te conviene. Alguna ya lo ha intentado antes que tú, pensando que conseguir la atención del jefe la haría ganar un trato de favor. Pero te cuento un secreto —me susurra al oído—: la cosa no funciona así.

—Creo que te equivocas. Yo no trabajo para ti.

—¿Estás segura? Porque podrías convertirte en una de mis putas favoritas por una temporada.

Me chupa la mejilla como si fuera una piruleta y, en ese momento, sé que no voy a aguantarle ni una más a este gilipollas.

Me preparo para atacar cuando hace presión con su mano para abrirme las piernas, pero entonces su teléfono suena y, como si no hubiese estado a punto de forzarme, descuelga y comienza a hablar amigablemente en francés sobre una próxima pelea. Aprovecho un momento de distracción para levantarme de su regazo y él me lanza una mirada de advertencia.

Me giro hacia la salida y la descubro custodiada por dos hombres que asumo trabajan para el mafioso del que intento deshacerme. Uno de ellos se acerca y me ordena que me siente y permanezca tranquila hasta que el jefe termine su llamada.

Observo el local con detenimiento. El combate ha terminado y la mayoría de los hombres están ahora centrados en beber y manosear a las mujeres que tienen a su alrededor.

Cierro los ojos. Necesito pensar. He de encontrar la manera de salir de aquí y sé que se me está acabando el tiempo. Si saco mi Glock del bolso, podría disparar al hijo de puta que tiene en mente violarme esta noche, pero no me daría tiempo a matar también a sus dos gorilas antes de que uno de ellos me pegase un tiro.

Necesito ganar algo de tiempo.

—Perdona, tengo que ir al baño —pido al que me ha ordenado sentarme.

Mira a su compañero durante lo que parece una eternidad y al final asiente.

—Llévala y quédate en la puerta —ordena al otro y vuelve a dirigirse a mí—. Te guardaré el bolso.

—Pero quería aprovechar también para retocarme el pintalabios —respondo haciendo un mohín y, por su gesto impasible, sé que mi estrategia no ha funcionado. El tío desconfía de mí, seguramente desconfíe de todos, y no le falta razón: quiero mi bolso para llamar a Alex y sacar mi arma.

—No. Y lárgate antes de que cambie de idea.

Camino en la dirección que me ha señalado notando cómo el otro gorila me sigue a un par de metros de distancia. Me siento como si

estuviese cruzando el corredor de la muerte. Cada paso que doy, me aleja más de mi Glock y, con ello, de una posible vía de escape.

# 10

## ALEX

Nuestra reunión de negocios ha terminado hace un rato y ahora Mathis y yo tomamos una copa mientras nos relajamos hablando de temas menos intensos. Lleva cinco años comprándonos armas sin fallar en un solo pago y quería saber si contaría con nuestro apoyo si decidiera ampliar su negocio hacia el centro de Francia. Mi respuesta ha sido contundente: si paga el precio que acordemos, tendrá las armas que necesite.

Me levanto del sofá y me acerco a la barandilla del reservado en el que estamos, desde donde puedo divisar la pista de baile casi al completo. Hace un rato que no veo a Alba y, aunque sé que Parker y Hughes están vigilándola, mi obsesión por ella no ha disminuido ni un ápice desde que nos subimos al maldito yate de mi primo.

Hago un barrido visual buscándola, repaso la sala tres veces, pero no la localizo y una sensación extraña se acomoda en mi garganta. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y abro la aplicación GPS. No fui tan estúpido de intentar hackearle el teléfono, me habría descubierto a la primera, pero sí que coloqué un nanorrastreador en todos sus zapatos izquierdos. La aplicación la ubica a casi ocho kilómetros de la discoteca y eso es raro de cojones.

No me molesto en disculparme con Mathis antes de salir del reservado y dirigirme a la esquina en la que se encuentra Parker. De camino, le hago un gesto a Hughes para que me siga.

—¿Dónde coño está? —pregunto en la cara de Parker.

—Estuvo bailando un rato, luego se tomó una copa y…

—¡No te he pedido un informe de lo que ha estado haciendo durante la noche, te he preguntado que dónde está en este jodido momento!

—En el baño dándose el lote con un tío al que ha conocido.

—¿Qué has dicho? —siseo sin levantar la voz, pero me aproximo tanto que mi nariz se encuentra a solo un par de centímetros de la suya. Quiero darle un cabezazo y ver cómo la sangre cae a chorros de ella.

—Bueno, estuvo bailando con un pijo y luego se lo llevó al baño.

Me contengo porque no tengo tiempo para perderlo con estos gilipollas y me voy dando zancadas hasta el aseo. Entro y comienzo a abrir los cubículos mientras las mujeres que hay allí me gritan o salen corriendo.

No está.

Repito el mismo proceso en el baño de hombres y obtengo idéntico resultado. La ira burbujea en mis venas y empiezo a verlo todo rojo. Al salir, me encuentro de cara con Parker y le pego el cabezazo que me he aguantado antes. La sangre comienza a gotearle por la barbilla, pero no es suficiente. Le doy un puñetazo en el estómago y choca de espaldas contra la pared del pasillo, pero no intenta defenderse. Estoy a punto de golpearle de nuevo cuando escucho mi nombre.

—Joder, Alex. Aquí no —masculla Mathis sin atreverse a tocarme —. ¿Qué está pasando?

—Lo que pasa es que estos dos gilipollas tenían que vigilar a la chica que ha venido conmigo y la han perdido de vista.

—Lo siento, pensamos que querría intimidad. Solo han sido diez minutos y hemos estado controlando la entrada al pasillo. Juro que no ha vuelto a salir. No he apartado la vista ni un solo momento —afirma Hughes.

—Hay una salida de emergencia al final del pasillo —apunta Mathis—. Da a un callejón lateral.

Me dirijo disparado hacia allí y al salir me recibe la penumbra. Enciendo la linterna del móvil y comienzo a buscarla mientras grito su nombre. Mis hombres y Mathis hacen lo mismo que yo hasta que este último encuentra a un chaval tirado detrás de un contenedor semiinconsciente. Lo despierto de una patada. Está aturdido, pero tarda menos de un par de minutos en contarnos la extraña situación que ha vivido esta noche con una mujer de pelo color rosa chicle.

Abro de nuevo la aplicación de rastreo y veo que ahora se halla a veinticinco kilómetros de aquí y que sigue alejándose.

—Mierda, va en coche. ¡Nos vamos!

—Voy contigo —afirma Mathis, y la verdad es que en estos momentos me da igual lo que haga. No me niego, pero tampoco espero—. Este es mi territorio, te seré de ayuda.

Nos montamos en mi coche y mis hombres lo hacen en el todoterreno negro en el que han venido. Ambos son de alquiler y cuando piso el acelerador a fondo, echo de menos la potencia de mi Shelby.

Le lanzo el teléfono a Mathis.

—Guíame.

—¿Tienes idea de a dónde puede estar yendo?

—Si la tuviera, no necesitaría rastrearla —respondo con furia.

—Sigue por la departamental D-650, así que lo más seguro es que se dirija a Cherburgo.

—¿Qué mierda hay en Cherburgo?

—No lo sé, Alex. Es una puta ciudad. Si me dices quién es la chica, igual puedo ayudarte mejor.

Resoplo. No voy a contarle nada de Alba. No quiero que nadie sepa sobre ella y mucho menos que se le acerquen.

—Solo tienes que saber que la están buscando y que he de recuperarla cueste lo que cueste.

Piso el acelerador más a fondo y adelanto a los pocos coches que me encuentro en el camino invadiendo el carril contrario. Necesito llegar hasta ella cuanto antes. No me importan los motivos por los que se ha escapado ni a dónde se dirige, porque, cuando acabe la noche, ella estará encerrada en el yate y no volverá a pisar tierra firme hasta que a mí me dé la gana.

—¡Se ha parado! —grita Mathis, sacándome de mis pensamientos —. ¡Joder, no! Dime que no va a donde creo que va. ¡Mierda!

—¡Habla de una puta vez! —Me distraigo de la carretera para mirarlo y estamos a punto de colisionar de frente contra un camión cisterna. Por suerte, ha dado un pitido que ha captado mi atención y he conseguido esquivarlo con un volantazo justo antes del inminente impacto.

—Joder, frena un poco, vas a matarnos a los dos. —Hace una pausa—. Entiendo que la chica te importa de alguna manera, así que no va a gustarte saber que está en el Velvet.

—No tengo ni idea de qué es eso. Habla claro, joder.

—La planta baja es un club de moda, una discoteca pequeña a la que acude la gente pija de la ciudad, pero el sótano es un puticlub, uno con reputación de poder conseguir a la chica que quieras. No sé de dónde las sacan, pero todo el mundo sabe que algunas no están allí por voluntad propia.

—¡Joder! —grito mientras doy golpes al volante. Estoy tan furioso que podría matar a Parker y a Hughes ahora mismo si los tuviese delante—. ¡Putos imbéciles ineptos! ¿Cuánto nos queda para llegar?

—Quince minutos.

—Serán diez.

—No va a ser fácil sacarla de allí, Alex.

—Me importa una mierda si es fácil o no. Te juro que ella vuelve conmigo esta noche, aunque tenga que quemar todo el maldito edificio.

Pensar que algo puede haberle pasado me está matando por dentro. Se supone que se encuentra bajo mi protección y le he dado libertad suficiente para que haya escapado de mí. Intuyo que no ha elegido este local al azar, pero ni en siete vidas habría pensado que sería capaz de hacer algo tan absurdo como ir a uno de esos clubs sin ningún tipo de apoyo.

Aparco el coche encima de la acera y, antes de salir, Mathis me pide calma.

—Déjame hablar a mí. Conozco a René desde hace años y creo que puedo conseguir que nos dé a la chica. ¿Todavía peleas?

—¿A qué coño viene eso?

—Hay un ring en el sótano. Este lugar se convierte en un club de lucha clandestino durante los fines de semana. A René le encantan

los combates, cuanto más duros y sangrientos, mejor. Suele concederle un favor al ganador, además de un buen fajo de billetes.

—¿Quieres que pelee para llevármela a ella?

—Es eso o entrar dando tiros, y te aseguro que siempre va bien acompañado de sus hombres.

—Está bien, probaremos primero a tu manera, pero si algo no me gusta, me lío a tiros y me la llevo de allí.

Mathis llama por teléfono a René y le avisa de que está por la zona y que va para allá con un luchador que está seguro de que va a dar espectáculo. Mientras él habla, saco de la guantera mi nueve milímetros, las gafas transparentes y un par de cargadores de reserva con balas de color rojo anaranjado. Lo coloco todo en mi tobillera y Mathis se queda mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es lo que creo que es?

Asiento en un gesto seco y salgo del coche. Entiendo su reacción. Hace solo unos meses que Amapola salió al mercado y su reputación ya ha corrido por toda Europa como la pólvora. Mathis acelera el paso para ponerse a mi lado y saluda al tío de la entrada de la discoteca cuando nos acercamos. Este nos deja pasar y el que está a su lado nos abre el camino hasta una puerta negra de metal situada detrás de la barra principal. Antes de permitirnos el acceso, nos pide que le demos las armas.

Le entrego la que llevo a la cintura y mi colega hace lo mismo.

—¿Es todo? —pregunta mirándonos alternativamente a uno y a otro.

—¿Es que te apetece cachearme o qué? —respondo vacilándole, y el tío nos abre para que pasemos.

Bajo las estrechas escaleras detrás de Mathis y comienzo a buscar con la mirada a Alba, pero no está en ninguna jodida parte. El sitio se encuentra repleto de tíos vestidos con trajes caros que babean encima de mujeres semidesnudas. La mayoría de ellas parecen demasiado jóvenes para trabajar aquí y eso me cabrea. Cuento seis hombres con pinta de formar parte de la seguridad del local. Están de pie en zonas estratégicas, apartados, pero lo suficientemente visibles como para que nadie se olvide de su presencia.

Sigo buscándola en cada puto rincón hasta que mi socio me golpea en el hombro y me señala con la mirada al tipo que tenemos a solo unos metros a la izquierda. Se encuentra sentado junto a una mesa, observando cómo un luchador destroza a otro en el ring.

—Mathis, colega. —Se levanta al vernos y esboza una sonrisa mientras le tiende la mano.

—René, ¿cómo va la noche?

—Pues de momento me ha traído varias sorpresas, entre ellas, que me hayas llamado. Hacía mucho que no te veía en uno de mis clubs.

Su sonrisa desaparece y da paso a una mirada escrutadora. No se fía.

—Sabes que esto no es lo mío.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Te lo he dicho por teléfono. Mi amigo va a estar por aquí unos días y ha oído hablar de tus peleas. Quiere participar.

Me observa de arriba abajo, fijándose en mi ropa poco apropiada. Llevo puestos unos vaqueros y una camisa negra arremangada hasta los antebrazos.

—¿Estás seguro de que has luchado antes? No te veo muy… preparado.

—No necesito nada más que mis puños para darle una paliza a tu hombre —afirmo con chulería, y giro la cabeza hacia el ring, donde el tipo que ha ganado el combate da vueltas presumiendo ante el público mientras lo ovacionan. Noto cómo sus ojos siguen clavados en mí hasta que por fin acepta.

—Está bien, disfrutemos de una buena pelea entonces. Solo tengo una condición.

—¿Cuál?

—La única regla del combate es que solo podéis utilizar vuestro cuerpo: sin armas, sin botellas estampadas en la cabeza del otro…

—Acepto. ¿Qué obtengo yo cuando gane?

Sonríe con malicia, pero no me contradice.

—Tres mil euros y una noche con la chica que quieras.

—Me parece bien. ¿Empezamos o tu hombre necesita descansar?

René le dice algo a uno de sus guardias de seguridad y este se acerca al ring y le transmite el mensaje al que todavía está pavoneándose sobre él. Nos mira, se ríe y después asiente con la cabeza.

—Creo que mi hombre ha aceptado el reto. Si te digo la verdad, me gustaría ver cómo alguien le baja los humos, últimamente está de lo más engreído y empieza a cansarme.

—Será un placer ayudarte con eso.

—Él te llevará a un vestuario para que puedas cambiarte y vendarte las manos si quieres.

Asiento y sigo al hombre que me señala. Necesito recorrer cada puto rincón de este sitio hasta encontrar a Alba.

Llegamos a los baños y me fijo en que hay un hombre parado frente a la puerta del aseo de mujeres; el bolso que sujeta entre las manos llama mi atención.

—¿Todavía no ha salido la puta? —pregunta el que me acompaña. El otro niega con la cabeza—. Creo que al jefe le va a gustar domar a esta, parece de las rebeldes.

Estoy a punto de arrancarles las cabezas a los dos gilipollas que tengo delante, pero en el último segundo, levanto la mirada y veo que hay varias personas observándonos con detenimiento. Suspiro y decido acelerar las cosas.

—He cambiado de idea, no necesito vendarme las manos, pelearé así. Total, no creo que vuestro amigo me dure ni un asalto.

—Me parece que vas a tragarte tus palabras, chaval —responde el que me ha acompañado—. Yo que tú iría rezando cualquier oración que te sepas, porque el cabrón de Pierre va a destrozarte.

—¿Qué te parece si apostamos algo? Si gano, al terminar el combate, me traes una botella del mejor whisky que tengáis y me la bebo antes de que acabe la noche. Si pierdo, yo pago y tú bebes.

—Esa botella de la que hablas vale unos ciento cincuenta euros. Acepto.

Estoy ganando tiempo para que Alba salga del baño y, cuando lo hace, suspiro de alivio al comprobar que no le han hecho daño. Sus ojos se abren más al encontrarse conmigo y sé que tengo que reaccionar antes de que me delate.

—Joder, creo que elegiré a esta —digo repasando su cuerpo de arriba abajo.

—No sueñes, todavía no la ha catado el jefe y él siempre va primero.

—¿Me devuelves ya mi bolso? —nos interrumpe ella con voz de niña malcriada.

—Nena, no sabes las ganas que tengo de callarte la boca con mi polla. ¡Andando!

La sujeta del codo y la lleva casi a rastras hasta donde se encuentran René y Mathis. Se han sentado en una de las mesas más cercanas al ring y están hablando mientras les sirven una bebida.

Me quito la camisa y voy directo al cuadrilátero cuando veo que obligan a Alba a sentarse junto a René. No sé cuánto tiempo tardaré en liarla parda como no le quiten las manos de encima.

Subo de un salto a la lona y apremio al que hace de presentador para que dé comienzo a la pelea. El otro luchador es un imbécil engreído lleno de músculos, pero no me preocupa, me he enfrentado a tíos peores que él en el Masters.

Cuando suena la bocina que da inicio al combate, dejo que sea mi contrincante el que venga primero a por mí. Muestra una sonrisa ladeada y los ojos inyectados en sangre, fruto de alguna droga que ha consumido esta noche.

Dejo que me toque un par de veces antes de lanzar mi primer golpe directo a la boca de su estómago, al cual le sigue una patada en las costillas. El hombre delante de mí suelta un grito de dolor. Me dedica un gesto de sorpresa mezclada con odio cuando se percata de que me ha subestimado.

Damos un par de vueltas al ring, ambos tratando de encontrar los puntos débiles del otro hasta que lanza su siguiente puñetazo, lo que deja al descubierto el lado derecho de su cara. Soy más rápido que él y bloqueo su ataque con mi antebrazo a la vez que lanzo mi puño directo a su mandíbula. Sigo golpeando una y otra vez. Su

espalda choca contra las cuerdas y eso me permite mantenerlo atrapado, de forma que le resulta mucho más difícil responder a mi ataque. Tengo los puños llenos de su sangre y noto que está perdiendo fuerza. Es entonces cuando escucho el grito de René.

—¡He dicho que te arrodilles, puta! Joder, ni siquiera sabes obedecer una orden. Ayúdala.

Mis ojos van directos a la escena. El hombre que esperaba a Alba en la puerta del baño la agarra de la nuca y la obliga a ponerse de rodillas delante de su jefe. Ella intenta levantarse y él coloca las manos sobre sus hombros para mantenerla en el suelo.

—¡Déjame en paz, animal! —grita con odio.

—Pero ¡qué tierna! ¿De verdad crees que tienes elección? —responde René.

Después, se lleva las manos al cinturón y, en ese momento, el tío al que yo estaba machacando en el ring me suelta un derechazo que me deja aturdido por un segundo.

Me lanzo hacia él con toda la rabia contenida por lo que acabo de ver y le doy un cabezazo que le rompe el tabique nasal. Comienza a sangrar, pero me olvido de él para devolver la mirada a Alba justo en el momento en que René le da una bofetada que la hace caer hacia atrás. El muy hijo de puta tiene la polla fuera.

Me agacho y saco de la tobillera las gafas transparentes y el arma. Cuando me levanto para apuntar a René, veo el instante exacto en que Alba levanta ambas manos y le clava un puñal en el pecho. El cabrón apenas tiene tiempo de entender lo que acaba de pasar antes de desplomarse en el suelo.

Desvío la mira que aparece en mis gafas y disparo a los dos guardaespaldas que los rodean, incrustando una bala en cada una

de sus frentes. Mathis ha neutralizado a otro de ellos y Alba aprovecha el estallido de gritos en el local para coger su bolso de las manos de uno de los guardias muertos y sacar su Glock.

En unos segundos, el sótano se convierte en un caos de disparos y gente corriendo hacia la salida, demasiado estrecha para acogerlos a todos a la vez.

Salto sobre las cuerdas del ring y me coloco junto a Alba, protegiéndola con mi cuerpo.

—¿Estás bien?

—Sí, pero él todavía está vivo y necesito información.

Sé lo que me está pidiendo y también que debería ignorarla, cargarla sobre mi hombro y arrastrarla de vuelta al yate, el lugar del que nunca debió salir. Sin embargo, me encuentro haciendo todo lo contrario. Me acerco al hijo de puta y coloco mi bota sobre el mango del puñal que aún sigue clavado en su pecho, presionando para que la hoja se hunda un centímetro más.

—¡Canta!

—¿Quién eres? —balbucea escupiendo sangre.

—Tu peor pesadilla. Y ahora dime cómo coño habéis conseguido esquivar las redadas policiales después de que Feng fuera exterminado.

—No s-sé de qué coño hablas.

Saco la navaja que llevo en la tobillera, mi favorita, no porque tenga un diseño especialmente bonito, sino porque su punta está tan afilada que me permite dibujar sobre la piel con una precisión increíble. Me agacho junto a él, levanto su camiseta y comienzo a cortar, ejerciendo la fuerza suficiente para que la sangre brote, pero sin llegar a dañar ningún órgano.

—Uy, creo que se me ha caído el cuchillo en tu estómago. Fíjate, tienes una sangre preciosa.

Es cierto, el líquido que mana de su cuerpo es de un color rojo tan brillante que, por un momento, me quedo embelesado mirándolo.

—Maldito psi-psicópata de mi-mierda.

—¿Te refieres a mí? —pregunto ofendido. Tose e intenta apartarse, pero no tengo más que agarrar el mango del cuchillo que atraviesa su pecho para que vuelva a permanecer quieto—. Puedo hacer esto muy rápido o seguir jugando y cortando tu piel hasta que toda ella quede impregnada con tu sangre. ¿Qué eliges?

—Ella os matará a todos —sisea.

Ignoro su amenaza y trazo una «A» con mi navaja que ocupa todo su rostro, la punta en el centro de su frente y las patas recorriendo sus mejillas hasta acabar a ambos lados de su boca. De repente, fija su mirada en mis ojos, su expresión se transforma en una de puro terror y me llama como nadie lo había hecho en muchos años.

—Abismo.

Mi mente se nubla, las paredes a mi alrededor se tornan oscuras, casi negras, y el suelo se impregna de la sangre de los hombres que han sido torturados en estas celdas.

Sus voces inundan mi cabeza.

Un solo apodo pronunciado de mil formas distintas. Con odio, con horror, con impotencia. Entre gritos, desgarros y súplicas.

«Abismo».

Tal como tiene que ser, destruyo todo lo que hay a mi alrededor.

Hago algo más que seguir su orden: la llevo al extremo y convierto el mundo en un puto infierno. Mi infierno. Ese del que nadie regresa.

# 11

## ALBA

Después de todo lo que ha sucedido en los últimos días, parece que había olvidado quién era Alex realmente, pero cuando perdió el control y comenzó a despedazar a cada hombre que se cruzaba en su camino, volví a recordar en quién se había convertido. La esencia de su padre goteaba en cada gesto, en cada mirada mezcla de odio y disfrute mientras arrasaba con todo. Fue como si algo primitivo se hiciera con las riendas de su cuerpo. Los ojos se le oscurecieron y parecía no escuchar los gritos de Mathis advirtiéndole que teníamos que irnos si no queríamos enfrentarnos a la policía. Sin embargo, él seguía rompiendo cosas y hundiendo su cuchillo en la carne de cualquier desgraciado que se le pusiera por delante, como si nada más importara.

Quise acercarme, tocarlo y obligarlo a que volviese a la realidad, pero el vacío que advertí en sus ojos me dejó clavada en el sitio y no pude hacer más que observar con miedo el infierno que se había desatado en su interior.

Fueron Parker y Hughes, ayudados por Mathis, quienes lograron contenerlo tras varios intentos, aunque él seguía revolviéndose,

obstinado en liberarse de sus agarres, y de esa forma no íbamos a conseguir sacarlo de allí.

No sé qué me llevó a hacerlo, pero me planté delante de todos, tratando de no mostrar el temor que invadía cada célula de mi cuerpo y le pedí que me llevara a casa. Alex me observó extrañado, como si mi presencia no tuviese sentido alguno en mitad del caos que él mismo había creado. Poco a poco su cuerpo se fue destensando. El tormento que lo había dominado se apagó y una versión más confundida y manejable de sí mismo nos permitió abandonar con él el lugar.

No volvió a dirigirme la mirada y solo habló para ordenarle a Hughes que me llevara al yate.

Tan pronto como Hughes y yo subimos a bordo de la embarcación, Parker sale a nuestro encuentro.

—Se ha tomado una pastilla para dormir —anuncia mirando a su compañero.

—Me alegro —responde Hughes.

—El muy cabrón me ha partido el labio…

Noto la tensión en el ambiente y creo que no están muy cómodos hablando de su jefe delante de mí. Aun así, siento la necesidad de entender lo que ha pasado esta noche.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—¿No la estás haciendo ya? —me responde Parker sin una pizca de simpatía en la voz.

—¿Le había pasado antes? Me refiero a perder el control de esa manera, como si no fuese él mismo.

Mira un momento a Hughes antes de responderme.

—No sé si puedo darte esa información y tampoco es que seas una de mis personas favoritas después de que nos la hayas jugado esta noche.

—Tienes razón —admito—, pero necesitaba ir a ese club sin que él se enterase. Siento si os he traído problemas.

—Pues te ha salido de puta madre —se burla Parker—. Hughes, te toca vigilancia, voy a descansar un rato.

Parker se marcha y yo decido que es mejor esperar un poco aquí en cubierta. Mi camarote está en la misma dirección que el resto y prefiero no arriesgarme a encontrármelo de nuevo.

—No se lo tengas muy en cuenta —pide su compañero antes de que me haya movido del sitio.

—¿Al idiota? No lo hago, entiendo que esté molesto, que ambos lo estéis.

—Es un poco gilipollas a veces, pero además está frustrado porque no quería que lo enviaran aquí.

Hughes se apoya en la barandilla y yo hago lo mismo a su lado.

—Ya, supongo que hacer de niñera no es la tarea más gratificante del mundo para ninguno de los dos.

—Eso no importa. Alex nos eligió porque confiaba en que desempeñaríamos bien nuestro trabajo y hoy le hemos fallado. No ha sido solo culpa tuya, tendríamos que haber estado preparados.

Me fijo un poco más en él. Es rubio, no muy alto y su sonrisa me recuerda a la de Sebas, mi compañero. Hasta ahora, había intentado pasar de los dos guardias que no me quitaban los ojos de encima por órdenes de su jefe, pero me doy cuenta de que Hughes no es tal como había pensado. Pasé mi infancia rodeada de hombres armados, enormes, cuya única misión era seguir las instrucciones del

mayor hijo de puta de la historia: el padre de Alex; soldados capaces de sobrepasar cualquier límite, carentes de emociones como la compasión o la empatía.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, claro —responde Hughes confundido.

—Entonces, sabrás que pertenezco al equipo de élite de Atenea, que entrenamos día y noche para ser los mejores y, sobre todo, para no fallar nunca. Esta noche no quería que me siguierais. Si no lo hubiese conseguido de la forma en la que lo he hecho, lo habría logrado de otra, pero dudo que hubieseis podido evitarlo. —Me sonríe y se retira el pelo de la cara—. Vaya, creo que eso ha sonado un poco engreído por mi parte.

—Tranquila, conozco vuestra fama. Sobre lo que has preguntado antes…

—No quiero que respondas si eso puede meterte en un problema —lo interrumpo. Es cierto, no pretendo complicarle más la situación y que se vea forzado a contarme algo que le traiga consecuencias, empieza a caerme bien.

—Alex sufre estos ataques desde hace unos meses. Tiene un carácter bastante especial, es increíblemente inteligente y disfruta jugando con la mente de los demás, pero nunca le había visto perder el control de esta manera hasta hace unas semanas.

—Gracias por habérmelo contado. Prometo no hablar de esto con nadie.

Hughes me cae bien.

Me despido de él y me marcho.

Cuando paso por delante del camarote de Alex, dudo, pero, una vez más, mi primer impulso gana la batalla y abro la puerta con

sigilo, sin pensar en las consecuencias que tendría encontrarlo despierto.

No soy tonta y sé que la próxima conversación que mantenga con él no va a ser bonita. Lo he engañado para poder salir del yate y he esquivado a sus hombres para escaparme sin que lo supieran.

Por suerte para mí, la habitación está en penumbra; aun así, consigo distinguir su silueta tendida en la cama gracias a la luz tenue de una pequeña lamparita situada sobre la mesilla de noche.

Me siento en la butaca que hay en una esquina y suspiro, aceptando la calma que al fin me rodea. Lo observo mientras duerme y los recuerdos de un pasado que trato de olvidar acuden sin haber sido invitados.

Otra habitación, muchos años atrás, una escena similar.

*Alex permanece tendido en su cama, magullado después de la brutal paliza que su padre le ha propinado. Lleva tantas horas durmiendo que he llegado a pensar en la posibilidad de que no despierte nunca.*

*Eso me asusta demasiado.*

*Él es la única persona que parece verme dentro de la casa, el único que no me trata como si fuese un mueble más de la decoración —o alguien que puede ayudar a las criadas con alguna tarea—, al menos cuando estamos solos.*

*Cuando despierta, sus ojos me abrazan, pero sus labios me echan de la habitación sin reparos. No lloro y tampoco le hago caso. No pienso irme y sé que, en el fondo, él tampoco quiere que lo haga. En su lugar, comienzo a contarle anécdotas de mi colegio. Al principio, finge no escucharme, incluso hace como que está solo en la habitación. Pero yo no me rindo, y cuando le cuento cómo me he*

*caído de culo al intentar saltar el potro en clase de gimnasia, las comisuras de sus labios se estiran hacia arriba y esa sonrisa que tan bien esconde hace acto de presencia.*

*Animada por lo que he conseguido, sigo hablando y hablando hasta que se hace de noche y tengo que irme para que Ania, el ama de llaves, no me encuentre en su cuarto cuando venga a traerle la cena. Me despido dándole las buenas noches y él me responde igual.*

La escena se repitió muchas veces a lo largo de los meses siguientes, demasiadas, cada vez que el señor Reigadas decidía descargar su furia en él.

No podíamos hablar fuera de su habitación, Alex decía que era peligroso para mí que alguien nos viera juntos.

Con el tiempo se convirtió en mi amigo, en el único que tenía, y nuestra amistad, en un cuento de aventuras en el que guardar nuestro secreto era la misión más importante.

¿Cómo pasó de ser aquel niño cauteloso y protector a esta versión de su propio padre?

# 12

## ALEX

Abro los ojos y la veo acurrucada en el sillón que hay frente a mi cama. Está dormida y, si permanezco inmóvil, puedo escuchar su respiración profunda y acompasada en mitad del silencio de la noche. Permanece tan serena, tan perfecta, que me entran ganas de acercarme e inhalar su calma. No sé qué la hace tan especial, ahora mismo debería despedazarla por la que ha liado esta noche y, sin embargo, lo único que quiero es preservar la paz que irradia dormida.

Me acerco y la sensación se intensifica. La cojo con cuidado, pasando un brazo bajo sus corvas y colocando el otro en su espalda, de forma que sigue acurrucada, pero ahora contra mi pecho. Inhalo su aroma a manzanas antes de tumbarla con delicadeza en mi cama. Es tan pequeña y parece tan frágil en este momento…

No se despierta, ni siquiera cuando me tumbo a su lado y la observo de cerca, tratando de absorber esa quietud y hacerla mía.

He pasado dos horas velando su sueño cuando ella abre los ojos de forma perezosa y, al contrario de como esperaba que hiciese, no se sobresalta por mi cercanía. Esta noche he visto el miedo en sus ojos al encontrarse con el vacío en los míos. Ese temor, junto con el

sonido de su voz, fue lo que me trajo de vuelta de la regresión en la que estaba encerrado.

Las malditas regresiones parecen haber vuelto para quedarse. Como siempre, no recuerdo nada de lo que hice ni de lo que pasó a mi alrededor. Lo que sé es que estaba sacándole información a un hijo de puta y al minuto siguiente he despertado aquí, en mi habitación, con ella guardando mi descanso. Recuerdo su voz pidiéndome que la llevase a casa, verla justo delante de mí con los brazos extendidos y una expresión triste en su rostro… No estoy seguro, pero creo que encontré la salida del caos que inundaba mi mente gracias a ella. No sé lo que presenció, ignoro lo que llegué a hacer anoche, aunque puedo imaginarlo.

Alba me observa en silencio, sin alterarse o gritar y yo disfruto de cada segundo de tenerla así.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunta después de unos minutos, pero no noto fastidio en su voz.

—Estabas durmiendo en la silla, yo te traje. ¿Te molesta? —Hablo en voz baja para no romper el momento.

Ambos estamos tumbados cara a cara, observándonos como si fuera lo más natural del mundo, aunque tengo la certeza de que nunca antes he hecho esto con nadie.

—No, tu cama es bastante más cómoda que esa butaca.

«Dios, quiero comérmela entera».

Le acaricio la sien y el nacimiento del pelo como desde hace rato deseo hacer, y ella simplemente me lo permite. Nunca he querido cuidar de nadie y ahora siento que lo único que necesito para mantener la cordura es que ella esté bien, a salvo, en paz. Feliz. Justo como la veo en este instante.

—Esto es un poco raro —susurra sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Te incomoda lo raro?

—¿De verdad le acabas de preguntar eso a la chica que lleva el pelo de color rosa chicle?

—Joder, tengo ganas de besarte —afirmo sin dejar de acariciarla. Una vez que he tocado su piel, ya no puedo alejarme—. ¿Sería raro que lo hiciese?

—Lo sería —responde seria, y me tomo su respuesta como una invitación.

Me acerco despacio, dándole tiempo a decidir si quiere evitarlo, si quiere evitarme. No se mueve. No se aparta ni se aleja hasta que mis labios rozan los suyos, que son suaves, tiernos y esponjosos, lo más dulce que he probado en la vida. Y aunque es la segunda vez que lo hago, este beso no tiene nada que ver con aquel que nos dimos hace días en la cubierta del barco.

—Necesito preguntarte algo. —Me aparto lo suficiente para seguir contemplándola sin quedarme bizco, pero mantengo mi mano en su cintura—. ¿Me tienes miedo?

Sé que el momento se ha roto cuando deja de tocarme y se coloca bocarriba, mirando al techo en lugar de mirarme a mí. Suspira y yo cierro los puños temiendo su respuesta.

«¿Por qué me importa tanto?».

—Voy a intentar ser lo más sincera posible. Pasé miedo anoche. Te vi matar de forma sangrienta a varias personas, vi cómo disfrutabas de su sufrimiento, cómo te alimentabas de él, de cada tortura y cada grito de dolor. —Soy así, ese al que está describiendo soy yo y, si no puede soportarlo, no hay nada que yo pueda hacer—. Pero cuando

pasé verdadero terror fue cuando te miré a los ojos y encontré en ellos un vacío interminable. El de ayer por la noche no eras tú, Alex.

—Te equivocas, soy exactamente el hombre que viste.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Me encantaría saber lo que está pensando, pero tardo poco en descubrir que no tiene nada que ver conmigo.

Se sienta en la cama con las piernas cruzadas antes de hablar.

—Tengo que llamar a Vega y contarle lo que ha pasado. Va a matarme cuando se entere, joder.

—Sí, es muy probable —afirmo incorporándome también.

—¿En serio? ¿No se supone que deberías intentar tranquilizarme diciéndome que no es para tanto?

—A ver, puedo mentirte, pero los dos sabemos que Vega no es lo que se dice una persona comprensiva. La abejita tiene una mala hostia que flipas cuando le tocan la moral.

—¿Abejita?

—Es la forma cariñosa con la que empecé a llamarla cuando nos conocimos. Aunque teniendo en cuenta que por aquel entonces no sabía quién era ella en realidad y que ahora es la mujer del jefe, tal vez debería empezar a llamarla Abeja reina.

—¿Quieres dejar de decir idioteces? Estoy pensando en cómo contárselo. —Antes de que pueda adivinar mis intenciones, saco el móvil del bolsillo, marco el número de su jefa y pongo el altavoz—. Pero ¿qué haces? ¿Eres imbécil?

—Alex, son las seis de la mañana —responde Vega desde el otro lado de la línea—, así que espero que sea importante.

—Vamos, no te quejes, que siempre te despiertas antes de esta hora para entrenar. Fuera de coñas, Alba y yo tenemos que hablar

con vosotros. Bueno, Alba quiere hablar contigo y, teniendo en cuenta que yo estoy en el ajo, he pensado que lo mejor era hacer una llamada a cuatro.

—Espera, que aviso a tu primo. —Alba me susurra que va a matarme en cuanto colguemos y, en respuesta, me encojo de hombros y pongo cara de niño bueno—. Vale, ya estamos, ¿ha pasado algo? Alba, ¿todo bien?

—Hola, Vega. Sí, todo en orden, pero tengo algo que contarte. Ayer descubrí que uno de esos locales que parecen blindados está muy cerca de donde nos encontramos y me pareció buena idea acercarme para ver si podía obtener información.

—¿Sin avisarme antes? —pregunta Vega furiosa.

Al ver la cara que pone Alba entiendo lo importante que esto es para ella y decido intervenir.

—Fue culpa mía —miento—. Le dije que no era necesario deciros nada. La idea era acercarnos, ver si había algo extraño y marcharnos. No existía riesgo alguno y, además, llevamos a Hughes y a Parker con nosotros.

—¡Me cago en la puta, Alex! —vocifera Liam—. ¿Es que no puedes estarte quietecito ni siquiera habiéndote alejado de todo?

—No, sabes que eso no va conmigo. Alba tenía una buena pista y lo único que hicimos fue seguirla.

—Mira, la verdad es que yo…

—Y tenemos algo —corto a Alba, porque estoy seguro de que va a intentar desmentir lo que he dicho—. El dueño del club habló. La persona que está por encima de él es una mujer.

—¿Estáis seguros de eso? —pregunta Vega, buscando la confirmación de su chica.

—Totalmente. Dijo algo así como que ella vendría a por nosotros —confirma Alba.

—Bueno, lo que dijo exactamente es que ella nos mataría a todos —puntualizo, y el silencio cobra protagonismo durante los siguientes instantes.

—Te lo has cargado, ¿a que sí?

—Primo, si estás seguro de la respuesta, ¿para qué preguntas?

—¡Joder, Alex! Podríamos haberle sacado más información.

—En realidad, fui yo la que le clavé el cuchillo. —Alba me mira a los ojos, no va a dejar que yo cargue con toda la culpa.

—Sí, pero yo rematé la faena —respondo con guasa.

—¿Puedes tomarte algo en serio por una puta vez? —me amonesta Liam, y veo en la expresión de Alba que quiere intervenir, pero no se lo permito—. ¿Estáis todos bien?

—Sí, gracias a tu primo —responde mi hada de pelo rosa. Es cierto que he asumido parte de su carga, pero no esperaba que me defendiera.

Cuando colgamos la llamada, me sonríe, me dice que no tenía por qué hacerlo y se marcha, dejándome inmerso en mis propios pensamientos.

Después de un rato, llamo a Liam para comprobar cómo van las cosas con los albaneses. Cuando me fui, parecía que las aguas se habían calmado un poco, pero no me fío de esa gente y mi instinto rara vez suele fallarme. Mi primo me cuenta lo que han descubierto: esos cabrones no han dejado de intentar meter su droga en nuestras calles, solo que ahora trabajan de forma más sutil.

—¿Qué vas a hacer?

—Organizaré una reunión con Krasniqi y le haré entender cuál es su única opción.

—¿Quieres que vaya? —No me lo ha dicho, pero sé que la seguridad que están mostrando los albaneses lo tiene intranquilo. Hasta ahora, siempre han respetado los límites, pero es como si hubiesen dejado de temer nuestras represalias y eso no es bueno.

—De momento, haces más falta donde estás, pero te avisaré si la cosa se tuerce después de la reunión. Alex, necesito que te centres y dejes de cagarla. ¿Cómo te encuentras?

—Si me estás preguntando por las jodidas regresiones, olvídalo, lo tengo controlado.

La línea se queda en silencio mientras él valora hasta qué punto puede confiar en mi palabra. Lo haría con los ojos cerrados si se tratase de cualquier otra cosa, pero sabe que estos jodidos episodios son más fuertes que yo mismo.

—Cuídate y cuídala a ella, por favor.

—Lo haré, lo prometo.

Vuelvo a tumbarme en la cama, cierro los ojos y trato de revivir lo sucedido anoche. Sé que estaba intentando sacarle información a René, que casi me vuelvo loco cuando intuí lo que pretendía hacer con Alba, pero el detonante… ¿Qué fue lo que me hizo estallar?

Me masajeo las sienes con los dedos mientras sigo evocando el momento y entonces lo recuerdo. Recuerdo cómo me llamó René justo antes de que la bomba estallara en mi cabeza.

—Abismo.

La palabra me escuece en la punta de la lengua cuando la pronuncio en voz alta y los recuerdos comienzan a agolparse en tropel: veo la expresión de mi padre el día que se enteró de que me

apodaban de aquella manera, fue la única vez que me miró con algo parecido al respeto.

Cuánto odié ese momento. No quería su aprobación, no quería su gracia y, mucho menos, que sintiese orgullo del monstruo que había moldeado a su antojo hasta convertirlo en lo que yo era por aquel entonces.

Aprieto la mandíbula con fuerza y me obligo a abrir los ojos y a alejar cualquier pensamiento relacionado con mi pasado.

Abismo murió junto con el señor Reigadas hace doce años. Yo mismo me encargué de que ambos se pudrieran en el infierno.

# 13

## ALEX

Han pasado varios días desde que la cagué haciéndome la valiente y yendo sola a aquel burdel; varios días desde que Alex mintió a Vega y a Liam por mí y varios días desde aquel beso suave al que todavía no le he encontrado ningún sentido. Nuestra dinámica ha cambiado desde entonces: no solo desayunamos, comemos y cenamos juntos tal como le prometí, sino que nos hemos convertido en algo así como compañeros de piso. Hablamos, bromeamos y, como no puede ser de otra manera, discutimos hasta la saciedad cuando se empeña en sacarme de mis casillas. Sin embargo, hemos logrado una especie de convivencia pacífica. No ha habido más besos, pero sí insinuaciones y comentarios subidos de tono que han provocado que la tensión sexual esté al borde del colapso. Tal vez influya el hecho de que él fue una especie de héroe para mí cuando éramos niños, alguien inalcanzable con el que solo podía jugar a escondidas. Con los años, su cuerpo ha evolucionado, transformándose en la imagen del mismísimo pecado y eso no hace más que empeorar la situación.

He vuelto a pensar en la noche que lo vi manteniendo relaciones con Sophie y he imaginado innumerables veces cómo sería tenerlo en mi cama. Es más, tengo la certeza de que, si no salimos de este

barco en los próximos días, será justamente allí donde acabemos juntos.

Hace rato que hemos terminado de cenar, pero esta noche parece que a ninguno de los dos nos apetece ir a dormir. Seguimos sentados sobre el sofá blanco situado en la popa del barco, observando cómo dejamos las olas atrás mientras el sonido del mar nos acompaña de fondo. Podría decir que la fotografía es casi idílica.

No sé en qué lugar de la costa nos encontramos, pero nos dirigimos hacia el sur, se nota en el cambio de temperatura, mucho más agradable desde hace un par de días. Es posible que ya estemos navegando en aguas españolas.

Noto su mirada fija en mí y me giro hacia él. Hoy lleva un pantalón de lino color arena y un polo blanco y, desde que lo he visto con ese aire despreocupado, no he podido quitarle los ojos de encima. Me impone cuando viste con traje y camisa negra, pero así, con este look relajado y la mirada clavada en mí, consigue que me sienta cómoda a su lado y, a la vez, que un leve cosquilleo me recorra el cuerpo.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Sonrío mientras levanto una ceja.

—Solo me preguntaba cómo has llegado a aprender tanto sobre tecnología y comunicaciones.

—¿Qué pasa, no doy el pego de *nerd* de la informática? Creo recordar que sueles llamarme ratón de biblioteca.

—Bah, eso es un apodo cariñoso —responde con todo el morro—. La verdad es que el pelo rosa y la ropa de colores despistan un

poco.

—Parece que hoy en día una no puede tener su propio estilo.

—Lo que a mí me parece es que estás intentando evadir la respuesta —apunta devolviéndome el golpe.

Suspiro y decido ser sincera. Pocas personas conocen mi pasado y me apetece que él sea una de ellas.

Lo observo unos segundos en silencio. Sigue mirándome con esa calma tan suya, esa que hace pensar que vive sin prisa. Alex me otorga el tiempo que necesito sin presionar, sin insistir. Él solo aguarda. Y esa paciencia suya es la que me desarma y me hace querer continuar.

—Ten en cuenta que puede que no sea la historia que esperas escuchar —le advierto un poco nerviosa.

—Te aseguro que soy de mente abierta.

—Está bien. —Levanto la vista y tropiezo con sus ojos otra vez. Sigue ahí, atento, demostrando que realmente le importa lo que vaya a contarle, así que me lanzo—. Cuando tenía nueve años, y debido a circunstancias de la vida que no vienen a cuento, terminé en la calle. Después de pasar la noche sola, helada y muerta de miedo, un hombre de unos cincuenta años me encontró durmiendo entre cartones y se apiadó de mí. Me recogió y me llevó con él. Se llamaba Jonás y vivía en una comuna de caravanas. Allí nadie tenía mucho de nada, pero se ayudaban los unos a los otros. —Cierro los ojos, dejando que la brisa del mar haga bailar unos cuantos mechones de mi pelo mientras trato de recordar las caras de aquellas personas—. Cada uno aportaba lo que podía: trabajo físico, conocimientos, comida o simplemente tiempo. Jonás apenas salía de su caravana, pero a veces venían algunos vecinos a pedirle favores y

él se los concedía tecleando en su ordenador. Se rumoreaba que se escondía de algo, pero nunca supe de qué. Fue él quien me enseñó y también quien me regaló mi primer ordenador cuando cumplí los once. —No puedo evitar sonreír al evocar ese momento—. Era viejo, de segunda mano, pero Jonás me aseguró que yo tenía un don y que, con los años, llegaría a ser mucho mejor que él.

»Aprendí todo lo que pude y obedecí cada una de sus órdenes. Conseguir sus halagos se convirtió en mi única meta, una por la que era capaz de darlo todo, porque sus sonrisas y sus palabras de ánimo suponían para mí lo más cercano al amor paternal que nunca había experimentado. Me inscribió en el colegio, imagino que tuvo que falsificar mis papeles, y me esforcé tanto que pronto destaqué como la mejor de mi clase solo para que él estuviese orgulloso. Con los años, descubrí que el cariño que me tenía no era tan grande como yo pensaba, sino directamente proporcional a mi capacidad de hacerle ganar dinero. Solía decirme que yo era su mina de oro y que juntos nunca nos faltaría nada. A pesar de que años más tarde conseguí ir a la universidad, él me enseñó más que cualquiera de mis profesores.

Cuando termino de hablar, Alex sigue mirándome, pero noto la tensión en los músculos de sus brazos.

—¿Todavía mantenéis el contacto?

—No, murió. Robó a la gente equivocada y un día vinieron a por él. Dejaron su cuerpo en la caravana, aunque tuve suerte, pues aquellos hombres no creyeron que la chiquilla de trece años que dormía acurrucada en un colchón en el suelo fuese a suponer problema alguno.

—Es una historia triste.

—Yo no lo veo así. Jonás no tenía ninguna responsabilidad sobre mí y, aun así, me sacó de la calle, me proporcionó comida y un techo y me enseñó a ganarme la vida. Gracias a él aprendí lo que es una comunidad y evité acabar en cualquier orfanato, donde las cosas me podrían haber ido mucho peor.

—¿Por eso desconfías de todo el mundo?

—¿Qué te hace pensar eso? —respondo a la defensiva, pero él pone una mueca graciosa con la que consigue bajar mis defensas.

—A ver, déjame pensar… —Levanta una ceja de forma exagerada y ladea la cabeza—. Atrajiste a un puñado de tíos de una organización criminal a tu casa sin decírselo a nadie de tu equipo que pudiera respaldarte. Después, creíste que era buena idea ir a un burdel propiedad de esa misma gente sin contarme nada a mí, burlando a la seguridad que estaba en la discoteca para protegerte y, de nuevo, sin avisar a tu jefa ni a nadie de tu equipo. No sé, ¿te parecen suficientes motivos para que piense que desconfías de los demás?

—Eso es totalmente injusto —le recrimino.

—¿Lo es?

Sé que, en parte, tiene razón, me cuesta confiar en la gente, pero no es solo eso. Se trata del impulso de hacer las cosas por mi cuenta, de demostrar que puedo, que soy suficiente y que no dependo de nadie para sobrevivir y salir adelante; es la necesidad de hacerme valer una y otra vez, como si creyese que todos esperan que tarde o temprano falle.

—¿Por qué me cubriste con Vega si tan mal concepto tienes de mí?

—Hombre, creí que nunca ibas a preguntarlo —exclama acomodando su espalda en el sofá esquinero. Él está justo en el medio, con las manos sobre el respaldo en una postura cómoda, mientras que yo permanezco a un lado, cada vez más rígida por el camino que está tomando la conversación—. Lo primero, si tuviera mal concepto de ti, como tú dices, no te habría cubierto con ella ni con nadie.

—¿Entonces?

—Todavía no lo entiendo. Supongo que fue un impulso. Recordé cuando Vega te dijo en el despacho de mi primo que aquella era la última vez que le ocultabas algo y actué.

—¿Sin más?

—¿Qué esperabas, ratoncito? ¿Que te dijera que lo hice porque me gustas o algo así?

—Eres imbécil.

Dejo la copa de vino sobre la mesa y me levanto para marcharme. No voy a aguantar que me desprecie, mucho menos después de haberle contado algo íntimo sobre mí. Debí imaginar que la fachada de hombre amable no era más que eso, una fachada, y que no tardaría en hacerse pedazos para mostrar al hombre cínico y arrogante que hay detrás.

Estoy a punto de irme cuando noto su agarre en mi codo.

—Espera. —Me giro para enfrentarlo y lo encuentro de pie, justo a mi lado. Tiene los ojos cerrados y, cuando los abre, creo ver arrepentimiento en ellos—. Sé que me comporto como un idiota la mayor parte del tiempo. Contigo es un mecanismo de defensa.

—¿Estás insinuando que he sido yo la que te ha atacado primero?

—No, pero me tenías contra la espada y la pared. Lo cierto es que no sé por qué te defendí, Alba, solo sé que me nació hacerlo, de la misma forma que ahora te…

Su mirada ha ido a parar a mi boca y el lugar en el que su mano todavía está en contacto con mi piel comienza a calentarse. El corazón me late de forma acelerada y mi cuerpo entero clama por algo que le ha sido negado demasiadas veces. Quiero que pase. Joder, llevo días deseando que ocurra lo que ya me parece inevitable. Anhelo acercarme al peligro hasta quemarme y después revolverme entre las brasas.

—No seas cobarde y termina la frase… —lo reto.

Traga saliva y mantiene la mirada fija en mis ojos.

—Iba a decir que defenderte me salió solo y que ahora tengo el impulso de hundirme en ti sin pensar en las consecuencias.

—Joder, ¿y a qué esperas?

Le doy un pequeño empujón para recostarlo de nuevo en la esquina del sofá y me siento a horcajadas sobre su regazo.

Le sonrío con picardía y me devuelve una mirada con promesas que me hacen temblar.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir algo que estropee el momento, me acerco a su boca y lo beso. Primero con cautela, saboreando el instante y, después, como llevo queriendo hacer desde el día en que lo probé por primera vez y acabó tirándome por la borda.

El contacto de nuestros labios muestra la urgencia contenida; no es violento, sino inevitable. Lo rozo, lo saboreo y él responde sin dudar. Su lengua encuentra la mía y ambas conectan en un baile que se mueve entre el desafío y la necesidad.

Desliza las manos hasta mis caderas, guiándome con una seguridad que me eriza la piel, mientras que las mías se aferran a su nuca, enredándose en su pelo. Cuando rompe el beso, no se aleja del todo, traza con la boca un camino que va desde mi mandíbula hasta el cuello, provocando que cada centímetro de mi ser arda en una dulce tortura.

Me quito el suéter sin importarme si sus hombres siguen vigilando en la distancia o se han retirado para concedernos intimidad. Ahora mismo, me da igual todo mientras pueda sentirlo a él, sin nada de por medio.

Le ayudo a quitarse el polo. Percibo el calor de su piel bajo mis manos y todo mi cuerpo grita, anhelando tenerlo aún más cerca.

Sus mirada se queda anclada en la mía y, durante unos segundos, el mundo parece haberse detenido.

—Joder, eres perfecta. —Su voz, más profunda que antes, causa estragos en mi centro.

Se deshace de mi blusa y de mi sujetador con una facilidad que me estremece. Juraría que lo veo relamerse antes de inclinarse sobre mí, y ese gesto provoca una ola de calor que me recorre el cuerpo entero. Su lengua juega con mis pezones y no puedo evitar arquearme, apoyando la espalda sobre la mesa para darle mayor acceso. Ahora mismo sería capaz de concederle cualquier cosa que me pidiese.

Me ayuda con la falda y, juntos, nos deshacemos de sus pantalones con movimientos torpes y atropellados. Cuando vuelve a sentarse frente a mí, no espero ni un segundo antes de volver a besarlo.

Siento la calidez de sus labios contra los míos y descubro que me gusta demasiado lo tiernos que resultan entre mis dientes cuando los muerdo con suavidad.

Podría acostumbrarme a su sabor, a la forma en que me sujeta con firmeza mientras lo beso, a esa mezcla peligrosa de ternura y deseo que me hace olvidarme del resto del mundo.

Me sorprendo cuando me alza en volandas y me coloca sobre la mesa, provocando que se me escape un gritito agudo. Él permanece sentado sobre el sofá y me invita con las manos a abrir las piernas.

—¿Qué pretendes hacer?

—Voy a tomarme el postre. Ahora, sé buena y quédate quietecita —responde empujando mi cuerpo despacio con la palma de la mano para que mi espalda repose en la mesa. Después, me coge los tobillos y coloca mis pies también sobre la superficie plana, de modo que quedo tumbada y totalmente expuesta ante él. Aparta un poco mis braguitas y sopla sobre mi centro, provocando una descarga de placer y una necesidad aún más primitiva en mi interior—. Me encantas así de mojada.

Poco a poco, desliza la prenda de encaje por mis piernas; mi piel está tan sensible que solo el roce de la tela me hace estremecer. Deja un beso en mi tobillo derecho y después sus labios comienzan a ascender por mi cuerpo en dirección al lugar en el que más los necesito. Espero con expectación, con anhelo, con urgencia. Pero su aliento nunca llega.

Me incorporo sobre los codos para mirarlo y la sonrisa traviesa que me devuelve me derrite por completo.

—Como no termines lo que has empezado te aseguro que vas a pagarlo muy caro —le advierto intentando sonar seria.

—¿Qué te hace creer que llevas el mando aquí, ratoncito?

Pienso en cerrar las piernas e incorporarme, pero no me permite ni lo uno ni lo otro. Su agarre sobre mi cuerpo es firme mientras la sonrisa se ensancha en sus labios justo antes de enterrarla en mi sexo.

—Voy a lamerte entera y tú te vas a quedar ahí tumbada y quietecita porque odio que me interrumpan cuando como. —Pasa su lengua por mi centro despacio, dos jodidas veces, a la vez que yo trato de agarrarme a cualquier objeto encima de la mesa para no desfallecer de placer—. Y te voy a comer tan a gusto… Voy a disfrutar hasta la última gota.

Succiona mi clítoris mientras introduce dos dedos en mi interior, y todo mi cuerpo entra en tensión al recibir la oleada de placer que me provoca. Gimo cuando empieza a bombear dentro de mí con acometidas profundas. Puedo percibir el calor de su respiración y cómo va jugando con los dientes y la lengua para torturarme de una forma exquisita.

El placer me arrastra como si fuese un tsunami, rompiendo en mi piel y sumergiéndome con suavidad hasta un lugar profundo donde nada más existe.

Abro los ojos de forma perezosa, como si mis párpados pesaran demasiado, y un cielo negro, punteado de pequeñas estrellas, me devuelve a la vida.

El momento es simplemente perfecto. La quietud de la noche, mi corazón queriendo salirse del pecho… Sin embargo, la paz dura justo el tiempo que Alex necesita para liberar su erección y colocarla en mi entrada. Su cuerpo aparece sobre el mío, eclipsando el espacio

infinito y el deseo vuelve a arder en mi piel, haciéndome anhelar todo lo que su mirada promete.

—Dame tu consentimiento —susurra sobre mi boca.

—¿Qué? —pregunto confundida.

«¿Después de lo que acaba de hacer, me pide permiso? ¡Anda ya!».

—Dime que tomas la píldora y que puedo entrar sin preservativo.

—Tomo la píldora, aunque no… —Intento alejarme, pero su cuerpo está tan pegado al mío que soy incapaz de moverme ni siquiera un milímetro. No puedo creer que el placer me haya obnubilado de tal forma que no me haya acordado de la puta protección.

—Estoy limpio. Dame tu consentimiento —insiste.

—Alex, no sé…

—Por favor, Alba. Me volveré loco si no entro ahora mismo en ti, y no quiero nada entre nosotros.

La intensidad de su mirada me convence. Levanto las caderas y soy yo la que acoge la punta de su erección.

—Hazlo —le pido cuando noto que no se mueve y que no podré lograr mi objetivo si él no participa.

Se hunde en mi interior con suavidad y lo agradezco, porque a pesar de que me noto muy mojada, hace mucho que no me acuesto con nadie. Cuando está totalmente enterrado en mi interior apoya la cabeza en mi pecho y se queda quieto, muy quieto. Después de unos segundos, muevo las caderas para incitarlo, pero él me sujeta con fuerza, manteniéndome inmovilizada.

—Para —ordena.

—¿Qué pare? Mierda, Alex, necesito que te muevas.

—Estoy intentando controlarme, así que estate quieta y dame un minuto.

Lo agarro del pelo y le levanto la cabeza para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Mira, no sé si te piensas en serio eso de que soy un ratoncito o una muñeca de porcelana, pero como no empieces a moverte, me iré a pedirle a uno de tus hombres que venga y termine lo que tú has empezado —respondo lanzando un farol.

—¡Y una mierda! —ruge como si mis palabras hubiesen despertado a la bestia que pretendía dejar encerrada—. Si uno de esos dos te toca un puto pelo, te juro que acabará desangrándose en el fondo del mar.

Sus palabras deberían hacerme retroceder, deberían espantarme, pero hay algo en la manera en la que ha reaccionado que me empuja a necesitarlo todavía más.

—Entonces fóllame, Alex. Fóllame de la forma en que quieres hacerlo, sin contenerte.

Su boca me devora mientras se hunde en mí con tanta fuerza que tengo que sujetarme al borde de la mesa para no salir disparada. Siento sus embestidas en cada rincón del cuerpo mientras la piel se me vuelve extremadamente sensible a su tacto. Le araño la espalda con las uñas y le envuelvo la cintura con las piernas, atrayéndolo hacia mí.

Cuando el orgasmo me alcanza de forma inesperada por segunda vez, muerdo su hombro con fuerza, conteniendo el grito arraigado en mis entrañas.

Alex termina unos segundos después, apoya la cabeza en mi hombro sin salir de mi interior y el eco de nuestras respiraciones

todavía aceleradas se convierte en el único sonido que rompe la quietud de la noche. Permanezco con los ojos cerrados y, aunque siento el frío en cada poro de mi piel que no está en contacto con la suya, decido no moverme.

Después de unos minutos de cómodo silencio, Alex se incorpora y me ayuda a levantarme.

—Estás helada —afirma frotándome los brazos con sus manos, que todavía permanecen calientes y se sienten como la gloria. Coge mi blusa del suelo—. Levanta los brazos.

—Juraría que hace un rato te he recordado que no soy una muñeca y eso implica que sé vestirme sola. —Mis palabras han sido duras, pero no necesito que me cuide, sé hacerlo sin su ayuda. Al fin y al cabo, llevo practicando toda la vida. ¿Qué pretende?

Intento quitarle la prenda de las manos, pero niega con un gesto de cabeza.

—Alba, cállate y levanta los brazos. —Resoplo y hago lo que dice solo porque siento el frío calando en mis huesos. Una vez que ha colocado mi blusa, recoge mis braguitas y la falda del suelo—. Ahora, siéntate.

Pongo los ojos en blanco y, cuando me doy la vuelta para alcanzar el sofá, me da una palmada en el culo que me hace soltar un grito.

—Pero ¿qué leches…?

—Eso por ser una impertinente cuando yo solo estoy siendo amable contigo.

—No necesito que seas amable conmigo —respondo enfurruñada, cruzándome de brazos delante de él. Su respuesta es colocar las manos sobre mis hombros y presionar hacia abajo para que me siente en el sofá mientras se muerde la sonrisa. A continuación, se

pone en cuclillas delante de mí y comienza a subir las braguitas por mis piernas desnudas—. ¿Se puede saber qué te resulta tan gracioso?

—Que te comportes como una niñita tonta cuando hace solo unos minutos me estabas pidiendo que te follara fuerte.

Lo aparto de un manotazo y él se deja caer de culo al suelo, dramatizando como si yo tuviese la fuerza necesaria para derribarlo.

Su tontería me cabrea todavía más, así que recojo mi falda con un movimiento brusco y paso por delante de él con la cabeza bien alta.

Antes de comenzar a bajar las escaleras que llevan a las habitaciones lo escucho reír a carcajadas y mi mal humor se dispara.

«¿Qué se ha creído, que puede tratarme de la misma forma que a una de las muñequitas tontas con las que se acuesta? ¿Acaso cree que soy como la idiota de Sophie?».

Entro en mi camarote y cierro la puerta con fuerza, maldiciéndome a mí misma por no haber sido más lista y haber mantenido las piernas cerradas. Podría haberme tirado a cualquier otro, pero he tenido que acostarme con el hombre más engreído del planeta.

# 14

## ALEX

El puerto de Algeciras es el más importante de España en cuanto a movimiento de mercancías, y también la ruta de entrada más directa al continente africano. Durante los últimos años, la automatización de sus principales terminales, así como el endurecimiento en las políticas de control aduanero, han provocado una considerable reducción en las operaciones de contrabando. No obstante, nuestra Hermandad, gracias en parte a la ayuda de mi hermano Antón, cuenta con los medios necesarios para operar casi con total impunidad.

Desde que mi primo se hizo con el poder de la organización, hace ya doce años, utilizamos el puerto de Algeciras como salida de nuestras armas, tanto hacia el Mediterráneo como en dirección a África.

Nuestra red de contactos en España es muy potente y por eso me sorprende la llamada de Liam a primera hora de la tarde.

—Alex, algo me huele mal con el intercambio de esta noche.

—¿En serio? Burhan lleva años comprándonos armas, ¿crees que nos traicionaría ahora? ¿Qué sentido tiene?

—No lo sé y no me gusta desconfiar de él, pero hemos perdido la conexión por radio con nuestro barco durante casi una hora esta mañana. La tripulación ha permanecido aislada todo ese tiempo, sin radio ni teléfonos móviles.

—¿Habéis podido hablar con ellos después?

—Sí, el capitán asegura que han perdido la señal completa y que no podían comunicarse, pero que no han sufrido ataque alguno y que todo parece funcionar correctamente ahora. Necesito que estés presente esta noche. ¿Cómo de cerca te encuentras de Algeciras?

—Ahora mismo andamos por las costas de Cádiz, así que no habrá problema. ¿A qué hora tiene previsto llegar el cargamento al puerto?

—Debería atracar a las doce y cincuenta, pero me gustaría que tú fueras al menos una hora antes. Esto me huele mal.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Vega se ha ofrecido a hablar con Alba por si puede ayudarnos. En este momento debe de estar comentándoselo.

—Ni hablar —respondo de forma tajante.

—¿Cómo que no? ¿Tenemos acaso a alguien en nómina capaz de piratear las cámaras del puerto y alrededores? Porque, si es así, yo no me he enterado.

—A ver, no creo que resulte buena idea meterla en medio de una venta de armas, y menos si sospechamos que la cosa puede torcerse. ¿De verdad Vega ha aceptado?

—No, Vega solo ha dicho que lo hablaría con ella. Y no creo que haga falta que esté allí en persona. Esa tía es jodidamente competente en lo suyo, y lo sabes.

Después de lo que pasó la otra noche en el club del tal René, no puedo soportar la idea de volver a ponerla en peligro. No sé qué

coño me pasa con esta mujer, pero sigo tan obsesionado como el primer día. Bueno, siendo sincero, estoy mucho más obsesionado desde lo que sucedió ayer entre nosotros en la cubierta del barco. Apenas he pegado ojo en toda la noche pensando en irrumpir en su camarote y volver a follarla con la misma fuerza con la que lo hice sobre la mesa donde poco antes habíamos cenado juntos. Sus jadeos me han estado volviendo loco porque, cada vez que los ruidos cesan a mi alrededor, son lo único que escucho, como un eco en mi puto cerebro. Quiero besar cada milímetro de su piel hasta que no quede lugar en el que mis labios no hayan estado; quiero marcar su cuello, sus hombros y sus muslos con mis dientes y quiero enterrarme tan profundo en ella que no pueda sacarme de su cabeza jamás.

He aceptado incluirla en la operación de esta noche porque no me ha quedado más remedio, pero le he dejado claro a Liam que no estoy de acuerdo. Entiendo su preocupación y que quiera disponer de toda la ayuda posible. Algo huele mal en todo esto y sé que, si yo no estuviera cerca para supervisar la operación, él mismo vendría a hacerlo.

Hablo con nuestro capitán para que ponga rumbo a Algeciras y después explico la situación a mis dos hombres en el barco, que ahora mismo me parecen ridículamente pocos.

He intentado hacer tiempo para que fuese Alba quien acudiese a mí a preguntar en qué podía ayudar, pero parece que el enfado absurdo de ayer le dura más de lo que había imaginado.

Cuando entro en su habitación, el despliegue que me encuentro me deja unos segundos fuera de juego. Sobre la cama tiene dos portátiles, un montón de papeles, subrayadores de varios colores y un disco duro.

—¿Qué es todo esto?

Levanta la mirada del ordenador y resopla antes de volver a teclear de manera frenética.

—Estaría bien que aprendieses a llamar a la puerta —sisea.

—Alba… —le advierto, haciéndole ver que no estoy para juegos.

—He conseguido meterme en las cámaras de la terminal en la que vais a hacer el intercambio y también controlo los distintos accesos al recinto portuario. Vega me ha pasado una ruta por la que podemos entrar y salir sin ser detectados, pero me preocupa el punto exacto donde se lleva a cabo la operación. Es un punto ciego. El único lugar desde el que podré observaros está demasiado lejos y las imágenes no tendrán la calidad suficiente.

—Y por eso es el sitio perfecto —respondo apoyando mi hombro en el marco de la puerta.

—¿Perfecto para quién? ¿Debo recordarte que sois solo tres hombres contra no sabemos cuántos?

—Perfecto para el intercambio, si todo sale como estaba previsto.

—Entonces ¿crees que Liam se está preocupando en exceso?

—Yo no he dicho eso. En realidad, estoy seguro de que nada pasará según lo planeado. Pero si cambiamos el punto de encuentro, los estaremos avisando de que intuimos que algo no va bien y entonces tendrán dos opciones: o no aparecen o lo hacen con el doble de hombres. Y ahí sí que estaremos jodidos. Hemos de actuar

como si no sospechásemos nada. Parker, Hughes y yo nos mantendremos en la sombra.

—No te olvides de mí —apunta señalándome con el rotulador que tiene en la mano.

—Tú te quedarás en el barco y nos darás apoyo desde aquí.

Se ríe a carcajadas y eso me hace perder el buen humor que traía. Me fijo mejor en ella. Lleva puestas unas mallas y una sudadera ancha de color azul claro; se ha recogido el pelo con una pinza de la que escapan un montón de mechones y sus gafas de pasta parecen demasiado grandes para lo pequeña que es.

La risa le sienta bien.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que todavía creas que puedes darme órdenes. Trabajaré desde la terminal, así, si algo se tuerce, podré conectarme a su servidor fácilmente. Acabo de localizarlo y es una pasada.

La fulmino con la mirada, valorando si debo dejarla encerrada aquí en el yate, pero la verdad es que su ayuda nos vendrá muy bien esta noche.

—¿Tienes acceso al manifiesto de descarga de los últimos barcos que han operado en la terminal?

—Puedo conseguirlo. ¿En qué estás pensando?

—En un plan B en condiciones. Tal como has dicho, si las cosas salen mal, podríamos estar en desventaja.

Pasamos la siguiente hora reunidos con Parker y Hughes. Les explico la idea que tengo en mente y trabajamos sobre el plano del puerto que Alba ha conseguido. Presiento que esta noche nos espera más de una sorpresa, ninguna de ellas agradable. Sea como sea, ella permanecerá lo más lejos posible de la línea de fuego y

tiene instrucciones claras de volver al yate si cree que puede hallarse en peligro.

Una hora antes de la llegada prevista de nuestro barco con las armas, estamos todos en posición. Alba actúa como una niña chica en una juguetería, lleva más de cinco minutos comentando con Hughes, a través del pinganillo, que el sistema de la terminal semiautomática es una pasada y que le ha hecho especial ilusión ser capaz de entrar en él sin ayuda. Parece que a mi hombre también le gustan los ordenadores y está flipando con las cualidades de Alba.

¿Me da rabia esa complicidad que aparentemente hay entre ellos? Afirmativo.

¿Mi malhumor va en aumento cada vez que ella lo nombra? También afirmativo.

—Vosotros dos —gruño cuando creo que ya no voy a aguantarlo más—, callaos de una vez y centraos en lo que estamos haciendo.

Mi hombre musita una disculpa y no vuelve a pronunciar palabra, pero, como no podía ser de otra forma, Alba decide comportarse como un grano en el culo.

—Venga ya, Alex, todavía quedan veinte minutos para que las armas entren en el puerto y acabo de comprobar que Burhan y su séquito tardarán aún un poco en llegar así que… Mierda.

Escucho el ruido de sus dedos aporreando las teclas del portátil y un bufido sale de su boca.

—¿Qué está pasando?

—Cinco SUV negros y una camioneta acaban de acceder por la zona sur del puerto.

—¿Puedes ver a alguno de los conductores? —la presiono.

—No, pero estoy segura de que ninguno de ellos es Burhan. Lo he visto entrar en un coche que no he perdido de vista en ningún momento y que continúa en la autovía.

—¿Y quién coño son esos?

—No lo sé. Las matrículas son robadas y van demasiado rápido para que pueda pasar el reconocimiento facial. Se dirigen al punto de encuentro.

Los tres hemos escuchado a Alba, así que sacamos las armas y hago una señal a mis hombres para que se coloquen las gafas de precisión. Gracias a Amapola, la munición especial que llevan nuestras armas, solo tenemos que fijar el blanco con la mirada para que nuestro disparo vaya exactamente adonde queremos. El problema es que estamos demasiado lejos.

—Es hora de tomar posiciones. Que nadie dispare hasta que yo dé la orden. ¿Está claro?

—Cristalino, jefe.

Nos separamos, tomando cada uno una calle diferente de las formadas por las pilas de contenedores marítimos. Cuando llego al lugar indicado, comienzo a escalar y me tumbo bocabajo en el techo del que se encuentra a mayor altura. Desde aquí tengo una vista privilegiada de lo que sucederá en el lugar en el que está previsto el intercambio.

—En posición —confirmo, y, tras unos segundos, Parker y Hughes hacen lo propio.

—Los dos últimos vehículos se han separado del resto y están rodeando la zona. Los cuatro primeros aparecerán en vuestro campo de visión en unos segundos.

—Los veo —afirmo—. Se han detenido, pero no han apagado el motor ni dan señal de apearse. La camioneta se ha quedado a varios metros de distancia, oculta por una de las grúas. Alba, ¿cuántos coches componen la comitiva de Burhan?

—Mierda. Son tres SUV de color negro.

—Estos tíos van a hacerse pasar por los compradores.

—Parker, uno de los coches que se ha quedado atrás se dirige hacia ti —le avisa Alba—. No entiendo qué pretenden.

Yo sí, pero no lo digo en voz alta. En los dos coches rezagados van los soldados que utilizarán para tender una emboscada a nuestros hombres tan pronto como desembarquen la mercancía. Les harán creer que son Burhan y sus soldados. Cuando los nuestros quieran darse cuenta de que algo no va bien, estarán rodeados por esos hijos de puta y no tendrán forma alguna de salir con vida.

—Voy a por él —exclama Parker.

—No te muevas del sitio —le ordeno.

—Pero, si me coloco en la pila de contenedores que queda justo sobre ellos, en cuanto salgan del coche podría acabar con todos.

—¿Crees que a alguno no le dará tiempo de escapar? ¿De dar al menos la voz de alarma? —pregunto molesto por su inmadurez.

Si sigue pensando con el culo, acabarán volándole la cabeza más pronto que tarde.

—Soy capaz de cargármelos a todos antes de que sospechen siquiera de dónde proceden las balas.

—Haz lo que te ordeno y deja de joderme. ¡Mantén tu puta posición!

No responde. En su lugar, es la voz de Alba la que escuchamos.

—El otro coche está a tu lado, Hughes.

—Tengo contacto visual. Mantengo posición —exclama el aludido, y casi tengo ganas de sonreír. De un grupo de tres personas, solo una de ellas es capaz de seguir mis órdenes sin rechistar.

Aguardamos callados durante unos minutos hasta que Alba nos alerta de que nuestro barco está entrando en el puerto.

Todo se mantiene en un silencio inquietante mientras el buque atraca en el muelle y los primeros hombres desembarcan con un baúl negro en las manos. Con los prismáticos, alcanzo a distinguir al capitán y a cuatro soldados. Por protocolo de seguridad, el segundo siempre se queda a bordo durante el intercambio.

Del primer SUV salen dos hombres vestidos de negro y del que le sigue bajan cuatro más, que permanecen en segundo plano.

—Joder, ese tío se parece demasiado al jodido Burhan. Si no me hubieses asegurado que lo tienes localizado en otro lugar, habría dicho que es él —afirmo sorprendido.

—Envíame una foto. No la amplíes, lo haré yo para poder mantener la calidad.

Hago lo que Alba me pide y, no han pasado ni veinte segundos, cuando escucho su respuesta.

—Joder, sí que se parece. Su nombre es Deniz Aydin y, si cruzo su información con la del otro turco, no me sale ninguna coincidencia. Deniz es un exconvicto con poco currículum en su país y ninguno aquí en España. Lo metieron en la cárcel por robos varios y también por casi matar a un chaval de una paliza. Básicamente, es un donnadie si lo comparamos con Burhan.

—Entonces se trata solo de alguien a quien están utilizando como doble. Te he pasado fotos del resto de las personas que van con él.

—Nada reseñable de ninguno de ellos —confirma Alba poco después.

—Joder, ¿quiénes son estos tíos?

Veo cómo dos de nuestros hombres colocan el baúl con las armas en medio de los dos grupos y lo abren para mostrar lo que contiene el interior. El tal Deniz Aydin hace un gesto a uno de sus soldados para que vaya a comprobar la mercancía.

—Alba, necesito saber lo que dicen.

—Y yo necesito muchas cosas, pero no soy Santa Claus. ¿De dónde quieres que saque el audio?

—No lo sé. Según Vega, puedes conseguir cualquier cosa, ¿no? Pues haz tu magia —le reprocho enfadado por la forma en la que cree que puede hablarme. Nadie más me habla de esa manera y menos delante de mis hombres.

Escucho el bufido que sale de sus labios, pero decido ignorarla y centrarme en lo que está pasando a varios metros de distancia delante de mí. Los prismáticos me permiten una visión casi perfecta de lo que sucede, pero tengo que esforzarme en leer el lenguaje corporal de ambos líderes.

Deniz se acerca al tío que está revisando las armas del baúl cuando este lo llama y coge una de ellas. No es raro que el líder quiera revisar de primera mano la mercancía antes de dar el visto bueno, por lo que no me sorprende el gesto. La mercancía está compuesta en su totalidad por fusiles de asalto M16, un tipo de arma que no es fácil de conseguir en cantidades como las que Burhan nos encargó.

—Manteneos atentos y recordad no abrir fuego hasta que yo no dé la orden. Pase lo que pase.

—Oído —responden Parker y Hughes, cada uno desde su posición.

Deniz le dice algo al capitán de nuestro barco y este asiente sin abrir la boca. Se oyen interferencias en el auricular que llevo en el oído y lo siguiente que escucho es una voz grave y algo lejana:

—Los números de cuenta a los que debo hacer la transferencia…

—¿Esa es la puta voz de Deniz? —pregunto—. ¿Cómo coño…?

Alba no responde y yo no insisto para no perderme la conversación que esos dos están manteniendo. No sé cómo lo ha conseguido si no hemos plantado ningún micro en el lugar, pero empiezo a pensar que es cierto eso de que es una especie de maga. O, mejor aún, mi puta hada madrina.

De repente, el sonido de una explosión corta la noche y, sin que lo veamos venir, algo impacta en el casco del buque y abre un agujero considerable en él. Miro en todas las direcciones tratando de averiguar de dónde ha salido el objeto, misil o lo que sea que han lanzado.

«Me cago en la puta. Se supone que querían robarnos la mercancía. ¿Por qué están intentando hundir el barco antes de descargarla? No tiene ningún puto sentido».

Poco después, se produce una segunda detonación y el buque la recibe con un nuevo boquete en su armazón. Esta vez, he sido capaz de captar el origen del disparo.

Me apresuro a correr sobre la pila de contenedores en la que me encuentro hacia la camioneta en la que han llegado los falsos compradores.

El caos se ha desatado en la terminal. La tripulación está siendo atacada. Los agresores portan metralletas y disparan desde sus posiciones hacia el buque mientras los nuestros tratan de defenderse

como pueden. El capitán y los hombres que habían desembarcado con él yacen en el suelo sobre charcos de su propia sangre.

—¡Alex, danos vía libre para abrir fuego! ¡Los están masacrando! —grita Parker en mi oído.

—¡No mováis ni un puto dedo! —respondo.

Escucho de fondo sus quejas, pero las ignoro mientras sigo corriendo. En cuanto disparemos la primera bala, descubriremos nuestras posiciones y estaremos en clara desventaja.

Me coloco encima de mi objetivo y, al asomarme con cautela, veo el arma de gran calibre que están cargando entre dos tíos para volver a atacar nuestro barco. Apunto a uno de ellos con mi M16.

—¡Ahora! ¡Id con todo! —ordeno a mis hombres mientras aprieto el gatillo y me deshago de los dos tipos que estaban a punto de provocar otro boquete en nuestro barco.

Nada más abrir fuego, docenas de balas vuelan en mi dirección y apenas tengo tiempo de agacharme. Sé que no tardarán en escalar los contenedores y alcanzarme, por lo que corro en dirección contraria y, al llegar al final de la pila, salto a la siguiente para alejarme todo lo posible de mi posición inicial.

Localizo a Hughes tirado sobre un contenedor de color naranja a unos veinte metros del lugar en el que me encuentro. Se mueve, pero por la torpeza con la que lo hace sé que está herido. Corro hacia él y freno de golpe cuando un hombre armado aparece de la nada, interponiéndose en mi camino. Disparo directamente a su pecho y lo abato antes de que pueda reaccionar. Después, me asomo hacia abajo; en breve, unos cuantos más habrán llegado a la cima y no podré defenderme y proteger a Hughes a la vez. Son muchos, demasiados para nosotros tres.

De pronto, un ruido metálico y estridente rompe la noche y, cuando miro en su dirección, alcanzo a ver el momento exacto en que un contenedor marítimo aplasta a varios de nuestros enemigos y también destroza dos de sus coches. Levanto la vista y me doy cuenta de que la enorme caja ha caído de una de las grúas que cargan y descargan los buques de mercancías.

Aprovecho la distracción para asomarme de nuevo y disparar mi arma contra los soldados que están escalando y que ya no llegarán nunca hasta nosotros.

—Joder, Alba. Ignoro cómo coño lo has hecho, pero gracias.

—No me las des todavía. Estáis rodeados, Alex, y no sé cómo contenerlos.

Dirijo la mirada hacia nuestro barco y observo con asombro cómo se hunde con los cientos de miles de euros en armas que porta. Ya no tiene remedio: la operación está perdida y la tripulación ha sido acribillada. Ambas certezas son las que me empujan a tomar la siguiente decisión.

—Alba, activa la cuenta atrás del detonador. Parker, tienes dos minutos exactos para llegar al punto de encuentro si no quieres morir como un rico pollo asado.

—¡Me cago en mi puta madre! —grita el aludido, y yo suelto una carcajada. Si puede maldecir, significa que todavía está vivo.

Me acerco hasta Hughes. Tiene una herida de bala en el hombro, demasiado cerca del cuello, y está perdiendo bastante sangre.

—Alba, necesito otra distracción y que actives el plan B.

—Creí que no me lo pedirías nunca.

Ayudo a mi compañero y ambos corremos hacia el lugar acordado sin girarnos para comprobar el origen de los estruendos que

escuchamos a nuestra espalda. Sé que hay hombres siguiéndonos, pero estoy convencido de que Alba ha conseguido contener a muchos de ellos.

—¡Diez segundos para la detonación! —grita ella—. Decidme que habéis llegado.

Realizo la cuenta atrás mentalmente y, cuando suena el estallido, siento el suelo temblar bajo mis pies. Hughes y yo salimos disparados hacia delante, empujados por la onda expansiva, y aterrizamos unos metros más allá.

Al abrir los ojos, veo que Parker y Alba están ocupándose de los tres únicos agresores que han logrado sobrevivir a nuestra explosión, que nada ha tenido que envidiar a la de una película de Hollywood. Cuando le pedí a Alba que accediera al manifiesto de descarga del último buque que hubiera atracado en el muelle y eligiera un contenedor con material inflamable para detonarlo, no esperaba semejante resultado.

—¿Qué coño contenía la caja que hemos volado por los aires?

Ni siquiera escucho lo que ella me responde porque las carcajadas comienzan a salir de mi pecho sin que pueda detenerlas. Me duele todo el cuerpo, pero esto ha sido lo más brutal que he vivido en los últimos años.

# 15

## ALEX

No podemos volver al yate con Hughes en el estado en el que se encuentra. Si no me equivoco, la bala sigue alojada en su hombro y, aunque parece no haber tocado ninguna arteria, noto cómo va perdiendo el color poco a poco.

Llamo a mi hermano para que nos indique un lugar seguro al que podamos ir y nos envíe a un médico, pero su teléfono no da señal. Pruebo con Rafa, su segundo al mando, y obtengo el mismo resultado.

Alba viaja en el asiento trasero del coche, tratando de contener la hemorragia de Hughes mientras yo conduzco y pienso adónde podemos ir. Parker va justo detrás, en la camioneta en la que hemos metido a los tres tíos que quedaron con vida en el puerto. Necesitamos un sitio donde puedan atender a Hughes y que sea lo bastante discreto para esconder la basura que llevamos a cuestas sin que nadie sospeche. Liam tiene una casa en Madrid y un piso en Barcelona, ambos demasiado lejos de donde nos encontramos.

—Alex, necesita un médico urgente —me apremia Alba.

—Joder, ¿crees que no lo sé? ¡Es lo que estoy intentando conseguir!

—Que me grites no va a solucionar nada —se queja.

—Que insistas, tampoco.

La tensión en el coche va en aumento y, por primera vez en años, me doy cuenta de que no sé qué hacer. Llevo a tres prisioneros, un herido y, por si no fuera suficiente, la llevo a ella.

Después de varios intentos, Martiño, uno de los hombres de confianza de mi hermano, coge el teléfono y me da las señas de una casa discreta e independiente en la que podemos quedarnos. Está a las afueras de un pueblo llamado Jimena de la Frontera, no muy lejos de donde nos encontramos y alejado de grandes núcleos de población. Le pido que consiga a un médico y lo mande para allá y después llamo a Liam para contarle lo sucedido en el puerto. Como era de esperar, mi primo se caga en todo y me pide que no nos movamos de la localidad y mantengamos un perfil bajo hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

Tardamos un poco más de lo esperado en llegar debido a la forma serpenteante de las carreteras y la escasa luz que alumbra el camino. Se trata de una zona rural que cuenta con un núcleo urbano bastante reducido y varias casas dispersas alrededor; una de ellas será nuestra residencia temporal.

Encuentro la llave enterrada en el lugar que ha mencionado Martiño y abro el portón para que podamos meter los vehículos y bajar «la basura» con discreción.

La vivienda está provista de comida y todo lo necesario para sobrevivir durante un par de semanas sin necesidad de salir de ella. Además, cuenta con un corral separado de la casa, el lugar ideal para mantener encerrados a nuestros prisioneros y que no den por saco.

—Joder, ¿dónde está el médico? —pregunta Alba casi una hora después de nuestra llegada.

Ha suministrado a Hughes un medicamento para el dolor y un antibiótico que ha encontrado en un botiquín en el baño, pero ambos sabemos que no es suficiente. Él yace tumbado en una cama y apenas es capaz de mantener la consciencia a ratos mientras nosotros discutimos en el pasillo. Ha perdido mucha sangre y empiezo a pensar que tal vez no consiga salir vivo de esta.

—No lo sé y no tengo su puto teléfono. Te lo he dicho hace cinco minutos.

—¡Pues consíguelo o llama a otro, joder!

Me llevo las manos al pelo y tiro de él.

—¿Te das cuenta de que tiene una herida de bala? No puedo llamar y pedir una ambulancia. ¡Deja de quejarte de una vez!

—¿Que deje de quejarme? —grita alzando las manos por encima de la cabeza—. ¡Se va a morir! Deberíamos haber parado en un jodido hospital y no traerlo a un pueblo perdido de la mano de Dios. Si no sale con vida, será por tu culpa.

Me yergo y coloco una expresión plana en mi rostro. Sabía que corríamos riesgo al traerlo hasta aquí, pero llevarlo a una clínica habría sido demasiado peligroso, sobre todo porque no sabemos quiénes son los tíos que nos la han jugado ni si hay más de ellos cerca. Escondernos era la mejor opción dada la situación, aunque no creo que Alba esté preparada para escucharlo.

—Tomar decisiones implica asumir responsabilidades —termino diciendo.

—¡Eres idiota!

Se acerca a mí y me enfrenta, pero, justo en ese momento, alguien golpea el portón de entrada de la casa. Le hago un gesto con la cabeza a Parker y va a ver quién es, pistola en mano. Apenas tarda un minuto en volver y lo hace seguido de un hombre de unos sesenta años que porta un maletín. Solo entonces, Alba retira su mirada acusadora de mí.

Odio que me mire de esa forma, como si le hubiese decepcionado demasiadas veces… Y no es justo, porque apenas me conoce.

El médico consigue extraer la bala del hombro de Hughes y le coloca un gotero con medicación. Nos da unas pautas y nos confirma que, aunque no se trata de una herida grave, debemos permanecer atentos a que no se infecte y realizar curas durante los siguientes días.

Estoy seguro de que Alba se encargará personalmente de que a Hughes no le falte de nada, y esa certeza hace que me hierva la sangre.

Salgo de la habitación por miedo a decir o hacer algo de lo que luego pueda arrepentirme. Joder, arrepentirme yo, que siempre he actuado como me ha dado la gana sin importarme una mierda lo que opinen los demás.

Estoy cabreado. Más que cabreado, estoy ciego de rabia. Gracias a Dios, sé perfectamente cómo apaciguar a mi bestia interior.

Salgo de la casa y voy directo al corral. Parker ha preparado a la escoria mientras yo atendía al médico y sonrío al comprobar por qué lo elegí a él como a uno de mis hombres de confianza. Después de años bajo mis órdenes conoce algunas de mis excentricidades y sabe lo mucho que me gusta jugar con mis invitados.

Uno de los hombres que ha atacado nuestro barco y masacrado a la tripulación permanece colgado de un gancho del techo; los dedos de sus pies apenas rozan el suelo y puedo notar cómo los músculos de los brazos se le tensan, crispados, hasta el límite de rotura. Lo observo balancearse, buscando un punto de sujeción, algo que le permita descansar de esa postura imposible durante al menos unos segundos.

Otro de los prisioneros se encuentra literalmente clavado a una pared con estacas que perforan las palmas de sus manos. Sus pies han tenido más suerte, Parker solo los ha atado con una cuerda.

A simple vista, diría que el tercero es el más afortunado, pues se encuentra sentado y amarrado con cuerdas a una silla de metal. Junto a él, hay una mesa repleta de utensilios de labranza que Parker parece haber seleccionado con diligencia para mi diversión.

Se aparta a un lado cuando me ve entrar y le hago un pequeño asentimiento de cabeza. La furia sigue ahí, pero tengo que reconocer que me agrada la escena que recorren mis ojos.

Me acerco a la mesa de madera y observo con interés las herramientas que hay dispuestas sobre ella. Las voy ordenando para que queden perfectamente alineadas mientras tarareo una cancioncilla que me ha venido a la mente y que me aporta una pizca de calma. No sé cuánto tiempo tardo en culminar la tarea, tampoco me doy prisa, ya que el orden es fundamental para mí cuando estoy trabajando.

Una vez que todo está dispuesto a mi gusto, selecciono un hacha de un tamaño bastante manejable y me doy la vuelta para quedar frente a mi público.

—Buenas noches, señores. Creo que no nos han presentado todavía. Mi nombre es Alex y soy quien les atenderá esta noche. Espero que su estancia con nosotros sea placentera… para mí. —Me doy cuenta de que los tres tienen una especie de mordaza improvisada que les impide hablar y me giro hacia Parker—. ¿Has silenciado a nuestros invitados? Qué desconsiderado por tu parte.

—Se quejaban demasiado —responde levantando los hombros, como si el hecho no tuviese mayor importancia.

—Oh, perdonadle. —Vuelvo a dirigirme a ellos—. Mi compañero es un poco especial con los ruidos fuertes. Bueno, hagamos una cosa, decidme quién de los tres quiere ser el primero en compartir unas palabras con nosotros y le quitaré la mordaza.

El tío que está clavado a la pared intenta hablar. Me acerco y despego la cinta que cubre su boca y sujeta el trapo que le impide hablar. Lo escupe y se pone a toser.

No es un hombre demasiado alto ni corpulento, tampoco tiene un aspecto amenazante ni una apariencia reseñable. Más bien, encajaría en el típico personaje secundario en una película de bajo presupuesto.

Ahora que me fijo más de cerca descubro que sus piernas atadas están amarradas a un gancho que sale de la pared, lo cual lo mantiene inmovilizado. Me complace comprobar que Parker es un hombre de recursos que sabe adaptarse bien al medio.

Cuando el tipo termina de toser, empieza a quejarse, y no hay nada que me aburra más que ver a alguien lloriqueando después de haber cometido el error de atacarnos. De un movimiento rápido, levanto el hacha y la descargo sobre su mano, seccionando cuatro

de sus cinco dedos por el segundo nudillo. Su alarido es música para mis oídos.

—Hijo de…

—Yo que tú no terminaría esa frase —lo corto—. Mira, esto es fácil. He sido educado, os he acogido, os he proporcionado un techo bajo el que pasar la noche y me he presentado de forma impecable. Solo pido un poco de cordialidad a cambio. ¿Crees que podrás cumplir con tu parte?

—¡Maldito loco de mierda! Aaaaah, joder.

No sé si grita o llora, pero lo que sale por su sucia boca no me está ayudando en nada, así que me giro para observar a sus compañeros.

—¿Alguno de vosotros tiene algo más interesante que decir? —Silencio—. ¿Nadie? Ah, pues no sabéis la decepción que me llevo. Me quedaba la esperanza de que al menos uno de vosotros gozase de una muerte rápida. Bueno, pues nada. —Levanto los hombros resignado—. Jugaremos al juego de la lenta tortura.

Me aproximo de nuevo a la mesa y esta vez elijo una azada con el mango de madera. Me la coloco sobre el hombro y me acerco al tipo que está colgado de las muñecas al techo mediante una cadena y un gancho de hierro.

Repito el mismo proceso que he llevado a cabo con su compañero y me deshago de su mordaza. Este al menos no lloriquea.

—Nosotros ya estamos muertos, pero tú también lo estás —escupe con rabia.

—Bueno, por fin alguien con ganas de hablar —exclamo sonriendo —. Por favor, cuéntame más. ¿Cómo y cuándo moriré exactamente? Me gustaría elegir un bonito ataúd antes de la fecha señalada y

todavía no tengo claro si me quedaría mejor la madera de pino o un acero en color oscuro. ¿Tú qué opinas?

—Que no te dará tiempo de elegir nada. Tus respiraciones están contadas desde el momento en que te metiste en el camino de Yue.

—Yue —pronuncio la palabra despacio, dejando que los sonidos escapen de mis labios de forma suave—. Qué bonito nombre para alguien que quiere matarme.

—¡Cállate, gilipollas! —grita el prisionero al que ahora le faltan cuatro dedos dirigiéndose al que ha empezado a proporcionarme información.

—¿No te das cuenta de que ya no sirve de nada guardar silencio? —responde el hombre colgado del techo—. Si no nos mata él, lo hará ella.

—En eso le tengo que dar la razón a tu compañero. De poco os sirve guardar silencio cuando vuestro destino ya ha sido marcado. —Camino trazando un círculo alrededor del hombre que ha decidido cooperar—. He de reconocer que vuestra actuación de hoy me ha cabreado bastante. No solo habéis hundido en el Mediterráneo un cargamento de más de doscientos mil euros en armas, sino que os habéis cargado a quince de mis hombres y eso, queridos invitados, es algo que no puedo olvidar con facilidad. Aun así, he decidido ser benevolente y prometo una muerte rápida para aquel de vosotros que hable primero. ¿Algún voluntario?

Guardo silencio. Se me da bien esperar a que la gente reaccione. De todas formas, no han pasado ni treinta segundos cuando el tipo al que estoy cercando comienza a cantar.

—Esa tía tiene más poder del que te puedas imaginar. Obtiene lo que quiere con solo chasquear los dedos y cuenta con todo un

ejército de soldados dispuestos a servirle a cualquier precio. Solo la he visto una vez, pero iba rodeada por al menos veinte hombres. Ella es quien le encargó el trabajo a mi jefe.

—¿Oriental? —pregunto sabiendo ya la respuesta.

—China. Dirige una mafia que se está expandiendo por el país más rápido que cualquier otra. Mientras a mi jefe le costó una década conseguir el control de Cádiz y alrededores, ella ha tardado menos de un año en expandir sus tentáculos por todo el país.

—¿A qué se dedican?

—Tocan casi todos los palos: drogas, armas, órganos, mujeres…

—¿Cómo me pongo en contacto con ella?

—No puedes. Solo habla con mi jefe y creo que ni siquiera él tiene su teléfono.

—¿Y dónde lo localizo a él?

—¿A Jonathan? Lideraba la operación de esta noche, así que lo más probable es que haya muerto calcinado en la explosión que provocasteis.

Me giro y le asesto un puñetazo en la boca del estómago, lo que provoca que se doble de dolor.

—No me gustan las malas noticias. ¡Dime algo que me sirva!

—La tía tiene muchos contactos. —Gime—. Mi jefe pensaba que alguien influyente en el Gobierno la estaba ayudando. No es normal que actúe de forma tan escandalosa y siempre salga impune. Mató a cinco de mis compañeros en una de las calles más transitadas de Cádiz a plena luz del día cuando mi jefe se negó a entrar en su juego, y no pasó absolutamente nada.

—He dicho «algo que me sirva» —siseo entre dientes.

—Feng. —Un escalofrío me recorre la columna cuando escucho ese apellido—. Su nombre completo es Feng Yue y se rumorea que está emparentada con Feng Bao. Supongo que a ese sí lo conoces. Jonathan creía que ella había cogido las riendas del negocio tras la desaparición de él.

—Me cago en la puta —exclamo para mí mismo.

El teléfono suena en el bolsillo de mi pantalón antes siquiera de que haya procesado la información. Lo saco, pensando que será mi hermano Antón dando por fin señales de vida. Sin embargo, al desbloquear la pantalla, descubro un mensaje de un número desconocido que me deja helado:

> Espero que no me guardes rencor por lo de esta noche. Tu barco, por el club que me destrozaste.
> Y como ahora la pelota está en mi tejado, he decidido hacerte un regalo.
> Espero que lo descubras pronto.
> Besos, Yue

# 16

## ALBA

Hughes abre los ojos casi una hora después de que el médico se haya marchado. Apenas me doy cuenta, me levanto de la silla en la que he estado esperando y me acerco a su cama.

—¿Cómo te encuentras?

—Jodido. —La voz le sale ronca. Carraspea antes de continuar—: ¿Por qué me duele todo el cuerpo?

—Supongo que es lo normal cuando recibes un disparo. La verdad es que nunca he pasado por esa experiencia, así que no sé decirte. ¿Quieres un poco de agua?

Acepta y le ayudo a incorporarse en la cama antes de acercarle el vaso que he dejado hace un rato en la mesita de noche.

—¿Alex y Parker están bien?

—Sí, tú fuiste el que salió peor parado.

—Si te digo la verdad, hubo un momento en el que pensé que no lo contaba.

—A mí también se me pasó por la cabeza esa idea. Que sea la última vez que me das un susto así, ¿estamos?

Le cojo el vaso y pongo el dorso de la mano en su frente para comprobar si tiene fiebre. El doctor ha dicho que debemos vigilar

que no haya infección, sobre todo durante las primeras cuarenta y ocho horas.

Hughes observa atento mis movimientos y una sonrisa tímida asoma a sus labios.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice sin dejar de mirarme.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—¿Por qué me estás cuidando?

—¿Cómo que por qué? —pregunto sin entender a dónde quiere llegar—. Te han herido, alguien tendrá que hacerlo, ¿no?

—Bueno, no es el primer disparo que recibo y no recuerdo a ninguno de mis compañeros velando mi sueño las otras veces. De hecho, no recuerdo la última vez que alguien se molestó en cuidarme.

—Pues vaya amigos de mierda tienes —respondo para quitarle hierro al asunto.

—¿Amigos? Pasé la infancia en varios centros de acogida hasta que acabé en la calle con dieciocho años, sin trabajo ni nadie que se preocupara de si conseguía sobrevivir o no. Después, me junté con la gente equivocada y fui de mal en peor, casi no lo cuento. Fue Alex quien me sacó del infierno y me llevó a la Hermandad, pero nunca he sido bueno en socializar, así que allí solo tengo compañeros. ¿Tú tienes muchos amigos?

—La verdad es que no —admito—. No hay mucha gente que se anime a interactuar con la friki de los ordenadores. ¿Quieres que lo intentemos?

—¿El qué? ¿Ser amigos?

—¿Por qué no? Con tu escasa experiencia previa en esto de la amistad, será difícil que pueda decepcionarte.

Me mira como si fuese un objeto fuera de lugar en la habitación, como si hubiera dicho lo más extraño que ha escuchado nunca. Yo me quedo en silencio esperando su respuesta. Su pelo rubio está enmarañado y me entran ganas de peinárselo, pero creo que eso sería invadir demasiado su intimidad.

—Me da miedo lo contrario, que te des cuenta de que no tengo madera de amigo.

—Eso es algo que no sabremos nunca si no lo intentamos. Entonces ¿aceptas o no? —insisto.

Me ofrece la mano izquierda, ya que el brazo derecho lo tiene inmovilizado con un cabestrillo, y yo se la estrecho, acompañando el gesto de un asentimiento de cabeza.

—Amigos —afirma con rotundidad.

—Amigos —respondo con gesto serio—. Y ahora, con el poder que me otorga nuestra amistad, te exijo que vuelvas a dormir. El médico te prescribió mucho descanso, así que me marcho. Regresaré por la mañana para hacerte compañía.

—A tus órdenes, amiga.

—Buenas noches, amigo.

Salgo de la habitación con una sonrisa en los labios. Este chico me recuerda un poco a mí: ambos vivimos una infancia de mierda y nos cuesta relacionarnos con las personas de nuestro entorno de forma espontánea.

Cierro la puerta a mi espalda y me sobresalto al encontrarme de frente con Alex. Su cuerpo está apoyado en la pared y mantiene una expresión en el rostro que grita «aléjate mientras puedas».

—¿Qué hacías ahí dentro? —me suelta a bocajarro.

—Obviamente, asegurarme de que Hughes esté bien. Por cierto, sé que no has preguntado, pero lo está. Ha despertado hace un rato y, aunque debe de dolerle horrores, no se ha quejado ni una sola vez.

—¿Y se puede saber quién te ha nombrado su enfermera personal? —me increpa con rabia, y yo noto el cabreo burbujear en mi estómago.

«¿Quién se ha creído que es?».

Abro la boca para responder, pero las palabras parecen haberse atascado en mi garganta y no me queda otra que volver a cerrarla y fulminarlo con la mirada. Me fijo bien en su aspecto: lleva el pelo mojado y ropa distinta a la que vestía cuando hemos llegado a la casa. Sus ojos me taladran como si hubiera hecho algo imperdonable por cuidar de un compañero que, además, estoy empezando a considerar mi amigo.

—No quiero que vuelvas a acercarte a él.

—¿Estás de coña? ¿Qué crees que voy a hacerle? ¿Acaso ahora desconfías de mí?

—De quien no me fío es de él. Queda prohibido entrar en esta habitación, fin de la discusión —ordena con ese tono que utiliza cuando habla con alguno de los hombres de la Hermandad.

—Pues vas listo si crees que tienes el poder de prohibirme nada. —Bufo como un toro y me acerco más a él, de modo que nuestras narices están a punto de tocarse—. No sé quién coño te crees, pero te diré lo que no eres. No eres mi jefe, no eres mi hermano y no eres quién para darme órdenes. ¡Y ahora sí, fin de la discusión!

Sin que me dé tiempo a verlo venir, arremete contra mí, uniendo su boca a la mía a la vez que choco de espaldas contra la pared que

tengo detrás. Su beso es incluso más intenso que lo que hemos vivido hace unas horas en el puerto. Mis labios responden a los suyos mientras me aferro con las manos a su cuerpo como lo haría a un salvavidas en mitad del océano. La necesidad de tenerlo arrastra todo lo demás: las dudas, los miedos, el enfado.

Muerdo su cuello cuando me levanta del culo para que lo abrace con mis piernas y después saboreo el lugar en el que han estado antes mis dientes.

—Solo tú tienes el poder de hacerme perder la cabeza —susurra con voz ronca contra mis labios, y yo me estremezco con sus palabras.

—Ja, eres el tío más irracional que conozco —respondo, y apreso su labio inferior, arrastrándolo conmigo.

Me separa de la pared, me lleva hasta una habitación y me lanza sobre la cama, haciendo que rebote en el colchón. Antes de que pueda quejarme de su rudeza, lo tengo sobre mí, besándome de nuevo por todas partes. Me deshago de su ropa de forma apresurada mientras él prácticamente destroza la mía.

Nos dejamos llevar por la necesidad de este deseo que rompe con todo y nos mantiene ciegos y sordos, pero vivos, muy vivos. Nos convertimos en piel, bocas y entrañas hasta lograr nuestra meta, que no es otra que la de avivar el fuego y arder juntos.

En el momento en que entra en mí me aferro a sus hombros y lo hago rodar sobre la cama para quedar sobre él. Verlo tumbado entre mis piernas, con el torso plagado de tatuajes y las manos en mi cintura, me hace sentir poderosa. No me apremia, me cede las riendas para que sea yo quien decida cómo y cuándo y así, sin darse cuenta, me está proporcionando justo lo que necesito: control.

Cuando ambos hemos quedado saciados, me tumbo bocarriba a su lado e inspiro todo el aire que cabe en mis pulmones. La noche está en calma y su respiración acelerada acompaña a la mía como si juntas trataran de componer una nueva y extraña melodía.

—Esto no significa que vaya a respetar tu orden absurda —le aclaro en cuanto soy capaz de formar una oración completa.

—Alba, como me hables de otro hombre ahora mismo, voy a volver a follarte hasta que te olvides incluso de tu nombre.

Suelto una carcajada por lo absurdo de la situación y, al poco, los dos estamos riendo juntos, como si la cordura hubiese abandonado nuestras mentes.

Ojalá todo pudiera ser así de fácil entre nosotros. En momentos como este, echo de menos llevar una vida normal, aunque nunca haya probado lo que eso significa. ¿Se puede anhelar lo que nunca has tenido? Recuerdo cuando me tocaba acudir a una clase presencial en la universidad y observaba de lejos a algún grupo de estudiantes, la forma en la que caminaban y sonreían despreocupados, su manera tan natural de interactuar como si nada malo pudiese pasarles, como si fuera de ese edificio la vida no se estuviese preparando para destrozarnos de un momento a otro.

Alex me roza la mano con la suya y siento un latigazo que me trae a la mente todo lo que él no recuerda y yo todavía no le he contado. Me levanto casi de un salto y musito que voy a darme una ducha.

Entro en el baño de esta misma habitación, que no sé si será la suya o la mía porque, si han hecho el reparto, debo de habérmelo perdido.

Abro el grifo de agua caliente y me coloco debajo del chorro cuando aún está helada. El frío despierta mis células y me activa los

sentidos.

Todavía soy capaz de recordar la noche que escapé de él y de su infierno. Su cuerpo de preadolescente manchado de sangre después de haber torturado a aquellos hombres con sus propias manos.

*Corro todo lo que puedo sin creer que él, mi único amigo, haya sido capaz de arrebatar esas vidas sin la más mínima piedad; y es mi padre, quien prácticamente ha ignorado mi existencia hasta este momento, el que me alerta de que, en esta casa, a la que él mismo me trajo hace tiempo, corro peligro.*

*El miedo me paraliza y me hace torpe. Quiero llorar, esconderme bajo la cama y eliminar el día de hoy de mi existencia, pero eso no es posible. Mi padre me apremia, me ayuda a escapar y promete que se encargará de que Alex Reigadas jamás pueda encontrarme.*

*Años después, sigo luchando contra las pesadillas que me traen su imagen cometiendo aquel acto tan terrible. Solo quiero olvidarme de su piel ensangrentada, de los gritos de aquellos hombres pidiendo clemencia, pero en cuanto cierro los ojos, vuelvo a revivirlo todo, una y otra vez, hasta que Jonás me despierta y comparte un vaso de leche caliente conmigo, en silencio, siempre en silencio.*

Nunca hablamos de aquello, jamás me preguntó qué había vivido antes de llegar a su caravana. Nuestra convivencia fue así de sencilla y, también, así de fría.

Durante años, escuché rumores sobre Alex. Decían que se había convertido en una bestia, mucho peor que su padre. Lo llamaban Abismo y cualquiera que supiera de su existencia lo temía.

«Maldita sea, ¿qué estoy haciendo?».

Cierro los ojos cuando el agua comienza a calentarse demasiado y apoyo las palmas de las manos contra las baldosas blancas,

haciendo fuerza para contener el grito que surge en mis entrañas y pide ser liberado.

No escucho el sonido de la puerta ni tampoco el de la mampara, pero siento su pecho pegado a mi espalda y abro los párpados lo justo para ver su mano regulando la temperatura del agua. No puedo querer que me abrace y me consuele cuando él siempre fue el monstruo que se colaba en mis sueños.

—No sé qué es lo que te atormenta, pero te sostendré si necesitas romperte —susurra en mi oído, y vuelvo a cerrar los ojos, sintiendo que pierdo la fuerza que me quedaba—. Hazlo y te juro que no te trataré de forma diferente por la mañana.

Me giro entre sus brazos, le coloco una mano en la nuca y la otra en la mejilla. El agua cae sobre nosotros en cascada, impidiendo que él pueda distinguir las lágrimas que escapan de mis ojos. No parece el mismo hombre capaz de disfrutar asesinando a sangre fría, el mismo que vi en mi casa desfigurando a un tío a puñetazos ni el que se volvió loco y destrozó aquel burdel y todo lo que encontró a su paso. No, el Alex que tengo delante no se asemeja en nada a aquel que llaman Abismo.

Me mira con tal intensidad que tengo miedo de que pueda leer todos mis secretos y a la vez deseo que lo haga y me quite este peso con el que ya no quiero cargar.

—Hazme olvidar, Alex. No quiero romperme, no quiero llorar y no quiero seguir sintiéndome débil. Solo haz tu magia una vez más para que no piense en otra cosa que no seas tú y esa forma que tienes de volverme loca.

No responde con palabras, pero hace exactamente lo que le he pedido. Durante horas, logra que me sienta deseada, completa e

incluso adorada. Sus caricias son más suaves que nunca y sus labios se afanan en darme placer hasta que grito su nombre una y otra vez.

# 17

## ALEX

Me despierto con una sonrisa en la cara. Hace mucho que eso no sucedía; no suelo encontrar nada que me haga feliz hasta después de haber tomado, al menos, dos tazas de café por la mañana. La cama todavía huele a ella, a manzana, a hierba húmeda y también a sexo. Joder, al mejor sexo que he tenido en la vida. Me pregunto si escapó antes de llegar a dormirse o si, por el contrario, se ha despertado a mi lado.

Es extraño haber dormido tan profundamente que no me haya dado cuenta del momento en que se ha marchado. En los últimos meses no recuerdo haber descansado más de tres horas seguidas.

Me pongo lo primero que pillo y compruebo el teléfono; sigo sin tener noticias de Antón y eso empieza a mosquearme. Marco su número y la llamada se desvía al buzón de voz. Aprieto con fuerza el móvil y me obligo a darle unas horas más. Es posible que esté metido en algo, pero, si fuera grave, Martiño me lo habría dicho ayer cuando hablé con él por lo del alojamiento y el médico, ¿no?

Salgo de la habitación y solo he de seguir el olor a café y a comida recién hecha para encontrar a Alba trajinando en la cocina. Lleva puestos unos leggings verde menta que le marcan el culo y una

camiseta blanca básica que deja uno de sus hombros al descubierto; su pelo rosa está desordenado y la naturalidad con la que se mueve entre cacharros e ingredientes tiene algo que me deja embobado mirándola.

—¿Qué haces? —pregunto después de unos segundos mientras me acerco y tomo asiento en un taburete alto que hay junto a una mesa.

—Joder, qué susto me has dado —responde levantando la mirada del plato que estaba preparando—. Estoy haciendo la comida. Son casi las tres de la tarde.

—¿Todo eso es para mí? No tenías por qué molestarte, ratoncito.

—No es para ti, idiota. Esto es para Hughes. El médico dijo que tenía que esperar unas horas antes de comer algo sólido, así que debe de estar hambriento.

Observo cómo ordena con mimo la bandeja. Contiene un plato de arroz con setas, un cuenco con lo que parece ser hummus, pan cortado en trocitos y un vaso de agua.

«¿De verdad ha preparado todo eso para Hughes?».

Antes de que pueda pensarlo bien, las palabras se deslizan por mi boca acompañadas por la rabia que siento al saber que se ha marchado de mi lado para atenderlo a él.

—Ya veo. Seguro que sabe cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por él.

—No me gusta lo que estás insinuando, Alex. Si tienes algo que decir, suéltalo ya. No seas tan cobarde de hablarme con indirectas.

—Solo me ha sorprendido lo rápida que eres saltando de una cama a otra, es todo.

Veo en su mirada el impacto del golpe que acabo de asestarle y, en lugar de sentirme complacido, noto un peso en el centro del pecho.

Pestañea despacio, supongo que digiriendo lo que acabo de decirle, y después los ojos se le llenan de algo parecido a la furia. Sé que no va a ser bueno, pero merezco cualquier cosa que pronuncie a continuación.

Se da la vuelta, coge otra bandeja de la encimera y me la planta delante de malas maneras. Contiene café, dos cruasanes y un pequeño cuenco de mermelada de albaricoque, mi favorita. Recoge de ella la taza y, con movimientos lentos, me derrama el café sobre la cabeza sin que yo haga nada para evitarlo. Lo merezco.

—Aquí tienes el café que tanto necesitas por la mañana. Puedes comerte la bollería; el plato de arroz con setas que había guardado para ti prefiero dárselo a los perros de la vecina. Ellos, al menos, lamen mis manos en lugar de morderlas.

Se da la vuelta, recoge la comida de Hughes y sale de la cocina sin que yo haya sido capaz de formar una frase coherente.

«Joder, soy gilipollas».

Estoy planteándome si debería o no salir detrás de ella cuando mi teléfono suena con un número que no reconozco.

—¿Alex? Soy Ania… Sé que han pasado muchos años, pero confío en que todavía me recuerdes.

El shock de escuchar a la mujer que fue el ama de llaves de casa de mi padre desde que tengo uso de razón me deja aturdido durante unos segundos. Mi pasado me golpea como una enorme bola de demolición, robándome el aire. A mi cabeza acuden los recuerdos de cuando ella me cuidaba después de las palizas de mi padre que me

obligaban a pasar varios días en cama; su mirada cálida; sus gestos silenciosos…, incluso aquellos de advertencia si intuía que mis actos contradecían lo que el señor Reigadas esperaba de su hijo. Una mujer que permaneció siempre en la sombra, una constante en mi infancia.

—Ania. Por supuesto que te recuerdo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No sé si hago bien en llamarte, pero siento que es lo correcto. Tienes que saberlo.

—Adelante, habla —la apremio sintiendo su nerviosismo, que no cuadra con la imagen imperturbable que guardo de ella.

—Es tu hermano, el señor Antón. Está herido. —Dejo de respirar durante unos segundos—. No me cuentan mucho, pero hace un rato escuché hablar a dos guardias y comentaban que era grave. Se encuentra en el hospital.

Su voz suena compungida y a la vez algo temerosa.

—Ania, ¿por qué no me ha llamado Rafa?

—Lo han matado, Alex, no sobrevivió al tiroteo. —Coge aire antes de continuar y parece desesperada, como si yo fuese su último recurso—. Nadie me cuenta nada. Los hombres de tu hermano van de un lado a otro como pollos sin cabeza. Esta mañana, Rubén ha venido a la casa, quería coger algo del despacho de Antón y Martiño se ha negado a dejarle pasar. Se han peleado como dos brutos y luego…

—Continúa, Ania. Sea lo que sea, dímelo.

—No quiero meterme en problemas, pero sé que tu hermano no habría aprobado lo que ha pasado. Una chica que lleva poco tiempo trabajando en la mansión, Mariela, ha intentado separarlos y Rubén le ha dado un puñetazo en la cara. La casa es un desastre, Alex.

—¿Por qué coño no me han llamado del hospital para avisarme?

—No sé qué decirte sobre eso, pero he escuchado que lo han ingresado en el Vithas.

—Está bien. Voy a averiguar el estado en el que se encuentra Antón. Te pondré al día en cuanto tenga más información. Y, Ania… —hago una pausa—, has hecho bien en llamarme, pero no le cuentes a nadie que has hablado conmigo.

—No diré nada. Solo espero que Antón se encuentre bien y vuelva pronto a casa.

Llamo al hospital y se niegan a facilitarme cualquier dato sobre mi hermano por teléfono. Pierdo casi media hora en tirar de contactos y, finalmente, consigo la información que estaba buscando, aunque es casi la peor de las noticias que podían haberme dado: Antón recibió una bala en el pecho, su estado es grave y lo mantienen sedado para controlar sus constantes vitales. No saben si sobrevivirá y me recomiendan que vaya en persona al hospital.

—¡Joder! —grito mientras lanzo el teléfono contra la pared de la cocina.

Sé perfectamente que mi hermano no lleva una vida entre algodones y que tiene muchos enemigos solo por ser la cabeza visible de la familia, pero, joder, siempre se ha protegido.

Un ruido a mi espalda me hace darme la vuelta y veo a Alba bajo el marco de la puerta, con la bandeja que le ha llevado a Hughes entre las manos.

—¿Qué ha pasado?

Dudo un momento si decirle la verdad o dejarla fuera de esto, pero ni siquiera sé si lo segundo es una opción cuando voy a tener que llevarla conmigo a Vigo.

A Vigo. El nombre de esa ciudad sabe ácido en mi lengua.

—Han herido a mi hermano y es grave.

No tengo que explicar más, ella sabe quién es Antón y a lo que se dedica.

Deja la bandeja sobre el banco de la cocina y se acerca unos pasos.

—Prepararé todo para marcharnos cuanto antes. ¿Sabes quién ha podido ser?

—No tengo ni puta idea. A veces intercambiamos información que puede resultarnos útil entre organizaciones, pero no hablamos del día a día y menos de las operaciones que tenemos entre manos. Antón cuenta con muchos enemigos, podría haber sido cualquiera de ellos. Asesinaron a su segundo en el mismo tiroteo, así que la información de la que dispongo es igual a nada. Necesito ir al hospital en el que está ingresado.

—Iré contigo. ¿Qué hacemos con Hughes y los hombres que atrapamos ayer? No podemos dejarlos aquí solos, y llevarlos con nosotros sería peligroso, además de que nos dificultaría mucho las cosas.

Algo se activa en mi cabeza cuando nombra a los tíos que interrogué ayer y corro a buscar mi teléfono que, por suerte, todavía funciona después de haberlo lanzado contra la pared. La pantalla tiene varias grietas, pero soy capaz de releer el mensaje que recibí anoche:

… Y como ahora la pelota está en mi tejado, he decidido hacerte un regalo.
Espero que lo descubras pronto.
Besos, Yue

—¡Hija de la grandísima puta! —murmuro para mí mismo.

—¿Qué pasa?

—Sé quién ha sido. Ayer, uno de esos tipos a los que cogimos me habló de la mujer que los había contratado para el trabajo. Dicen que está emparentada con Feng y que ahora es ella quien dirige la organización.

—¿Y ha hecho esto solo porque destrozaste su club?

—Eso parece —exclamo apretando el teléfono en la mano al tiempo que pienso en docenas de maneras en las que se lo haré pagar—. Recibí un mensaje de un número privado poco después y ahora todo encaja.

Le tiendo el teléfono para que pueda leerlo y veo cómo abre los ojos de forma exagerada.

—Mierda, tengo que contárselo a Sombra. Feng Yue es la hermana de Feng Bao. Su nombre apareció en varios de los archivos que encontré en el ordenador que utilizaron para rastrearme. Está vinculada a varias operaciones en Europa, pero, hasta ahora, se trataba de un fantasma. No he podido hallar ni una sola fotografía suya en la red.

Mientras Alba se marcha fuera para hablar con su equipo, yo doy vueltas a la cocina como un león enjaulado. Si esa mujer ha sido capaz de matar a Rafael y dejar a mi hermano en coma, no sabe lo que la espera. Me da igual haber jurado que nunca pondría la mano encima a una mujer porque pienso saltarme cualquier límite para que pague por sus actos.

Cierro los ojos y pienso en la primera línea roja que voy a cruzar por ella: hace doce años juré que jamás volvería a pisar mi ciudad natal. Fue el día en que terminé con Abismo, llevándome por delante

la vida de mi padre. Todos creen que fue un accidente, todos salvo Liam. Ni siquiera Antón sabe que en realidad fui yo quien acabó con él, ejecutando por fin la venganza que comencé a planear la primera vez que el señor Reigadas me puso la mano encima.

Me ha costado mucho seguir adelante a pesar de todo lo que sucedió durante mis primeros años de vida.

Hago lo posible por mantener los recuerdos bajo llave para preservar la cordura y contener a la bestia que, durante tanto tiempo, dominó en su lugar. Y a veces fallo. Últimamente, demasiado.

Sé que volver no es buena idea, pero parece mi única opción.

# 18

## ALBA

Al subir al avión, he esperado a que él se sentase primero para escoger un lugar lo bastante alejado. No es que siga enfadada por su actitud infantil de hace unas horas —de hecho, incluso me resultan graciosos sus celos—, pero si vuelve a pasarse de listo, voy a tirarle algo más que un café por encima. Me he sentado lejos porque necesitaba estar sola y pensar en lo que se me viene encima. No esperaba volver a Vigo nunca y mucho menos imaginaba tener que pisar la casa de la que guardo recuerdos agridulces y que ha sido escenario de casi todas mis pesadillas. Me fui de allí con tanto miedo en el cuerpo que jamás pensé que regresaría por voluntad propia.

Por un momento, me pregunto si mi padre estará vivo. Nunca hizo nada para ponerse en contacto conmigo, me ayudó a escapar, pero ni siquiera me dio su número de teléfono por si lo necesitaba. En realidad, nunca se comportó como un padre conmigo.

Llevo veinte minutos buscando información sobre Feng Yue y no hago más que frustrarme porque todas las pistas parecen conducir a un maldito callejón sin salida. Vega está de acuerdo con Alex en que esa mujer se halla detrás del ataque de Antón y, además de

enviarnos el jet de Atenea para que volemos los cuatro a Vigo, también me ha confirmado que en unos días tendremos a todo el equipo allí con nosotros. Cree que Yue puede seguir en España y ha decidido retrasar la misión en Shanghái hasta que averigüemos algo más.

Observo a Alex por encima de las gafas. No ha dejado de revisar su móvil desde que hemos llegado, aunque tengo la sensación de que no puede concentrarse. Parece nervioso. Pero ¿cómo no iba a estarlo si su hermano se debate entre la vida y la muerte?

Guardo mi ordenador en la mochila, me acerco en silencio y me siento justo en el sillón de al lado. Alex decide ignorarme y seguir fingiendo que anda enfrascado en algo importante cuando los dos sabemos que no es verdad. Lo que no sabe es que yo también puedo ser paciente cuando la ocasión lo requiere, así que lo observo fijamente para hacerlo sentir incómodo y, después de unos minutos, mi estrategia surte efecto.

—Pensaba que estabas enfadada conmigo —afirma sin levantar la mirada de su teléfono.

—Te has comportado como un imbécil, pero me he desquitado cuando el café caliente ha comenzado a derramarse por tu cabeza y no soy rencorosa.

Se incorpora, guarda el teléfono en el bolsillo de su pantalón y me mira a los ojos por primera vez desde que hemos embarcado. Al devolverle la mirada, percibo algo más que nerviosismo en ella, veo cansancio e incluso una chispa de miedo.

—Lo siento. He sido un gilipollas, tienes razón. Hay algo en ti que me hace perder los papeles.

—Perdóname, pero ¿detecto arrepentimiento? —me burlo de sus palabras—. Vaya, se te da de pena pedir disculpas, ¿sabes? —contraataco con una sonrisa traviesa con la que pretendo romper la tensión que parece dominarlo desde que ha recibido la noticia de su hermano.

Se lleva una mano a la nuca y comienza a frotarse la zona.

—La verdad es que no suelo disculparme a menudo. Tampoco suele importarme lo que la gente piense de mí, pero contigo es diferente.

—¿Por qué?

—No vas a ponérmelo fácil, ¿eh? —Niego con la cabeza a la vez que me muerdo el labio inferior para esconder la sonrisa—. Me importas. Me importas lo suficiente para querer protegerte de todo lo malo; para sentirme celoso si cuidas a otro que no sea yo y portarme como un imbécil cuando creo que no soy el centro de tu atención. Y ya que estamos, voy a ser sincero aun a riesgo de que te asustes y vuelvas a huir a la otra punta del avión.

Trago saliva, todavía intentando procesar lo que acaba de decirme.

—Alex…

—No, espera. Esto se me da de pena y, si me interrumpes, seguramente no te lo contaré nunca. Estoy obsesionado contigo, Alba —sentencia como si sus palabras tuviesen que albergar algún sentido para mí. Sus ojos me escrutan esperando una reacción por mi parte, pero yo ni siquiera sé cómo sentirme, ni mucho menos se me ocurre qué decir.

—Lo siento… Vas a tener que explicármelo un poco mejor si quieres que lo comprenda.

—Estoy obsesionado desde el primer día que te vi hablando con Vega. Os estaba vigilando desde lejos y, a pesar de que te habíamos investigado y no había nada sospechoso en ti, cuando ella se marchó, mis piernas se movieron solas y te seguí. Te observé de lejos mientras comprabas velas y otras pijadas, me quedé cerca cuando descansabas en una cafetería y sentí un vacío en el estómago al creer que te había perdido en la librería. Después me vacilaste, y ver ese fuego en tu mirada no hizo más que empeorar la situación. Casi me vuelvo loco cuando Vega me contó que te habían atacado, y ahí la obsesión se me escapó de las manos. Intuía que había alguien siguiéndote los pasos, además de mí mismo. No los veía, pero los sentía cerca, y ese es el motivo por el que pude presentarme en tu apartamento cuando esos tíos entraron. Estaba en el coche, vigilando tu edificio, y los vi en la azotea. Tuve miedo de no llegar a tiempo —afirma con verdadera preocupación y retira la mirada.

Estiro la mano y la coloco en su mejilla, tratando de calmar su angustia. Me recuerda al niño obstinado que un día conocí. A aquel le preocupaba que alguien pudiese darse cuenta de que se había forjado una bonita amistad entre nosotros, y me hacía reír cuando veía mis ojos vidriosos y llenos de preocupación por su mal estado después de un encuentro con su padre. Jamás imaginé que un día, ese mismo niño estaría confesándome cosas como esta.

—Alex, yo… No sé qué decir, pero si esperabas que me asustase y saliese corriendo es que no me conoces tan bien como pensabas.

Acerco los labios a los suyos y le doy un beso lento, suave; uno que solo pretende hacerle olvidar, hacerle sentir bien durante unos minutos.

Cuando nos separamos, percibo cierta calma en su expresión que antes no estaba.

—Tengo miedo de no volver a ver a mi hermano con vida —confiesa, y la manera en la que se abre a mí significa tanto como sus palabras anteriores—. Nuestra relación nunca ha sido mala, pero tampoco demasiado estrecha. Jamás entendió que decidiera marcharme de España tras la muerte de mi padre y, durante mucho tiempo, me estuvo echando en cara que no me quedase a su lado para ayudarle a asumir su posición como jefe de la Familia.

—¿Te habría gustado ocupar su puesto? —pregunto con miedo a su respuesta. Todavía temo que el Alex despiadado y sanguinario aparezca de un momento a otro y se trague esta versión de él mismo que me hace sentir más de lo que quiero admitir.

—No, pero tampoco podía quedarme.

No me da más explicaciones y, a pesar de que me gustaría preguntarle por qué se marchó sin mirar atrás siendo el hombre más temido de la organización, no puedo hacerlo, no sin contarle quién soy en realidad. Y, con todo lo que está pasando con Antón, no es el momento.

—Estoy segura de que tu hermano saldrá de esta —afirmo cogiéndole la mano—. Si es la mitad de cabezota que tú, apuesto a que en unos días estará dando por saco a las enfermeras. No puedo ni imaginarme el peligro que debéis de tener los dos juntos.

Me observa en silencio, serio, como si hubiese averiguado lo que estoy tratando de hacer.

—Gracias —susurra sin soltarme.

—No es necesario darlas. Siempre quise tener un hermano. Como no lo tengo, canalizaré mis fuerzas en ayudar al tuyo.

Pasamos el resto del vuelo abrazados; mi mano no quiere soltar la suya y mi cuerpo teme perder su calor.

Nada más aterrizar en Vigo-Peinador, un coche negro recoge a Hughes para acompañarlo a casa del hermano de Alex y otro del mismo color y modelo nos lleva a nosotros al hospital. Conforme nos acercamos a nuestro destino, siento que el nerviosismo de Alex va en aumento. La calma que se había instaurado en el avión ha desaparecido del todo.

Al llegar, nos conducen a un despacho, donde un hombre vestido con bata blanca, que se presenta como el jefe de planta del hospital, informa a Alex de la situación clínica de su hermano. Hace una hora que lo han intervenido por segunda vez y el pronóstico continúa siendo reservado. Alex se muestra irascible y presiona al médico para que le dé las buenas noticias que necesita recibir, pero este insiste en que hay que esperar y que lo mejor para la salud de Antón es que permanezca sedado por ahora.

—Quiero verlo —exige, interrumpiendo al médico, que sigue hablando de tratamientos y cuidados.

—Te recomiendo que esperes hasta mañana —informa el hombre, algo cohibido—. La operación lo ha dejado exhausto y no…

—No era una pregunta —lo corta de malas formas.

—Está bien, seguidme. —Caminamos detrás de él. Se le nota nervioso y lo entiendo. La presencia de Alex y de los soldados armados y vestidos de negro que custodian la planta en la que se encuentra internado Antón es, cuando menos, imponente. Después de girar por un pasillo, nos señala una puerta en la que hay apostados dos guardias de seguridad—. Creo que no hace falta que os acompañe, pero sí que os voy a pedir que mantengáis la calma

en su presencia. Es importante para su estado de salud que no se altere.

—De acuerdo.

Antes de marcharse, el doctor me dedica una mirada que baila entre la compasión y la súplica. No sé qué tipo de película se ha montado en la cabeza, pero giro la cara y camino junto a Alex hasta la puerta.

Los dos guardias se tensan en cuanto adivinan que nuestro destino no es otro que la habitación que están vigilando y uno de ellos da un paso adelante para impedir que nos acerquemos más.

—Apártate de mi camino —sisea Alex con furia contenida. Lo conozco y está a solo una chispa de estallar. El hombre se lleva la mano a la espalda y Alex lo detiene con la mirada.

—Ni se te ocurra sacar el arma si no quieres perder la mano —amenaza con un tono de voz que le he escuchado muy pocas veces.

De pronto, el otro guardia suelta una exhalación y coloca una mano en el hombro de su compañero. Tiene la cara desencajada y juraría que, si pudiera, echaría a correr en sentido contrario a nosotros.

—Abismo —saluda a Alex, con una mezcla de solemnidad y respeto. Mi mirada se desvía rápidamente hacia mi derecha, donde él se encuentra, y sé que he visto algo en sus ojos que ya no está, como si ese mote lo hubiese golpeado con dureza—. Guarda el arma, joder. —Se dirige a su colega, que todavía mantiene la mano en su espalda, sujetando la empuñadura de su pistola, aunque ahora parece estar en shock.

—Lo-lo siento, señor. Sé de usted, pero nunca lo había visto en persona y tampoco lo esperábamos —se disculpa el chaval con

temor. No aparenta tener más de veinte años y la situación, claramente, le queda grande. Lo que no entiendo es por qué han puesto a un chico así a vigilar al jefe de la Familia.

—Esperaré en la sala con Parker —interrumpo para distraer la atención de Alex hacia mí y que deje de asesinar al chico con la mirada—. Avísame si necesitas algo.

Los guardias apenas se percatan de mi presencia, ambos siguen embobados con Alex, como si se tratase de una aparición divina o, en este caso, más bien demoniaca.

Cuando un rato más tarde vuelve a por mí, detecto la máscara de frialdad que lleva puesta y respeto su silencio. Después de casi veinte minutos en el coche, veo que nos estamos alejando de la ciudad y le pregunto a dónde nos dirigimos.

—Nos quedaremos en casa de mi hermano. —Un escalofrío me recorre la columna al confirmar lo que ya imaginaba—. Necesito estar allí para poder encargarme de algunos asuntos y ver cómo se están organizando sus tenientes. Según me dijo Ania, no lo están haciendo demasiado bien. Una familia sin jefe siempre implica una lucha de poder. Deberé valorar las opciones y decidir qué es lo mejor para la organización mientras Antón siga en coma.

—¿Saben que vas?

—No. Le he pedido a Ania que mantenga mi llegada en secreto, no quiero que a los hombres de Antón les dé tiempo a prepararse.

—¿No estás siendo demasiado desconfiado? Si tu hermano los tiene a su alrededor, será porque le son leales.

—Es posible, pero no los conozco, y te sorprendería lo que algunos hombres son capaces de hacer por rascar un poco más de poder.

Está agobiado, lo sé, puedo sentirlo en la forma en la que tensa el cuello o pasa sus manos sobre la tela del pantalón alisando unas arrugas inexistentes.

—He hablado con Sombra desde la sala de espera. Ella y los demás llegarán en unos días y dejaré de ser una carga para ti.

Gira la cabeza para mirarme. Ambos vamos sentados en el asiento trasero mientras Parker conduce en absoluto silencio, como si fuera ciego y sordo respecto a lo que sucede en la parte posterior del coche.

—Después de lo que te he dicho esta mañana, ¿eso es lo que piensas que eres para mí, una carga? Qué mal me he debido de explicar entonces.

—Bueno —respondo nerviosa—. Me refiero a que ahora mismo tienes bastantes cosas encima y te aliviará saber que, al menos, ya no deberás preocuparte por mí.

Acerca los labios a los míos y los lame despacio. Después me besa y yo abro la boca para que mi lengua entre en contacto con la suya. Lleva la mano a mi nuca para profundizar el beso y gimo de placer. Su forma de tocarme incrementa mi necesidad de él y me hace olvidar hasta cómo me llamo. Le tiro del pelo, rogando que no se separe de mí, y estoy a punto de subirme a su regazo cuando recuerdo que no vamos solos en el coche, que Parker conduce.

Separo nuestras bocas a regañadientes y apoyo mi frente en la suya.

—Alba —susurra sobre mis labios y espera a que lo mire antes de continuar—. Ni de coña voy a dejar que te alejes de mí. —Nuestras respiraciones chocan la una contra la otra, todavía agitadas por la intensidad del beso—. Vega y los demás pueden alojarse también en la casa. Es lo bastante grande para todos. Tenéis un gimnasio para entrenar y pediré que habiliten uno de los despachos para vosotros. Además, es el lugar más seguro del norte del país.

Asiento cuando las palabras no se deciden a salir de mi boca. No estoy acostumbrada a que alguien me quiera a su lado sin ninguna razón aparente, sin buscar algún tipo de beneficio, que suele ir ligado a mi capacidad de dominar las tecnologías como pocos son capaces de hacerlo. Trato de pensar en lo que Alex obtiene si me quedo junto a él y no encuentro absolutamente nada. «¿Es esto posible?».

# 19

## ALEX

He estado tan enfrascado en la conversación con Alba que, cuando llegamos a la garita de seguridad que controla el acceso a la que fue mi casa durante muchos años, no estoy mentalmente preparado. Ania les debe de haber dado algún tipo de indicación a los guardias, porque las vallas de entrada a la propiedad se abren en cuanto Parker detiene el coche frente a ellas.

Las hileras de árboles frondosos a ambos lados del camino me traen a la mente algunos de los juegos macabros de mi padre, como aquel en el que me obligaba a pasar la noche solo en este bosque. La primera vez que me trajo aquí tenía cinco años. Me llevó hasta una zona frondosa y me dijo que ya era hora de que creciera y dejara de estar bajo las faldas de nuestra ama de llaves. Luego, me puso una linterna en las manos y se marchó sin mirar atrás, después de advertirme de que no lo siguiera ni intentara volver a casa hasta que saliese el sol. Era apenas un crío, pero todavía recuerdo el helor intenso clavándose como agujas en mi carne y el pánico que me paralizó durante horas. En cuanto crecí un poco, me acostumbré a reconocer los sonidos de la noche y también cuáles eran los arbustos

que más protegían del frío. Y justo cuando empezaba a sentirme menos inseguro, comenzaron las cacerías.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de alejar los recuerdos, pero ya es tarde. El sonido de las botas de los soldados de mi padre detrás de mí, acercándose cada vez más, resuena en mis oídos; sus risas amortiguadas; sus burlas; mi visión nublada por las lágrimas mientras corro lo más rápido que mis pies descalzos me permiten.

Sacudo la cabeza, pero las imágenes no desaparecen.

De pronto, siento un contacto tibio en la mejilla a la vez que un aroma a manzana que reconozco bien inunda mis fosas nasales, y abro los ojos para descubrirla a ella. Solo a ella.

—Estoy contigo, Alex.

Y con esas tres palabras, con su presencia, Alba logra calmarme. Mi respiración se vuelve poco a poco más pausada y mi mente se aclara cerrando la puerta al pasado. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido lo que nunca nadie ha logrado: acabar con una regresión cuando esta ya había comenzado a controlarme.

Parker detiene el coche en el aparcamiento exterior y, al descender, los tres nos quedamos quietos, observando con detenimiento lo que nos rodea.

Recordaba el edificio que tengo ante mí a la perfección. Las pesadillas que me acompañan desde siempre nunca me han permitido olvidarlo. Cada balcón, cada ventanal, cada moldura y los siete escalones que llevan al porche y a la enorme puerta de madera blanca que da acceso al mismísimo infierno.

Un escalofrío me recorre la espalda y, de nuevo, Alba me rescata. Siento el calor de su mano envolviendo la mía y el leve apretón con el que trata de infundirme valor. Si supiera la mitad de las cosas que

han pasado entre esas paredes, saldría corriendo en dirección contraria.

Enderezo la columna y camino sin soltarle la mano. Parker nos sigue de cerca.

Antes de que hayamos subido el último escalón, la puerta se abre y Ania me recibe con una sonrisa en el rostro, una que soy incapaz de corresponder en este momento. Ha cambiado desde la última vez que la vi. Aún conserva la postura estirada y esa aura de tenerlo todo controlado; su pelo oscuro continúa amarrado en un moño bajo, pero su apariencia, en general, es más saludable, más sana. Tal vez sean las arrugas que suavizan su expresión o las redondeces que han aparecido en un cuerpo que siempre me pareció demasiado delgado para sostenerse. Sea como sea, se la ve más feliz sirviendo a las órdenes de mi hermano de lo que nunca fue haciéndolo para mi padre.

Los brazos le tiemblan ligeramente a ambos lados de su cuerpo y sé que le gustaría abrazarme igual que hacía cuando era pequeño, hasta que mi padre le prohibió cualquier gesto de cariño hacia mí.

«Alex no necesita ñoñerías. Necesita mano dura para convertirse en la persona que está destinado a ser».

Los ojos se le tornan brillantes mientras me observa.

—Alex, es un placer tenerte de vuelta.

—No puedo decir lo mismo. —La mujer frente a mí se envara y me doy cuenta de que he sido demasiado brusco—. Lo que quiero decir es que me fui con la intención de no volver nunca. Aun así, me alegro de verte bien.

—Lo entiendo. Las cosas son bastante diferentes por aquí desde que tu hermano tomó el mando.

—Lo sé.

Esto no está saliendo bien. Miro a mi alrededor y solo tengo ganas de destruirlo todo: el mármol color crema del suelo; las escaleras a ambos lados del vestíbulo que se unen en el piso superior; la barandilla negra; los enormes jarrones; las estatuas con formas de mujer; los cuadros valorados en miles de euros… Me encantaría destrozarlo todo y después prenderle fuego a la casa entera.

Pierdo el hilo de pensamientos cuando Alba se suelta de mi mano.

—Dios mío, no puede ser. Tú… —pronuncia Ania mientras la observa como si estuviese frente a un imposible.

Alba, todavía a mi lado, agranda los ojos y se encorva como un gato alumbrado en mitad de la carretera por los faros de un coche. Da un paso atrás a la par que Ania lo hace hacia delante y, antes de que pueda preguntar qué está pasando, una voz que no esperaba interrumpe el momento.

—Abismo.

Me cuesta reconocer al hombre que me llama y camina hacia nosotros, apareciendo por el pasillo que queda a nuestra derecha. Martiño ha pasado de ser un chaval algo desgarbado y cauteloso a un hombre cuya presencia es difícil de ignorar. Es grande, tiene el pelo castaño a la altura de los hombros y un enorme tatuaje asoma de su camiseta, cubriéndole la mitad derecha del cuello y parte de la cara. Tiene más o menos mi edad, pero nunca fuimos amigos. No tuve ninguno hasta que Liam se ganó ese puesto con sudor y lágrimas.

Martiño estira la mano en mi dirección y yo se la estrecho con la fuerza justa.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba así y hoy ya he escuchado el nombre dos veces.

—Bueno, por aquí eres como un mito, hasta los que no te conocen te temen por las historias que han escuchado sobre ti. Eres algo así como el hombre del saco, pero más macabro. —Se ríe solo de su propia gracia—. Una puta leyenda. Me alegro de verte después de tanto tiempo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Siete años?

No sé si me molesta más que sea amable o incómodamente cercano, pero me jode tener que tratar con él cuando lo único que quiero es meterme bajo la ducha y terminar con este día de mierda.

—No recuerdo que fuésemos amigos en el pasado y no tengo ningún interés en que lo seamos ahora —lo corto antes de que siga representando un papel de anfitrión que no le corresponde—. ¿Eres tú quien se ha hecho cargo desde que hirieron a Antón?

La sonrisa se le borra de golpe y veo en su mirada que se muere por ponerme en mi sitio.

«Ojalá lo intente».

—Podría decirse que sí.

—Bien, hablaré contigo entonces. Acompáñame al despacho de mi hermano.

Le hago un gesto a Ania para que se ocupe de Alba. La conversación que voy a tener con Martiño puede volverse fea y no la quiero en medio.

Camino delante, erguido, como si nunca me hubiese marchado de esta casa, como si me perteneciera, y oculto en un rincón profundo lo que en realidad siento con cada paso que me conduce hasta sus entrañas: asco, ira, impotencia.

Solo tengo que poner un pie en el despacho para darme cuenta de que alguien que no es mi hermano ha estado aquí y ha rebuscado entre sus cosas. El respaldo de la silla no está alineado a la mesa, las libretas que descansan sobre la esquina superior izquierda permanecen desorganizadas y algunos libros de la estantería están colocados sin sentido. Si hay algo en lo que nos parecemos Antón y yo es en la necesidad obsesiva de mantener nuestras cosas en un estricto orden, herencia de nuestro padre.

Parker se coloca de pie junto a la puerta sin necesidad de que le dé ninguna instrucción mientras Martiño se queda en mitad del despacho, observando cómo rodeo el escritorio y me paro al otro lado, sin sentarme ni ofrecerle asiento a él. Es un movimiento intencionado con el que pretendo marcar que ahora soy yo quien está al mando. Sé, por experiencia, que todo gesto y pequeño detalle cuenta a la hora de dar una primera impresión y yo no estoy dispuesto a que Martiño se lleve una imagen equivocada de mí.

—No voy a andarme con rodeos —afirmo—, quiero saber qué coño ha pasado y por qué no se me informó de inmediato de que la vida de Antón pendía de un hilo.

—Bueno, la verdad es que él nunca dejó indicaciones de avisarte en el caso de que le pasase algo y, si lo hizo, se lo encargaría a Rafa. Si estás aquí y te han contado cómo se encuentra tu hermano, supongo que también sabes que su segundo no sobrevivió al ataque.

—¿No dejó instrucciones de llamarme, pero sí te nombró a ti tercero al mando? —presiono colocando las palmas de las manos sobre la mesa e inclinándome sobre ella.

Lo veo apretar los puños. Tiene ganas de desafiarme, aunque se contiene porque todavía recuerda quién soy y lo que soy capaz de hacer.

—No, pero alguien debía coger las riendas. Ya sabes cómo funciona esto —responde con condescendencia, y me entran ganas de lanzarme sobre él—. No puede ir cada uno a la suya sin un jefe que coordine las fuerzas, si no, esto se habría convertido en Sodoma y Gomorra en apenas unas horas.

—Qué suerte entonces que te tengamos a ti, ¿verdad?

—No sé qué insinúas, pero yo solo…

—Voy a volver a preguntártelo, ¿por qué no me llamaste en cuanto te enteraste del estado de Antón? —grito interrumpiéndolo.

—Yo… No sabía…

—¡Hablé contigo! Te dije que no conseguía localizarlo ni a él ni a Rafa y te conté que estaba en España. Dame una sola razón para que no te vuele la puta cabeza en este momento. Puede que ya nadie me llame Abismo, pero te juro que me bastará un segundo para hacer que te arrepientas de nuestro reencuentro.

Traga saliva y sus ojos reflejan puro terror.

«Así está mejor».

—Lo pensé, pero hace años que no vienes por aquí y no estaba seguro de en quiénes podía confiar y en quiénes no. Creí que lo mejor era dejar las cosas como están e intentar mantener el orden hasta que Antón pudiese volver. —Suspira y se lleva una mano a la nuca—. Lo siento.

—¿Cómo pasó?

—Yo no lo presencié. No esperábamos un ataque esa noche. Tu hermano y Rafa habían ido a uno de los clubs, se habían reunido

con un socio y después habían decidido quedarse un rato más. Estaban a punto de marcharse cuando un puñado de hombres entró en la discoteca pegando tiros. Nadie ha sabido decir cuántos eran, pero después de haber escuchado las distintas versiones, tuvieron que ser al menos diez. La gente se volvió loca y empezó a correr para esconderse. Rafa y dos más de los nuestros murieron en medio del tiroteo.

—¿Cogisteis a alguno?

—Solo hubo una baja en su equipo, ningún herido; al menos, ninguno que dejasen atrás. Desaparecieron tan rápido como habían llegado.

Lo miro fijamente, tratando de averiguar si puedo fiarme de él. No me gusta, nunca me gustó, pero decido que, de momento, me sirve más vivo que muerto.

—Dobla la seguridad en el hospital y convoca una reunión con los doce subjefes para dentro de dos días. —Noto cómo se yergue, le molesta que le dé órdenes, pero acaba aceptando su lugar y asiente. «Buen chico»—. Hazles saber que estaré al mando hasta que Antón se recupere y que exigiré informes de situación a cada uno de ellos.

—Dalo por hecho.

—Ah, Martiño, una cosa más. —Sonrío de medio lado—. Asegúrate de que todos entienden que la asistencia no es opcional.

—Así lo haré.

Le doy permiso para marcharse y, cuando cierra la puerta a su espalda, me dejo caer sobre el sillón de mi hermano. No sé cómo lo hace Liam, pero ser el jefe de una mafia es algo totalmente agotador, y eso que apenas llevo diez minutos en el cargo.

# 20

## ALBA

En cuanto Alex se marcha con Parker y el tipo cuyo nombre no he memorizado, la sonrisa desaparece del rostro de Ania. Me mira en silencio durante unos segundos, como si me estuviese analizando en profundidad, pero sé que me ha reconocido.

—Ven conmigo —ordena con gesto serio.

Se da la vuelta y comienza a andar sin esperar mi respuesta. Mientras camino detrás de ella, siento que la vida ha rebobinado veinte años y que vuelvo a ser la niña a la que Ania va a reprender por haber cometido alguna travesura. Sus castigos nunca fueron demasiado duros, pero sí continuos; tenía la sensación de que, hiciese lo que hiciese, ella siempre encontraría la forma de echármelo en cara. Las normas eran tantas que no podía recordarlas todas: no corras, no salgas de tu habitación de noche ni cuando haya visitas, no te dejes ver por el señor Reigadas ni te acerques a su hijo, no juegues en el jardín a no ser que yo te dé permiso, nunca subas al piso de arriba, no grites, no abras puertas, no entres al salón, no te rías demasiado fuerte… Mis recuerdos de esta mujer bailan entre reproches y castigos, así que no me hace especial ilusión tener que compartir mi tiempo con ella.

Cuando llegamos a la cocina, comienza a preparar unos sándwiches.

—Siéntate —ordena sin un ápice de simpatía.

—Si no te importa, prefiero esperar a Alex en otro lugar.

Se gira, me mira con dureza y señala una banqueta frente a ella. No continúa con su labor hasta que accedo de mala gana y hago lo que me ha pedido.

—Y ahora cuéntame por qué él no tiene ni idea de quién eres en realidad.

Me revuelvo incómoda en mi asiento y no toco la comida que deja delante de mí.

—Ania, sé que tú y yo compartimos un pasado, pero ya no soy esa niña a la que debías aleccionar ni tengo por qué responder a tus preguntas. Lo que pase entre Alex y yo es asunto nuestro.

—No si le estás ocultando cosas que puedan afectarle. ¿Qué quieres de él?

Sus ojos me escrutan de forma distinta a como lo hacían cuando era pequeña. Ahora hay en ellos algo más visceral, algo que me advierte que debería andarme con cuidado. Es como una loba defendiendo a su lobezno de un depredador mayor.

—¿Cuándo me he convertido en la mala de esta historia? Que yo sepa, durante los años que viví en esta casa, nunca hice nada que pudiera perjudicarte. ¿Por qué me odias?

—No te odio, niña, pero ese muchacho ya ha pasado por mucho como para que la chica que le gusta le ande mintiendo.

—Así que es eso, crees que somos pareja y lo estás protegiendo —afirmo incómoda mientras me froto las palmas de las manos en las

piernas—. Pues te equivocas, no tienes que preocuparte por eso. Alex y yo no estamos juntos.

—Sé lo que he visto y yo nunca me equivoco. ¿Eres consciente de lo que le afectó que desaparecieras?

—¿A qué te refieres? —pregunto frunciendo el ceño—. Nunca fui importante para él, ni siquiera me recuerda.

Pone cara de cansancio y se acerca hasta colocarse justo delante de mí, de modo que únicamente nos separa la isla de la cocina.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya sé que solo tenías nueve años cuando te fuiste, pero no pudiste estar tan ciega para no ver lo que pasaba en esta casa. El señor Reigadas era un hombre cruel, muy cruel. Su hijo mayor, el señor Antón, era su heredero y al que debía formar para sucederle. Alex parecía suponer solo una molestia para él, alguien con quien se desquitaba cuando tenía un mal día.

—Te recuerdo que yo también viví en esta casa.

—Sí, pero apenas levantabas un palmo del suelo y no te enterabas de la mitad de las cosas que sucedían aquí. Desde muy chiquitito, su padre lo llamaba «el inútil», le decía que Antón era el cerebro y que a él no le quedaba más remedio que ser la fuerza porque no servía para otra cosa. Cuando cumplió cinco años, empezó a formarlo. Lo llevaba a rastras a la hora de interrogar a algún hombre. —Baja la mirada y se frota las manos en el delantal—. No sé lo que ese niño tuvo que ver, pero recuerdo que las primeras veces llegaba con la cara empapada en lágrimas, el pánico instaurado en la mirada y el cuerpo tembloroso. Después, se pasaba horas vomitando y, si el señor Reigadas se daba cuenta de su estado, le asestaba unas palizas brutales para un niño tan pequeño. Cuando Antón fue consciente de lo que ocurría y comenzó a defender a su hermano, su

padre lo envió a un colegio interno con la excusa de que tenía que formarse para poder liderar la familia en el futuro. Desde ese momento, Alex se quedó solo… hasta que llegaste tú.

Sus palabras me revuelven las tripas. Sé que el padre de Alex era un hijo de puta, pero no imaginaba que lo hubiese sido más con su propio hijo que con el resto. Recuerdo el miedo que me causaba verlo, aunque fuese de lejos. Su presencia podía convertirse en una amenaza para cualquiera que estuviese a su alrededor y yo siempre trataba de esconderme cuando lo veía acercarse.

—Pero…

—Mira, Alba, Joana o como sea que te llames ahora —me corta—, no tengo nada en contra de ti, de verdad, pero Alex ha de lidiar ya con bastantes asuntos entre lo que le ha pasado a su hermano y el caos que se ha desatado por aquí, así que no voy a dejar que cargue también con tus mentiras. Te lo voy a poner fácil: o le cuentas tú la verdad y le das las razones que tengas para haberle ocultado quién eres o le digo yo lo que he descubierto nada más verte.

—No creo que sea el mejor momento para hacerlo. Como dices, se enfrenta a demasiadas cosas ahora mismo.

—No seas cobarde, Joana. Nunca lo fuiste.

Cojo aire, pensando en mis posibilidades, y escucho una vocecita en mi cabeza que me dice que ella tiene razón. Al principio, no se lo conté por orgullo, me molestaba que no se acordara de mí cuando él fue lo único bueno que recuerdo de esta casa, la única persona en la que confié, mi único amigo. Después, las cosas entre nosotros comenzaron a complicarse y no encontré el momento oportuno para confesárselo.

«Sí, soy una cobarde».

Todavía no le he dado el primer bocado al sándwich de Ania cuando Parker aparece en la cocina y, con gesto serio, me pide que lo acompañe al despacho de Alex.

Miro de reojo a Ania antes de marcharme, pero ella ya ha vuelto a sus quehaceres.

Camino detrás de Parker. Su postura es demasiado erguida y el silencio se hace denso entre los dos. No es que nos llevemos demasiado bien, pero desde que hirieron a Hughes y me adjudiqué el papel de enfermera, las cosas parecían haber mejorado un poco entre nosotros. Sus pasos se me antojan demasiado pesados y siento una presión en el pecho que no augura nada bueno.

Llegamos frente a una puerta de madera, una que identifico enseguida porque siempre tuve prohibido acercarme a ella y, entonces, Parker se aparta a un lado.

—Te está esperando.

Abro la puerta sin llamar, con una lentitud premeditada que me permite escuchar el suave clic de la cerradura. Alex aguarda de pie junto a la ventana. Su expresión no me dice nada, como si se hubiese preparado para este momento colocándose una máscara de indiferencia sobre el rostro.

Avanzo unos pasos con cautela y la puerta se cierra detrás de mí.

El hombre que tengo delante no es el mismo que esta mañana ha confesado que le importo y ha prometido que no dejaría que me alejase de él. No, el hombre que está ante mí es uno más cauto, que piensa antes de actuar, que no se deja llevar por sus sentimientos.

El silencio se hace demasiado incómodo y mi forma de romperlo resulta torpe, atropellada.

—¿Cómo te ha ido con el hombre con el que te has reunido?

—Bien —responde con seriedad—, pero me han bastado dos minutos para confirmar que no es el indicado para liderar la familia en ausencia de mi hermano.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—De momento quedarme, por mucho que me pese. —Por un instante, noto vulnerabilidad en sus ojos, percibo lo que le cuesta estar aquí asumiendo un papel que no ha pedido y que parece odiar. Todo se esfuma apenas un segundo después—. Supongo que ya imaginas por qué te he llamado.

—Quieres saber de qué conozco a Ania. —Asiente mientras yo inhalo todo el oxígeno que encuentro en la habitación y que me parece insuficiente—. ¿Podemos sentarnos?

—Adelante. —Señala un par de sillones de una plaza, colocados uno frente al otro con una pequeña mesa de madera en el centro—. Tengo la sensación de que no me va a gustar lo que estás a punto de contarme.

Nos sentamos y como no sé por dónde empezar, decido remontarme hasta donde me llega la memoria.

—Soy hija única y, cuando tenía cinco años, mi madre, una adicta a la que apenas recuerdo, nos abandonó a mí y a mi padre a nuestra suerte. —Desvío la mirada a mi regazo. No es algo de lo que me guste hablar—. La historia podría haber acabado bien si mi padre hubiese querido ocuparse de su hija, pero no fue el caso. Supongo que solo soy el resultado de un error entre dos personas que ni siquiera se querían, porque no me viene a la memoria ni un solo gesto de cariño de ninguno de los dos.

—Hay gente a la que deberían quitarle el derecho de procrear. Créeme, conozco a unos cuantos.

—Estoy de acuerdo contigo. Para mi padre, yo suponía una carga de la que intentaba deshacerse, y al final lo logró. Una mañana, me llevó a una casa enorme y me dijo que, desde ese día, viviría y trabajaría allí y dejaría de ser su hija. Me prohibió llamarlo «papá» si nos cruzábamos alguna vez y me advirtió de que la única forma en la que podría sobrevivir era si me convertía en una niña obediente, lista y callada.

—Si me dices su nombre completo me encargaré de cortarle la polla para que nunca pueda traer más bebés al mundo —afirma, y se me escapa una sonrisa. He soñado muchas veces con importarle a alguien lo suficiente como para escuchar una promesa de ese tipo.

—Tranquilo, ni siquiera sé si sigue vivo y tampoco me importa. No te estoy contando esto para que me tengas lástima, solo quería ponerte en contexto. ¿Puedo? —Señalo una hoja que hay sobre el escritorio de su hermano y asiente.

Cojo un bolígrafo y anoto en ella las palabras con las que espero que me recuerde. Las mismas que le escribí docenas de veces cuando éramos niños y me marchaba de su habitación después de haber estado hablando sin parar mientras él fingía no prestarme atención:

Sigues siendo un tonto

Vuelvo a mi asiento, coloco el papel doblado sobre la mesa y lo observo detenidamente mientras lo coge y lo lee. Su expresión muestra primero confusión y después asombro, uno que me golpea cuando me mira con los ojos cargados de preguntas.

—No puede ser. —Se levanta del sillón y vuelve al lugar en el que lo encontré al llegar, junto a la ventana, como si necesitase alejarse de mí para poder pensar en lo que esas cuatro palabras que acaba de leer significan en realidad—. Tú no puedes ser ella.

Me observa, escaneando cada centímetro de mi cara y de mi cuerpo.

—¿De verdad no me reconoces? Cambia mi pelo rosa por uno rubio, largo y despeinado; ponme unas gafas más grandes y… Soy yo, ¿es que no me ves?

Soy incapaz de ocultar lo que me duele su reacción, que se mantenga alejado, que me mire como si estuviese tratando de engañarlo… Pestañeo varias veces y procuro recomponerme.

—Es imposible. Joana murió con nueve años.

—¿Morir? ¿Por qué piensas eso? —Me levanto con la intención de ir hasta él, pero gira la cara y, aunque me duele, entiendo que en este momento no está preparado para tenerme cerca.

—¿Por qué? ¿De verdad me preguntas eso? ¡Me cago en todo! —Se pasea de un lado a otro del despacho, manteniéndose detrás del enorme escritorio, que ahora sirve de muralla entre nosotros, como si necesitase asegurarse de que no podré tocarle. Se pasa la mano por el pelo antes de soltar la bomba—: ¡Porque mi padre ordenó asesinarte y él nunca fallaba! Es imposible que salieras ilesa. ¡Desapareciste, joder! —me grita.

Puedo ver la ira recorriendo su interior, pero también siento la desesperación y la rabia y, antes de pensar en lo que estoy haciendo, recorro la distancia que nos separa y me planto frente a él.

—Voy a explicarte por qué, pero necesito que te tranquilices y hablemos con calma.

Alargo mi mano para tomar la suya y la aparta de un tirón antes de que pueda alcanzarla.

—¿Y lo has sabido todo este tiempo? —Me mira con incredulidad y, a pesar de que no contesto, lee en mis ojos lo que necesita saber —. ¡Esto es increíble! ¿A qué coño estás jugando?

—Iba a decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo —respondo en un patético intento de excusarme.

—¡Y una mierda! Hemos estado varios días encerrados en un puto barco sin nada que hacer, ¿y no has encontrado el momento de contarme quién eres en realidad? ¿Qué tal en el desayuno? O mejor, ¿por qué no después de follar conmigo?

—No te pases —le advierto.

—¿Por qué huiste? —presiona sin darme un segundo de tregua—. ¿Cómo conseguiste escapar de la seguridad de la casa y marcharte sin que nadie se diera cuenta?

—La seguridad estaba allí para protegeros a vosotros, el resto de las personas que trabajábamos en la mansión no importábamos.

—¿Estás diciendo que te dejaron ir sin más? No lo creo, mi padre necesitaba tener todo controlado y nunca te hubiese permitido marchar con vida después de haber visto y oído cosas sobre la familia.

—Tuve ayuda. —Me llevo las manos a la cara antes de seguir hablando—. Te vi, Alex. Una noche fui a la cocina a por un vaso de agua. La casa estaba en penumbra y totalmente silenciosa, aun así, tuve cuidado por si alguien me descubría. No tenía permitido salir de la habitación que compartía con las dos mujeres de la limpieza, pero

lo hice. Cuando me encontraba a medio camino, vi luz bajo una puerta y escuché un grito de auxilio. No pensé en las consecuencias, solo actué. Abrí despacio y bajé las escaleras que había al otro lado.

—¿Bajaste al sótano? —pregunta incrédulo y, en lugar de responder lo obvio, sigo con mi historia.

—Los quejidos se hicieron más fuertes y también el sonido de los golpes. Cuando llegué al final de las escaleras, te vi. —No necesito cerrar los ojos para traer a la mente lo que pasó aquella noche, la imagen permanece intacta en mi cabeza y he tenido pesadillas con ella durante demasiado tiempo—. Tu cuerpo, todavía a caballo entre el de un niño y un adolescente, estaba ensangrentado, tus manos, tu cara, tu ropa… Te hallabas de espaldas, pero sabía que eras tú. Mi primer instinto fue correr a salvarte, pero me paré en seco cuando me di cuenta de que la sangre no era tuya, sino de los dos hombres que yacían en el suelo, frente a tus pies.

—Dios, Alba. Nunca debiste ver eso.

—Estaban atados y tú los golpeabas una y otra vez mientras ellos gritaban de dolor. A tu lado, tu padre te animaba a seguir y reía. Todavía puedo escuchar esa risa en mi cabeza. —Levanto la mirada para observarle y veo que tiene las manos cerradas en puños y se contiene para no interrumpir mi historia. Ahora mismo parece un león enjaulado a punto de destrozarlo todo, pero no quiero parar, necesito soltarlo—. Cuando los mataste, corrí todo lo que pude sin poder creer lo que había visto, lo que habías hecho. Fue mi padre, con quien apenas había cruzado un par de frases en los cuatro años que llevaba viviendo aquí, el que me encontró aterrada y envuelta en lágrimas. Me dijo que en esta casa corría peligro, me ayudó a escapar y prometió que se encargaría de que ninguno de los

Reigadas pudiese encontrarme nunca. Después me advirtió de que debía irme lejos y jamás acercarme a vosotros.

—¿Y huiste sin más?

—No puedo creer que estés preguntándome eso. ¿Después de lo que te vi hacer? ¿De verdad te extraña? —Su risa es baja, incrédula… Y totalmente fuera de lugar—. Tenía nueve años, Alex. ¡Nueve! —Mi voz se quiebra, pero no retrocedo—. Estaba aterrada. Durante años, no pude cerrar los ojos sin visualizarlos a ellos a tus pies y a ti… —trago saliva, pero ya es tarde para guardar silencio— cubierto de su sangre, golpeándolos, con la mirada impasible, como si no te importase que estuviesen pidiéndote clemencia. Y después, te vi apretar el gatillo.

El silencio que cae sobre los dos es denso. Asfixiante.

Alex no se mueve al principio, pero después su cuerpo comienza a temblar. Es un estremecimiento leve que se inicia en sus brazos y avanza por todo su cuerpo.

—Yo solo quería desaparecer —añado en un susurro—. Que no me encontraras nunca. Tenía miedo.

Sus ojos se elevan hacia mí. Oscuros. Fríos.

—Vete. —Su tono de voz es bajo pero claro. Es una advertencia. Una orden.

—Alex, podemos hablarlo…

—¡He dicho que te vayas! —ruge haciendo que me encoja por un segundo.

Mi reacción parece enfadarle todavía más y sé que no hay nada que pueda decir para conseguir que cambie de idea.

—Te daré tiempo, el que necesites. Búscame cuando quieras hablar sobre ello.

Salgo del despacho sintiendo el peso de la conversación sobre mis hombros y, cuando levanto la cabeza, me encuentro con Ania, esperándome, a tan solo unos pasos de mí. Pestañeo tratando de recuperar la compostura mientras ella me mira con una mezcla de compasión y culpa.

Me acompaña a la que será mi habitación en silencio y susurra una disculpa antes de dejarme sola con mis pensamientos, esos que me mantienen toda la noche en vela.

# 21

## ALEX

Cuando Alba abandona el despacho, siento algo romperse dentro de mí, como si el alma se me rasgase y quedara dividida en dos mitades: la que quiere salir tras ella y retenerla a mi lado el máximo tiempo posible y la que arde por la traición.

Mi cuerpo sigue en tensión cuando me dejo caer sobre la silla, y noto un dolor de cabeza que comienza en las sienes y amenaza con convertirse en migraña.

Cierro los ojos y recuerdo el día en que la vi por primera vez. Tenía cinco años, usaba unas gafas de un tamaño desproporcionado en relación con lo pequeño que era su cuerpo y llevaba el pelo rubio, largo y medio atado en una coleta. Me advirtieron que no podía acercarme a ella porque formaba parte del servicio, y yo me pregunté cómo una niña tan diminuta iba a limpiar o a cocinar para nosotros. Me causaba curiosidad y empecé a vigilarla desde lejos. Tardé poco en darme cuenta de que era demasiado avispada y entrometida para durar mucho entre la crueldad que rodeaba a mi familia, pero no sabía cómo alejarla.

Me acuerdo del día en que hablamos por primera vez. Fue cuando la pillé espiando una conversación entre mi padre y uno de sus

socios y tuve que salvarla. No estoy seguro de que hubiese sobrevivido a uno de sus castigos, esos que yo conocía tan bien.

Desde ese momento, la acogí bajo mi protección, pero fui cuidadoso de no acercarme demasiado a ella y me esforcé en fingir que no me importaba. Había aprendido, a la fuerza, que mi padre alejaría cualquier cosa o persona por la que yo sintiese el más mínimo cariño. Sucedió con mi hermano, con la cocinera que nos mimaba a ambos a base de dulces y a la cual echó sin dejarme siquiera despedirme de ella y, por último, con uno de sus propios hombres, al que degolló delante de mí el día de mi octavo cumpleaños. Sus palabras vuelven a mi cabeza como si las estuviese escuchando ahora mismo: «Tienes que aprender que los sentimientos te matan. Hasta que no te metas eso en la cabeza y lo conviertas en tu mantra, no valdrás una puta mierda. Aprende de una vez, joder».

Conseguí contener el sollozo que nació en mi pecho, hice todo lo posible por retener las lágrimas y mantenerme impasible mientras observaba el charco de sangre sobre el que descansaba lo más parecido a un amigo que había tenido nunca, el único adulto que había mostrado una pizca de simpatía hacia mí, y casi lo logré. Recuerdo notar la humedad en la mejilla y borrarla de inmediato, pero no fui lo suficientemente rápido, porque mi padre pudo ver la única lágrima que había escapado de mis ojos. Me insultó una y otra vez, repitiendo lo avergonzado que se sentía de mí a la vez que me golpeaba en la cabeza y el estómago. Fue la peor paliza que había recibido hasta ese momento. Terminé con dos huesos rotos y una enorme cicatriz en el hombro que todavía conservo.

A la mañana siguiente, Joana apareció en mi habitación, y volvió día tras día hasta que me recuperé. Se sentaba en una silla frente a mi cama y me contaba mil historias, reales e inventadas. No parecía importarle que yo no manifestara ningún interés y que solo me quedase en silencio, sin responder a ninguna de las continuas preguntas que me hacía. Tampoco parecía tomarme en serio cuando le soltaba que no quería que viniese más y que no me interesaba ser su amigo porque solo era una niña tonta. No es que en realidad lo pensara, pero sabía que, si se empeñaba en quedarse cerca de mí, mi padre nos castigaría a ambos.

Una vez que pude volver a hacer vida normal —dentro de lo que eso significaba para mí—, comencé una nueva rutina: asistía a clase y después a mis entrenamientos, que duraban más de seis horas y en los que mis instructores no me permitían parar ni siquiera a beber agua. Con once años, mi cuerpo se asemejaba al de uno de los soldados de mi padre en miniatura.

Comprendí, a base de golpes y juegos macabros donde siempre perdía yo, que solo sobreviviría si hacía todo lo que el señor Reigadas me pedía. Por aquel entonces, Joana, que había cumplido los ocho años, ya había asumido que solo podíamos ser amigos en secreto. Fuera de las cuatro paredes de mi habitación, intentaba ignorarla, como si su existencia no me importase en absoluto. Sabía que los hombres de mi padre estaban siempre al acecho, que cualquier error por mi parte le sería transmitido a él y que las consecuencias resultarían brutales.

El día en que cumplí doce años, lo que más temía que pudiese pasar se quedó corto. No sé cómo, pero el cabrón de mi padre supo que le había cogido cariño a Joana. Llevaba toda mi corta vida

sobreviviendo a sus juegos psicológicos, a que me mantuviera encadenado a su silla, a que me encerrase, a los golpes y a las humillaciones, pero ese día supe que jamás podría llegar a comprender la mente del individuo que me dio la vida. Delante de mí, ordenó a uno de sus hombres que atrapara a Joana y la llevara al sótano. Le dijo que tenía que permanecer allí con la niña durante veinte minutos y, después, matarla. Estuve a punto de suplicar que no lo hiciera, pero sabía que cualquier signo de debilidad solo traería consecuencias peores, así que me quedé quieto, viendo cómo aquel animal se llevaba a rastras a la única persona que quería, la cual gritaba y pataleaba, dispuesta a luchar hasta el final, como una guerrera.

Cuando el soldado se marchó con Joana, mi padre me observó con curiosidad.

—Quieres salvarla, ¿verdad? —preguntó con una voz suave que me dio escalofríos—. Su vida no vale más que la de cualquier perro callejero, hijo, pero lo cierto es que te has estado portando bien, así que te daré una oportunidad de conservarla. —Me tendió su arma y la cogí sin rechistar. Era la primera vez que la sostenía y recuerdo que me pareció pesada—. Si tienes los cojones de matar al hombre que se la ha llevado, ella se salva. Si no eres capaz de hacerlo, ella muere. Si intentas cualquier tontería, ella muere. Si el hombre sobrevive a tu ataque, ella muere. ¿Qué harás al respecto, Alex?

Siempre supe que llegaría el día en que tendría que matar a otro ser humano. Mi padre me obligaría a hacerlo, pero nunca imaginé que sería de esta forma. Tampoco pensé que, llegado el momento, no dudaría, que no habría cargo de conciencia ni lucha interna.

Cuando mi padre me tendió el arma, tuve la certeza de que cumpliría sus exigencias para salvarla a ella.

Sostuve con firmeza la pistola, bajé al sótano y abrí con cuidado la puerta para que el soldado no me descubriese. Joana yacía en el suelo, acurrucada en un rincón, y llevaba solo sus braguitas puestas. El hombre le acababa de lanzar un cubo de agua helada y se reía mientras ella temblaba y lloraba de miedo. El cabrón se burlaba y la humillaba sin importarle su edad ni que no tuviera oportunidad alguna de defenderse ante él.

Levanté el arma que mi padre me había dado, comprobé que estuviera cargada, tal como había aprendido durante mis entrenamientos, y quité el seguro. El cabrón se giró al escuchar el sonido y sonrió con bravuconería al ver que era yo quien le estaba amenazando. No le dejé hablar, solo disparé. Disparé una y otra vez hasta vaciar el cargador mientras en mi mente se reproducían las palabras de mi padre: «Si el hombre sobrevive a tu ataque, ella muere».

En contra de lo que había pensado, no sentí remordimientos. Él merecía morir y yo estaba dispuesto a lo que fuera necesario para proteger a Joana.

Durante los meses siguientes, mi padre la utilizó para conseguir que yo hiciera cosas que nunca pensé que llegaría a hacer. Me esforcé en obtener la información que el señor Reigadas necesitaba torturando a hombres que me doblaban el tamaño. Descubrí en qué lugares debía clavar el puñal para que mi víctima sufriera más, dónde tenía que cortar para que la muerte fuera lenta y qué puntos tenía que presionar para que la agonía resultase insoportable. Los juegos psicológicos de mi padre se volvieron más y más enrevesados

y yo aprendí a vaciar mi mente en los momentos clave. Cada vez que ordenaba algo, yo solo actuaba.

Me volví más cínico y más cruel que cualquiera de sus hombres. Una máquina de matar, un monstruo sin vida.

Lo poco que quedaba de mí solo emergía cuando estaba cerca de Joana, mi ancla a un mundo que cada día me resultaba más irreal, más lejano, hasta que ella desapareció de repente.

Llevaba varios días sin verla cuando empecé a preguntar por ella, temiendo la respuesta. Nadie del servicio parecía saber nada. Después de una semana, decidí pasar al siguiente nivel. Cuando uno de los hombres de confianza de mi padre salía de la casa, lo encañoné y me lo llevé a un lugar aislado, una planta baja abandonada que había descubierto poco tiempo atrás y que había convertido en una especie de refugio. Tenía todo preparado por si no quería colaborar. Una parte de mí deseaba que no quisiese hacerlo. Ese hombre había presenciado muchas de las humillaciones a las que mi padre me había sometido, se había reído e incluso había participado. Cualquiera habría dicho que un tipo como él no se dejaría atrapar por un chico de solo doce años, pero yo no era un adolescente cualquiera. A mi corta edad, llevaba sobre mis hombros varias muertes. Había torturado y masacrado siguiendo cada una de las órdenes de mi padre.

Tardó una hora y media en darme una información que me habría gustado no escuchar nunca. El señor Reigadas la veía como mi punto débil, mi único puto punto débil. Y había decidido que era el momento de exterminarlo, así que lo hizo. Descubrí que había ordenado el asesinato de Joana y que este se había llevado a cabo ocho días atrás. El cabrón que tenía delante no había sido quien

había presionado el gatillo, pero, aun así, me desquité con él. Descargué puños y patadas sobre su cuerpo hasta cansarme y, cuando lo hice, comencé a cortar su carne con la navaja que mi padre me había regalado las anteriores Navidades como único presente. Primero hice cortes en lugares que supe que solo causarían dolor, pero no un daño importante. Después, empecé a profundizar en los tajos, dejando que la carne se abriera y la sangre de color rojo oscuro brotara de forma abundante mientras observaba mi obra maestra. La poca humanidad que me quedaba por aquel entonces murió en esa planta baja, a la par que lo hizo parte de mi cordura.

Fue la primera vez que asesiné por mí, no porque él me hubiese ordenado hacerlo. Y también fue la primera vez que pronuncié el juramento que dictaría mi modo de vida durante los siguientes años:

—Acabaré con el hombre que me engendró. Plantaré una silla frente a él mientras su vida se extingue y disfrutaré observando cada minuto de su sufrimiento hasta que la última gota de su sangre se vierta sobre el suelo.

Sabía que no podía cumplir mi venganza de forma inmediata, pero fui paciente. Los años pasaron y permití que el señor Reigadas me moldeara a su antojo, convirtiéndome en su castigador, en el hombre que aparecía si quería enviar a sus enemigos un mensaje claro, cuando pretendía hacer una demostración de poder. Mi fama era la de un sanguinario, extremadamente cruel y sin alma. En el submundo comenzaron a llamarme Abismo, porque todo aquel que caía en mis manos jamás regresaba. No me importaba el nombre ni lo que la gente murmurara sobre mí. Aprendí a ser paciente para lograr mi único objetivo.

No voy a omitir que estuve a punto de cagarla varias veces, pero sabía que matar a mi padre antes de tiempo sería un error. Primero, mi hermano tenía que demostrar que estaba preparado para sucederlo y ganarse la confianza de su ejército. Una vez volvió de la universidad, y con mi ayuda, no le costó mucho. Mi padre exigía lealtad, pero él no se casaba con nadie. Todos los que vivían a su alrededor andaban siempre mirando a su espalda, conscientes de que la traición de su jefe podía llegar en cualquier momento. Lo seguían por miedo, no por respeto, y eso jugaba a mi favor.

Gracias a Dios, mi hermano nunca se pareció a él. No voy a decir que sea una hermanita de la caridad, pero tiene principios y uno de ellos es el de proteger a los suyos. Cuando estuve seguro de que la mayoría de los hombres nos apoyarían a mí y a Antón, comencé a planificar el accidente en el que moriría.

Asesiné a mi padre por mí, pero también lo hice por Joana, por su recuerdo, por ser lo único verdadero que había existido en mi vida. Y ahora ella aparece de la nada, disfrazada de engaños, como un puto ángel resucitado. Y eso no es todo porque, además, me tiene miedo. Ha sufrido pesadillas conmigo durante años y he visto cómo se encogía cuando le he gritado que se fuera. Lo peor es que no puedo culparla. Tal vez le cuente que maté a esos hombres para protegerla, que mi padre me amenazaba con hacerle daño si no cumplía sus órdenes, pero eso no borrará de su mente lo que presenció aquella noche ni cambiará el hecho de que acabé convirtiéndome en el monstruo que soy.

# 22

## ALEX

Dos días. Dos putos días sin hablar con ella y me estoy volviendo loco. Vega llegó el martes con el resto de su equipo, se encerraron durante un par de horas en la sala que les dejé para reunirse y salieron todos en una misión. No pregunté cuándo volverían ni si lo que tenían que hacer estaba relacionado con Feng Yue; conozco a Vega lo suficiente como para saber que todo lo que envuelve a Atenea es alto secreto.

Mi problema es que todavía no han regresado y ansío saber que Alba, Joana o como quiera llamarse ahora está bien. Mi obsesión ha crecido hasta el punto de dominar mi vida. No duermo, apenas como y soy incapaz de relacionarme con nadie sin mandarlo a la mierda. La organización de mi hermano está patas arriba y yo no consigo concentrarme y encontrar soluciones porque mi mente siempre se escapa para buscarla a ella. Necesito tener la certeza de que está a salvo y que volverá pronto. Joder, la necesito a mi lado.

Termino de arreglarme la camisa frente al espejo de mi habitación y decido ponerme también la chaqueta del traje. No suelo usarlas, pero la reunión que tengo en una hora con los subjefes de mi hermano requiere cierta manifestación de poder.

Salgo de la habitación y, cuando estoy bajando las escaleras que conducen al vestíbulo, la puerta de entrada se abre y aparecen Lucas, Mark y Alba cargados de mochilas y hablando animadamente.

«Al fin está de vuelta».

Los dos últimos se están riendo por alguna broma que no he escuchado. Llevaba días sin ver la sonrisa de Alba y no voy a negar que me cabrea que se la dirija a su compañero. Todo el alivio que he sentido hace un segundo se ve eclipsado por las ganas que tengo de arrancarle la cabeza al jodido imbécil que está a su lado.

Termino de bajar las escaleras y freno a unos pasos de distancia del lugar en el que se encuentran ellos.

—Estáis dejando todo hecho un asco —refunfuño como un crío.

Mark mira las manchas de barro que sus botas han impreso sobre el suelo de mármol y levanta los hombros, poniendo cara de no haber roto nunca un plato.

—Lo siento, tío, veníamos distraídos y no nos hemos dado cuenta.

Hay algo en él que me disgusta. Tiene apariencia de niño rico, bien vestido y con esos aires de grandeza de quienes siempre lo han tenido fácil en la vida. Apuesto a que sus papás le pagaban cada uno de sus caprichos y, aburrido de estar en la cima de la montaña, decidió buscar un poco de diversión jugándose la vida en misiones de alto riesgo. Tan predecible…

—Ya —respondo cortante.

—Podemos dejar las botas fuera —musita Alba en un tono de voz bajo que apenas escucho. Mark le da un golpecito en el hombro para animarla y tengo que contenerme para no abalanzarme sobre él en este jodido momento.

—Eso lo podíais haber pensado antes de entrar.

—Eh, tío, te me tranquilizas un poco, que no es para tanto. —El rubito hincha el pecho y sus aires de chulería se me atragantan.

Me acerco hasta él en dos zancadas.

—¿Ahora eres su defensor? ¿Qué pasa, que el ratoncito se ha vuelto mudo y no puede hablar por sí mismo? —suelto en clara alusión a Alba—. Te recuerdo que estáis en mi puta casa.

—Pero ¡serás gilipollas! —responde dando un paso hacia delante.

Mi puño golpea su mandíbula antes de que pueda verlo venir. Acto seguido, se lanza contra mí y, aunque estoy preparado para defenderme y devolver el ataque, este nunca llega. La mole que tiene a su lado, Lucas, lo agarra por la espalda, impidiéndole cualquier avance mientras él gruñe como un animal enjaulado.

Alba me mira impactada, con la decepción impresa en su rostro y, después de unos segundos, como si yo no mereciese la pena, me da la espalda, se acerca a Mark y le susurra algo al oído que lo calma ligeramente. La complicidad que hay entre ellos me escuece más que cualquier golpe que él hubiese podido asestarme.

—Vigila a tu perro guardián —suelto antes de marcharme sin mirar atrás.

Me subo al coche en el que Parker ya me está esperando. Me he negado a utilizar el chófer de mi hermano porque es el mismo hombre que conducía para mi padre y no necesito más cosas que me lo recuerden. Cierro de un portazo.

—¿Va todo bien, jefe? —pregunta Parker arrancando—. He estado a punto de entrar, pero me ha dado la sensación de que lo tenías controlado.

—Nada va bien, joder. Ahora haz tu puto trabajo y conduce en silencio.

Parker no responde, fija la mirada en la carretera y cumple la orden que le he dado.

Mierda, no era así como quería que fuesen las cosas cuando me reencontrara con Alba. Pretendía invitarla a cenar, hablar con ella sobre nuestro pasado y volver al punto en que lo dejamos antes de entrar en esta maldita casa. Pero verla llegar tan feliz con el imbécil mientras yo me he estado muriendo por no tenerla cerca me ha reventado. No sabía que se llevara tan bien con él y descubrir cómo la miraba… Había admiración en sus ojos, pero también deseo. Ese tío quiere follársela.

Por encima de mi cadáver.

Cuando el coche se detiene frente al edificio en el que siempre se han llevado a cabo las reuniones de la familia, desciendo sin pararme a comprobar si Parker me sigue o no. Me abrocho los dos botones de la americana antes de comenzar a andar. Soy consciente de que varios pares de ojos observan cada uno de mis movimientos, así que saco mi versión más impenetrable, fría, calculada y perfectamente ensayada, la que no deja entrever ni una sola grieta.

Hago un gesto de cabeza a los dos hombres que controlan el acceso y ellos bajan la mirada en señal de respeto. Los rumores de que Abismo ha vuelto han corrido como la pólvora por toda la zona norte del país y ya he tenido que soportar que varias personas me llamen por ese apodo que detesto con todas mis fuerzas. La gente me reconoce y corroboro que me he convertido en una especie de leyenda, una que nunca quise ser.

Durante los últimos días, me he asegurado de que se me viera en puntos clave para que todos supiesen que no hay un vacío de poder

en la familia y que el lugar de mi hermano será respetado hasta que él pueda volver a tomarlo.

Cuando entro en la sala cinco minutos después de la hora a la que convoqué la reunión, los doce tenientes de la organización se levantan de sus asientos dispuestos alrededor de la mesa. Este sitio no ha cambiado ni un ápice desde la última vez que estuve aquí, incluso mantiene el olor a viejo que ya casi había olvidado. La gran mesa de ébano alargada, que alberga sin dificultad a los presentes; el tapizado color vino de las sillas a juego con las tupidas y pesadas cortinas que impiden que pueda verse lo que pasa aquí dentro a través de los ventanales y, por último, los cuadros que representan el poder y la ostentosidad que siempre ha envuelto a la familia.

—Buenas tardes, señores. —Mi tono de voz es seguro y lo suficientemente alto para que todos me escuchen.

No me paro a ofrecer la mano a ninguno de ellos y tampoco ocupo el lugar de Antón en la cabecera de la mesa, sino que me siento justo en el lado contrario, por respeto hacia él y para dejar claro, por si hubiese alguna duda, que Antón volverá en algún momento.

—Como ya sabéis —comienzo sin esperar a que nadie me salude. Esto no es un jodido encuentro entre amigos y no quiero que nadie se olvide de ello—, mi hermano fue herido en un tiroteo llevado a cabo en uno de sus locales. Sé que algunos de vosotros os habéis interesado por él. Por ahora, solo puedo deciros que está estable. —Paseo la mirada por todos ellos antes de continuar—: Podréis imaginar que mi presencia en la ciudad y en este consejo no es casual. Mis actos hablan por sí solos, pero por si alguien necesita una confirmación con palabras, sabed que he asumido el liderazgo

de la familia y que será así hasta que Antón pueda ocupar su lugar de nuevo.

La sala se llena de silencio durante unos segundos hasta que Iván, uno de los tenientes de mayor edad y el único que mi hermano conservó de los que servían a mi padre, toma la palabra.

—Nunca pensé que te vería al frente de la familia, hijo, pero me alegro de que así sea.

Cuatro hombres más me expresan su apoyo y el resto permanecen callados. No puede importarme menos si alguno de ellos no está de acuerdo con la decisión que he tomado. La sangre que llevo en las venas avala mi posición como líder.

Una vez que he dejado claro el punto principal de la reunión, pido informes de situación a cada subjefe y les comunico que tendrán que enviarme resúmenes semanales sobre la actividad en sus respectivas zonas. Varios coinciden en que algunas bandas con las que tenían pactos de no agresión se están volviendo más descaradas y metiéndose en nuestro territorio.

—Terminaremos con el problema de las bandas de raíz. Deben de haber escuchado rumores sobre Antón y posiblemente sepan que Rafa ha muerto. Necesito saber quiénes son, dónde actúan, qué territorios nuestros están invadiendo y cuáles son sus sedes principales.

—¿Qué pretendes hacer con esa información? —pregunta Rubén, uno de los tenientes más jóvenes.

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

—¿En serio? —insiste haciéndose el valiente—. Con el debido respeto, acabas de llegar después de más de una década desaparecido y sin tener ningún vínculo con la familia, la mayoría de

nosotros ni siquiera te conocemos y ¿pretendes que obedezcamos todas tus órdenes a ciegas y sin rechistar?

—¿Acaso mi hermano te contaba todos sus planes antes de ejecutarlos?

—No, pero tú no eres él. No puedes mantenernos ciegos.

Observo al resto de los subjefes sentados alrededor de la mesa, buscando una señal de rebeldía en alguno de ellos, y después hablo para todos, ignorando deliberadamente a Rubén.

—Hasta que mi hermano vuelva, las cosas se van a gestionar a mi manera. Si tenéis quejas, se las planteáis a él a su regreso, pero no aceptaré niñerías ni rabietas durante este tiempo, el cual todos esperamos que sea lo más corto posible.

—Seguro que sí —se burla Rubén por lo bajo con un tono cargado de sarcasmo que no pienso tolerar.

—¿Qué has dicho? —pregunto sin elevar la voz, pero lanzándole una mirada que haría dar un paso atrás a muchos.

—Solo que puede que haya personas a las que les resulte beneficioso que Antón esté fuera de combate.

Me mira directamente a los ojos y estoy seguro de que todos en la sala han entendido lo que está insinuando.

No puedo permitir que ponga en entredicho mi lealtad hacia Antón y solo hay una manera de dejarlo claro de forma tajante.

Levanto el arma y le clavo una bala entre ceja y ceja antes de que pueda quejarse. Se escucha una pequeña algarabía a nuestro alrededor y, después, un mutismo expectante.

—Escucharé opiniones, pero no quejas, y mucho menos faltas de respeto. Si alguien desea hacer cualquier apreciación, puede pronunciarse ahora.

El silencio se extiende y observo a los subjefes uno a uno, esperando que alguien más tenga algo que objetar. Casi deseándolo para poder ahogar mi irritación.

Cuando asumo que nadie va a añadir nada, le ordeno a Martiño que se encargue de pedir un equipo de limpieza y salgo de aquí tan cabreado como he entrado.

Parece que los problemas hacen cola para visitarme.

Al llegar a casa, subo a mi habitación para cambiarme, me vendo las manos y me encamino al gimnasio que mi hermano instaló hace tiempo en la parte trasera de la mansión. Necesito sacar la rabia y la frustración que siento de alguna manera y mis mejores opciones son la lucha y el alcohol. Probaré con la primera.

Cuando estoy llegando al gimnasio, escucho unas risas que vienen del interior y me paro en seco al ver que son Mark y Alba entrenando juntos. Él está en posición de defensa y le pide que le ataque más rápido y con más fuerza mientras Alba le lanza alguna patada que él bloquea al instante. Es buena, pero no lo suficiente para luchar contra él. Mark aprovecha uno de sus ataques para doblarle la pierna y hacerla caer bocarriba sobre la colchoneta. En lugar de retirarse de inmediato, se queda sobre ella, su cuerpo demasiado cerca del suyo, observándola con hambre hasta que Alba se queja entre risas y lo aparta con un gesto de cariño.

A duras penas me contengo de entrar ahí dentro y reventarle la cara de niño pijo al imbécil. En lugar de hacerlo, vuelvo por donde he venido y me subo al coche.

La rabia burbujea en cada gota de sangre que recorre mis venas y sé que, si no consigo canalizarla pronto, perderé el control.

Conduzco hasta un club de lucha clandestino que conozco desde hace años y doy gracias al comprobar que no ha desaparecido con el tiempo.

Es un lugar bastante más pequeño que el Madness y también más sucio.

Entro como si el local me perteneciera y con un barrido visual localizo al tipo que controla las apuestas y me ofrezco para la siguiente pelea.

—Lo siento, chaval, no hay sitio para caras nuevas esta noche. Ven la semana que viene —me suelta tras echarme un rápido vistazo.

—He dicho que quiero pelear hoy —insisto acercándome hasta que mi cara queda casi pegada a la suya.

—Venga, no me jodas, apártate y vuelve otro día. Ya te he dicho que hoy lo tenemos todo completo.

Se aleja un par de pasos, dándome la espalda y, frente a nosotros, aparece un tío bien vestido y con el pelo engominado, que intuyo que es el dueño de este antro.

—Perdona a mi colega. —Se dirige a mí, y la mezcla de respeto y miedo que veo en su mirada es suficiente para adivinar que sabe quién soy—. Bienvenido a nuestro club de lucha, ¿qué puedo hacer por ti?

—Jefe, ya le he explicado que no hay sitio para ningún luchador más esta noche —insiste el encargado de las apuestas.

—¡Cierra la boca! ¿Acaso no sabes quién es? —sisea, y el otro hombre me observa en silencio sin comprender.

—No quiero broncas —advierto—, solo he venido a luchar.

—Por supuesto —confirma el tipo bien vestido después de lanzarle una mirada reprobatoria a su empleado—. Si me lo permites, te muestro la planificación de los combates de esta noche para que puedas elegir en cuál te gustaría participar.

Acabo luchando en tres peleas seguidas y salgo vencedor en todas. El dueño del local hace el agosto gracias a mí. Me ha debido de reconocer en cuanto he cruzado la puerta y he sido su apuesta segura de esta noche. No me importa lo que haga mientras me deje volver cuando lo necesite.

Parece que el ejercicio físico ha apaciguado un poco mi ánimo, aunque siento que soy como una cerilla esperando cualquier roce para prenderse.

Salgo del local y cruzo la calle hasta el aparcamiento de enfrente, en el que he dejado mi coche. Me abrocho la sudadera y me cubro la cabeza con la capucha cuando siento el frío de la noche colarse entre los edificios.

En medio del silencio, escucho un gemido ahogado seguido de un golpe y unas risas. No suelo meterme en movidas ajenas, pero algo me impulsa a acercarme. Me deslizo entre los coches con sigilo hasta que llego al origen de los sonidos. Cuatro hombres de unos veintitantos años rodean a un chaval que no tendrá más de dieciséis. Lo zarandean, lo empujan y le sueltan algún golpe de vez en cuando. El pobre chico intenta mantenerse en pie y adivinar de dónde vendrá el siguiente ataque, aunque es inútil siendo cuatro contra uno.

No puedo entender con claridad lo que dicen, pero sí soy capaz de detectar las humillaciones y los insultos. Cuando el chaval trata de defenderse y escapar, lanzando un derechazo directo a la mandíbula

del que tiene a su derecha, uno de ellos saca un bate de béisbol de la nada y se lo estampa en las costillas. El chico aúlla de dolor y cae al suelo, momento que aprovecha el que ha recibido el puñetazo para asestarle unas cuantas patadas en el estómago.

A mi mente llegan imágenes similares de los hombres de mi padre rodeándome en círculo y turnándose para golpearme mientras el señor Reigadas observaba la escena sentado en su sillón preferido y disfrutaba su cena como si estuviese viendo un programa en la televisión. Nunca nadie frenó a esos sujetos, nadie pidió clemencia ni dio la cara por mí. Con el tiempo, perdí cualquier esperanza y dejé de defenderme, dejé de intentar escapar.

Me froto ambas muñecas, como si aún pudiera sentir los grilletes en ellas, y un grito desgarrado sale de mis pulmones, despertando a la bestia que todavía vive en mí.

Abismo me rompe por dentro y me absorbe hasta hacerse con todo, incapaz de permanecer encadenado por más tiempo.

Crujo el cuello, roto los hombros y me acerco a los hombres que están maltratando al chico. Me enfrento a los cuatro con una furia desgarradora, sintiendo cada herida del pasado abriendo mi piel y quemándome entero.

El primero apenas tiene tiempo de reaccionar. Mi puño impacta contra su esternón y el sonido seco que se escucha me resulta agradable y familiar al mismo tiempo. Retrocede tambaleándose, se lleva las manos al pecho y se inclina sobre sí mismo antes de caer al suelo.

Solo necesito un segundo para ver que el del bate levanta su arma, pero da un paso atrás y mira de reojo hacia un lado, tratando de decidir si es mejor enfrentarse a mí o salir huyendo.

Se lo piensa demasiado y me lanzo sobre él antes de que pueda coger impulso para golpearme. Le arrebato el bate de las manos y lo tiro al suelo. El sonido de la madera pulida golpeando el asfalto hace eco en el aparcamiento silencioso.

Uno de sus colegas elige este momento para saltar sobre mi espalda y envolverme el cuello con su brazo, ejerciendo la presión suficiente para que pierda la concentración por una fracción de segundo.

Me está aplastando la tráquea e impide el paso del aire. De repente, no estoy en un aparcamiento de mala muerte frente a un club de lucha, sino en el despacho de mi padre. Quien tiene su antebrazo en mi cuello es su mano derecha, Xoel, un tío mucho más grande que yo al que tuve pánico durante muchos años.

*—Sigues siendo un inútil, Alex.*

*—Papá, por fa-favor. Ayuda. —Apenas me queda aire en los pulmones y siento cómo la vida se me escapa sin que él haga nada por evitarlo.*

*La risa de mi padre resuena en mi cabeza.*

*El olor del puro que está fumando llega hasta mí mientras observa cómo su hombre me estrangula frente a él.*

*Quiero coger aire.*

*Quiero dejar de llorar.*

*Quiero ser capaz de luchar y vencer.*

*El cabezazo que doy hacia atrás es para Xoel. Inmediatamente, afloja el agarre y separa el cuerpo lo suficiente para permitirme darme la vuelta. Mi primera patada va directa a su cara y sonrío al ver su sangre oscura salpicando el suelo.*

*Cae de rodillas y no me detengo. No puedo. Cada uno de mis movimientos es automático y más brutal que el anterior. Siento como si una fuerza extraña guiara mis manos.*

*Observo la cara de Xoel y la de mi padre y los golpeo a ambos una vez tras otra sin saber quién es quién en medio de la bruma que nubla mi mente.*

De pronto, un sonido lejano se abre paso entre la ira de Abismo. Parecen sirenas de policía, pero no puedo distinguir si están cerca.

Respiro con dificultad, parpadeo y, por un momento, todo se superpone: el despacho de mi padre, el aparcamiento, los coches, sus caras. Me observo las manos con atención, poniéndolas frente a mis ojos y moviéndolas despacio. Están llenas de sangre y tiemblan.

Ya no sé si soy yo o él, Abismo, quien me arrastra y me consume cada vez con mayor asiduidad.

# 23

## ALBA

No puedo dormir. Lo he intentado todo: infusión de hierbas, sesión de meditación y hasta música relajante, pero nada. En cuanto cierro los ojos, las palabras que Alex me dijo en el avión vuelven a sonar en mi cabeza: «Me importas. Me importas lo suficiente para querer protegerte de todo lo malo; para sentirme celoso si cuidas a otro que no sea yo y portarme como un imbécil si creo que no soy el centro de tu atención».

No pude responder en ese momento, pero ahora su afirmación se hace eco en mi mente impidiendo que piense en otra cosa. Debí sincerarme en ese instante, ahora lo sé, lo veo tan claro como el desastre que he creado al ocultarle quién soy en realidad.

Lo peor de todo es que no hay nada que pueda cambiar eso. Le expliqué por qué me marché, el miedo que pasé durante años pensando en lo que él o su padre podrían llegar a hacer si me encontraban.

El Alex que yo conocía, aquel con el que pasaba horas hablando en secreto y que me protegía de su padre, no era el mismo que vi aquella noche. Después, los rumores comenzaron a llegar, el hijo del señor Reigadas se había convertido en el asesino más letal que

nadie había conocido. Hablaban de su crueldad, de su actitud cínica y del infierno que desataba a su paso. Esos rumores aumentaron mi temor hacia él.

No puede culparme por huir en aquella situación, aunque sí puede hacerlo por haberle ocultado todo.

Doy otra vuelta en la cama, apartando las sábanas y apretando la almohada para encontrar la comodidad que me lleve al sueño, pero sigue sin funcionar. Necesito hablar con él.

Estoy a punto de levantarme y bajar a por un vaso de agua cuando mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesita de noche. Me extraña leer el nombre de Hughes en la pantalla y mi corazón se salta un latido cuando veo que son casi las cuatro de la madrugada.

—¿Pasa algo? —pregunto con el miedo impregnado en la voz.

Ha vuelto a trabajar porque es un cabezota, pero estoy segura de que el médico le recomendó guardar, al menos, una semana más de reposo.

—No sabía a quién llamar. Parker me está asesinando con la mirada ahora mismo porque los dos nos estamos jugando el cuello por acudir a ti en lugar de a Liam, pero…

—Pero ¿qué? ¡Por Dios, di algo!

—Es Alex. No anda muy bien y no deja que nadie se le acerque.

—¿Está herido?

—Herido y borracho, aunque no parece nada grave. Fue capaz de avisar a Parker para que viniese a buscarlo, pero ahora no hay quien lo mueva de aquí. Creo que ha tenido uno de esos momentos en los que no es él mismo.

—Mierda. Pásame vuestra ubicación, voy para allá. —Me pongo el primer pantalón que encuentro y busco unas zapatillas en el armario

mientras hablo con él—. Y Hughes, no te preocupes, has hecho bien en acudir a mí.

—Eso espero. No tardes.

Termino de vestirme, me paso los dedos por el pelo a la vez que bajo las escaleras y, al llegar al vestíbulo, me doy cuenta de que no tengo cómo desplazarme hasta el lugar que me ha indicado Hughes. Pienso en pedir un Uber, pero no quiero esperar y tampoco sé lo que voy a encontrarme al llegar, así que decido bajar al garaje y rezar por que haya algún coche con las llaves cerca.

Lo que veo al entrar me deja petrificada. Antón es todo un coleccionista de coches de lujo y, lo que es mejor, hay una caja con las llaves y tarjetas de cada una de las bellezas que se guardan en este santuario.

—¡No me lo puedo creer!

Mis ojos se quedan pegados al Porsche 911 Spirit 70 verde oliva aparcado a mi derecha. Una edición limitada que la empresa fabricó para conmemorar los cincuenta años del Turbo. Estoy segura de que esta será mi única oportunidad en la vida de conducir este coche y no pienso desaprovecharla.

Cuando piso el acelerador y escucho el rugido del motor, siento la tradición y el poder, el estatus que aporta pilotar esta máquina. Llego antes de lo que indica el navegador. Hughes me está esperando en la acera y me recibe con cara de preocupación.

—¿Dónde está?

—Dentro —responde señalando la puerta de un pub—. Está sentado en una mesa al fondo del local. Parker lo vigila desde la barra, pero no permite que nos acerquemos. Ha pedido una botella de vodka y, cuando no se la han querido servir viendo el estado en

el que se encuentra, le ha dado un empujón al camarero y la ha cogido él mismo. El dueño del bar nos ha amenazado con avisar a la policía si no nos lo llevamos ya.

—Haré lo que pueda, vigila el coche —le digo lanzándole las llaves, y él se queda observando la maravilla que tiene delante.

El pub es más bien un antro oscuro con un puñado de mesas, la mayoría vacías, y una pequeña pista de baile en la que solo queda un grupo de hombres borrachos que berrean y sueltan obscenidades cuando paso cerca de ellos.

Saludo a Parker con un gesto de cabeza y él señala hacia una zona oscura del local sin mirarme siquiera, dejando más que claro que no está de acuerdo con mi presencia aquí esta noche.

Por los altavoces, suena una canción discotequera algo pasada de moda pero que en otra ocasión hubiese disfrutado bailando. Localizo a Alex, que observa detenidamente la botella de cristal que tiene en la mano como si se tratase de un objeto extraño. Cuando llego hasta él, me siento en la silla de al lado.

—Lárgate —sisea sin levantar la mirada y supongo que piensa que soy uno de los chicos. O, al menos, eso espero.

—Solo si vienes conmigo.

Levanta la cabeza con lentitud y pestañea un par de veces de forma perezosa para después frotarse los ojos con los dedos.

—¿Eres tú de verdad, ratoncito?

Su voz gangosa y la lentitud de sus movimientos me confirman que no me está tomando el pelo, sino que de verdad piensa que puedo ser fruto de su imaginación. Muestra un aspecto desastroso: tiene la ceja izquierda partida, un arañazo en la mejilla, marcas rojas en el cuello y la ropa arrugada y descolocada. Su apariencia es todo

lo contrario a la del Alex siempre pulcro e impoluto al que estoy acostumbrada y eso me da una pista de lo mal que debe de encontrarse.

—Soy yo, pero no te atrevas a volver a llamarme «ratoncito» o me obligarás a inventarme un mote ridículo para ti también —le advierto sonriendo.

Acerca su mano derecha y me roza la mejilla con delicadeza, como si necesitase hacerlo para comprobar que soy de verdad. Después sonríe.

—Es verdad, te pega más «Hada de pelo rosa»… Te he echado de menos. Mucho.

«Dios, tengo ganas de comerme a besos a este Alex cariñoso y bobalicón».

—Anda, vamos. Te llevo a casa.

Parker se adelanta para ayudarme a cargarlo, pero Alex levanta la mano y ese gesto es suficiente para que su hombre se aparte a un lado.

Su forma de andar es bastante torpe, por mucho que intente disimularlo. Cuando salimos del antro, Hughes nos está esperando junto al Porsche. Me ayuda a subir a su jefe y, después de cerrar la puerta del copiloto, me mira sorprendido.

—Vale, dime cómo has conseguido amansarlo en solo cinco minutos.

—¿Me estáis jodiendo? ¿De verdad no erais capaces de sacarlo entre los dos de ese bar de mala muerte? —les recrimino.

—Te juro que actuaba como una bestia descontrolada antes de que tú llegaras. No dejaba que nadie se acercara.

Desvío la mirada hacia Parker, quien no puede disimular la cara de cabreado y sus pocas ganas de colaborar. Después de unos largos segundos, se digna a aportar su versión de lo ocurrido.

—Hughes tiene razón. Cuando llegamos, estaba liándola parda. Le dio un puñetazo a un tío y rompió varios vasos. Creo que el dueño no ha hecho nada porque se huele que involucrar a la policía le traería problemas.

—Está bien. Podéis marcharos, yo lo llevo a casa.

—De eso nada, te seguimos —asegura Hughes—. Por cierto, ¿de dónde has sacado esta preciosidad? —pregunta acariciando la carrocería del Porsche.

—Cuanto menos sepas, mejor para ti —afirmo guiñándole un ojo.

Al meterme en el coche y arrancar el motor, Alex me mira fijamente.

—Ratoncito, has vuelto. —Sonríe como si no pudiera creerse su suerte.

—Pues claro, ¿a dónde crees que iba a ir? Prometí llevarte a casa sano y salvo.

Piso el acelerador y no puedo evitar que se me escape una sonrisa de los labios. Esta situación es bastante inverosímil, pero la verdad es que la estoy disfrutando.

—¿También vas a meterme en la cama?

Su mano va a parar a mi muslo y comienza a trazar círculos con los dedos sobre la tela de mi pantalón. Mentiría si no dijese que su contacto me hace estremecer y evocar la forma en la que nuestros cuerpos conectaron en ese pequeño pueblo del sur. Nosotros dos en la ducha, en su cama…

Trato de concentrarme en la carretera, pero todos mis sentidos están puestos en sus jodidas manos. Giro a la derecha en la intersección y por fin salimos de la ciudad. La mansión de los Reigadas se encuentra a solo quince minutos de aquí.

Sus caricias se acercan a mi sexo y experimento un cosquilleo justo en el lugar en el que deseo que sus dedos me presten atención. Me remuevo en el asiento, buscando un poco de fricción que aplaque el ardor que comienzo a sentir por todo el cuerpo.

—Alex, deja de jugar —le reprendo porque es lo correcto, porque estoy conduciendo, porque ha bebido demasiado…, aunque, en realidad, no quiero que pare.

—Oh, vamos, ¿qué tiene de malo divertirse un poco? —responde meloso mientras me desabrocha el cordón del pantalón y comienza a jugar con el borde de mis braguitas. Giro la cabeza en su dirección y esta vez es él quien me riñe a mí.

—Mirada al frente, Alba. No queremos tener un accidente.

Obedezco e inspiro con fuerza, con la sensación de que necesitaré llenar los pulmones con todo el aire que cabe en el coche. Quiero cerrar los ojos cuando cuela la mano por debajo de la tela y se encuentra con mi humedad, pero consigo mantenerlos abiertos.

—Alex…

Empieza a acariciarme de forma lenta.

—Estás muy mojada, ratoncito. Dime qué es lo que te pone más. ¿Se trata del hecho de no poder quitar las manos del volante mientras te masturbo? —Sus dedos rodean mi clítoris y, a pesar de que me muerdo el labio inferior para no gritar, un gemido escapa de mi garganta—. O tal vez es la potencia de esta máquina…

Jadeo y comienzo a mover mis caderas sobre la palma de su mano, buscando el placer que anhelo. Necesito correrme tanto como el respirar.

—Yo…

—Dime lo que quieres, Alba. —Sus movimientos se hacen más rápidos y mis uñas se clavan en el volante cuando siento que el orgasmo se acerca—. Dilo y lo tendrás.

—Quiero correrme. Quiero… Mierda.

—Deseo concedido.

Mis caderas salen a su encuentro cuando introduce dos dedos dentro de mí a la vez que su pulgar me acaricia el clítoris, y sé que no voy a poder aguantar ni un segundo más. En mitad de la neblina que ocupa mi mente, piso el pedal del freno y hallo la cordura justa para parar el coche en el arcén antes de cerrar los ojos y que todo estalle a mi alrededor.

Mantengo las manos en el volante mientras intento controlar la respiración y luego giro la cabeza hacia él. Tiene una sonrisa socarrona en los labios y la mirada cargada de deseo.

—¿Sabes? Creo que podría correrme solo escuchando tus gemidos —suelta con descaro.

Se lleva a la boca los dedos que hace un momento tenía dentro de mí y comienza a chuparlos como si fuesen un maldito manjar. Después se ríe.

—Mierda, estás muy borracho. ¿Me he aprovechado de ti? —Pienso en voz alta, y su risa se vuelve más fuerte.

—Puedes aprovecharte de mí cuando quieras, hada. Esté sobrio o borracho como una cuba, siempre voy a querer follarte.

Los faros de un coche nos iluminan desde atrás. Miro por el espejo retrovisor y veo que Parker ha llegado a donde nos encontramos y ha estacionado a unos metros de nosotros. Hughes se baja del coche.

—Arranca —ordena Alex.

—Voy a ver qué quiere, espera un momento.

—Alba, arranca el puto coche. Solo quieren saber por qué hemos parado, pero no voy a permitir que otro hombre vea tu cara después del orgasmo.

Me quedo petrificada, aunque la mirada que me lanza me hace saber que no está bromeando, así que meto primera y hago lo que me pide.

Llegamos en apenas cinco minutos. La casa está sumida en la oscuridad y en el más absoluto silencio, pero nada más cruzar el umbral de la puerta, diviso la figura de Mark en lo alto de las escaleras. Alex da un traspiés y lo sujeto del brazo para evitar que se caiga. Se halla demasiado perjudicado para notar la presencia de mi compañero, el cual se ha dado cuenta del estado en el que se encuentra Alex y hace el ademán de bajar a ayudarme. Niego con un gesto de cabeza. Sé que al hombre que tengo al lado no le gustará recibir ayuda de ninguno de mis compañeros y todavía menos de él después del enfrentamiento que tuvieron ayer. Mark nos mira a ambos con desaprobación, pero finalmente cede y se da la vuelta para volver a la habitación que está ocupando estos días.

Los hombres de Alex aparecen justo en ese momento y preguntan si necesitamos ayuda con algo.

—Joder, largaos de una puta vez. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo esta noche? —ruge su jefe, y yo pongo cara de pena.

En cuanto nos quedamos solos, le doy un codazo en las costillas y él suelta un quejido.

—¿Por qué has hecho eso? —refunfuña.

—Por ser tan estúpido con Hughes y Parker, que solo intentaban ayudar.

Pone los ojos en blanco, dramatizando, y tengo que girar la cabeza para que no vea que estoy sonriendo. Solo le falta saber que me hacen gracia sus tonterías.

Nos cuesta un poco más de la cuenta subir las escaleras y, cuando por fin llegamos a su habitación y cierro la puerta, suspiro aliviada.

—Oh, te veo contenta de estar en mi cuarto. A mí también me gusta verte aquí, ¿sabes? —Sonríe ladino.

—Menos lobos, Caperucita, que el suspiro ha sido de alivio porque eres muy ruidoso y estabas a punto de despertar a todo el mundo. Anda, a la ducha.

Voy al baño y abro el grifo de agua para que se vaya calentando mientras él empieza a quitarse la ropa. Sinceramente, me sorprende que me haya hecho caso a la primera, pero no seré yo quien se queje.

—¿No vas a meterte conmigo, ratoncito? —susurra tras abrazarme por la espalda y comenzar a darme pequeños besos en el cuello que me ponen a mil.

Noto su erección en mi culo y, al mirar al frente, descubro en el espejo que ya está completamente desnudo.

—No pienso volver a aprovecharme de ti, así que métete debajo del agua. A ver si conseguimos que se te pase un poco la cogorza.

—¡A sus órdenes, mi generala!

Bajo a por agua y aprovecho para coger también un ibuprofeno y unas galletas saladas. Entro en la habitación de nuevo justo cuando él sale del baño vistiendo solo un pantalón de pijama que cae sobre sus caderas de forma demasiado sexy para mi fuerza de voluntad. Al verme, sus ojos se encienden de deseo y se acerca con pasos lentos e intenciones obvias. Me muerdo el labio inferior y busco en mi cabeza la fuerza mental que necesito para negarme a lo que me está ofreciendo.

—Te he traído algunas cosas que te ayudarán a encontrarte mejor —digo señalando con la cabeza hacia la mesita de noche, donde he dejado lo que fui a buscar a la cocina.

—Yo sé lo que me haría recuperarme de inmediato.

Se acerca más y, cuando está a punto de lanzarse a mis labios, le coloco una mano en el pecho y lo freno.

—Alex…

Baja la boca a mi hombro y comienza a besar y a lamer pequeños fragmentos de piel, provocándome un escalofrío.

—Terminemos lo que hemos empezado en el Porsche —me pide, y su aliento me hace cosquillas.

«Dios, quiero sentirlo por todo el cuerpo».

Estoy a punto de ceder, lo sé, pero hago un último intento y doy un paso hacia atrás.

—Tenemos una conversación pendiente.

—¿Ahora? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Si lo prefieres, puedo marcharme, descansamos y hablamos dentro de unas horas, pero no voy a tapar lo que nos pasa con sexo. Nos merecemos más.

Se lleva una mano a la cabeza, se frota el pelo y suelta el aire que estaba conteniendo.

—De acuerdo. Tú ganas. —Se da la vuelta, saca una camiseta gris de uno de los cajones de la cómoda y se la pone. Después, se sienta a los pies de la cama—. ¿De qué quieres qué hablemos?

Cojo una butaca que hay en un rincón de la habitación y la acerco para colocarme frente a él.

—Lo primero, me gustaría saber qué ha pasado esta noche para que te hayamos encontrado borracho y herido.

Apoya los codos sobre las rodillas y hunde la cabeza en las manos. Permanece en esta postura durante un par de minutos y, cuando pienso que ya no va a responderme, se yergue y comienza a hablar.

—Hoy no tenía la intención de salir de caza, no quería que él venciera. —Suspira, supongo que buscando la forma de explicar lo que siente—. Aunque no me ha salido mal del todo, ¿sabes? Esta noche he descubierto que puedo ahogarlo en bebida. Se las daba de invencible, pero parece que no sabe nadar en alcohol —dice más para sí mismo que para mí—. El muy hijo de puta siempre ha sido más fuerte que yo. Puto Abismo…

Fija la mirada en mí, como si acabara de recordar que no está hablando solo, sino conmigo.

—Él tiene la fuerza que tú quieras darle, no más.

—Alba. ¿O debería llamarte Joana? —Escruta mis ojos, tal vez esperando encontrar algo distinto en ellos al pronunciar el nombre que mis padres me pusieron al nacer y con el cual hace mucho que no me identifico. No respondo—. Pensé que lo tenía controlado, pero ha sido regresar a casa y el muy hijo de puta ha resurgido del pozo en el que creí haberlo encerrado para siempre. Aunque, en realidad,

él empezó a volver hace unos meses, justo cuando te encontré sin saber que eras tú. —Sonríe, pero las comisuras de su boca se quedan a medio camino—. Parece que mi subconsciente sí te reconoció…

—Siento haberte ocultado la verdad, Alex. No tenía derecho a guardarme el secreto, sobre todo después de empezar a conocerte de nuevo y darme cuenta de que llevo años equivocada.

Me observa como si buscase algo en el interior de mis pupilas y yo aprovecho para perderme en sus ojos negros.

—Acepto tus disculpas.

—¿Así, sin más? —pregunto sorprendida.

—Puedo entender tus motivos y, además, soy experto en cagarla. ¿Qué clase de hipócrita sería si no fuera capaz de perdonar tus errores? Viste una versión horrible de mí, una que te asustó y te hizo salir huyendo. Sí, deberías haberme dicho quién eras, pero el pasado es algo que no podemos cambiar.

—Gracias.

—¿Puedo pedirte algo? —Asiento. Tengo ganas de abrazarle, pero el temor a que me rechace persiste—. Quédate conmigo, como cuando éramos pequeños. Cuéntame cómo te ha ido el día, igual que hacías antes… ¿Te has escapado de algún guardia hoy? ¿Has encontrado algún bicho interesante en el jardín?

—Sí, encontré uno enorme y borracho.

Se ríe y esta vez no puedo reprimirlo más. Me levanto de la butaca, me siento en su regazo y lo abrazo con fuerza. Sus manos rodean mi cintura y me estrechan contra él. Huele a vodka, pero también a ese perfume que utiliza y que me hace sentir en casa. Su abrazo me reconforta como ningún otro lo ha hecho hasta ahora y

siento como si lo conociera desde siempre, como si nunca nos hubiésemos separado.

—No me sueltes —le pido.

—Jamás.

# 24

## ALEX

Algo me hace cosquillas en la nariz. La arrugo, pero la sensación no desaparece, así que intento espantar al insecto con la mano, sin embargo, desisto al darme cuenta de que la tengo atrapada debajo de algo calentito. Cuando abro los ojos, descubro el cuerpo de Alba enredado con el mío. Su cabeza descansa en mi pecho y es su cabello el que me hace cosquillas en la nariz y me envuelve en su aroma a manzanas. Me mantengo inmóvil, en silencio, disfrutando del calor de su piel en contacto con la mía, de la calma que irradia mientras está sumida en sueños.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que comienza a moverse y levanta un poco la cabeza para comprobar si estoy despierto.

—Buenos días —me saluda con la voz ligeramente pastosa.

Acuno su mejilla con la mano y la acaricio antes de darle un beso en los labios.

—Buenos días, hadita.

—Vaya, veo que recuerdas el apodo que me pusiste ayer.

—Te engañas si piensas que no llevo tiempo llamándote así en mi cabeza.

—Ah, ¿sí? Y entonces ¿por qué te diriges a mí como «ratón» todo el tiempo? —pregunta cruzando los brazos sobre mi pecho y apoyando la barbilla en ellos.

—Porque también eres mi ratoncito. —Dejo un beso en su frente, sintiendo la necesidad de demostrarle cuánto me gusta tenerla cerca —. Uno inteligente capaz de hacer magia con cualquier dispositivo electrónico que caiga en sus manos. ¿Qué plan te apetece para hoy?

—¿Bromeas? Tengo que trabajar. Te recuerdo que mi equipo está aquí con un objetivo: encontrar a Feng Yue y llegar hasta las entrañas de su organización.

—Esa hija de puta es mía —siseo entre dientes.

—Entiendo que quieras venganza por lo que le ha hecho a Antón, pero eso es algo que deberás discutir con Sombra. Ella también le tiene ganas a Yue y a cualquiera que mantenga relación con su red de trata de blancas. Recuerda que arruinaron la vida de su hermana y, por su culpa, Isabel está muerta.

—Les haré pagar por todo —sentencio, seguro de mi promesa.

—¿Todavía no hay noticias de los médicos que llevan el caso de tu hermano?

—Repiten que no he de alarmarme, que debo ser paciente, pero empiezo a pensar que no son más que unos cagados que hablan desde el miedo a las represalias.

—Confía en su palabra. Me dijiste que estaba en manos de los mejores especialistas. Deja que hagan su trabajo y centra tus esfuerzos en mantener el orden para que su organización esté lista cuando regrese.

Suspiro. Sé que tiene razón, pero, ahora mismo, lidiar con las rencillas entre los tenientes de mi hermano es algo que no me

apetece lo más mínimo.

—Eso intento.

—No te lo están poniendo fácil, ¿verdad?

—Muchos de los hombres de Antón ni siquiera me conocen, doce años fuera es mucho tiempo, y los que sí me recuerdan…

Introduzco los dedos entre las hebras de su pelo y lo acaricio para tranquilizarme. Funciona, al menos, hasta cierto punto.

—¿Te temen? —pregunta cautelosa—. He visto cómo te miran algunos…

—Así es —confirmo—. Y no les culpo. ¿Sabes cuál fue la única razón por la que no te busqué cuando desapareciste? —Niega con la cabeza—. Porque me hicieron creer que estabas muerta. Yo no suponía ninguna amenaza para ti, te lo juro, nunca lo fui, para ti no. En realidad, eres la razón por la que terminé por convertirme en Abismo.

Me mira con horror y se levanta hasta quedar sentada sobre sus piernas flexionadas. Yo me incorporo y apoyo la espalda en el cabecero de la cama para situarme a su misma altura.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo nunca…

—No conscientemente —aclaro interrumpiéndola—. No me mires así. No voy a mentirte ni a ocultarte parte de la verdad porque esta no sea bonita. Me convertí en Abismo porque era la única forma de protegerte y, paradójicamente, tú huiste en el momento en que lo viste en mí por primera vez. ¿Crees que quise ser esto? ¿Transformarme en un monstruo que no es capaz de sentir empatía ni compasión? Mi padre me chantajeó una y otra vez con hacerte daño. ¿Recuerdas todas las veces que insistí en que no podían vernos juntos…?

—Fuimos cuidadosos —musita con un tono de voz apenas audible.

—Al final, alguien nos descubrió. Nunca supe quién, pero mi padre se enteró y ese fue el final de todo. Te utilizó, usó tu inocencia y tu pureza… Tuve que obedecerlo en todo lo que él quiso para que no te hiciera daño, tuve que quemarme en el infierno y caer en él para que se olvidara de ti y aun así… te mató. O eso me hizo creer.

—¡Dios, Alex, no tenía ni idea! —exclama llevándose ambas manos a la boca.

—Juré en silencio que me vengaría. Aquel día, el monstruo que había moldeado a su antojo se volvió contra él y, aunque tuvieron que pasar varios años, lo hice, cumplí mi promesa.

—¿Estás diciendo lo que creo?

—Lo maté, Alba. Yo asesiné a mi padre.

Aparto la mirada, pues no sé si estoy preparado para descubrir su reacción. No quiero ver el asco, la decepción ni el miedo que debe de sentir ahora mismo hacia mí.

—Mírame —me pide, pero me niego a hacerlo. Joder, nunca me había importado que alguien pudiese juzgarme hasta hoy. He matado a docenas de personas y torturado hasta la muerte a otras tantas sin sentir ni un ápice de remordimiento y ahora, en este preciso instante, estoy acojonado por lo que ella pueda pensar de mí —. Alex, por favor, mírame.

Cuando reúno la fuerza necesaria para hacer lo que me pide, me quedo anclado a sus ojos, buscando en ellos la repulsión y el miedo, pero no encuentro nada de eso. Tampoco compasión.

Se sienta a horcajadas sobre mí y me rodea el cuello con los brazos.

—Alba…

—Shhh —me interrumpe, aunque ni siquiera yo sé lo que iba a decir—. Si ese cabrón todavía estuviese vivo, yo misma acabaría con él. No te juzgo, Alex, te entiendo. No sé ni un cuarto de las cosas por las que te hizo pasar, pero todavía recuerdo los moratones en tu cara y tus gestos de dolor después de cada una de sus palizas. Intentabas que no me diera cuenta, pero no se te daba tan bien disimular el dolor como creías.

—Dios, eres jodidamente perfecta para mí.

Sonríe de una forma tan especial que no puedo evitar alargar el brazo, coger el teléfono de la mesita de noche y sacarle una foto.

—Oye, ¿qué haces? Que estoy recién levantada. Debo de llevar pelos de loca y legañas en los ojos.

—Estás preciosa, hadita. —Le doy un toque con el índice en la nariz y vuelve a sonreír.

Le hago cosquillas y, al revolverse, roza su sexo con el mío, provocándome una importante erección.

—¡Ups! —Se lleva la mano a la boca en un gesto travieso—. Creo que alguien tiene ganas de saludarme esta mañana —afirma, y comienza a moverse en círculos.

—No empieces algo que no tengas intención de terminar —le advierto—. He soñado con tus gemidos reverberando dentro del Porsche y la forma en la que te mordías el labio inferior mientras apretabas el volante.

La sujeto de las caderas y la ayudo a moverse sobre mi erección. Suelta un jadeo y no puedo resistirme por más tiempo. Con un movimiento rápido, nos hago rodar en la cama hasta quedar sobre ella, con sus piernas abiertas envolviéndome el cuerpo.

Succiono su labio inferior, para después morderlo y besarlo mientras ella tira de mis pantalones de pijama hacia abajo, ayudándose también de los pies. Pega la boca a mi cuello y su aliento me hace estremecer.

—Estás muy rico —ronronea.

Me deslizo hacia abajo y voy levantando su camiseta poco a poco a la vez que dejo un reguero de besos que comienzan en su estómago y terminan en el valle de sus pechos. Después, la ayudo a quitársela y me quedo de rodillas.

Observo su cuerpo con hambre, decidiendo por dónde empezar el festín que quiero darme con ella.

—Me encantan tus pechos —susurro con la voz ronca por el deseo.

—Demuéstramelo —responde con seriedad, con el anhelo empañando sus ojos grises.

Succiono uno de sus pezones y lo muerdo despacio cuando escucho un jadeo salir de sus labios. Mi lengua juega con él como si se tratase de un regalo muy especial, dándole toquecitos con la punta, lamiéndolo, acunándolo y recreándose en cada movimiento mientras con la mano doy cariño a su gemelo.

Alba se retuerce sobre las sábanas y yo disfruto sintiendo cómo se deshace por el placer. Deslizo sus pantalones de pijama despacio, centímetro a centímetro, para alargar su tortura y llevarla hasta ese punto en el que me suplica que la folle. Hoy quiero escucharla suplicar por mi polla.

Cuando la tengo totalmente desnuda debajo de mí, me levanto de la cama y me deshago de mis bóxer, la única prenda que queda entre los dos. Observo su cuerpo, sus ojos empañados por el deseo,

su piel deseando que la toque mientras se frota los muslos en busca de la fricción que tanto necesita.

—Eres una jodida obra de arte, hadita.

—Ven —me pide, y soy incapaz de negarme.

Beso su tobillo derecho, su rodilla y la cara interna del muslo. Cuando llego a su sexo, busco sus ojos con los míos.

—Y aquí eres igual de bonita. —Soplo sobre su clítoris en círculos y noto cómo tensa las piernas. Después rozo con la punta de la lengua la unión de sus labios y, tras probar su sabor, tengo que contenerme para no devorarla. Repito el gesto varias veces y le sujeto los muslos cuando intenta cerrarlos, buscando profundizar mi toque—. Shhh. No te muevas. Voy a tomar mi desayuno.

—¿Nadie te dijo que no está bien jugar con la comida? —musita, y suelta un jadeo en el momento en que mi lengua recorre su sexo de la forma en la que sé que lo necesita.

Succiono su clítoris y tanteo su entrada con dos de mis dedos. Está tan empapada que entran y salen con facilidad. Sus manos se aferran a las sábanas y las estrujan en los puños mientras levanta sus caderas y de su garganta fluyen sonidos que me vuelven jodidamente loco.

Estoy concentrado en llevarla al orgasmo cuando una de sus manos se entierra en mi pelo y me levanta la cabeza, mirándome a los ojos.

—Ven aquí —me ordena, y obedezco sin rechistar.

Me sitúo a la altura de sus labios y me hace girar. Después se coloca sobre mí, con las piernas a ambos lados de mis caderas, y hunde mi erección en su sexo en un gesto rápido que no veo venir.

—Joder —exclamo sintiendo el calor de su interior. Estar aquí dentro es una puta gozada.

Comienza a contonearse como si de una jodida serpiente se tratase, encontrando el equilibrio perfecto entre el ritmo y la cadencia de sus movimientos. Observarla sobre mí, cogiendo lo que quiere, buscando su placer mientras provoca el mío es lo más erótico que he visto en mi vida.

Cuando noto que mi orgasmo se acerca, introduzco mi pulgar en su boca y Alba lo lame, para después succionarlo con fuerza. Lo coloco en su clítoris, dejando que sea ella la que busque el roce que necesita con sus propios balanceos. Hago acopio de todo mi autocontrol para resistir y dejarme ir justo en el momento en que siento los espasmos de su orgasmo alrededor de mi erección y su mirada empañada sosteniendo la mía.

Se deja caer sobre mi pecho, enterrando la cabeza en mi cuello y su aroma a manzanas vuelve a bañarlo todo a mi alrededor. Cierro los ojos, la sostengo entre mis brazos y le acaricio la espalda, dibujando formas inconexas en su piel mientras su respiración se vuelve poco a poco más profunda.

Después de unos minutos de silencio, un pensamiento me viene a la cabeza y me da por reír. Ella se incorpora y me mira como si estuviese loco, no la culpo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada, solo que cuando la cosa se ha empezado a poner intensa, he pensado en hacerte suplicar para que te follase y, al final, has acabado por follarme tú en el momento en que te ha dado la gana.

Se ríe también y me da un golpe en el hombro.

—¿De verdad pensabas en mí como una chica sumisa?

—No, tú rompes todos mis esquemas, hadita.

# 25

## ALBA

Llevamos más de una hora tratando de seguir el rastro de la maldita Yue, pero la mujer parece invisible. No hay datos de registro en hoteles, hostales ni aeropuertos españoles; su nombre no figura en la lista de pasajeros de ningún avión, tren, autobús o barco, público o privado, que haya abandonado o cruzado el país en algún sentido durante las últimas semanas y tampoco existe cuenta bancaria alguna en España que pueda relacionarse con ella. En definitiva, es la puta mujer fantasma.

No dispongo de ningún archivo con su imagen, por lo que no puedo pasar el reconocimiento facial para buscarla en las cámaras de tráfico de la ciudad. Y del ordenador al que accedí gracias a Anémona Azul, he conseguido obtener información de algunos de los negocios de su organización, pero no de ella en concreto.

—Es como si se la hubiese tragado la tierra —se queja Mark, nuestro experto en armas y explosivos y también el miembro más impulsivo del equipo.

—¿No os recuerda eso a alguien? —continúa Vega pensativa. Me he acostumbrado a llamarla por su nombre real, pero durante la planificación y ejecución de las misiones, siempre ha sido y será

Sombra—. Su hermano era la persona más escurridiza con la que me he topado en la vida. Nos costó años dar con él y solo lo conseguimos porque él decidió aparecer.

Los cinco miembros del equipo —Sombra, Lucas, Sebas, Mark y yo — estamos reunidos en un amplio despacho que Alex nos prestó para que lo utilicemos como base. Se halla ubicado en la primera planta, al fondo de un pasillo en el que solo se encuentran nuestras habitaciones, de modo que tenemos esta parte de la casa para nosotros solos. He de reconocer que Alex es un magnífico anfitrión.

Sebas y yo estamos sentados a la mesa, cada uno trabajando con un portátil, mientras el resto pulula a nuestro alrededor.

—¿A dónde quieres llegar, jefa? —pregunta Mark mientras se deja caer en uno de los sillones de dos plazas.

—Es sencillo: Feng solo apareció cuando quiso algo. Por aquel entonces, su objetivo era conseguir Amapola, el arma que Liam estaba desarrollando y que no tenía intención de venderle. Estuvimos años tratando de seguirle la pista y no logramos nada hasta que él mismo empezó a dejarse ver. Ahora se nos plantea el mismo dilema con su hermana: es capaz de desaparecer de la faz de la tierra sin dejar rastro, por lo que nuestra única opción es hacerle salir de su madriguera.

—¿Qué propones? —insiste Sebas.

—Necesitamos que sea ella la que nos busque a nosotros y no al revés. Y tengo la forma perfecta para sacarla de su escondite. — Prácticamente veo los engranajes del cerebro de Sombra trabajando a marchas forzadas. Camina a paso rápido alrededor de la mesa y me da la sensación de que habla más para sí misma que para que la escuchemos nosotros—. ¡Eso es! ¡Mataremos dos pájaros de un tiro!

—Todos los ojos de la habitación están puestos en ella—. Haremos lo mismo que hizo Alex: destruiremos sus preciados clubs y esta vez a lo grande.

—¡Joder, me encanta! —exclama Mark, adelantándose a la diversión. Siempre le ha gustado destrozar cosas, sobre todo si Sombra le deja utilizar alguno de sus artefactos explosivos.

—Alba, ¿puedes averiguar cuántos clubs tiene en España?

—Ya lo hice. De momento, ha abierto tres. Uno de ellos es nuevo, pero los otros dos son reaperturas de los que conseguimos que clausurara la policía tras la muerte de Feng.

—Perfecto, pues serán tres.

—Creo que puede funcionar —añade Lucas, que había permanecido en silencio hasta ahora—. Pero deberemos estar preparados para su contraataque. Tened claro que vendrá a por nosotros y ya hemos podido comprobar que juega sucio y golpea donde más duele. Buscará nuestros puntos débiles. Atadlos y reforzad la precaución.

—Estaremos listos —afirmo.

—Lo ideal sería atacar los tres burdeles a la vez —propone Sombra —, de modo que no tenga capacidad de reacción, pero para eso hacen falta refuerzos. Llamaré a mi tío para que nos mande unos cuantos efectivos; nos dividiremos en tres equipos compensados y esa hija de puta no sabrá de dónde le vienen los palos cuando ataquemos de forma coordinada. Alba, necesitaremos acceso a las cámaras de los locales, ubicaciones, planos actualizados que incluyan los puntos de entrada y salida, datos del personal que mantienen en activo, cambios de turno y el contacto de un par de

clientes habituales a quienes podamos sacar información. Si encontrases a algún extrabajador descontento, sería brutal.

—Cuenta con ello, jefa —respondo, y comienzo a trabajar en lo que me ha pedido mientras escucho cómo el resto continúa con la conversación.

—Mark, nos hará falta una cantidad de explosivos suficiente para hacer saltar por los aires los tres burdeles, pero sin destrozar el edificio entero en el que se encuentren, que nos conocemos. Consigue algo con lo que provocar la activación de la alarma antiincendios en el caso de que nos hiciese falta. Y armas suficientes para deshacernos del personal que dificulte nuestra misión.

—Me pongo con todo —responde el aludido.

—También dirigirás el ataque a uno de los clubs. Sebas, tú coordinarás el rescate de las chicas en los tres burdeles a la vez. Una vez que Alba consiga los planos, diseñaremos juntos un plan de evacuación.

—A la orden.

—Lucas, tú y yo nos ocuparemos de los otros dos ataques y también te encargarás de instruir a los hombres que envíe mi tío. No olvidéis que cualquiera que trabaje en Atenea tiene la formación necesaria para participar en misiones de alto riesgo, pero ningún otro equipo está tan preparado como el nuestro. Somos la élite y, si Feng Bao no pudo escapar de nosotros, tampoco lo hará su hermana.

—¡Así se habla, jefa! —la anima Mark, levantándose del sillón.

—No hagas el payaso y ponte a trabajar —lo pico.

Pasamos el resto de la mañana planificando cada detalle para que nada se tuerza. Disponemos de muy poco tiempo para prepararlo

todo y eso hace que los nervios estén a flor de piel.

A mediodía, Ania trae bebidas y bocadillos y apenas paramos veinte minutos para engullirlos. Es entonces cuando miro el móvil y descubro que tengo un mensaje de Alex de hace varias horas:

No llegaré a tiempo para la comida, pero espero poder comerte a ti durante la cena

Una sonrisa tonta se me dibuja en los labios mientras lo leo y pienso en qué responderle. Después de su confesión de ayer, de que se abriera hasta el punto de contarme su mayor secreto, pasamos el resto de la noche enredados en una especie de juego en el que ambos queríamos demostrar todo el placer que podíamos provocar en el otro. Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que fue la noche más excitante de mi vida y estoy deseando repetirla. Le escribo solo tres palabras:

Cuenta con ello

Su respuesta no tarda en llegar, por lo que intuyo que lo he pillado justo con el móvil en la mano.

Joder! Se me acaba de poner dura en mitad de una reunión

Llegaré tarde. Los hombres de Antón exigen venganza y no sé cómo decirles que no están preparados para enfrentarse a lo que se les vendría encima

Vas a tener que esperarme en mi habitación

Y qué pretendes que haga en tu habitación mientras tú no estás?

Mmm. Puedes poner la calefacción y esperarme desnuda

Jaja

No era una broma

Eres un pervertido

Sí, pero te gusta

Me despido y, ahora sí, guardo el teléfono. Abro el portátil para retomar lo que estaba haciendo y noto la mirada inquisitiva de Mark sobre mí. «Mierda, ¿ha leído mi conversación con Alex?». Antes de que pueda preguntarle lo que le pasa, Sombra entra en la sala con una expresión que no augura buenas noticias.

—¿Qué ha sucedido? —se adelanta Sebas.

El resto nos levantamos y la miramos en silencio, a la espera de que suelte la bomba.

—Que nuestro plan se ha ido a la mierda. Acabo de hablar con mi tío y no solo no puede enviarnos a nadie, sino que nos necesita en Estambul en dos días. ¡En dos malditos días!

—¿Cómo? Pero ¿por qué? —pregunto extrañada.

Román es el tío de Vega, nuestro jefe y uno de los fundadores de Atenea, el único que continúa con vida. Es quien asigna las misiones a los distintos equipos, salvo al nuestro. Como bien ha dicho Sombra esta mañana, somos la élite de la organización y mi jefa siempre ha tenido carta blanca para elegir los trabajos en los que nos involucramos.

—¿Una misión? —interviene Lucas—. Hasta ahora, ninguna había sido más importante que derrocar a Feng y vengar a tu hermana. Debe de ser algo grande. ¿Te ha contado algo?

Niega con la cabeza y después se lleva las yemas de los dedos a las sienes para masajearlas.

—Me ha adelantado poco, ya sabes cómo es. Me ha dicho que es un encargo del Ministerio al que no puede negarse, que está muy bien pagado y que solo nosotros podemos hacerlo. Me enviará el dossier con la información completa en dos horas.

—¡No me jodas! —interrumpe Mark. Conociendo su carácter impulsivo, es raro que haya aguantado callado tanto tiempo—. ¿Ahora nos regimos por la pasta? ¿No se supone que somos los únicos privilegiados que podemos elegir en qué misiones queremos participar? ¿Qué coño ha cambiado? Porque yo no me apunté a esto.

Vega sonríe de forma sarcástica antes de responder.

—Al parecer, desde hace un año, gastamos mucho y producimos poco. No es que se haya negado a que sigamos tras la pista de Yue, pero me ha advertido de que habrá más misiones como esta en un futuro cercano.

—En resumidas cuentas, que nos ha relegado a la categoría de malditos mercenarios. ¡De puta madre!

—Tampoco creo que pase nada por participar en una de esas misiones de vez en cuando —media Sebas para sorpresa del resto—. Vamos allí, conseguimos el objetivo y mantenemos contento a Román.

—Es coña, ¿no? —le grita Mark acercándose a él—. Pero ¿tú te estás escuchando? ¿De verdad quieres convertirte en una marioneta?

—No todos podemos permitirnos quedarnos sin trabajo, ¿sabes? Algunos necesitamos nuestro sueldo para sobrevivir.

—Ey, ey, ey —interviene Lucas, colocándose entre Sebas y Mark, que se han arrimado demasiado el uno al otro y no con buenas intenciones—. Ya basta. Lo que no vamos a hacer es pelear entre nosotros por esta mierda.

—Se me ocurre algo —afirma Vega aproximándose al grupo y logrando que la atención se centre en lo que está a punto de proponer—, pero tenemos que estar todos de acuerdo o no funcionará. —Asiento—. Llevamos a cabo nuestro plan y, después, nos montamos en el avión y cumplimos con la misión que nos encomiende el jefe.

—Sombra, somos solo cinco. Es imposible que podamos volar por los aires los tres prostíbulos a la vez —manifiesta Sebas con voz cansada—. Tendrán seguridad, sin contar con que primero debemos rescatar a las chicas.

—Lo sé, y por eso reduciremos nuestro ataque a solo uno de ellos.

—¡Joder! —se queja Mark—. ¿Y no puedes pedirle hombres a Liam? Seguro que querrá ayudarnos.

—No —responde Sombra en un tono cortante que no deja lugar a réplica—. La Hermandad está lidiando con sus propias amenazas ahora mismo. Los albaneses se han convertido en un problema y no es momento de restarles activos.

Las caras de decepción de mis compañeros son imposibles de obviar. Estoy a punto de hacerme a la idea de que las cosas no siempre salen como nos gustaría cuando se me ocurre algo.

—¿Y si…? —Le doy vueltas en mi cabeza, pensando si podría funcionar. Mi ocurrencia tiene algunas lagunas, pero no la veo mala

del todo.

—Suéltalo de una vez —me apremia Mark.

—Alex me ha comentado que los hombres de su hermano están alterados porque quieren vengar lo que le han hecho a Antón y también la muerte del que era su mano derecha. ¿Y si les damos la oportunidad de hacerlo participando en la explosión de los burdeles?

—¿Estás sugiriendo que trabajemos con unos tíos que no conocemos de nada? —pregunta Sebas.

Me dispongo a responderle cuando nuestra jefa se me adelanta.

—No es mala idea… Tenemos un enemigo en común y a todos nos mueve la misma emoción: la necesidad de venganza. Alba, ¿crees que Alex respaldaría tu propuesta?

—Creo que puedo convencerlo.

Vega me dedica una sonrisita mientras Mark suelta un bufido.

—Vale, ¿estamos todos de acuerdo? Tened en cuenta que esta misión será extraoficial. No avisaré a mi tío hasta que la hayamos concluido y es posible que esto nos traiga consecuencias. —Uno a uno vamos asintiendo. El último en hacerlo es Sebas, que hoy parece estar más enfurruñado que de costumbre—. Disponemos de menos de veinticuatro horas para organizarlo todo e instruir a los hombres que nos ceda Alex. Llevaremos a cabo el golpe mañana por la noche y después saldremos rumbo a Estambul.

—¡A por ello! —exclama Lucas y, sin decir nada más, volvemos al trabajo con el ánimo renovado.

# 26

## ALBA

A las diez de la noche me doy cuenta de que tanto mi concentración como la de mis compañeros está cediendo ante el agotamiento que sentimos. Llevamos trabajando casi sin descanso desde primera hora de la mañana y, sin embargo, nadie se ha quejado. Es Sombra la que nos obliga a parar y nos manda a todos a dormir hasta las cinco de la madrugada, hora a la que hemos quedado aquí mismo para terminar de ultimar los detalles de la operación que tendrá lugar mañana por la noche.

Subo a la planta de arriba. Estoy a punto de girar hacia el pasillo de la izquierda cuando el último mensaje de Alex me viene a la cabeza y, sin pensarlo demasiado, cambio de rumbo y voy directa a su habitación. Dejo cargando el móvil y el portátil sobre la cómoda y me cuelo en su cuarto de baño casi salivando al recordar el enorme tamaño de su ducha.

El agua caliente sobre mi cuerpo alivia un poco el cansancio que parecía haberme entumecido los sentidos. Podría quedarme aquí durante horas, pero solo han pasado unos minutos cuando escucho el sonido de la puerta al abrirse y descubro la figura de Alex bajo el marco de la puerta.

—No voy a negar que me ha decepcionado un poco no encontrarte en mi cama —confiesa con voz ronca mientras comienza a desabrocharse los botones de la camisa sin quitarme la vista de encima. Sus ojos están llenos de deseo y recorren mi cuerpo con descaro—, pero tengo que admitir que tu idea es incluso mejor que la mía.

Termina de desvestirse de forma apresurada y se mete en la ducha conmigo. Yo lo observo y me paso la punta de la lengua por el labio inferior.

—Creo que es la mejor que he tenido en mucho tiempo.

Se acerca y une sus labios a los míos, saboreándome con deleite, antes de introducir su lengua en mi boca y rodear mi rostro con sus manos.

—Joder, llevo todo el día pensando en ti, hadita. ¿Qué me estás haciendo?

—No sé si debería confesarlo, pero aun así te lo diré. Te he lanzado un hechizo para convertirte en mi esclavo sexual.

—¿Un hechizo con polvos de hada? —pregunta mostrándome esa media sonrisa que me vuelve loca.

Nuestras caricias se intensifican a la vez que lo hacen nuestros besos y descubro lo mucho que me fascina mirarlo a los ojos mientras se introduce lentamente en mi cuerpo.

A pesar de las ganas que nos tenemos, hoy coincidimos en disfrutarnos de a poquito, en alargar el placer, en adorarnos mutuamente como si no existiesen relojes y nuestra noche fuera eterna.

Cuando salimos de la ducha, envuelve mi cuerpo con un albornoz y él se anuda una toalla en la cintura, dejando a la vista su torso y

brazos llenos de tatuajes, en los cuales se pierde mi vista.

—¿Alguno de ellos tiene un significado especial? —pregunto mientras llevo la yema de los dedos a su pecho y comienzo a recorrer el contorno de un águila con las alas desplegadas que parece ser el centro del lienzo en el que ha convertido su piel.

—¿Conoces la tragedia de Prometeo encadenado? —Niego con un gesto de cabeza mientras sigo acariciándolo—. Cuenta que Prometeo robó el fuego divino del Olimpo para entregárselo a los humanos, concediéndoles con él la llave al progreso. Este acto fue considerado por Zeus como una ofensa directa y decidió impartir un castigo ejemplar sobre el titán: encadenarlo a una roca en el Cáucaso y enviar diariamente a un águila para devorar su hígado. Debido a la inmortalidad de Prometeo, su órgano se regeneraba cada noche, para ser devorado de nuevo al día siguiente por el ave, perpetuando así su agonía y, por tanto, su castigo. El águila representa la venganza de Zeus, su castigo implacable.

—Entonces ¿el águila es para ti la venganza sobre tu padre? —musito elevando la mirada hasta encontrarme con la suya.

—No exactamente. El castigo de Zeus fue considerado por la humanidad como una injusticia. Veían a Prometeo como el héroe que desafió al gran poder y se rebeló contra la opresión que sufrían. El titán soportó su castigo día tras día en silencio, mostrando así su fortaleza, y fue Hércules, el propio hijo de Zeus, quien liberó a Prometeo clavando una de sus flechas en el corazón del águila.

Es más complejo de lo que hubiese imaginado, pero creo entenderlo.

—El águila representa venganza y, a la vez, su muerte significa el fin del sometimiento, de la opresión —me aventuro.

—Y no te olvides de la rebelión de un hijo contra un padre considerado todopoderoso, uno acostumbrado a impartir castigo y justicia a su antojo.

Siento el latido de su corazón en la punta de mis dedos y coloco las manos abiertas sobre su pecho para notarlo mejor. Me fascina el águila ahora que conozco su historia y los motivos que llevaron a Alex a tatuársela en la piel.

—Eres una caja de sorpresas —susurro sobre sus labios, y él me devuelve una sonrisa chulesca.

—Lo sé. Y por eso no puedes quitarme las manos de encima.

—Idiota.

Sonrío y me alejo para volver a la habitación. Él me sigue, coge dos calzoncillos del primer cajón de una cómoda y me lanza uno.

—¿Has cenado? —pregunta vistiéndose. Después hurga en un armario y repite la operación anterior, esta vez con un par de camisetas—. Te va a estar enorme, pero no tengo otra cosa.

—Servirá —afirmo cogiéndola al vuelo— y no, no he cenado. Me muero de hambre.

Se acerca a la mesa redonda que hay frente a la cama y saca varios envoltorios de una bolsa en la que no me había fijado hasta ahora. Al instante, el olor a hamburguesas inunda el ambiente y empiezo a salivar.

Acercamos un par de sillas a la mesa y comienzo a devorar mi hamburguesa. Tiene lechuga, queso fundido y mayonesa, y está tan rica que no puedo evitar gemir del gusto cuando le doy el primer bocado.

—Deja de hacer eso o me voy directo al postre.

Sus ojos están clavados en mi cuerpo y, cuando llevo la vista hacia su pantalón, veo cómo su erección se ha unido a nosotros.

Me limpio un poco de salsa de la comisura de los labios con la servilleta y cruzo las piernas sobre la silla.

—Tu postre va a tener que esperar porque, ahora mismo, esta deliciosa hamburguesa concentra toda mi atención.

—¡Auch, eso ha dolido! —exclama, y finge que una flecha se ha clavado en su pecho.

Terminamos nuestra comida y se me escapa un bostezo cuando dejo la botella de agua sobre la mesa.

—¿Cómo ha ido tu día? Por lo agotada que estás, intuyo que habéis tenido trabajo.

Le cuento por encima nuestro plan, la negativa de nuestro jefe a enviarnos refuerzos y mi inminente partida hacia una nueva misión.

—¿Adónde iréis?

—Eso no puedo contártelo —respondo más seria de lo que pretendía.

—No me jodas, Alba. Me estás diciendo que vas a poner en peligro tu vida atacando tres burdeles de esa psicópata y que inmediatamente después desaparecerás de la faz de la tierra no sabes durante cuánto tiempo, ¿y quieres que me quede tan tranquilo sin hacer nada? ¡Ni de puta coña! Además, ¿cómo pensáis actuar contra los tres clubs a la vez siendo solo cinco personas?

—Ahí es donde entras tú. Se me ha ocurrido que, dado que los hombres de tu hermano insisten en exigir venganza para Antón, podrías considerar la opción de prestarnos a alguno de ellos para el ataque.

—Sombra puede llevarse a unos cuantos, pero tú te quedas.

—Alex…

—Alex no. —Se levanta de la silla y se aleja, caminando de un lado a otro con nerviosismo—. ¿Tengo que recordarte que la primera vez que la gente de Yue se acercó a vosotros fue con la intención de secuestrarte? ¿Crees que simplemente se le ha quitado esa idea de la cabeza? No, sabe que eres una maldita crac hackeando sistemas y te quiere con algún objetivo. No permitiré que te pongas en peligro.

—No voy a dejar solo a mi equipo —respondo de manera contundente. Entiendo su preocupación, de hecho, me llena de calidez descubrir que le importo hasta el punto de preocuparse de esta forma por mí, pero no puedo ceder en esto.

—Entonces, iré contigo.

Me acerco hasta él, le doy un beso suave en los labios y le envuelvo el cuello con los brazos mientras lo miro a los ojos.

—Me gusta que quieras protegerme. Es una sensación nueva para mí tener a alguien al lado capaz de exaltarse de la forma en la que tú lo estás haciendo, solo porque temes por mi seguridad. Pero no puedo permitir que vengas conmigo. Tu hermano te necesita aquí y no te perdonarías no estar cerca cuando despierte. —Resopla frustrado y lo miro con ternura—. Gracias por querer cuidarme.

Sonrío.

—Vas a tener que acostumbrarte, ratón. —Me da un beso en los labios y después uno en la frente—. Prométeme que tendrás cuidado y que me mantendrás informado siempre que puedas.

—Lo haré. Solo estaré incomunicada el tiempo que dure la misión que nos ha encomendado el jefe, pero te llamaré antes de partir.

—No me gusta. —Frunce el ceño como un niño pequeño al que le han quitado un juguete en el parque y yo paso mi pulgar por las

arrugas de su frente para suavizarlas.

—Lo sé, pero es trabajo y las normas de Atenea son estrictas al respecto. Te prometo que te llamaré en cuanto pueda.

—Más te vale.

—Y ahora, ¿me das un abrazo que me dure varios días?

Me rodea la cintura con las manos, estrechándome con la fuerza justa, y yo le envuelvo el cuello con los brazos hasta sentirlo pegado a mí. Apoyo la mejilla en su pecho y escucho el latido de su corazón mientras siento cómo su tórax se expande con cada respiración. Cierro los ojos, y noto cómo aspira el olor de mi pelo. Podría quedarme aquí una eternidad.

A la hora pactada, tras dormir un rato, me presento en la sala del equipo para ultimar los detalles del ataque que tendrá lugar esta misma noche. Lucas está preparando a los doce hombres de Antón que vendrán con nosotros mientras yo dejo a punto los sistemas de comunicación que nos permitirán trabajar coordinados a pesar de la distancia. Conseguir los planos de los clubs no me ha resultado demasiado difícil y, gracias a Anémona Azul, meterme en sus sistemas de videovigilancia ha sido pan comido.

Le muestro a Sebas cómo funciona mi programa estrella. Llevo varios meses enseñándole trucos y he descubierto que esto se le da mejor de lo que él mismo pensaba.

A las dos y media de la tarde, cada unidad parte hacia su destino: Madrid, Barcelona y Benidorm, respectivamente. Yo viajo con Sombra a Madrid y doy soporte a los tres equipos desde un piso

franco que pertenece a la organización de Antón. Lo cierto es que contar con el apoyo de Alex nos está viniendo muy bien.

El operativo sale tal como esperábamos. Atacamos de forma sincronizada a las once de la noche, hora en la que los clubs todavía permanecen cerrados y la mayor parte del personal aún no ha llegado. Los explosivos que Mark ha conseguido en tiempo récord tienen la fuerza justa para hacer saltar por los aires los locales, pero sin destrozar lo que hay alrededor; y, lo mejor de todo, hemos conseguido rescatar a un total de once chicas, todas las que permanecían dentro de los burdeles en el momento de la incursión. Gracias a un contacto de Sombra, la policía las recoge para trasladarlas a un lugar seguro en el que permanecerán escondidas y bien atendidas durante un tiempo prudencial. Después, nos encargaremos de reunirlas con sus familias y ofrecerles el apoyo que necesiten.

Una vez finalizada la operación, apenas tenemos tiempo de darnos una ducha, reorganizarnos y salir hacia el aeropuerto, donde esperamos a Sebas, a Mark y a Lucas para partir hacia Estambul. Vega y yo comemos algo y, a última hora, decido realizar la llamada que he estado postergando. ¿Por qué? Ni yo misma lo sé.

—Alba, ¿estás bien? —Su voz suena preocupada y me arrepiento al instante de haber esperado tanto para contactar con él.

—Sí, todo ha salido según lo previsto. No hay heridos y ya hemos llegado al aeropuerto. Tus hombres van de camino a Vigo.

—Lo sé. Hace rato que Martiño llamó para informarme.

Su acusación no es directa, pero tampoco sutil.

—Yo… siento no haberte llamado antes. Me resultaba difícil hacerlo.

—¿Difícil? Explícate.

Suspiro y me llevo una mano a la frente, presionándome las sienes con los dedos.

—Alex, tienes que entender que nunca le he dado explicaciones a nadie; nunca he partido a una misión dejando atrás a alguien que se preocupase por mí. No estoy acostumbrada a llamar a casa para decir que estoy bien y todo esto… —Siento que mi corazón se acelera al mismo ritmo que lo hace mi discurso—. No sé si voy a hacerlo bien… Si…

—Ey, ey, ey. Respira hondo. —Tomo una bocanada de aire—. Una vez más. Vale, ahora escúchame. No te estoy exigiendo nada. Bueno, una cosa sí, que regreses sana y salva. —Sonrío. Aunque no puede verme, yo sí percibo que las cosas vuelven a su sitio poco a poco—. Necesitas estar concentrada para que la misión salga bien, así que olvídate de mí y de cualquier otro asunto que pueda distraerte. Ve a donde sea que tengas que ir, haz tu trabajo tan jodidamente bien como sabes hacerlo y vuelve a mí. Mientras tanto, yo seguiré jugando a liderar la organización de mi hermano.

—Por lo poco que he conocido a esos hombres, tienes trabajo para llenar un carro.

—No es para tanto —afirma restándole importancia a lo que está haciendo y vuelve a la carga—. Eso sí, como no estés aquí en unos días, yo mismo iré a buscarte al fin del mundo. Y ya te digo que no saber dónde estás no será un impedimento para encontrarte.

—No lo dudo, te he visto en acción.

—Pues eso no es nada en comparación con lo que podría hacer si desapareces. ¿Estás segura de que no puedes ni siquiera enviarme un mensaje hasta que no terminéis la misión?

—Totalmente segura —suspiro apesadumbrada.

—¡Pues esa norma me parece una puta mierda! Recuérdame que hable con Sombra cuando volváis.

—Alex, no vas a meterte en mi trabajo.

—Te odio.

—¿Me odias? —pregunto sorprendida por su reacción, que se parece demasiado a la que tendría un niño pequeño al que le han negado una chuchería.

—En realidad, no —responde con voz gruñona—. Pero en este momento me caes un poco mal, así que ve pensando de qué forma me compensarás esto.

—Te lo prometo. —Veo que los chicos ya han llegado y Vega me hace un gesto con la mano para que me una a ellos—. Alex, he de dejarte. Te llamaré en cuanto pueda.

—OK. Sea lo que sea lo que vas a hacer durante estos días, ante la más mínima amenaza, dispara tu arma.

—Tendré en cuenta tu consejo. Y, Alex…

Espero su respuesta.

—¿Qué?

—Voy a echarte de menos.

—Joder, ¿por qué no me dices estas cosas cuando te tengo delante? Yo sí que voy a echarte de menos, ratón.

Al colgar el teléfono, una sensación extraña se me queda prendida al pecho. Me gusta, me gusta como ningún otro hombre lo ha hecho hasta ahora. ¿Me estoy enamorando de él? ¿De Alex? ¿De mi Alex?

# 27

## ALEX

Apenas llevo dos días sin saber de ella, pero me parece una eternidad. Dos días, cuarenta y ocho horas, ciento setenta y dos mil ochocientos segundos en los que le puede haber pasado cualquier cosa.

Mi mente se llena de escenarios donde el caos se apodera de la situación y el fallo de uno de los miembros de su equipo desencadena una serie de hechos que acaban con la vida de Alba. Joder, no puedo permanecer más tiempo sin saber dónde está ni si se encuentra bien. Necesito escuchar de su propia voz que regresará pronto. Necesito que me prometa de nuevo que tendrá cuidado y que su seguridad será lo primero. Joder, ¿por qué me engaño? Lo que realmente quiero es que vuelva ahora mismo a mi lado. No tengo ni idea de cómo Liam aguanta sin saber nada de su mujer cuando sale a una misión, pero yo tengo claro que la encadenaré a donde sea necesario para impedirlo la próxima vez.

—Venga, Alex, tómate una con nosotros —me incita uno de los tenientes de mi hermano levantando una copa hacia mí.

Hemos salido a celebrar que el ataque al líder de la familia ha sido vengado y que los médicos han decidido que ya es momento de

retirarle la sedación a Antón, dos noticias que los mantienen en un estado de euforia pura que a mí ya empieza a cansarme.

La misión de destrozar los tres clubs de la organización de Feng salió bien. No sé qué esperaban los hombres de Antón, pero me queda claro que no tenían ni puta idea de que estaban trabajando junto con el mejor equipo táctico de toda Europa. Ahora debemos estar preparados para las represalias de Yue, por ese motivo he doblado la seguridad, tanto en la mansión como en el hospital en el que se encuentra mi hermano ingresado.

—Acepto la copa. Trae aquí. —Quizá beber sea la única forma de dejar de pensar en ella.

Varias mujeres se me acercan durante la noche, puede que atraídas por la novedad o el morbo de las cosas que deben de haber escuchado sobre mí. Las alejo de forma cortante y pienso en qué haría ella si viera cómo se me tiran encima. ¿Sentiría celos?

Después de un rato, la noche me resulta tremendamente aburrida y decido darla por terminada, a pesar de las quejas de los hombres a mi alrededor.

Al día siguiente, me despierta la vibración del teléfono. No me levanto de inmediato e incluso pienso en dejarlo vibrar cuando me viene a la cabeza que podría ser Alba la que esté llamando. Me levanto de un salto y me decepciono al comprobar que es el nombre de mi primo el que aparece en la pantalla.

—Hola, canalla.

—Por fin respondes —dice malhumorado—. ¡Te he llamado cuatro veces, cabrón!

—Perdona, estaba durmiendo. Lo raro es que no me haya despertado con la vibración antes. Sabes que tengo el sueño ligero.

¿Cómo van las cosas por allí?

—¿Te refieres a después de que perdiéramos doscientos mil euros en armas, un barco y quince putos hombres?

—Vale, creo que alguien se ha levantado de mal humor.

—No, te recuerdo que fue tu humor cambiante de mierda el que nos metió en este lío desde el principio. Si no hubieses perdido el control y le hubieses destrozado el local a la hija de puta de Yue, nada de esto habría pasado.

—Y mi hermano no habría recibido una bala en el pecho —sentencio. La línea se queda en silencio. Ni siquiera escucho su respiración. Liam ha metido el dedo en mi herida hasta el fondo y ha conseguido justo lo que pretendía, hacerme sangrar.

—Mierda, no quería decir eso —se disculpa—. No saber nada de Vega me está volviendo jodidamente loco. ¿Cómo se encuentra Antón?

—Han empezado a reducirle la cantidad de sedantes. Esperan que despierte en unos días.

—Joder, esa es una gran noticia.

—No quiero adelantar acontecimientos, pero parece que sí. ¿Cómo van las cosas con Krasniqi? ¿Ha reculado después de vuestra reunión? —pregunto cambiando de tema.

—Más o menos. Le está costando un poco acatar las normas, pero ya he empezado a aleccionarle. No creo que tarde mucho en aprender.

—Si me necesitas, cuenta conmigo —me ofrezco de forma sincera. Soy su segundo al mando, su mano derecha, y ese título no desaparece, aunque en este momento me halle a más de mil kilómetros de distancia.

—Me alegra que digas eso porque no traigo buenas noticias. Matteo di Luna te ha estado buscando. Como no le has cogido el teléfono, me ha llamado a mí, de ahí mi insistencia.

—¿Qué coño quiere ese viejo ahora? —pregunto molesto. Con todo lo que tengo encima, me viene de pena aguantar sus chorradas ahora.

—Está teniendo problemas con la 'Ndrangheta. Cree que pronto comenzará una guerra y necesita poner a salvo a su hija.

—Pues que la lleve a un puto convento, ¿no es eso lo que han hecho siempre los italianos? Tengo bastantes frentes abiertos como para preocuparme también de los problemas de ese loco.

—Alex, ese loco es *il capo di tutti i capi* de la Cosa Nostra y, como te escuche llamarlo así, no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte.

—¡Que le jodan!

—Alex… —me advierte en un tono que conozco demasiado bien. Estoy a punto de poner al límite su paciencia.

—Vale, ¿qué quiere de mí el excelentísimo señor Matteo di Luna?

—Ha metido a su hija, tu prometida —afirma marcando las dos últimas palabras—, en un avión con destino a Vigo. Quería enviarla lejos del peligro y, siendo que os casaréis en poco más de un año, le has parecido la persona idónea para protegerla.

—¡Hostia puta! —Me levanto de la cama y comienzo a andar por la habitación. Esto no puede estar pasando—. Joder, dime que es una broma.

—Lo lamento, pero no. Antonella llegará a Vigo en cuarenta minutos y más te vale mover el culo y estar allí cuando el avión de tu prometida toque la pista de aterrizaje.

—¿Quieres dejar de decir esa palabra?

—¿Cuál? ¿Prometida? Es lo que es. No me jodas, Alex. Tú mismo aceptaste el trato.

Me muerdo las ganas de recordarle que solo accedí para que él pudiera seguir adelante con su vida junto a Vega, pero no serviría de nada porque no puedo cambiar el puto pasado.

—Joder, ya lo sé. Me voy.

—Alex —me llama antes de colgar—. Recuerda tratarla bien. Como pongas a la Cosa Nostra en nuestra contra, no saldremos vivos y yo no tengo ganas de morir todavía.

—Haré lo que pueda.

Cuelgo antes de que se queje o me diga que es una orden, lo cual cambiaría las cosas, porque puedo torear a mi primo, pero nunca desobedeceré una orden del líder de la Hermandad. «Joder, ¿cómo me he metido en esto?».

Me visto con un traje de dos piezas de forma mecánica, paso por la cocina para coger una manzana para el camino y me miro en el espejo del vestíbulo antes de salir.

Esta vez, decido hacer de tripas corazón y utilizo el coche con chófer de mi hermano. Nunca me ha importado lo que la gente piense de mí, pero Parker es una de las pocas personas que saben lo que hay entre Alba y yo y no me apetece que sea él quien me acompañe al aeropuerto.

El avión en el que viaja Antonella es un jet privado propiedad de su querido papi. Cuando las ruedas tocan la pista, ya me encuentro fuera del coche, con las manos unidas en la espalda y una expresión de hastío en el rostro. Tengo cosas más importantes que hacer que

estar esperando a que la hija malcriada de Matteo di Luna haga acto de presencia.

Nada más abrirse la puerta del jet, salen dos guardias que escudriñan los alrededores antes de descender las escaleras y dar su confirmación a través del pinganillo que llevan en el oído izquierdo.

Unos segundos después, Antonella aparece en lo alto de las escalerillas vestida con un traje color marfil entallado, unos zapatos de tacón y un pañuelo anudado al cuello. Su pelo rubio permanece recogido en un moño bajo y su tono de piel es tan claro como recordaba, haciéndola parecer una muñeca frágil y elegante. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, esboza una sonrisa tímida, una que no le devuelvo y, mientras baja, las últimas palabras de Liam resuenan en mi cabeza: «Recuerda tratarla bien».

Me quedo inmóvil, sin modificar en lo más mínimo mi postura y haciendo grandes esfuerzos por no subirme al coche y dar media vuelta. Esto no tiene ningún puto sentido. No estamos en el maldito siglo XVIII para que su padre la haya ofrecido en matrimonio a cambio de la ayuda que nos prestó en nuestra lucha contra Feng. Joder, tan solo tiene diecinueve años. Es una puta cría.

—Buenos días —saluda, manteniendo la sonrisa que no ha borrado desde que me ha visto—. Es un placer estar aquí, aunque no sea en las mejores circunstancias.

Sigo observándola en silencio y veo cómo las comisuras de sus labios descienden poco a poco ante mi indiferencia. Su mano derecha se aferra al asa de su bolso con fuerza mientras que la izquierda comienza a dibujar patrones en la falda de su vestido.

Finalmente, es uno de los dos guardias que permanecen tras ella quien rompe el silencio, adelantándose un paso y tendiéndome la

mano.

—Buenos días, señor Reigadas. —Escuchar que utiliza ese nombre para dirigirse a mí me cabrea y me da asco a partes iguales. Nunca seré el jodido señor Reigadas, ese era mi padre—. Soy Filippo, guardaespaldas personal de la señorita Di Luna y encargado de su seguridad. Mi compañero y yo viajamos con ella.

Miro su mano, pero no se la estrecho.

—Filippo, te agradezco que hayas traído a Antonella sana y salva hasta su destino, pero tus servicios no serán requeridos aquí. Tú y tu compañero podéis volver a Italia. —Devuelvo mi mirada a Antonella y le hago un gesto de cabeza señalando el coche—. Vamos.

El chófer de Antón abre la puerta, pero Filippo nos detiene antes de que ella pueda dar un paso hacia el vehículo.

—Disculpe, pero tenemos órdenes del señor Matteo de quedarnos con la señorita Di Luna mientras dure su estancia en España.

Aprieto los dientes y estoy a punto de romperle la cara de un puñetazo cuando suena el teléfono en mi bolsillo. Lo saco y veo que es el mismísimo Matteo quien me reclama.

—Alex. ¿Cómo estás? ¿Ha llegado ya mi *principessa*?

—Tu avión acaba de aterrizar, todavía estamos en el aeropuerto.

Me alejo unos pasos para que mis «invitados» no escuchen la conversación.

—Siento no haberte avisado con más tiempo. Las cosas se han complicado tanto en Roma como en Sicilia y necesitaba sacar a Antonella de forma urgente del país —se explica—. Te llamé, pero no me cogiste el teléfono, así que acudí a tu primo. Fue él quien me

contó por qué estabas en España. Espero que tu hermano se recupere pronto.

—Lo hará. Respecto a tu hija…

—No se te ocurra negarte a acogerla, Alex. —Noto el tono de amenaza en su voz—. Me heriría en lo más profundo que mi futuro yerno no quisiera proteger a la que pronto será su mujer. Ella se convertirá en tu responsabilidad después de la boda y, además, ya es hora de que os vayáis conociendo. Qué mejor momento que este.

Cierro los ojos sabiendo que, por mucho que quiera, no puedo negarme. Para los italianos, la palabra de un hombre la avala su propia vida.

—Los guardias que vienen con tu hija no pueden quedarse.

—¿Filippo y Carlo? Llevan años con ella. No te darán ningún problema.

—Estoy en casa de mi hermano, no en la mía propia. Sus hombres no verán con buenos ojos la intromisión.

—Pues instálalos en la casa de al lado, yo qué sé. Los dos sabemos que no vas a pasar todo el día pegado a mi hija. Cuando se aburra y quiera salir de compras, asegúrate de que se lleve a sus guardias.

Suspiro y acepto antes de colgar.

Llamo a un taxi para que recoja a los italianos y me subo al coche con Antonella. Podría haberlos traído conmigo, pero no me ha dado la gana.

Apenas llevamos unos minutos de trayecto cuando la *principessa* trata de entablar conversación, sin percatarse de que escuchar banalidades de su boca es lo último que me apetece en este momento.

—Nunca he estado en esta parte del país. He viajado a Madrid y Barcelona, pero me han dicho que el norte es precioso, mucho más verde y también más frío. Estoy emocionada de poder conocer el lugar al que perteneces.

—No pertenezco a este lugar, solo es la ciudad en la que nací —afirmo mirándola por primera vez a los ojos. Veo cómo el rubor sube a sus mejillas y me doy cuenta de que la mujer segura que ha bajado del avión quizá era solo parte de un disfraz.

—Oh, claro. Sí, ya sé que vives en Londres, pero pensé que al haber pasado aquí tu infancia…

—Te equivocaste —la corto de forma brusca y ella desvía la mirada a su regazo. No me importa si mi actitud la ha decepcionado. Lo mejor para los dos es que entienda desde el principio que no obtendrá falsas cortesías de mi parte. Por otro lado, consigo lo que quería, que se mantenga callada durante el resto del trayecto.

Al llegar a la mansión, le pido al chófer que saque las maletas, espere al taxi en el que tienen que llegar los guardias de Antonella y que los acomode en la casa de servicio que hay en la parte trasera de la propiedad. Ella permanece a mi lado, en silencio, como si fuese un adorno más del jardín.

Sin mirarla, le indico que me siga. Atravesamos el vestíbulo en silencio y llegamos a la cocina, donde encontramos a Ania preparando la comida.

—Aguarda aquí un minuto —le pido a Antonella antes de acercarme al ama de llaves para hablar con ella sin que nadie nos escuche.

—Esa mujer que ves ahí es mi invitada —le informo señalando con disimulo en su dirección—. Quiero que la acomodes en una

habitación alejada de mí y del resto de nuestros otros invitados —afirmo refiriéndome a Alba y a su equipo.

—Pero, Alex, las habitaciones que hay al otro lado de la casa no son…

—No me importa —la interrumpo—. Me da absolutamente igual cómo sea la habitación que le asignes mientras esté lejos del resto. ¿Lo entiendes?

Antonella elige este momento para carraspear y dar un paso adelante.

—Buenos días. Supongo que tú eres algo así como el ama de llaves de la casa. —La miro enfadado por meterse en la conversación sin que la haya invitado, pero ella decide ignorar mi advertencia a propósito. Al final va a resultar que no es la diva que creía, pero tampoco la mosquita muerta que aparentaba cuando la conocí hace meses en casa de su padre—. Voy a pasar un tiempo aquí, así que creo que lo correcto sería presentarme. Soy Antonella, la prometida de Alex.

Miro a Ania, que se queda petrificada, con la boca abierta, pero incapaz de emitir sonido alguno.

Cierro los ojos, dándome cuenta de que mi vida se complica cada día un poco más. Mi plan de mantener lo que me une a esta mujer en secreto acaba de hacerse añicos delante de mis narices, así que solo me queda trazar un plan alternativo. Quizá ella se marche antes de que Alba vuelva de su misión…

—¿Cuánto tiempo se quedará, señorita? —pregunta Ania, quitándome las palabras de la boca.

—Eso tendrá que discutirlo Alex con mi padre, aunque las cosas andan un poco revueltas en Italia, así que supongo que estaré por

aquí una temporada.

Las dos mujeres me observan con cautela, a la espera de que añada algo a la conversación, pero no tengo nada que decir. Ahora mismo solo puedo pensar en Alba y en cómo haré para que no se entere de nada de esto.

# 28

## ALBA

La misión que nos asignó Román consistía en recuperar siete obras de arte que fueron sustraídas de distintos museos de Londres durante el último trimestre del año pasado. Hemos tardado cinco días en trazar el plan perfecto, llevarlo a cabo y asegurarnos de que el botín viajaba seguro de vuelta a la capital inglesa. Los almacenes en los que custodiaban las obras robadas estaban protegidos por fuertes medidas de seguridad, y esto nos ha dificultado un poco el trabajo, que esperábamos haber finalizado hace un par de días.

Nada más llegar al piso franco en el que nos alojamos, suelto la mochila sobre el sofá y vuelvo a llamar a Alex. Lo hice hace un par de horas, cuando dimos por finalizada la misión, tal como me hizo prometerle, pero ni hubo respuesta antes ni la hay ahora, y eso me tiene inquieta.

—¿Va todo bien? —pregunta Vega intuyendo que algo ronda mi cabeza.

—Sí, no es nada —respondo, y guardo el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Pues ese nada parece importante. Es la primera vez que te veo llamar después de terminar una misión y eso solo puede significar

que tienes a alguien esperando por ti. ¿Te apetece hablar de él?

Se sienta en una de las sillas de la cocina y le da un trago largo a uno de los dos botellines de cerveza que acaba de sacar de la nevera.

El piso en el que nos alojamos está en el lado asiático de Estambul, en un barrio alejado del bullicio de las zonas turísticas, con calles estrechas y bastante silenciosas. El apartamento es pequeño: dos habitaciones, una cocina, un baño y un comedor en apenas ochenta metros cuadrados. Vega y yo compartimos un cuarto, Mark y Lucas otro y Sebas duerme en el sofá cama del salón. La cocina es antigua, de esas que tienen cortinillas en lugar de puertas en los armarios y una amplia pila de piedra.

A pesar de que la misión encomendada por Román ha finalizado, hemos decidido quedarnos unos días más en Estambul. Después de haber atacado los tres clubs de Feng en España, esperábamos represalias inmediatas, pero, hasta el momento, Yue ha permanecido en silencio y sin dar señales de vida. Vega ha enviado a los chicos a realizar una operación de reconocimiento sobre el único club que esa víbora tiene en esta ciudad, así que estamos solas y ninguno de mis compañeros vendrá a salvarme de esta conversación incómoda.

—Es solo un amigo —respondo.

—¿Estás segura? —Pienso unos segundos antes de responder y, al notar mi agobio, me señala la silla que tiene al lado—. Anda, siéntate y tómate una cerveza conmigo.

Hago lo que me pide mientras sigo dándole vueltas a su pregunta.

—La verdad es que no lo sé. Nunca en mi vida he tenido un amigo.

—Ah, ¿no? ¿Y qué somos Mark, Sebas, Lucas y yo? Y no me digas compañeros de trabajo porque te tragas el botellín.

—Joder, vosotros sois distintos. Sois… lo más importante que tengo. Supongo que una mezcla entre compañeros, amigos y familia. No puedo compararos con nadie y no me servís como ejemplo.

—Vale, eso te lo compro —afirma con una sonrisilla complacida en el rostro—. Y ahora, vamos a analizar qué es Alex para ti.

—Ey, ey. ¿Quién ha dicho nada de Alex? —pregunto a la defensiva. Las palabras salen atropelladas de mi boca.

—Tenía alguna duda, pero tu reacción me lo ha confirmado. Dispara, bonita. ¿Desde cuándo?

Me llevo las manos a la cara intentando esconder la vergüenza que siento. Vega y yo hemos hablado de muchas cosas a lo largo de los años, aunque rara vez tocamos temas tan personales. Aun así, ella es la única del equipo que conoce mi pasado en la comuna de caravanas, también es quien me encontró cuando más perdida estaba.

Tras la muerte de Jonás, lo más parecido a un cuidador que tuve nunca, no me quedó otra que sobrevivir por mí misma. Intenté seguir sus pasos como pude, aplicando sus enseñanzas con mi ordenador de segunda mano, una conexión mediocre a la red y mis escasos trece años. Comencé a ganar dinero hackeando sistemas informáticos para otros, interceptando órdenes de pago y transferencias, pero siempre en pequeñas cantidades. La ambición fue el arma que mató a Jonás, por lo que nunca estuvo en mis planes abrirle la puerta a mi vida.

Estas pequeñas actividades delictivas me daban de comer, y con eso me bastaba para seguir adelante. Pero todo cambió cuando Vega se cruzó en mi vida y, sin apenas conocerme, vio en mí algo que yo aún soy incapaz de identificar, y me abrió las puertas de Atenea.

—Esa es una pregunta difícil de responder. Digamos que tenemos un pasado en común y nos hemos reencontrado ahora.

—¿Él y tú os conocíais de antes? ¿Cómo se me ha podido escapar? ¿Y cómo no me lo contaste?

—Viví en su casa unos años siendo niña, antes de encontrarme con Jonás. —Su cara de asombro muestra que le gustaría saber más, pero no me siento preparada para abrirme en este momento—. No sé lo que somos. Nos hemos acostado varias veces y… —Sopeso cómo continuar la frase, pero los pensamientos se hacen un lío en mi cabeza y no sé por dónde seguir.

—Sientes que no es solo sexo, ¿verdad?

—Sí, algo así —reconozco—. Cuando está cerca noto una conexión que no he sentido antes con otra persona, como si hubiese algo en él que encaja conmigo de forma perfecta y sencilla. Discutimos mucho, muchísimo, pero lo echo en falta cuando estamos separados. Es la primera vez que la norma de permanecer aislados durante una misión se me ha hecho difícil de cumplir.

—Pues para mí es obvio lo que pasa, pero lo voy a decir en voz alta porque creo que necesitas escucharlo. Alex te gusta, aunque no es solo eso: creo que tus sentimientos empiezan a ir más allá de un simple encoñamiento.

—No puedes afirmar eso mirándome con cara de susto —le pido mientras bebo el último trago de mi cerveza y comienzo a jugar con

el botellín entre mis dedos.

—Me has pillado a pie cambiado, pero no pretendía asustarte. Es solo que Alex no es una persona fácil.

—No me jodas, ¿y quién lo es? ¿Tú? ¿Liam? ¿Mark? ¿Yo? —pregunto poniéndome a la defensiva—. Todos nosotros tenemos alguna tara mental; de no ser así, dedicaríamos nuestras vidas a otras actividades menos… complicadas.

—En eso tienes razón. —Se calla durante un par de segundos y después me muestra una sonrisa pícara—. Bueno, entonces… Alex te gusta.

—Supongo que sí. —Me mira alzando una ceja—. Vale, sí, confirmo, me gusta y creo que puede haber algo más, pero no me pidas que me ponga a hablar de sentimientos.

—Ay, madre, eres casi peor que yo —dice riéndose y, de repente, como si hubiese recordado algo, su gesto se transforma en uno más serio. Sus labios se convierten en una fina línea recta y sus ojos me miran con una mezcla de preocupación y tristeza que me congela el alma.

—Ey, ¿qué pasa?

—Tienes que hablar con él —exclama envolviendo mis manos con las suyas. La urgencia en su tono provoca que se me forme un nudo en la boca del estómago.

—Bueno, yo… prefiero dejar que las cosas fluyan.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda —masculla llevándose las manos a la cabeza.

—Vega, me estás asustando. Cuéntame lo que sucede, no puede ser tan malo.

—No puedo. No es justo que me meta en medio, pero, Alba, prométeme que hablarás con él antes de que las cosas empiecen a ponerse serias entre vosotros. No debes enamorarte de él, ¿me oyes?

—Te oigo, pero no entiendo nada. Hace un momento parecías encantada con la idea de que estuviésemos juntos.

—Lo sé. Tú… habla con él, lo antes posible. Pídele que te explique… Bueno, pregúntale si hay algo que tenga que contarte.

—Si te quedas más tranquila, te prometo que lo haré.

La conversación me deja un regusto amargo y, por mucho que intento seguir adelante, mi mente hace de las suyas imaginando escenarios imposibles. ¿Qué es eso tan importante que Alex debería contarme? ¿Y por qué Vega lo sabe?

Los chicos no tardan en llegar al apartamento. Vega, o más bien Sombra, ha decidido que, si Yue no da la cara, seremos nosotros los que volvamos a ir a por ella y, esta vez, trataremos de obtener información que nos ayude a encontrarla. Nuestro objetivo es una discoteca de moda que sabemos que utilizan para reclutar chicas nuevas y que se encuentra en el corazón de la ciudad.

Mark, Lucas y Sebas han ido a echar un vistazo por los alrededores y este último ha estado tomando una copa dentro.

—Lo haremos mañana —confirma Sombra una vez que los chicos aportan la información que han recopilado.

—¿Misma operación que en España?

—No, en esta ocasión tenemos que hacer algo diferente —afirma Sombra poniéndose en pie—, algo que realmente cabree a esa malnacida. Alba, consigue toda la información que puedas sobre el encargado del club. ¿Sabemos su nombre?

—Al que estaba al mando esta noche lo llamaban Rashid —indica Sebas—, pero no puedo confirmar que sea el responsable del local.

Comienzo a pasar páginas en mi portátil, que he encendido en cuanto los chicos han regresado y han empezado a contarnos cómo había ido el reconocimiento.

—Vale, sí. Rashid parece ser el encargado —comento en voz alta —. Es quien contrata al personal y firma los albaranes a los proveedores. Su nombre completo es Rashid Yilmaz, treinta y cuatro años, soltero y de nacionalidad turca. Cuenta con un contrato de alquiler de un piso a unas cuantas calles del local y ninguna propiedad a su nombre. —Sigo buscando información mientras doy detalles de lo que voy encontrando hasta que me topo con algo interesante—. Oh, vaya, en su registro de llamadas hay un número de teléfono que se repite de forma periódica y… ¿sabéis qué prefijo tiene?

—Chino —prueba Mark.

—¡Bingo!

Sombra comienza a dar vueltas por la cocina. Es algo habitual en ella cuando le surge una idea y la está desarrollando en su cabeza.

—Ok, no atacaremos el club. Cogeremos al tal Rashid y le sacaremos toda la información que tenga sobre Yue. Algo ha de saber que nos sirva.

Tardamos un par de días en prepararlo todo. No conocemos la ciudad y apenas disponemos de contactos aquí. Lucas sugirió a Sombra que utilizáramos los medios de Atenea, como hemos hecho siempre, pero ella se opuso. Creo que todavía le duele que su tío se negara a ayudarnos en España y ha decidido que actuemos por nuestra cuenta. Ninguno nos hemos quejado al respecto, confiamos

en ella lo suficiente para no cuestionar las decisiones que toma por el equipo.

En este tiempo, he conseguido hablar con Alex por teléfono una sola vez y también hemos cruzado unos pocos mensajes. Lo noto raro, más nervioso que de costumbre y me debato entre creer que me oculta algo o que lleva una carga excesiva al tratar de mantener a flote la familia que nunca quiso dirigir. Procuro no pensar demasiado en ello, la operación que se nos presenta es complicada y tenemos en nuestras manos la oportunidad de rescatar a varias mujeres. Fallar no es una opción.

El jueves a las cuatro y media de la madrugada, cuando Rashid vuelve a su piso después de haber estado trabajando en la discoteca, Lucas y Sebas lo esperan en el interior. Puedo ver el encuentro en directo desde mi ordenador gracias a las cámaras que los chicos llevan integradas en sus chalecos. Rashid intenta sacar su arma cuando se da cuenta de que hay alguien más en su casa, pero Sebas es más rápido y lo inmoviliza antes de que pueda hacer nada. Lo sientan en una silla, lo atan de pies y manos y comienzan a interrogarlo.

Ser testigo de la tranquilidad con la que Lucas actúa en todo momento es un espectáculo en sí mismo. Siempre me he preguntado cómo consigue mantenerse en calma y con esa mueca de indiferencia durante los interrogatorios.

El tal Rashid tarda menos de media hora en darles la dirección de un piso, a solo dos manzanas de donde nos encontramos, en el que tiene retenidas a un puñado de chicas. El muy cabrón ni siquiera recuerda de cuántas se trata.

—Yo solo soy el encargado de la discoteca y de mantener el orden en la casa de las mujeres.

—¡Y una mierda! —suelta Sebas, y le asesta un puñetazo en la mandíbula que le hace girar la cara—. ¿Quién lleva a las chicas hasta allí? ¿Cómo las consigues?

—No tenéis ni idea de con quién os estáis metiendo —sisea Rashid enseñando los dientes—. Es mejor que lo dejéis ahora que ella todavía no sabe quiénes sois ni lo que habéis hecho. Prometo que no diré nada sobre vosotros.

Sebas vuelve a golpearle, esta vez en el estómago.

—Parece que no lo has entendido—interviene Lucas—. Sabemos perfectamente a quién nos enfrentamos y estaríamos encantados de que ella viniera a hacernos una visita. Ahora, responde a las preguntas.

Rashid escupe sangre en el suelo y comienza a hablar.

—Yo llevo a las mujeres al piso. Mi trabajo consiste en escogerlas, trasladarlas y mantenerlas con vida hasta que son suficientes para llenar un cargamento.

—¿Suficientes? —pregunta Lucas—. ¿Cuántas chicas se necesitan para un cargamento?

—Entre veinte y treinta.

—¿Dónde las entregas? ¿Qué pasa con ellas después? —se impacienta Sebas.

—No puedo deciros más. Me matarán. —A través de la cámara de Lucas, veo a Sebas sacar su arma y colocarla en la sien de Rashid. Después, le quita el seguro y el tipo se encoge a la vez que cierra los ojos—. ¡Por favor, no! Te diré todo, pero aparta la pistola.

—Habla —exige Lucas sin que Sebas haya retirado el arma.

—Las llevo en un camión al puerto de Gebze cuando ellos me dicen. Tengo que llegar a la hora exacta. En el control de entrada, siempre están los dos mismos policías y me dejan pasar sin decir nada. Descargo a las chicas en el punto que acordamos y me voy de allí solo, lo juro.

—¿Qué hacen con ellas?

—No me lo dicen y yo no pregunto.

—¿Qué hacen con ellas? —pregunta de nuevo Sebas presionando el cañón de la pistola contra su sien.

El encargado del club comienza a temblar.

—Una vez vi que las metían en un contenedor marítimo, pero no sé más, lo juro. Ignoro a dónde las mueven. Supongo que las sacan en barco, pero no me dicen nada. A veces me hacen algún encargo especial: rubias, altas, morenas… Incluso han llegado a enviarme fotos para que seleccione a chicas con una determinada apariencia. Imagino que para satisfacer el gusto de algún cabrón con suerte.

Cierro los ojos. Después los abro y miro a mi derecha, donde se encuentra Sombra con los dientes apretados. Sospecho que su mente ha ido a parar al mismo lugar que la mía, a Isabel. Su hermana debió de ver y vivir situaciones desgarradoras hasta acabar muriendo a manos de hombres como el que mis compañeros tienen delante. Sé que cualquiera de nosotros apretaría ese gatillo sin el menor remordimiento, pero en Atenea seguimos una norma: no matamos a alguien si no es realmente necesario.

Mis compañeros se aseguran de que Rashid no pueda escaparse y el equipo al completo nos dirigimos al apartamento de las chicas. Esta vez, todos estamos de acuerdo en que lo mejor es que seamos Sombra y yo quienes realicemos el rescate. Los chicos se encargan

de neutralizar al único guardia que las vigila y, después, se hacen a un lado para evitar que ellas puedan sentirse incómodas. El estado en el que se encuentran es devastador y tengo que hacer grandes esfuerzos para que las lágrimas no escapen de mis ojos cuando las descubro completamente desnudas, acurrucadas las unas contra las otras en una esquina en el suelo. Son jóvenes, tanto que estoy segura de que algunas ni siquiera han alcanzado la mayoría de edad.

Trato de no detener la mirada en los cardenales que salpican sus cuerpos y noto cómo tiemblan cuando intento aproximarme a ellas.

—Hemos venido a sacaros de aquí —afirma Sombra en inglés y en un tono suave para no asustarlas.

Una de ellas grita en un idioma que no es turco y que no reconozco. Miro a Sombra y me devuelve un gesto negativo con la cabeza, dándome a entender que tampoco ella entiende lo que dice. La chica se levanta e intenta salir corriendo, pero la intercepto cuando está a punto de sobrepasarme. Patalea, sigue gritando y pone nerviosas al resto.

—Mark, vamos a necesitar vuestra ayuda y también que nos traigas las mantas —escucho hablar a Sombra a través del pinganillo mientras procuro contener a la chica que estoy abrazando y que, a pesar de su extrema delgadez, tiene fuerza suficiente para ponérmelo difícil—. Son trece, están alteradas y en un estado lamentable. No creo que se lo tomen bien, pero al menos dos de vosotros vais a tener que ayudarnos a sacarlas de aquí.

Escucho la respuesta de Mark y, apenas un par de minutos después, él y Sebas están ayudándonos a tapar a las chicas con las mantas y alejarlas de este infierno. Algunas se resisten, incapaces

de creer que por fin están siendo salvadas, incapaces de volver a confiar en nadie. No las culpo.

Las metemos en las dos camionetas que hemos traído y las llevamos a la clínica en la que ya están esperándolas. Nuestro contacto, una vieja conocida de Vega, propietaria de varios centros de salud y uno de los hospitales privados con más prestigio del país, nos recibe con ojos apesadumbrados al comprobar el estado en el que llegan las chicas. Pasamos el resto de la noche con ellas, ayudando en lo que podemos mientras se nos rompe el alma poco a poco. Algunas llevaban varias semanas encerradas y han pasado por situaciones que no podrán olvidar jamás. Todas portan cardenales en su piel, pero no son esas las marcas que más me preocupan.

Hannah, la dueña de la clínica, será quien se haga cargo de ellas a partir de ahora. Las mantendrá en un lugar seguro, les ofrecerá tratamiento e iniciará la búsqueda de sus familiares, tarea en la que ya me he comprometido a ayudar. Por otra parte, y aunque no lo ha dicho en voz alta, sé que Vega se encargará de velar por ellas personalmente y ayudará tanto en su recuperación como en su reinserción en la sociedad. Siempre lo hace con cada una de las mujeres que hemos conseguido rescatar desde que se creó el equipo, mucho antes de que yo llegase a él.

Volvemos al piso franco con las emociones a flor de piel y una rabia lacerante que clama por hacer pagar a los responsables por todo el dolor que esas chicas arrastrarán durante el resto de sus vidas.

Cuando estoy sola en la habitación, llamo a Alex. Necesito escuchar su voz. En realidad, es más que eso, necesito acurrucarme

en su pecho y sentir cómo sus brazos me resguardan de la crueldad del mundo en el que nos ha tocado vivir.

Los tonos de llamada se agotan antes de que él haya respondido y me quedo observando el teléfono, como si a fuerza de desearlo pudiese lograr que sonase.

# 29

## ALEX

Martiño acaba de darme la única buena noticia que he recibido en la última semana: las bandas callejeras se han calmado y han retrocedido hasta volver a ser lo que siempre han sido, actores secundarios en un submundo que les queda grande y que nunca podría pertenecerles. Llevamos días intensificando nuestra presencia en las calles, dejando evidencia de quién está al mando, tanto en Vigo como en el resto de la zona norte del país. No hay nada como un poco de violencia y unos cuantos rumores para que las ratas vuelvan al escondite del que nunca debieron haber salido.

Por otra parte, estoy manteniendo las distancias con Alba y eso me está matando. Corto nuestras llamadas antes casi de que hayan empezado porque temo que sea capaz de notar algo distinto en mi voz, algo que me delate. No tardará en volver y no sé cómo voy a conseguir mantenerla alejada de Antonella. Me gustaría poder llamar al maldito Matteo di Luna y mandarlo a la mierda, a él y a su insulsa hijita, pero soy consciente de que Liam tiene razón y que con ese acto estaría firmando nuestra sentencia de muerte.

Salgo de mi despacho y voy directamente al comedor, donde Antonella me espera sentada a la mesa, con la espalda erguida y las

manos colocadas sobre su regazo como si no fuera más que una muñeca a la espera de que le presten atención. Su mirada está perdida al frente, pero se gira hacia mí en cuanto escucha mis pasos acercándose.

—Alex. —Al verme, una sonrisa se le dibuja en el rostro y se pone de pie para recibirme—. Pensaba que hoy tampoco tendrías tiempo de comer conmigo. Me alegra que hayas podido hacer un hueco.

No he aparecido en ningún desayuno, comida o cena desde que llegó hace tres días y, aun así, sigue esperándome como un perro fiel lo haría por su amo. He tratado de esquivarla a toda costa y he conseguido cruzarme con ella solo un par de veces, pero la situación se está volviendo insostenible y huir nunca ha sido mi estilo.

—Puedes sentarte —le digo sin acercarme a ella más de lo necesario antes de ubicarme en mi sitio, a la cabecera de una mesa enorme que rara vez vi completa cuando vivía en esta casa.

Estoy harto de las putas apariencias. Hui de todo esto hace más de doce años. La enorme mansión con tantas habitaciones que ni siquiera creo haber pisado en su totalidad, los once cuartos de baño, el personal de servicio extremadamente educado y disponible las veinticuatro horas del día para satisfacer cualquier capricho de los señores y, ahora, la perfecta prometida sentada a mi lado. Tengo ganas de vomitar.

—¿Cómo ha ido la mañana? —pregunta después de un par de minutos en los que hemos estado comiendo en silencio.

Dejo mi tenedor sobre la servilleta y levanto la mirada hacia ella.

—No es necesario que lo hagas.

—Perdona —responde sorprendida—. No sé a qué te refieres. ¿He hecho algo mal?

«Todo, joder».

—Esforzarte —digo en su lugar—. No nos conocemos, Antonella. No puedo caerte bien ni debes preocuparte por cómo ha ido mi día. Estás en esta casa porque las circunstancias han provocado que tengamos que convivir antes de lo necesario, pero eso no significa nada. Puedes tomarte tu estancia aquí como unas vacaciones. Si no recuerdo mal, dijiste que siempre habías querido visitar esta parte del país, ¿no es cierto?

—Oh, pero yo sí quiero conocerte —afirma sonriendo, y tengo que esforzarme para no ordenarle que deje de estar tan feliz en mi presencia—. Creo que ha sido el destino quien ha decidido unirnos antes de lo esperado y me gustaría aprovechar este regalo para saber más cosas sobre el hombre con el que pasaré el resto de mi vida. —Aprieto los puños sobre el mantel y trato de mostrar algo de humanidad cuando lo único que quiero es ir a cazar a algunos gilipollas para desquitarme de la frustración que me embarga—. Se me ocurre una idea, te contaré algo sobre mí y luego tú puedes hablarme de cualquier cosa que te apetezca compartir conmigo, ¿sí?

—No creo que…

—Por favor —me corta con una sonrisa dulce, casi infantil, y se queda en silencio durante varios segundos hasta que al fin claudico.

—De acuerdo —gruño.

Da pequeñas palmadas, emocionada y, cuando se da cuenta de lo que está haciendo, para de golpe y me mira abochornada.

—Madre mía. Perdona, qué pocos modales por mi parte.

—Antonella, no estás en casa de tu padre. Si te apetece aplaudir en la mesa, puedes hacerlo. Nadie va a reprenderte por ello.

Me mira con una mezcla de sorpresa y esperanza y, por primera vez desde que llegó a la mansión, me fijo en ella. Su pelo rubio, con mechones dorados, le cae sobre la espalda y le enmarca la cara confiriéndole una imagen angelical. Sus labios son finos y sus ojos, de un azul claro que recuerda al cielo durante las primeras horas de la mañana. Se mantiene erguida, con los hombros rectos y la sonrisa comedida que pocas veces abandona su rostro. Es bonita, tanto como cualquier princesa de una película de Disney, casi irreal. Sus gestos parecen medidos al milímetro, ni demasiado bruscos ni tan suaves como para hacerla parecer insegura. Por un momento, me pregunto cómo quedaría a mi lado: la frágil princesa junto al temible diablo.

—Bueno, allá voy. Me gusta cocinar. Nuestra ama de llaves, Francesca, me ha estado enseñando algunas de sus recetas y asegura que se me da bastante bien, aunque mamá todavía no ha dejado que prepare nada para ella. También toco el piano, no soy una virtuosa, pero me defiendo y he amenizado algunas de las fiestas que papá ha dado para sus amistades. De pequeña, tocaba también el violín, pero hubo un momento en el que tuvimos que decidir y pensamos que el piano iba más con mi personalidad. —Por lo que escucho, dudo mucho de que la elección la hiciera por sí misma—. Hablo español e inglés, además de italiano, y hace un año comencé clases de ruso. Practico tenis y el resto del tiempo lo dedico a mis clases en la universidad y a estudiar.

—Ah, ¿pero te queda tiempo?

Clava sus ojos azules en los míos durante un segundo para después fijar la mirada en su plato, haciendo evidente que mi comentario la ha herido.

Respiro profundamente.

«Por Dios, se nota a leguas que la han moldeado para convertirla en la maldita esposa perfecta».

Si me casara con ella, estoy seguro de que no me causaría ningún problema. Es alegre, educada y tan complaciente que siento ganas de estirar de la cuerda para descubrir dónde están sus límites. ¿Acaso los tiene?

Me doy cuenta de que, aunque Alba no hubiese aparecido en mi vida por segunda vez, nunca podría haberme enamorado de Antonella, aunque probablemente habríamos tenido un matrimonio sencillo. Apuesto lo que sea a que no intentaría meterse en mis asuntos y sería una esposa tranquila, que no me llevaría la contraria. Es posible que incluso no le molestase que estuviese con otras mujeres, siempre que no se hiciese público.

«Estar con otras… ¿De verdad podría funcionar?».

El resto de la comida transcurre rápido. Basta que le haga un par de preguntas a Antonella para que ella se lance a hablar con la emoción impregnada en su voz. Me alivia que no insista en conocer nada sobre mí, y su parloteo me proporciona el tiempo necesario para darle vueltas a la idea que ha surgido en mi cabeza.

Paso lo que queda de tarde y parte de la noche arreglando asuntos turbios de la familia y lo agradezco, porque es lo único que consigue alejar mis pensamientos de la mujer que se ha adueñado de mi cabeza. Cuando llego de nuevo a casa, ya es casi medianoche, por lo que me extraña ver la luz de la cocina encendida y escuchar las voces de Ania y Antonella en su interior. Dudo si seguir hasta mi habitación o acercarme y, aunque estoy cansado, finalmente decido ejercer de buen anfitrión.

Las encuentro en mitad de lo que parece ser una discusión, pero ambas se callan en cuanto se dan cuenta de que he llegado, haciendo imposible que adivine de qué iba el tema.

—Buenas noches. ¿Va todo bien? —pregunto alternando la mirada entre una y otra. Ania sigue vestida con su uniforme de trabajo, a pesar de que hace casi una hora que terminó su turno. Antonella, sin embargo, va de punta en blanco. Se ha cambiado el conjunto que llevaba al mediodía cuando comimos juntos y ahora viste una blusa blanca y una falda recta en tonos rosa pastel.

—Qué bien que estés aquí —exclama mi prometida con efusividad mientras se acerca hasta llegar a mi lado y cogerse de mi brazo—. Solo le estaba pidiendo a tu sirvienta que incluyera algunos platos de mi gusto en el menú semanal. Aquí coméis mucho de cuchara y yo estoy acostumbrada a platos más saludables.

Que utilice la palabra «sirvienta» para referirse a Ania me hace recordar a los tiempos en los que mi padre reinaba en esta casa. Sus empleados eran considerados casi como esclavos, pero aquel trato denigrante terminó en el momento en que mi hermano tomó las riendas de la familia.

—Ella tiene nombre —indico enfadado—. Se llama Ania y te la presenté el primer día. ¿De verdad no has podido aprendértelo aún?

Las mejillas se le tiñen de rojo y baja la cabeza como si fuese una niña pequeña a la que acaban de regañar.

«Por Dios, no puede ser tan infantil».

Miro a Ania, que no parece afectada por la actitud afligida de Antonella, y me pregunto si habrá pasado algo entre ellas que no sepa.

—Yo… Lo siento, Ania. Prometo llamarte por tu nombre de ahora en adelante. En casa de mi padre las cosas siempre han sido bastante… diferentes a como son aquí, pero me acostumbraré pronto a los cambios. No pretendía ofenderte.

Ania no responde y le hago un gesto de cabeza para animarla a dar el paso. Puede que Antonella muestre la actitud propia de una niña mimada, pero no es responsable de la forma en la que ha sido educada y su disculpa me ha parecido sincera.

—No hay nada que perdonar. Ya he anotado los platos que me ha indicado. ¿Puedo marcharme ya?

—Claro. De hecho, no sé qué haces aquí tanto tiempo después de haber terminado tu turno —respondo.

—Ay, no —exclama mi prometida, antes de que la aludida pueda pronunciar palabra—, me temo que eso también es culpa mía. No sabía que ya no estaba de servicio y he venido a marearla con mis tonterías. Me siento realmente mal con todo esto. ¿Puedo hacer algo para compensarte, Ania?

—No es necesario —responde seca—. Que tengan una buena noche.

No se me escapa la mirada que el ama de llaves me lanza al marcharse de la cocina y anoto mentalmente hablar con ella pronto para averiguar qué pasa por su cabeza.

Cuando estoy pensando en una excusa para retirarme, Antonella se pone a parlotear sobre lo que ha descubierto esta tarde en su paseo por los alrededores de la mansión. Escucho las primeras frases, después desconecto la mente y nos guío al piso de arriba hasta que nos paramos frente a la puerta de su habitación.

—Disculpa, pero es tarde y ha sido un día agotador. Seguiremos conversando en otro momento.

—¿Mañana en el desayuno? —pregunta con la ilusión desbordando en su rostro y me siento culpable por rechazarla.

—Me temo que no será posible. Iré al hospital a primera hora. Necesito hablar con los médicos y que me expliquen por qué mi hermano no ha despertado todavía del coma.

—¿Te importa si te acompaño? —Estoy a punto de negarme, pero lo siguiente que dice consigue ablandarme—. Me siento sola en esta casa tan grande y ya he recorrido cada rincón permitido tanto del interior como de los alrededores. Creo que empezaré a hablar con las paredes si no salgo pronto de aquí. Prometo no molestarte.

Joder, no quiero que nadie me vea con ella y tampoco me hace ilusión estar aguantando su charla incesante durante horas, pero la tristeza que hay en sus ojos cuando me mira me hace dudar y, antes de pensarlo dos veces, las palabras salen de mi boca.

—Está bien. Espérame en la puerta a las ocho en punto.

Su gesto se transforma en uno de alegría y no puedo evitar sonreír al ver lo sencillo que ha sido hacerla feliz.

—¡No te arrepentirás, lo prometo!

Se pone de puntillas, me da un beso rápido en la mejilla y desaparece tras la puerta de su habitación, dejándome con una sensación extraña en la boca del estómago.

# 30

## ALBA

Los últimos días han sido agotadores. Después de haber salvado a aquellas chicas en Estambul, se nos quedó un regusto amargo en la garganta. ¿Nos alegrábamos de haberlas sacado de aquel infierno? Sin duda. El maldito problema era saber que había más clubs donde reclutaban o explotaban a otras chicas como ellas, mujeres que no habían pedido esa vida. Cada vez que cerraba los ojos las veía en aquella habitación, sentadas en el suelo, desnudas y acurrucadas las unas contra las otras. Algunas gritaban, la mayoría estallaron en llanto, pero dos de ellas simplemente permanecieron quietas, con la mirada perdida en el infinito, como si hubiesen abandonado cualquier esperanza. Percibir ese vacío en sus ojos rompió algo dentro de mí.

Nos costó poco encontrar otros lugares que la organización de Yue utilizaba para reclutar chicas. Habría sido fácil atacar varios al mismo tiempo con la ayuda de Atenea, pero Sombra dejó claro que no podíamos contar con el apoyo de Román después de haberle ocultado nuestra pequeña misión de rescate.

—Nos tenemos los unos a los otros —afirmó mirándonos uno a uno—. Somos el puto equipo de élite de Atenea. Si alguien puede

conseguirlo sin refuerzo, somos nosotros. No olvidéis que vuestro cuerpo es un arma bien entrenada y vuestra mente está por encima de la de la mayoría de nuestros enemigos.

Los cinco estuvimos de acuerdo en viajar a Bulgaria y realizar la misma operación en las dos discotecas en las que la organización de los Feng operaba en Sofía. La primera noche, conseguimos salvar a cinco chicas más, pero, cuando llegamos al segundo club un par de días después, las cosas no salieron como habíamos planeado. Nos estaban esperando.

Sebas entró haciéndose pasar por un cliente, de la misma forma en que lo hizo dos noches atrás en la primera discoteca. Fue a una de las barras laterales, pidió una copa y se colocó en un lugar apartado desde el que poder observar lo que sucedía a su alrededor. Llevaba solo unos minutos dentro cuando nos informó de que había notado demasiado movimiento en lo que parecía ser la entrada a un despacho. Había contado seis personas armadas entrando y saliendo con prisa y, antes de que pudiésemos tomar una decisión sobre cómo actuar, las luces de la discoteca se apagaron a la vez que lo hizo la música. La gente empezó a ponerse nerviosa; algunos gritaban, otros comenzaron a correr hacia las salidas y, en pocos segundos, el local se convirtió en un caos.

Mi compañero trató de acercarse al despacho, pero la marea de gente lo empujó hacia la salida sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Cuando la calle se llenó de hombres asiáticos armados, supimos que no tendríamos ninguna posibilidad de llevar a cabo nuestra misión esa noche, tampoco las siguientes.

Sacamos de allí a Sebas y condujimos en completo silencio hasta el pequeño apartamento en el que nos alojábamos.

Habíamos fallado. Sabíamos que existía la posibilidad de que nos estuviesen esperando después del ataque anterior, pero nada nos había preparado para gestionar la decepción que nos embargaba. Como bien había dicho Sombra antes de viajar a Bulgaria, somos los mejores en nuestro trabajo. Debido a ello, no estamos acostumbrados al fracaso.

La noche había sido dura, tanto que no tuve fuerzas para llamar a Alex y terminé avisándole por un mensaje de que llegaríamos al día siguiente.

Me he pasado la mitad del viaje en avión dándole vueltas a las cosas que podríamos haber hecho de forma diferente para salvar al resto de las chicas que siguen atrapadas en aquella vida de mierda en Sofía y la otra mitad pensando en Alex. Apenas hemos hablado un par de veces por teléfono desde que me marché; las demás conversaciones que hemos mantenido han sido a través de mensajes. Sé que está agobiado por todo lo que tiene encima, pero algo me dice que hay más que no me está contando.

En cuanto aterrizamos, y antes de que se hayan abierto las puertas del avión, Vega recibe una llamada de Román. Se ha enterado de nuestra aventura extraoficial y no parece muy contento que digamos.

—Tenemos que volver a casa —afirma con la mandíbula apretada. Se nota que ella tampoco está de acuerdo con la orden del jefe.

—¿Tan pronto? —pregunto.

Siento el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Necesito ver a Alex, asegurarme de que se encuentra bien, de que todo está en orden entre nosotros y perderme entre sus brazos durante diez

horas al menos. No podemos marcharnos ahora, no cuando estoy a punto de reencontrarme con él después de tantos días.

Vega debe de ver el pánico reflejado en mi cara porque se apresura a responderme.

—Tú te quedas. No podemos olvidar que estás en el punto de mira de Yue.

—Pero no ha reaccionado a ninguno de nuestros ataques —interviene Mark poniéndose a mi lado— ni ha vuelto a intentar llegar hasta ella. Además, no creo que Alba esté más segura aquí de lo que lo estaría con nosotros.

Vega lo mira alzando una ceja.

—No me había dado cuenta de que ahora eres tú quien toma las decisiones.

Mark entiende su error y retrocede un paso con las manos levantadas

—Perdona, no pretendía llevarte la contraria, es solo que creo que su lugar está en casa, con su gente.

—Si las aguas siguen tranquilas, pronto podrás volver —afirma nuestra líder dirigiéndose a mí—. Espero que los ataques que hemos llevado a cabo sirvan para que esa psicópata empiece a ponerse nerviosa y salga de su escondite. Mientras tanto, es mejor que te quedes en España.

Asiento y algo en la forma en que me mira me dice que no se trata solo de mi seguridad, sino que me está ofreciendo la oportunidad de descubrir si lo mío con Alex puede ser algo más de lo que parece a simple vista.

Mark me da un abrazo más largo que el resto de los compañeros y me repite una y otra vez que me cuide y que estará al otro lado del

teléfono siempre que lo necesite.

Dejo a mi equipo, a mis amigos, a mi familia, a bordo del avión y bajo sola las escaleras. Camino por la pista hasta la terminal, con la mochila colgada de los hombros y los nervios haciendo estragos en mi estómago.

Cuando veo a Alex, el corazón empieza a latirme con fuerza y las ganas de salir corriendo hacia él se mezclan con el miedo. Me quedo parada en medio de la terminal mientras la gente me adelanta por ambos lados y algún que otro pasajero malhumorado se queja y me golpea con el hombro al pasar. No me importa.

Sus ojos, del color de la miel densa, están clavados en los míos, observándome, esperando mi siguiente movimiento. Lleva puestos unos vaqueros oscuros, unas botas de cordones y una camiseta negra de manga corta que deja ver los tatuajes en sus brazos y en el cuello. Las plantas de los pies me pican de anticipación, pero mis piernas se niegan a moverse hasta que sus brazos se abren y su gesto se transforma en una enorme sonrisa.

Salgo disparada, apenas soy consciente de recorrer la distancia que nos separa, y salto a sus brazos con tanta fuerza que se tambalea hacia atrás y pierde el equilibrio, cayendo de culo al suelo.

No me disculpo, pues mis labios están ocupados besando los suyos mientras permanezco sentada a horcajadas en su regazo. Su boca me devora, mostrándome las ganas que tenía de hacerlo, mientras sus brazos rodean mi cuerpo y mis manos presionan su nuca en un intento de tenerlo todavía más cerca.

—Joder, ratón, no sabes lo que te he echado de menos —susurra mirándome a los ojos cuando nos separamos para tomar aire.

—¿Así que vuelvo a ser ratón? —lo observo divertida, pero su expresión sigue seria.

—Mi ratón, mi hadita, mi guerrera. Puedes ser cualquier cosa mientras seas mía.

«Mía. Joder, ¿en serio ha dicho eso?».

Vuelvo a besarlo, no sé durante cuánto tiempo. Sus labios son más increíbles de lo que recordaba y no entiendo cómo he podido vivir sin ellos tanto tiempo.

Me separo de él cuando empiezo a ser consciente de las miradas que nos lanzan algunos viajeros al pasar por nuestro lado. Alex me ayuda a levantarme, me coge de la mano y tira de mí hasta la salida. Mientras andamos hacia el aparcamiento, no puedo evitar sonreír como una tonta.

—¿Has venido solo? —pregunto extrañada cuando paga el tíquet de estacionamiento.

—No, pero le he pedido a Hughes que esperase en el coche. No me apetecía que ese idiota me robase tu atención.

—¿Todavía estás celoso?

—No son celos, es que odio compartir, me pasa desde pequeño —responde con chulería.

—Eres tonto.

—Sí, un tonto con suerte —afirma tirando de mí hasta que nuestros labios chocan y su lengua se hunde en mi boca de nuevo—. Con mucha suerte.

Hughes no baja del coche cuando nos acercamos y no sé si es por prudencia o porque está siguiendo las órdenes de su jefe, pero me da igual. Rodeo el vehículo, abro la puerta del conductor y me

inclino para darle un abrazo de oso. Tarda un poco en reaccionar, pero después de unos segundos, me devuelve el gesto.

—Te he echado de menos, capullo.

—¿Capullo? —pregunta arrugando la frente.

—Sí, te mereces el apodo por no salir a saludar a tu única amiga.

Se ríe y no se me escapa la mirada amenazante que Alex le lanza.

—Y tú —digo mirando al hombre que sigo queriéndome comer a besos—, como me entere de que intentas separarlo de mí, tendremos una conversación.

—Joder, sí que has venido guerrera. ¿Alguna otra petición antes de subir al coche? —responde alzando ambas manos en señal de rendición.

—¿Me la cumplirás te pida lo que te pida?

Lo miro con sonrisa divertida y, antes de que pueda verlo venir, me coge en volandas y entra en el coche.

—Arranca de una puta vez y llévanos a casa, Hughes.

Se me escapa la risa tonta y me cuesta acallar las carcajadas cuando me doy cuenta de lo serio que está. Hughes tiene la mirada en la carretera, pero por el retrovisor descubro que a él también le está costando mantener el tipo.

Nada más detenerse el coche frente a las escaleras que conducen a la puerta de entrada de la mansión de los Reigadas, el loco de Alex me saca en volandas y me sube a su hombro como si fuese un saco de patatas.

—Oye, tú, bájame. Sé andar sola.

—Podría, pero no me apetece —responde con descaro mientras asciende por las escaleras.

La puerta de entrada se abre antes de que nos acerquemos y Ania se hace a un lado para que pasemos. La pobre está tan sorprendida que no es capaz de cerrar la boca.

—Hola, Ania. ¿Puedes decirle al idiota de tu jefe que me baje?

El ama de llaves balbucea algo que no entiendo mientras Alex pasa de largo conmigo a cuestas y comienza a subir la escalinata que lleva al piso de arriba.

—Asegúrate de que nadie nos moleste hasta mañana.

—Pero…

—Sin excepciones —suelta con ese tono que utiliza cuando no acepta ninguna réplica.

Levanto la cabeza para mirarla y alzo los hombros y las manos en gesto de resignación. Creo que es la primera vez desde que la conozco que su postura no se asemeja a la de una estirada bailarina de ballet, sino más bien a la de un alumno en su primer día de clase en un nuevo colegio.

Pasamos la noche comiéndonos a besos, devorándonos, perdidos en la necesidad que tenemos el uno del otro.

No dejamos tiempo para preguntas ni para conversaciones importantes que puedan romper la burbuja en la que nos hayamos, esa en la que nos hemos metido en el momento en que mis ojos han conectado con los suyos en el aeropuerto.

Hoy solo quiero sentir que él también es mío.

# 31

## ALEX

Lo primero que percibo al despertar es el olor a manzanas que inunda toda la habitación, lo siguiente es el calor de su cuerpo junto al mío. Me muevo para tenerla todavía más cerca, pegando su espalda a mi pecho e inhalando en su pelo. Alba murmura algo en sueños y mueve el culo, acomodándose a la nueva postura y haciendo que la erección con la que me he despertado crezca más si es posible.

—Joder —gruño cogiéndola de las caderas y apretándome contra ella.

Deslizo la mano por debajo de su camiseta, trazando círculos en su abdomen y acercándome poco a poco al límite de sus braguitas. Ella vuelve a murmurar algo que no entiendo y aprovecho sus movimientos para colar los dedos por debajo de la tela. Noto su piel ardiendo y adoro cómo su cuerpo responde a mi toque incluso estando dormida. Cuando la punta de mis dedos roza su sexo, la encuentro húmeda y lista para mí.

La escucho jadear mientras la toco con suavidad, mientras la acaricio como si estuviese hecha del material más delicado del mundo. Entreabre los labios y el movimiento de sus caderas se

vuelve más intenso, más necesitado. La ayudo a separar las piernas metiendo la mía entre las suyas y hundo dos dedos en su interior despacio, muy despacio.

—Alex… —Su voz, ronca y necesitada, me prende como si fuese fósforo y yo cerilla.

—Buenos días, pequeña —susurro sobre su oído y después muerdo el lóbulo de su oreja, provocándole un pequeño gemido—. Dime lo que necesitas y cómo lo quieres y pondré el puto mundo a tus pies.

—Necesito… —Su voz se entrecorta mientras vuelvo a llenarla con mis dedos. Arquea la espalda—. Necesito correrme. Haz que me corra, Alex.

—Nunca me gustó tanto cumplir una orden.

Bombeo mis dedos en su interior y, cuando sé que está cerca, le acaricio el clítoris con el pulgar y beso su cuello. Notar cómo se deshace entre mis dedos me hace sentir como el puto dios del universo.

Apenas dejo que se recupere. Estoy duro como nunca y necesito entrar dentro de ella con urgencia.

La beso con codicia mientras me coloco encima y un pensamiento de posesividad me viene a la mente.

—Eres mía, Alba. Nunca nadie volverá a besarte salvo yo. —Le muerdo los labios y los saboreo con hambre desmedida—. Nadie escuchará los gemidos que salen de tu boca cuando estás borracha de placer. —Acaricio su sexo con la punta del mío y ella abre las piernas ofreciéndose a mí—. Y nunca, jodidamente nunca, nadie volverá a enterrarse en tu cuerpo salvo yo.

Meto la punta y me muevo en círculos. Ella jadea.

—Dime que lo has entendido, Alba, porque después de hoy no pienso dejarte marchar nunca.

—Soy tuya —confirma mirándome a los ojos y haciéndome el hombre más feliz—, pero tú también serás mío y solo mío. ¿Ha quedado claro? No más empleadas cachondas a tu alrededor.

Suelto una carcajada y ella me mira seria, así que le contesto en el mismo tono.

—Pequeña, soy tuyo desde el día en que probé tus labios en el yate.

—¿Ese en el que me tiraste por la borda? —pregunta alzando una ceja y aprovecho para enterrarme en ella y hacerla jadear.

—Después de que me dieras un cabezazo haciéndome sangrar, no lo olvides.

—Bueno, podemos decir que estamos en paz. Y ahora, ¿vas a follarme de una vez?

—Joder, Alba. Dime que lo quieres duro.

—Todo lo duro que puedas dármelo.

Cierro los ojos e intento pensar en otra cosa para no correrme en los próximos segundos. Escucho su risita, la muy cabrona sabe perfectamente lo que me han hecho sus palabras y se está riendo de mí.

Me aparto y me sitúo de pie, a un lado de la cama.

—Ponte a cuatro patas. El culo en pompa y la mirada al frente. No tienes permitido girarte ni gritar.

Estoy esperando a que se queje y me diga que no recibe órdenes de nadie, pero, en su lugar, se muerde el labio, me mira con lascivia y se coloca justo como le he dicho que debía hacerlo. La vista que tengo frente a mí es pura dinamita.

Me acerco, le acaricio las nalgas y después paso mis manos por su columna vertebral, desde la nuca hasta el culo. La sujeto de las caderas y comienzo a acariciar su sexo con el mío, impregnándome de toda su humedad.

—Alex…, fóllame de una maldita vez —pide con la voz entrecortada.

Me hundo en ella con un solo movimiento rápido y profundo y escucho el grito que sale de su boca, acompañado de un gruñido posterior. Espero unos segundos, dándole tiempo a que se adapte a mi tamaño y comienzo a moverme en círculos.

—¿Todo bien?

—No vas a romperme. Muévete, joder. —Salgo de su interior y le doy una mordida en un cachete del culo como castigo. Grita y se gira para mirarme con gesto sorprendido—. ¿De verdad acabas de morderme?

—Es tu castigo por malhablada. Ahora, vista al frente. No lo repetiré.

Me regala un bufido y contengo la carcajada que estoy a punto de soltar al ver su cara de incredulidad. Al menos, hace lo que le pido: mira al frente y arquea la espalda para darme una buena vista de su culo y de su sexo. Está haciendo trampas y me encanta.

La follo rápido, duro, clavando los dedos en sus caderas y enterrándome hasta lo más profundo de su cuerpo. Quiero marcarla como mía y quiero que recuerde este momento cada puto segundo del día.

Me dejo ir en el instante en que sus paredes se estrechan, abrazándome la polla con fuerza y haciéndome gruñir de placer. Le

rodeo la cintura con un brazo para sujetarla mientras apoyo la frente en su espalda.

—Eso ha sido… —musita sin terminar la frase.

—La colisión del cielo y el infierno —continúo por ella.

Respira profundo un par de veces más. Lo sé porque noto el movimiento de su cuerpo en mi pecho.

—Creo que no podría haberlo descrito mejor.

Me aparto despacio y la ayudo a incorporarse antes de atraerla hacia mí y envolverla entre mis brazos.

—Eres increíble —afirmo mirándola a los ojos.

—Tú tampoco estás mal, ¿sabes? —responde juguetona.

—Ah, ¿no?

Le muerdo la sonrisa y me la llevo en brazos a la ducha mientras se queja y ríe a la vez. Enjabono su cuerpo y después ella hace lo propio con el mío. A pesar de que nunca he vivido esta intimidad con nadie antes, supongo que es así como debe de ser, como si las piezas del mundo comenzasen a encajar por primera vez. Nunca he sentido la necesidad de cuidar a una mujer después de acostarme con ella y, sin embargo, con Alba solo puedo pensar en formas de hacerla feliz.

El espejo del lavabo está empañado y la atmósfera que se ha creado en el baño nos envuelve como si estuviésemos dentro de un sueño.

—Lo que he dicho antes iba en serio —afirmo cuando ambos nos ponemos los albornoces. Ella todavía está ajustándose el cinturón.

—¿Qué exactamente?

—No voy a compartirte con nadie —afirmo con la voz demasiado cortante, es importante para mí que entienda el alcance de mis

palabras.

—Me alegra que saques el tema porque yo también hablaba en serio cuando he dicho que no quiero más mujeres cachondas a tu alrededor.

Suelto el aire que estaba conteniendo, estiro de las solapas de su albornoz para acercarla a mí y le doy un beso en los labios.

—Contrataré a un guardaespaldas para que controle a mi horda de fans.

—Capullo engreído.

—Lo soy. Y ahora, cuéntame bien cómo han ido estos días. Siento no haber estado muy disponible al teléfono.

Hace una mueca que trato de ignorar. Sé que fui yo quien le pidió que me llamara siempre que pudiera mientras permaneciera fuera y también quien luego no estaba disponible para atender la mayoría de esas llamadas, pero no es algo que pueda explicarle. Todavía no. Ella no puede enterarse de la existencia de Antonella, no arriesgaré lo que acabamos de empezar por nada del mundo.

Pasamos más de una hora hablando sobre los clubs que atacaron y las chicas a las que consiguieron rescatar. Mi mujer es una jodida heroína y no puedo sentirme más orgulloso de ella. Lo único que me molesta es no haber podido estar a su lado para destrozar a esos hijos de puta mientras ella y su equipo salvaban a las víctimas.

Desayunamos en mi habitación y estoy pensando en pasar todo el día aquí, encerrado con ella, cuando mi teléfono suena y me enderezo al ver que la llamada es del hospital.

—¡Antón por fin ha despertado! —exclamo con una sonrisa de oreja a oreja cuando cuelgo al jefe de planta.

—¡Eso es fantástico! —Se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza—. Vamos, no pierdas más tiempo. Tienes que vestirte e ir a verlo.

—¿Tengo? Tú te vienes conmigo.

Por su expresión, creo que va a negarse, pero entonces vuelve a sonreír.

—Si me quieres allí, no hay más que decir. ¡Vamos!

Tardamos apenas diez minutos en vestirnos y salir por la puerta. Esta vez es Parker quien conduce. No he avisado a ninguno de los hombres de Antón de la noticia; primero, quiero hablar con él.

El trayecto en coche hasta el hospital se me hace corto y no sé si es por las ganas que tengo de ver a mi hermano, por la sensación de libertad que empiezo a sentir o por las caricias que la mujer que tengo al lado traza sobre la piel de mi antebrazo, que consiguen que no me concentre en nada que no sea ella.

Cuando llegamos, intenta escabullirse a la sala de espera, igual que hizo el primer día que vinimos, pero esta vez no se lo permito. La cojo de la mano y tiro de ella para mantenerla a mi lado. Resulta gracioso ver cómo mira hacia todas partes, preocupada por que alguien pueda darse cuenta de nuestras manos unidas y llevarse una imagen muy acertada de lo que pasa entre nosotros. También me hace gracia notar que estira el brazo para soltarse, sin éxito alguno.

—¿Vas a parar de una vez? —pregunto divertido cuando entramos en el ascensor—. Lo único que vas a lograr es atraer la atención de todo el mundo hacia nosotros. ¿Es lo que quieres? —Su expresión de horror responde por ella—. Lo imaginaba.

La jefa de enfermeras nos detiene un momento para indicarnos que los médicos ya han terminado de hacer las pruebas que me han comentado por teléfono y que mi hermano se encuentra descansando. Pasamos entre los dos guardias apostados en la entrada de su habitación, los cuales me saludan con un gesto de cabeza, y cierro la puerta detrás de nosotros.

La habitación está vacía, salvo por mi hermano, que yace recostado en la cama con los ojos cerrados. A simple vista, parece que nada ha cambiado desde ayer: sigue inmóvil y conectado a varios aparatos. Por un momento, creo que todo es una jodida broma.

Noto un apretón en la mano y vuelvo a respirar cuando miro a Alba, ahora convertida en mi ancla a este mundo.

—Vaya, pero… —La voz de mi hermano suena ronca y se detiene para toser antes de continuar, aun así, me parece un milagro volver a escucharla—. Pero si es mi hermano desaparecido. He tenido que casi morirme para volver a verte en España.

—Y ahora es cuando yo te remato por haberme hecho venir para nada.

Nos miramos a los ojos con toda la frialdad que somos capaces de sacar a la luz, retándonos. Es un juego al que llevamos jugando muchos años y, como siempre, gano yo cuando él no puede evitar soltar una carcajada que le hace doblarse por el dolor.

—Mierda, tú ganas, capullo.

Me acerco a la cama y lo abrazo con mucho cuidado de no aplastarlo ni tocar ningún cable ni tubo de los que tiene conectados al cuerpo. Puede que no hablemos demasiado a menudo, pero quiero a este cabrón.

—Ya no sabías qué hacer para que viniera a verte, ¿no? —pregunto cuando nos separamos.

—Ya sabes que me gusta ser el centro de atención, no puedo evitarlo. Pero bueno, ¿vas a decirme quién es la preciosidad que escondes a tu espalda? Espera… —Hace una pausa mientras la observa detenidamente y me cabreo cuando se fija demasiado en ella—. ¿Nos conocemos de algo?

Me giro y estiro la mano hacia Alba, pero no muestra intención alguna de cogérmela. Le lanzo una mirada acusadora y ella me responde con una mueca silenciosa que no tengo ni puta idea de lo que significa. Al final, pierdo la paciencia, la sujeto de la cintura y tiro de su cuerpo para pegarla a mí.

—Antón, te presento a Alba, la mujer que me ha frito el cerebro.

—¿Más de lo que ya lo tenías? —Se ríe y Alba relaja el gesto.

—No le hagas caso, lo de tu hermano es de nacimiento —responde ella ganándose un pellizco en el culo de mi parte—. ¡Au!

—Me gustas, Alba, y me recuerdas a alguien. ¿Seguro que no nos hemos conocido antes? No suelo fallar con estas cosas.

—Bueno, si te recuerdo a una niña bastante movida, que siempre iba descalza, con el pelo rubio enredado y a la que en tu casa llamaban Joana… Sí, soy la misma.

—¡Joder! ¿Y cómo coño os habéis encontrado?

—Ya te contaremos la historia en otro momento, hermano. Ahora dime, ¿cómo te sientes?

Su expresión cambia a una más seria y mucho más fría. Intuyo que está recordando cómo llegó hasta esta cama de hospital y sé que tiene muchas preguntas que hacerme. Voy a pedirle a Alba si no le importa dejarnos solos unos minutos, cuando ella misma se me

adelanta y me informa de que irá a la cafetería a desayunar. Una vez que nos quedamos a solas, me siento en la butaca que hay junto a la cama de Antón.

—¿Qué recuerdas de la noche del ataque? —pregunto para saber por dónde empezar a contarle, pero también por si tiene alguna pista que pueda ayudarnos a encontrar a Yue.

—Rafa y yo nos habíamos reunido con uno de nuestros mejores clientes en Francia. Supongo que estás al tanto de que las cosas en el país vecino se están poniendo difíciles desde hace un par de años. —Vuelve a toser y le acerco el vaso de agua que hay en la mesa junto a su cama. Me gustaría pedirle que descanse y decirle que hablaremos después, pero necesito saber si tiene alguna información que pueda servirnos. Después de beber, continúa—: Guillaume prefiere evitar los puertos franceses, así que nos compra a nosotros y movemos la droga por tierra hasta Toulouse.

—Un buen negocio para ti.

—Sin duda. La reunión fue bien, negociamos sobre las condiciones para los próximos cargamentos y, después, Rafa y yo decidimos quedarnos un rato a disfrutar de la noche. Esos tíos aparecieron de la nada. Estaban dentro de la discoteca y dejaron claro que yo era su objetivo. Nos defendimos como pudimos, pero cuando nos percatamos de la gravedad de la situación, ya se habían cargado a la mayor parte de nuestro personal de seguridad. No sé cómo coño ninguno de mis hombres se dio cuenta antes.

Una de las máquinas que tiene conectada al cuerpo empieza a pitar de forma insistente y me levanto preocupado.

—Tienes que calmarte, Antón.

—¿Cómo coño quieres que me calme? ¡Las balas que mataron a Rafa iban dirigidas a mí! ¡Era mi mejor hombre, mi puto mejor amigo! —grita—. Dime que tienes a esos cabrones y dime que has dejado al jefe con vida para mí.

—Ojalá pudiera. Lo siento, hermano.

Veo la ira en sus ojos, en la forma en la que aprieta la mandíbula y tensa los músculos de los hombros y lo comprendo. Yo más que nadie entiendo la necesidad de buscar venganza, aunque también sé que la sensación de vacío nunca se llena del todo al lograrla.

—Eran unos diez, la mayoría de origen asiático. Diría que chinos, pero no puedo asegurarlo.

—Lo eran —confirmo. Al menos, ese dato sí que puedo dárselo.

—¿Sabes quién lo hizo?

Le cuento lo que sé sin entrar en detalles, también la parte en la que utilicé a algunos de sus hombres para que apoyaran en el ataque de los clubs de Yue. Esto le gusta, pero soy consciente de que no es suficiente para él.

Paso casi una hora poniéndole al día de los asuntos de la familia y le confieso, sin ningún remordimiento, que me cargué al tal Rubén en la primera reunión.

—Ese tío me ponía de los nervios. Lo siento, hermano.

—La verdad es que nunca me cayó bien, lo mantuve solo porque no hacía mal su trabajo. —Su gesto se relaja y hasta veo un atisbo de sonrisa en su rostro—. Me habría gustado ver la cara de mis hombres cuando se enteraron de que el mismísimo Abismo había vuelto para liderar la familia en mi ausencia.

—Bah, algunos no se lo tomaron muy bien, pero no me costó convencerlos —respondo con chulería.

—Apuesto a que no. Oye, ¿y vas a contarme desde cuándo te acuestas con la bella Joana? Tengo que reconocer que ha cambiado mucho, y para bien.

La manera en la que sonríe de medio lado al nombrarla me cabrea y tampoco soporto lo que estoy viendo en su mirada.

—Cuidado con la forma en la que hablas de ella —lo amenazo poniéndome de pie—. No es alguien con quien solo me acuesto. Alba es mi mujer y, si veo que la miras de forma equivocada, me dará igual que seas mi puto hermano o que estés postrado en la cama de un hospital, te mataré. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino. —Levanta las manos pidiéndome calma, aunque no ha perdido del todo su sonrisa, más bien parece entre asombrado y divertido—. Alba es tuya y está totalmente prohibida. Me alegra saber que tienes a alguien a tu lado y, por cierto, gracias. —Su semblante se torna serio cuando me mira a los ojos—. Sé que no debe de haber sido fácil para ti regresar a Vigo y entrar en la casa que juraste no volver a pisar nunca.

El aire entra de nuevo en mis pulmones con normalidad. Alba está bien, a salvo, a mi lado; y mi hermano ha empezado a recuperarse, lo cual significa que pronto podremos volver a Londres, de donde me habría gustado no salir nunca.

Justo en este instante me suena el móvil y veo que tengo un mensaje de Antonella que no me molesto en leer. La ilusión que he sentido durante una fracción de segundo desaparece igual de rápido que explotaría una pompa de jabón.

La princesa italiana lleva desde ayer recluida en su habitación y no por voluntad propia. Me sentí como un cabrón después de mentirle diciendo que recibiría la visita de unos hombres peligrosos en la

mansión y que, por ese motivo, debía permanecer encerrada en su cuarto hasta nuevo aviso. En otro momento de mi vida, lo habría hecho sin pestañear, pero lo cierto es que dudé cuando me juró que no saldría y me suplicó que no echara la llave. Aun así, lo hice; no puedo arriesgarme a que Alba sepa de su existencia antes de que haya encontrado una solución al problema o, al menos, hasta que haya pensado en una forma suave de explicárselo.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes. Tras recuperar la calma, me despido de mi hermano y regreso con la mujer que me tiene frito el cerebro.

# 32

## ALBA

—No es necesario que me lleves a un sitio elegante —digo en cuanto me encuentro con él en el vestíbulo de la casa.

No sé lo que habrá pasado con su hermano en el hospital, pero cuando salió esta mañana de la habitación, el humor de Alex había cambiado por completo. Estaba serio y taciturno y he creído que lo mejor era darle un poco de espacio y mantenerme callada. Cuando Parker ha detenido el coche en la puerta de la mansión, él ha tardado en reaccionar y lo ha hecho como si hubiese pasado la última media hora encerrado en su mundo y acabase de despertar de un susto. Me ha mirado confundido y se ha disculpado. Después, me ha dicho que tenía mucho trabajo, pero que le gustaría que hoy fuésemos a un lugar especial a cenar. No sé lo que pasa por su cabeza, pero espero poder entenderlo un poco mejor esta noche.

Como no tenía nada elegante que ponerme, le he pedido a Hughes que me acompañase a un centro comercial y he comprado un vestido azul cielo precioso del que ahora mismo Alex no puede despegar la mirada.

Me acerco a él con ganas de besarlo, pero dudo si hacerlo o no, así que me quedo plantada a un par de pasos de distancia. Estoy

nerviosa y, cuando eso sucede, hablo demasiado.

—Por si no te has fijado, soy más de hamburguesa y Coca-Cola. Dios, espero que no me lleves a un sitio de esos en los que sirven sushi. Odio el pescado crudo. ¿Cómo puede alguien comer eso sin poner cara de asco y vomitar en la planta más cercana? La comida hay que cocinarla antes de llevársela a la boca. Por eso me gusta la carne muy hecha y el pan tostado. Tal vez podamos buscar una buena hamburguesería. ¿Cómo se llama la cadena esa tan famosa aquí en España? Me refiero a la del logo negro.

—Alba, ¿vas a callarte en algún momento?

Lo miro con detenimiento por primera vez y me doy cuenta de lo jodidamente sexy que está esta noche. Viste un traje negro, con zapatos del mismo color y camisa de un gris oscuro. Se ha peinado o, mejor dicho, despeinado con esmero, y lleva esa barba de varios días que tan bien le sienta. Repaso su cuerpo de abajo arriba hasta que me topo con sus ojos, todavía más oscuros que de costumbre y llenos de un hambre que encaja a la perfección con lo que yo más deseo de él en este instante.

—Quedémonos aquí —le pido.

—Joder, siempre tienes que ponerme las cosas difíciles, ¿eh? —Me agarra de la cintura y, de un movimiento rápido, me atrae hacia él hasta que nuestros cuerpos quedan pegados y nuestras bocas a pocos centímetros de distancia—. Vas a darme el gusto de salir a cenar juntos, ratón. Comeremos en un restaurante bonito, hablaremos de lo que nos apetezca y disfrutaremos de una noche fuera de estas cuatro paredes. Después, volveremos aquí, te arrancaré ese vestido que llevas y te follaré como estás deseando que lo haga. ¿Te parece bien el plan?

Pestañeo varias veces y asiento. Joder, tengo ganas de arrancarme el puto vestido yo misma y pedirle que me tome de entrante. Antes de que pueda decir nada, me coge de la mano, sonríe de forma pícara y tira de mí hacia la salida.

Tal como imaginaba, el restaurante al que me lleva es el más lujoso que he pisado en toda mi vida, y no voy a negar que me siento un poco fuera de lugar cuando la mujer que nos recibe me ayuda a quitarme el abrigo y se lo entrega a un chico más joven para que se haga cargo de guardarlo. Si me descuido, se habría llevado hasta mi bolso.

Un camarero nos acompaña a nuestra mesa, que se encuentra en una zona más apartada, separada de la sala principal. En esta estancia apenas hay un puñado de mesas, bastante alejadas las unas de las otras. La música que nos llega a través del hilo musical es suave, y hasta las luces parecen más tenues que en el resto del local.

Alex retira mi silla como todo un caballero y le hace un gesto al camarero para que se marche. Echo un vistazo a mi alrededor solo para cerciorarme de que no desentono demasiado. Por un momento, he pensado que habría metido la pata con mi aspecto o mi forma de comportarme y que todas las miradas permanecerían clavadas en nosotros.

—¿Por qué estás nerviosa? —pregunta Alex mirándome como si yo fuera un rompecabezas que no consigue descifrar.

Trago saliva antes de responder.

—Nunca he ido a un sitio así y me da cosa no estar a la altura.

Alex bufa y se inclina sobre la mesa, como si fuese a desvelarme un secreto.

—Alba, es justo al revés: son ellos los que no están a tu altura. ¿Prefieres que nos vayamos?

—¿Qué? No, ni hablar. Quiero vivir la experiencia completa. Solo espero que no me sirvan nada extraño que no sepa cómo comer —respondo con una sonrisa.

Está a punto de decir algo más cuando se fija en nuestra mesa, hace una mueca de disgusto y recoloca su cuchillo para que quede perfectamente alineado con el tenedor que hay a su lado.

Intento disimular, pero me hace gracia este tipo de gesto tan común en él y se me escapa una risilla. Es un maniático del orden. Su vestidor está organizado por prendas, tamaños y colores, y su habitación en la mansión es como la de un hotel por la que acaba de pasar el equipo de limpieza: pulcra y ordenada con precisión.

El camarero toma nota de nuestra comanda y no tarda en servirnos el vino y los entrantes. Cuando se marcha, mi teléfono suena. Abro el bolso, veo que es Mark enviándome mensajes y lo silencio antes de volver a guardarlo en su lugar.

—Perdona, debería haberlo silenciado antes.

—Si necesitas responder, no te preocupes por mí —asegura, y sigue comiendo tranquilo.

—No, es solo Mark preguntándome qué tal me ha ido el día. Le contestaré más tarde.

Cojo el tenedor, pero me quedo a medio camino del plato cuando escucho a Alex gruñir. Lo miro atónita, pensando que tengo que haberme confundido, pero la rabia que veo en sus ojos no da lugar a dudas. Se ha cabreado, y mucho.

—Dile que estás conmigo y que deje de molestar de una jodida vez.

—Es coña, ¿no? —pregunto aún sin creer que esté reaccionando de forma tan absurda.

—Obviamente, no. ¿Siempre te escribe a estas horas?

—Mira, Alex, llevo sola desde los trece años, así que no estoy acostumbrada a que nadie controle lo que hago o a quién dedico mi tiempo. La única persona a la que permito darme órdenes es a Sombra, y solo porque es mi jefa; el resto pueden meterse sus demandas por donde amargan los pepinos. —Lo observo sujetar la servilleta con fuerza y me doy cuenta de que se está conteniendo para no estallar. Suspiro y cierro un momento los ojos para calmarme antes de seguir hablando—: Estás celoso de Mark, ¿es eso?

—No me gusta ese tío.

—¿Por qué? Es mi compañero desde hace más de un año. Me ayudó a integrarme en el equipo cuando ni Román confiaba en que fuese capaz de alcanzar el nivel del resto, tiene paciencia conmigo en los entrenamientos físicos y, desde que lo conozco, siempre me ha apoyado en todo. ¿Qué es, exactamente, lo que no te gusta de él?

—No puedes estar tan ciega como para no haberte dado cuenta —pregunta mientras se lleva una mano al pelo y lo desordena. Acaba de perder su apariencia de hombre perfecto y meticuloso.

—Pues vas a tener que explicármelo, porque no, no veo nada de malo en que un amigo se interese por mí.

—¡Quiere meterse entre tus piernas! ¡Está loco por ti, joder! Solo hay que ver cómo te mira.

—¿Y cómo me mira, si puede saberse? —pregunto elevando el tono de voz, exasperada por lo incoherente que está siendo.

—¡Como yo! ¡Como un puto hombre enamorado! —grita, y el restaurante al completo parece quedarse en silencio durante unos segundos.

Lo observo asombrada. Dejo a un lado sus celos y también el hecho de que le caiga mal Mark, pues lo que realmente me importa es lo que ha confesado hace un instante de forma espontánea. El silencio se vuelve denso mientras nos miramos a los ojos.

—¿Acabas de decir que estás enamorado de mí? —pregunto, casi en un susurro, y Alex tarda unos segundos en responder.

—¿Eso es malo? Porque me estás mirando como un gato a punto de ser atropellado.

—No, es solo… —Trago el montón de arena que siento en la garganta y que se niega a pasar—. Es la primera vez que alguien me dice algo así.

La tensión de sus hombros desaparece y su expresión se vuelve menos dura.

—También es la primera vez que yo se lo digo a otra persona. De hecho, es la primera vez que siento esto. —Cierra el puño y se lo lleva al pecho. Después, sus dedos rozan los míos sobre el mantel y yo salvo la distancia que los separa hasta entrelazarlos. El calor de su piel calma mis manos heladas, pero no mi necesidad de tenerlo cerca—. Te quiero, Alba. Quiero protegerte de cualquier peligro, aunque sepa que no necesitas ayuda para defenderte; quiero hacerte reír; apoyarte y luchar a tu lado, pero, sobre todo, quiero que jamás vuelvas a sentir que estás sola.

«Dios, no puedo creer que esté confesando que me quiere. Alex, mi Alex».

—Si te soy sincera, no me he sentido sola desde el día que subimos juntos al yate. Alex, yo…

—No —me interrumpe—. No quiero que me respondas ahora. Amarte de la forma en la que lo hago es fantástico, pero también jodidamente aterrador. Olvidé lo que era el miedo el día que me convertí en Abismo y ahora estoy intentando convivir de nuevo con él. Sientas lo que sientas por mí, no me lo digas hoy.

Entiendo lo que quiere decir y me muero de ganas de levantarme y confesarle que siento lo mismo que él, pero respeto su decisión.

—Si no puedo hablarte de mis sentimientos, ¿podemos al menos irnos ya para que pueda demostrártelos?

Mi sonrisa se convierte en una pícara que él pilla al vuelo. Hace un gesto con la mano y el camarero se apresura a llegar a nuestra mesa, como si hubiese permanecido todo el tiempo observándonos desde la distancia por si necesitábamos algo.

—Nos marchamos. Dile a tu compañera que prepare nuestras chaquetas.

—¿Y la cuenta? —pregunto cuando el chico se marcha y Alex se pone en pie.

—El restaurante pertenece a la familia. No pienso pagarle la cena a mi hermano después de todo lo que he estado haciendo por él —afirma tendiéndome la mano.

Parker nos espera en la puerta del restaurante para llevarnos a casa. Nos subimos al coche y aprovecho que ha nombrado a Antón para preguntarle por él. Esta mañana estaba un poco raro después

de haberlo visitado en el hospital y siento curiosidad por saber lo que ha pasado entre ellos.

—¿Se va a recuperar del todo?

—Los médicos creen que sí. Tendrá que pasar unos días más ingresado y, después, tomarse las cosas con calma durante un tiempo, cosa que no sé si conseguirá, porque siempre ha sido un culo de mal asiento. Además de quedarte con el hermano más guapo, has elegido al más centrado —afirma mostrando esa faceta canalla suya que me vuelve loca.

—No estoy yo muy segura de eso. —Su mano, que estaba sobre mi rodilla, se cuela por debajo del vestido y comienza un camino ascendente por mi pierna—. Alex, ¿qué estás haciendo? —susurro cogiéndolo de la muñeca para frenar su avance mientras lanzo una mirada mal disimulada a Parker, que sigue conduciendo en silencio.

Se acerca un poco más, enmarca mi rostro con la otra mano y me habla bajito y al oído.

—Nadie puede vernos desde fuera por los cristales tintados y Parker está a lo suyo. Si consigues mantenerte callada como una buena chica, puedo hacer que disfrutes mucho más del viaje de vuelta a casa.

Continúa avanzando por mi muslo hasta que roza mi sexo con los dedos por encima de la ropa interior. Lo beso y ahogo en su boca el gemido que no puedo contener.

—Eso es jugar sucio —musito.

De pronto, escucho el chirrido de las ruedas del coche mientras nuestros cuerpos, todavía unidos en un abrazo, son impulsados hacia delante. Lo único que evita que salgamos disparados es el cinturón de seguridad que llevamos puesto.

Ni siquiera me da tiempo a pensar en lo que ha pasado cuando algo enorme impacta contra nuestro vehículo por el lateral, provocando que pierda la noción del tiempo y del espacio.

El ruido de la colisión se mezcla con el del alarido que nace en mi pecho. Todo a mi alrededor se mueve de forma descontrolada y no consigo agarrarme a nada.

Siento que las cosas pasan demasiado rápido hasta que, de repente, el mundo se para y solo soy consciente del pitido agudo que parece querer perforar mi cabeza, imposible de ignorar. No experimento dolor; aun así, soy incapaz de resistir el peso de mis párpados ni el cansancio que, poco a poco, se va adueñando de mi cuerpo.

# 33

## ALEX

La colisión ha sido brutal y apenas puedo mover las extremidades. Siento como si miles de agujas diminutas bailaran dentro de mi cabeza, insistiendo en no dejarme pensar con claridad.

Abro los ojos despacio, luchando contra la pesadez que se empeña en conquistar mi cuerpo, y veo a Parker en el asiento delantero del coche, con el cuerpo girado en mi dirección mientras mueve los labios demasiado rápido. No le entiendo, un zumbido retumba en mis oídos, haciendo que cada palabra que sale de su boca suene lejana y extraña.

Atisbo cómo su mirada se desvía a mi derecha e inclino la cabeza en la misma dirección. Cuando descubro a Alba a mi lado, con una brecha en la frente y los ojos cerrados, algo se despierta en mi interior y lucho con rabia para salir del estado de sopor en el que me encuentro.

Me inclino sobre su cuerpo, tratando de ignorar el dolor punzante que noto en la espalda y en la cabeza; suelto nuestros cinturones y envuelvo su rostro entre mis manos.

—¡Alba, despierta! —La zarandeo un poco, con cuidado de no hacerle daño—. Alba, ¿me oyes?

Parece que pasa una eternidad hasta que despega los párpados con lentitud, como si le costase un enorme esfuerzo realizar una acción tan sencilla, y me mira confundida antes de que la abrace con fuerza.

Por un momento me había puesto en lo peor.

—Salgo a ver qué ha pasado.

Escucho a Parker, pero no me molesto en mirar en su dirección. Mi prioridad en este instante es comprobar el estado de mi mujer. La ayudo a incorporarse un poco y reviso la herida de su frente, que no aparenta ser muy profunda.

—¿Puedes moverte? —pregunto en voz baja.

—Creo que sí. Me duele el hombro, puede que me lo haya dislocado.

Saco el arma que llevo oculta bajo la americana y busco señales de movimiento en el exterior a través de las ventanillas. Todo parece tranquilo, pero Parker no ha vuelto y no pienso esperar a que lo haga. Abro un compartimento que hay bajo la alfombrilla a nuestros pies y extraigo dos pistolas más. Le tiendo una a Alba y me guardo la otra en la funda que llevo bajo la axila.

—Quédate agachada mientras compruebo que todo está bien ahí fuera. Vuelvo en un minuto.

—Alex… —se queja.

—No me lleves la contraria, Alba —la corto en tono tajante—. Sé que sabes defenderte, pero estás herida. Por favor, permanece dentro del coche. Será solo un momento.

No espero su respuesta, salgo del SUV y observo lo que nos rodea. Estamos en la periferia de la ciudad, en la carretera secundaria que lleva hasta la mansión y que apenas tiene tráfico,

menos a estas horas de la noche. El coche que nos ha envestido es un utilitario bastante común y se encuentra a unos cuantos metros de distancia, estampado contra el quitamiedos. Le sale humo del capó y desde aquí puedo distinguir la figura de un hombre en el asiento del conductor con la cabeza apoyada contra el volante. No se mueve y todo apunta a que hemos sufrido un accidente, pero entonces ¿dónde coño se ha metido Parker?

Observo el escenario que nos rodea y me mantengo alerta a cualquier sonido que llame mi atención. Todo permanece en calma, demasiado. El silencio que me envuelve es tan denso que parece artificial; la carretera está desierta y la nave industrial que hay a unos cincuenta metros de nosotros tiene las luces apagadas y no hay signo de vida en su interior. Levanto el arma sin bajar la guardia y sin hacer ruido para no delatar mi posición y saco el móvil para llamar a Parker, pero no obtengo respuesta.

Le envío un mensaje a Hughes con nuestra ubicación y, cuando guardo el teléfono, oigo un ruido casi imperceptible que procede del coche que nos ha embestido. Me agacho y, entre las ruedas del vehículo, descubro que al otro lado hay un cuerpo tirado en el suelo.

Me acerco con sigilo, tratando de permanecer agachado para no convertirme en un blanco fácil, y rodeo el coche con el arma siempre al frente.

—Joder —exclamo al descubrir que el cuerpo que yace inmóvil en el suelo, junto a la puerta del copiloto, es el de mi hombre.

Me giro rápido, apuntando en todas direcciones para encontrar al hijo de puta que está intentando jugar conmigo, pero estoy solo. Detrás de mí hay varias naves industriales, bastante separadas las unas de las otras y delante, al otro lado del quitamiedos, un montón

de árboles y arbustos en los que podrían haberse escondido un puñado de hombres.

Trato de aguzar los sentidos y casi puedo escuchar el latido de mi propio corazón. No parece haber nadie más a mi alrededor y el silencio absoluto que me envuelve me está poniendo los pelos de punta. Me acerco con cuidado hasta Parker y golpeo su pierna con mi zapato, pero no reacciona. Me agacho junto a él, sin dejar de mirar ni apuntar hacia todas partes, y suspiro aliviado al comprobar que tiene pulso.

De pronto, siento una presencia a mi espalda y me giro bruscamente lanzando el brazo izquierdo en modo de ataque. Todavía no me ha dado tiempo a reaccionar cuando noto una bala pasar junto a mi cabeza; por suerte, ni siquiera me ha rozado. El hombre que tengo delante vuelve a apuntarme, pero esta vez soy más rápido y le asesto un golpe que provoca que su arma salga disparada y caiga a una distancia considerable de donde nos encontramos.

Antes de que pueda apartarme lo suficiente, arremete contra mí de cabeza y choco de espaldas contra la carrocería del coche, lo que me provoca un fuerte dolor que me recorre la espina dorsal. Escucho el sonido de otro vehículo acercándose y, si creyera en algún dios, rezaría para que fuesen mis hombres y no más hijos de puta chinos como el que está tratando de matarme, pero sé que lo tengo difícil: Yue no atacaría con un solo activo.

Aprovecho mi cuerpo, bastante más grande que el de mi oponente, para empujarlo con fuerza y asestarle un puñetazo en el estómago que le hace caer al suelo. No me lo pienso, no puedo

permitirme perder ni un segundo, la vida de Alba está en juego. Levanto el brazo, apunto y le meto una bala entre ceja y ceja.

No me ha dado tiempo a respirar cuando escucho a Alba gritar mi nombre. Me giro al instante y lo que descubro me deja helado. Ella está a mitad de camino entre nuestro coche y mi posición, y a sus pies hay tres hombres heridos tirados en el suelo. Apenas pueden moverse y, aunque siento una enorme admiración por ella, otra emoción eclipsa mis sentidos: ira.

A la derecha de mi mujer, un hombre con el pelo rapado y complexión delgada la apunta con una pistola, firmando con ese gesto su sentencia de muerte. Comienzo a andar hacia ellos, pero su voz, demasiado fuerte para un cuerpo tan pequeño, me detiene en seco.

—¡Das un paso más y la mato! —grita fuera de sí.

Observo a Alba. No parece estar herida ni tampoco asustada. Mantiene la cabeza alta y los hombros erguidos, dejando ver al imbécil, que está más muerto que vivo, que no le tiene miedo alguno.

—Baja el arma —ordeno ignorando su amenaza mientras apunto con la pistola justo en el espacio de piel que queda entre sus ojos.

—Parece que no te has dado cuenta de que el que tiene la sartén por el mango soy yo. Si no haces lo que te digo, ella muere.

—No le escuches —interviene Alba, y gira la cabeza en su dirección—. Sé que Yue me quiere viva, se ha tomado demasiadas molestias para encontrarme y esta es la tercera vez que intenta secuestrarme. Si me matas, tu jefa se va a cabrear mucho.

Aprovecho la distracción para acercarme un poco más. Ahora apenas nos separan tres metros.

—¡He dicho que no te acerques! —vuelve a gritar el, y quita el seguro de su arma para demostrarnos que va en serio.

No le permito que perciba el miedo que ha comenzado a apoderarse de cada músculo de mi cuerpo y que se mezcla con algo más feo y reconocible. De reojo, veo que Alba trata de decirme algo, pero la rabia nubla mi mente y en lo único que puedo pensar es en las formas en las que voy a destrozar al hijo de puta que se está atreviendo a amenazarla. Imagino la sangre empapando su rostro y me impaciento.

Intento desviar su atención hacia mí.

—Bien. Bajaré el arma, pero tú dame algo a cambio.

—No, baja el arma ya o empiezo a disparar, joder —responde cada vez más alterado.

—¡No lo hagas! Te matará y me llevará a mí —responde Alba haciendo que nuestro atacante pierda los nervios.

Veo en sus ojos que está a punto de cometer una locura y mi instinto de protección toma el control, decidiendo por mí. Doy un salto para interponerme entre su cuerpo y el de Alba a la vez que aprieto el gatillo en su dirección.

El dolor que me atraviesa el vientre es agudo e insoportable y me hace pensar que quizá este sea mi final.

Caigo al suelo, fijo la mirada al frente y la veo a ella; su rostro está tan cerca que casi puedo sentir el calor de su respiración en mi piel. Sus labios tiemblan y sus dedos, enredados en mi cabello, me aferran a la vida y me provocan una satisfacción extraña.

Está viva y, aunque siento que me voy apagando poco a poco, sé que cada gota de sangre derramada merece la pena si es por ella.

—¡Ni se te ocurra cerrar los ojos! —susurra y, aunque noto cómo su voz se quiebra, me conmueve que no haya perdido su fuego, ese con el que siempre me ha desarmado—. Eres un cabezón, un mandón y un engreído. No me has dejado hablarte de lo que siento por ti en el restaurante, así que ni se te ocurra morirte ahora porque no pienso confesar que te quiero hasta que estés en plenas facultades.

Quiero responder.

Quiero levantar la mano y colocarla sobre su mejilla.

Quiero borrar las lágrimas que ha empezado a derramar.

Y quiero besar sus labios por si no puedo hacerlo más.

Sin embargo, soy incapaz de luchar contra la pesadez que ha conquistado mi cuerpo. Estoy exhausto, devastado y necesito rendirme, pero, aun así, sonrío al escuchar sus palabras. Ni siquiera sé si mis labios han realizado el gesto, pero en mi mente dibujo la sonrisa más grande que jamás he llegado a esbozar.

«Ella me quiere».

# 34

## ALBA

—Mierda, mierda, mierda. ¡No te atrevas a morirte! No puedes hacerlo, eres Abismo, ¿acaso lo has olvidado? ¡Eres inmortal! —le grito cuando cierra los ojos mientras yo hago lo posible por taponar la herida de bala en su estómago.

La sangre mana a borbotones y todo es culpa mía. Venían a por mí. Eran los hombres de Yue y yo he tardado demasiado en reaccionar y salir en su ayuda.

—¡Parker! —grito con todas mis fuerzas. No sé dónde está, pero, si aún respira, tiene que ayudarme a salvar la vida de su jefe porque yo sola no puedo y él no va a morir aquí.

Sigo gritando mientras las lágrimas me empañan los ojos y caen sobre la piel rojiza de Alex. Hay demasiada sangre.

Escucho el rugido de un motor y a duras penas consigo moverme lo suficiente para alcanzar la pistola que ha caído debajo del coche. Las manos me tiemblan, la escondo en mi regazo y no me giro para ver quién se acerca. No sé si tendré alguna oportunidad de defendernos o si este realmente será nuestro final, en una cutre carretera a las afueras de Vigo, lejos de la ciudad que considero mi hogar y separada de los compañeros a los que considero mi familia.

—¡Alba! ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

Escuchar la voz de Hughes me alivia durante un par de segundos, los mismos que tardo en recordar que Alex se encuentra entre la vida y la muerte.

No sé cómo hemos llegado hasta el hospital, todo es un borrón en mi cabeza desde que el coche empezó a zarandearse de un lado a otro hasta ahora.

Respondo las preguntas del doctor con monosílabos. Estoy bien, yo estoy bien. ¿Acaso no se dan cuenta de que no es en mí en quien deben centrar sus esfuerzos? Al final chillo, los insulto y hasta termino amenazando con matarlos si no salvan a Alex.

Hughes me recibe con un cálido abrazo en la sala de espera. Uno que siento que no merezco pero que necesito tanto como el oxígeno que entra con dificultad en mis pulmones. Los sollozos aparecen sin que sea capaz de acallarlos y controlan mi cuerpo mientras mi amigo aprieta más sus brazos a mi alrededor y susurra palabras que no comprendo. Cuando consigo contenerlos, nos sentamos en unas sillas de plástico azul y miro por primera vez a mi alrededor. Estamos en una sala pequeña, solo nosotros dos y algunos soldados de la familia vigilando la puerta.

—¿Sabes algo de él? —pregunto con miedo a que me diga aquello que no podré soportar.

—Lo están operando de urgencia. La doctora ha dicho que pueden tardar horas. Alba, ¿qué ha pasado? —pregunta con tiento, sosteniendo mi mano para darme fuerzas.

Cojo aire y comienzo a rebuscar en mi mente para recordar los detalles.

—Volvíamos del restaurante —respondo tratando de que mi voz no se rompa—. La noche había sido tranquila y nada nos hacía sospechar que podíamos sufrir un ataque. Parker conducía y otro coche nos golpeó por el lado derecho. Empezamos a dar vueltas y creo que perdí el conocimiento porque lo siguiente que recuerdo es a Alex despertándome. Yo… —Trago saliva con dificultad—. Fue culpa mía, Hughes, tardé demasiado en reaccionar. Tendría que haber salido antes del coche, haber estado preparada para lo que se nos venía encima.

—No puedes culparte de lo que ha pasado, Alba. Nadie tiene la culpa. Bueno, sí, esos hijos de puta que os atacaron.

—No lo entiendes. Esto es lo que hago. ¡Es lo que soy! —grito frustrada y enfadada conmigo misma como nunca antes lo he estado —. Formo parte de un equipo de élite y estoy entrenada para actuar rápido en este tipo de situaciones. ¿Y qué he hecho hoy además de cagarla?

—Mírame bien —afirma serio, colocando sus ojos a la altura de los míos—. Él se interpuso entre esa bala y tú y lo hizo para protegerte. Fue su elección.

—Entonces ¿por qué no consigo verlo de esa forma?

—Porque te duele y eso es algo que no puedes evitar. Sigue contándome, por favor.

—Me pidió que me quedara en el coche mientras él iba a comprobar qué había pasado, pero estaba inquieta, tenía un mal presentimiento. Me puse el hombro en su sitio como pude mientras se me saltaban las lágrimas por el dolor. Después, salí a buscarlo.

Había una calma extraña en ese lugar y eso activó mis alarmas. Cuando escuché un coche acercándose a toda velocidad, intenté esconderme, pero no tenía adónde ir si no quería ser descubierta, por lo que hice lo único que pude, agacharme al otro lado de nuestro SUV y comprobar que el arma que me había dado Alex estaba cargada. —Cierro los ojos, tratando de rememorar exactamente lo sucedido—. Tres hombres descendieron y di gracias a los duros entrenamientos a los que Lucas y Mark me han sometido durante los últimos años. Conseguí reducirlos. A quien no vi fue al hombre desgarbado y bajito que apareció de la nada y me apuntó a la cabeza con un arma cuando ya me sentía victoriosa. —Me sueno los mocos con el pañuelo que tengo entre las manos y que no sé cómo ha llegado hasta ellas—. Eso no debería haber pasado. Si ese tío no me hubiese pillado desprevenida…

—Va a estar bien —afirma sin dejar que termine la frase—. Si alguien puede salir de esta, ese es Alex. Créeme, lo he visto superar situaciones muy duras.

Sé que Hughes es mi amigo y que su intención es consolarme, pero sus palabras me parecen demasiado vacías en este momento.

—No me digas lo que quiero oír —gruño, separándome de él.

—Pero es que necesitas escucharlo. Alex no es un hombre cualquiera. No es la primera vez que se repone de una herida grave. Ni siquiera es la primera vez que tienen que sacarle una bala del cuerpo.

—¿Y se supone que eso debe consolarme?

—No te estoy consolando. Lo que quiero es que mantengas la esperanza y seas fuerte por los dos porque, una vez que Alex

despierte tras esa operación, va a necesitar a la Alba que nunca se rinde.

—Vale, odio cuando tienes razón. —Pienso en sus palabras y decido que voy a hacer eso, luchar—. ¿Puedes pedirle a alguien que me traiga el portátil? Creo que lo dejé sobre la cama antes de marcharme.

—Cuenta con ello. ¿Qué vas a hacer?

—Encontrar de una vez por todas a esa hija de puta. —Sonríe de medio lado y me da un apretón en la mano que todavía me sostiene —. Oye, ¿cómo está Parker?

—Le dieron un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento, pero se encuentra bien. Ha informado a Antón de lo sucedido y ahora está con Martiño cumpliendo con todos los refuerzos de seguridad que ha ordenado. Si te digo la verdad, creo que se ha vuelto un poco loco.

—No es para menos. No estaremos seguros hasta que Feng Yue deje de respirar.

Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad cuando aparece la doctora que estaba operando a Alex y la pequeña sonrisa en su gesto me llena de esperanza. Las noticias son buenas, mejores de lo que esperaba. La bala atravesó el músculo y rozó el intestino sin perforarlo, por lo que la cirugía ha sido relativamente sencilla. Eso no le evitará tener que permanecer un buen puñado de días ingresado, pero es mucho mejor que las atrocidades que habían pasado por mi cabeza.

Hughes no se despega de mí hasta que vuelven a llamarnos para confirmar que uno de nosotros puede entrar a verlo.

Me impresiona muchísimo encontrarlo así, tumbado en la cama, inmóvil y con varios aparatos médicos midiendo sus constantes vitales y administrándole la medicación que tanto necesita en este momento. El olor a antiséptico apenas me deja respirar y hace que se me revuelva el estómago.

Me acerco hasta quedar junto a la cama y rozo sus dedos con los míos, despacio. Me gustaría poder tumbarme a su lado y abrazarlo, pero tengo miedo de hacerle daño.

Apenas llevo unos minutos en la habitación cuando abre los ojos con dificultad y me quedo embobada observando el movimiento pesado de sus párpados mientras se acostumbra a la luz.

—¿Cómo estás? —pregunta con la voz ronca y entrecortada.

—Tiene gracia que seas tú quien me lo pregunte.

—Responde —insiste.

—Vamos, ¿en serio vas a seguir siendo un mandón después de que te acaben de sacar una bala del cuerpo? —Levanta una ceja y me mira con gesto impasible—. Eres odioso, ¿lo sabías? Y cabezón. Estoy bien y Parker también. El único que ha salido herido en el ataque has sido tú.

—¿Y la herida de tu cabeza?

Me llevo los dedos a la frente para tocar el apósito que me puso la enfermera hace horas. Solo me han dado unos puntos y apenas me duele.

—Ya ni me acordaba de ella, así que bien. Y ahora dime cómo estás tú. ¿Has hablado con tu médica? Dice que has tenido mucha suerte.

—De no haberte perdido. Anda, ven aquí —pide señalando un hueco a su lado de la cama. Me siento donde indica y coloco la mano sobre su pecho. Es extraño, pero sentir el latido de su corazón contra mi palma templa un poco la ansiedad que no me ha abandonado desde que he despertado de la inconsciencia en el coche—. Necesito que repitas lo que me has dicho antes —susurra en un hilo de voz.

—¿Cómo? —pregunto confundida.

—Después de que ese cabrón me disparase, cuando me pedías que no cerrara los ojos.

—Alex, no sé de qué me estás hablando —respondo sinceramente.

—De lo que sientes por mí. Lo he escuchado todo, pero ahora quiero que lo repitas mientras me miras a los ojos y no estás preocupada por si me desangro entre tus brazos.

—Yo no… —balbuceo. Con todo lo que ha pasado en las últimas horas, había olvidado el momento en que dije esas dos palabras.

—Tú sí —me corta sin darme opción. Estira su mano y lo veo esbozar una mueca de dolor cuando consigue colocarla en mi mejilla.

Me acerco un poco más para que no tenga que hacer ningún esfuerzo y cubro su mano con la mía, sujetando su peso.

«Dios, no sé por qué estoy tan nerviosa. Él me confesó sus sentimientos en el restaurante y creo que los míos son obvios desde hace tiempo».

Trago saliva antes de hablar.

—Quieres que te repita algo que ya sabes solo para hacérmelo pasar mal, pero en vista de que me has salvado la vida, creo que al menos te debo esto. Bueno, en realidad, te debo mucho más.

—Shhh. No digas eso jamás. Tú no me debes nada. ¿Ahora bien?

—Te quiero. —Sonrío como una boba al ver cómo sus ojos se tornan más brillantes y su sonrisa se ensancha.

—Yo también.

—Pero como vuelvas a interponerte entre una bala y yo, juro que te mato. —Empieza a reírse, aunque de inmediato, su gesto se tuerce en uno de dolor y me disculpo—. Mierda, voy a tener que controlar mis palabras.

—Ni de coña. Ahora acércate más. Desde este momento quedas contratada como mi enfermera personal.

—Como usted mande, jefe.

Me tumbo a su lado, con cuidado de no chafar ningún cable ni tocar las zonas de su cuerpo que están vendadas o muestran marcas, y aspiro su aroma, ese que no sabía que echaba tanto de menos.

—Eres mi hada de la suerte —susurra sobre mi pelo.

—Solo tuya —respondo conteniendo las ganas de abrazarlo como me gustaría.

# 35

## ALEX

Llevo once putos días encerrado en el hospital y estoy que me subo por las paredes. Lo único bueno de esta cárcel es que Alba no se ha movido de mi lado en todo este tiempo. Hughes es el encargado de traerle ropa de cambio y cualquier cosa que necesita para el día a día. Parece que se han hecho amigos de verdad y, aunque la idea sigue sin gustarme, no puedo arrebatarle eso a mi mujer. Aun así, no retiro la advertencia que le hice a mi hombre de confianza: como note siquiera una mirada fuera de lugar, morirá de la peor forma posible… y hallarán su cabeza separada del cuerpo, con una enorme «A» grabada en la frente.

Alba se pasa el día tecleando en su ordenador, buscando información que vincule a Feng Yue con la red de trata e intentando averiguar dónde se encuentra. Esa mujer ha copiado la estrategia de su hermano: no permanecer en el mismo lugar más de un puñado de días.

No sé cómo lo ha hecho, y sé que es absurdo preguntarle porque no entendería la mitad de lo que me explicase, pero Alba ha conseguido acceder a los registros de la Interpol y lo que ha

descubierto nos ha dejado sorprendidos, decepcionados y en el punto de partida: ellos tampoco tienen una mierda.

El otro día, en una de las muchas reuniones por videoconferencia que ha mantenido con su equipo desde que estamos en el hospital, Sombra anunció que su tío, la máxima autoridad en Atenea, ha compartido con ella un calendario de misiones que deberán cumplir durante los próximos meses. Alba está indignada con la noticia y, por lo que me contó, el resto de sus compañeros, incluida la propia Sombra, no se sienten mucho mejor. Precisan de todo su tiempo para planificar una estrategia que les permita dar caza a Yue porque, cada puto minuto que pasa, esa mujer se vuelve más y más poderosa. Han intentado hablar con Román y hacerle entrar en razón, pero insiste en que necesitan cumplir con lo que requieren los gobiernos que los apoyan y también el dinero que obtienen de esas misiones.

Yo hablé con Liam, cogió el jet y vino a visitarme al día siguiente del ataque a pesar de que le pedí que no lo hiciera. No podemos permitirnos dejar sola la Hermandad y arriesgarnos a que Yue nos ataque en ese momento, porque sí, estoy seguro de que también vendrá a por nosotros. Lo bueno es que la estaremos esperando y brindaremos todo nuestro apoyo a nuestras mujeres para acabar con esa puta loca.

Hoy por fin van a darme el alta, y la buena noticia es que mi hermano también volverá a casa en un par de días, lo que significa que pronto seré libre de marcharme a Londres con mi mujer.

Estoy sonriendo como el hombre feliz que soy. Sé que tengo muchos frentes abiertos, pero llegar a la mansión de la mano de

Alba me hace sentir algo especial que no puedo describir con palabras. Es como si el mundo entero me perteneciera.

Cuando me planto delante de la escalera blanca que termina en la puerta principal, el sentimiento de felicidad se desmorona un poco y da paso a una sensación desagradable de exposición. Ania baja a recibirme y me tiende un bastón, que miro con indiferencia y un poco de rabia. Soy consciente de que, además de Hughes y Parker, nos acompañan tres de los hombres de mi hermano y me niego a mostrarme vulnerable delante de ellos.

Cojo aire, decidido a enfrentarme a este primer reto con el orgullo intacto, pero antes de que pueda levantar la primera pierna, Alba me hace un gesto con la cabeza y me empuja ligeramente hacia la balaustrada. Comienzo a subir poco a poco, apoyado en el pasamanos a mi derecha y en la propia Alba a mi izquierda. Son solo nueve escalones, pero los siento como si estuviese escalando el Kilimanjaro. Un sudor frío me recorre la nuca y baja por mi espalda y creo que no soportaré más tiempo el dolor. Entonces ella vuelve a hacerlo. Me aprieta la mano y, cuando levanto la mirada, solo veo su sonrisa segura. Confía en mí.

Al llegar a la cima estoy exhausto; el cuerpo me pide doblarme sobre mí mismo y gritar de dolor, pero no puedo hacerlo. El silencio que nos rodea delata que todos están pendientes de mí, atentos a cada uno de mis gestos, esperando el menor atisbo de debilidad que les permita arañar una parte del poder que todo hombre vinculado a este mundo ansía. Alba capta mi atención al rodear mi cuello con sus brazos e inclinar la cabeza, ocultando nuestros rostros tras la cortina que forma su cabello.

—Ya está. Lo has hecho genial —susurra sobre mis labios y sonrío al entender lo que está haciendo.

—Joder, eres perfecta. Recuérdame que no te deje marchar nunca.

Quiero quedarme en el refugio que ella ha creado para nosotros un rato más, pero después de unos segundos, me obligo a separarme, consciente de que no estamos solos. Además, cuanto antes entremos en casa, antes podré tumbarme en la cama con Alba acurrucada a mi lado.

Apenas he dado un paso dentro de la mansión cuando un torbellino de pelo rubio se lanza a mis brazos, dejándome sin respiración y haciendo que mi cuerpo se tuerza hacia delante por el dolor. Creo que Antonella lo toma como un gesto de recibimiento hacia ella porque, en respuesta, me abraza más fuerte y pega su cara a la mía.

—Por Dios, Alex. No sabes lo que te he echado de menos. ¡Estaba tan preocupada! —exclama con las mejillas empapadas de lágrimas —. Pensé que habías muerto. No he dejado de preguntar por ti y nadie me decía absolutamente nada. —No se me escapa la mirada de reproche que le lanza a Ania—. Me han mantenido a oscuras y no me han permitido salir de esta casa ni para ir a cuidarte al hospital. Tienes que hablar con ellos, Alex. Lo he pasado tan mal… ¡Y ni siquiera me han dado tu número para llamarte!

«Joder. ¿Cómo he podido olvidarme de Antonella? ¿Y por qué nadie me ha dicho que estaba histérica preguntando por mí?».

Echo una mirada a mis hombres de confianza, que permanecen algo apartados del grupo, y les digo en silencio que tendremos una conversación al respecto. Parker parece acojonado, pero Hughes se

yergue y levanta la barbilla, como si estuviera orgulloso de sus acciones. Me parece que al final sí que voy a tener que ponerlo en su sitio.

Cojo las muñecas de Antonella para apartar sus manos, que todavía continúan en mi rostro, y las dejo caer a ambos lados de su cuerpo.

—Madre mía, ¿te he hecho daño? Soy una tonta, perdona. Yo…

—Antonella —la corto, pero ella sigue hablando como si nada.

—He pedido que te preparen una de las habitaciones del piso de abajo. No son tan espaciosas como la tuya, pero me he informado y, en tu estado, no deberías subir escaleras.

—Antonella —insisto y, en ese momento, veo que sus ojos se desvían a mi izquierda.

«Joder».

—Uy, perdona. Creo que no nos conocemos —afirma mirando a Alba y le planta dos besos en las mejillas que la dejan paralizada a mi lado—. Supongo que eres la enfermera de mi chico. Yo soy Antonella.

—Me parece que te equivocas conmigo —responde seria y tengo la certeza de que mi vida está a punto de volar por los aires sin que se me ocurra nada para evitarlo.

El corazón me late acelerado y, de pronto, el vestíbulo parece mucho más pequeño. Necesito reaccionar con rapidez y, sin embargo, las palabras se quedan atascadas en mi garganta. ¿Qué puedo decirle que minimice la jodida realidad?

Ambas mujeres se observan con curiosidad y, después de unos segundos, los ojos de Alba se clavan en la mano de Antonella, que

se encuentra ahora apoyada en mi hombro. «¿Cuándo coño la ha puesto ahí?».

Me agito incómodo para cortar el contacto y, cuando vuelvo a mirar a mi ratón, me doy cuenta de que no tengo ni puta idea de lo que está pasando por su cabeza. Alba me rehúye la mirada y se dirige a Antonella:

—Siento tener que dejaros, pero he de resolver algunos asuntos en mi habitación.

Mi prometida la mira poniendo morritos, como si le disgustara la situación, cuando la que debería estar echando chispas no es precisamente ella. Supongo que le molesta no saber quién es Alba ni por qué se mueve con esa libertad por la casa, como si fuese de la familia.

—Alba, antes de que te marches, necesito hablar contigo. A solas. —Mi tono no admite réplica.

Sé que he sonado demasiado duro, pero ahora mismo lo único que deseo es tener una conversación con ella y explicarle todo antes de que saque conclusiones precipitadas. Necesito dejarle claro que Antonella no es más que una imposición y que no siento ni jamás podré sentir absolutamente nada por ella.

Alza el rostro y trato de leer lo que dice su mirada. Veo el dolor que le provoca la situación, pero también capto decepción y sus ganas de mandarme a la mierda. Quiero cargármela al hombro, arrastrarla al despacho y encerrarla allí hasta que esté dispuesta a escucharme. Las manos me pican por la necesidad de hacer justo eso, joder. ¿Qué me lo impide? ¿Será el sentido común que nunca he tenido?

—Estoy demasiado cansada. Ya hablaremos en otro momento.

Se da la vuelta y yo me quedo inmóvil, observando sus pasos. Mis ojos no se despegan de ella mientras sube las escaleras que dan al piso de arriba y se pierde por el pasillo en el que se encuentra su habitación y también la mía.

Antonella se ha puesto a hablar como una cotorra y su voz comienza a darme dolor de cabeza, así que la corto de malas maneras y le pido a Ania que me diga cuál es mi habitación. La que fue mi ama de llaves tampoco parece estar muy contenta conmigo. ¡Y yo que pensaba que me habría echado en falta y me cuidaría como cuando era un niño!

—Te ayudo a instalarte —afirma Antonella colgándose de mi brazo como si fuera un peluche.

Me llevo dos dedos al puente de la nariz y masajeo la zona buscando una paz que no encuentro.

«No puedo rodear su cabeza con precinto ni encerrarla en el sótano, pero necesito hallar la forma de que se calle de una maldita vez».

—No.

—Pero yo… —musita.

—He dicho que no. —Mi voz suena fría y veo cómo sus ojos se tornan brillantes por las lágrimas que está a punto de derramar.

—Perdona, no quería molestarte —responde en un hilo de voz—. Es solo que he pasado todos estos días sola y preocupada por ti. Pensaba que podría ayudarte hasta que te sintieras un poco mejor. No me apartes, por favor.

—Joder. —Suspiro, frustrado. No es con ella con quien estoy enfadado, sino conmigo mismo por haber aceptado esta mierda de

compromiso—. No es culpa tuya. Solo me encuentro… cansado. Nos vemos en otro momento, Antonella.

—Lo entiendo. —Se acerca y se pone de puntillas para besarme en la mejilla—. Buenas noches, Alex.

No respondo. Me doy la vuelta y sigo a Ania hasta la habitación que ha preparado para mí en la planta baja. Ella no me dirige la palabra y, por sus movimientos bruscos y la dureza con la que me mira, sé que hay algo que la está molestando. Estoy a punto de preguntarle qué es, pero en el último momento, decido que ya he lidiado con suficiente mierda por hoy. Cuando me deja solo, me tumbo con cuidado en la cama y me tapo la cara con el antebrazo. La herida me duele horrores por el esfuerzo, pero lo que más me preocupa es la expresión que he visto en la cara de Alba justo antes de marcharse. La he decepcionado.

# 36

## ALBA

En los últimos dos días apenas he salido de mi habitación. Puede parecer infantil e incluso irracional que haya llegado hasta este extremo para no cruzarme con Alex, pero no me siento preparada para hablar con él y sé que, en cuanto lo vea, me exigirá que lo escuche. Y no quiero. No hay nada que pueda decirme que borre lo que vi el día que llegamos del hospital. Esa mujer, que apenas parece una adolescente, está colada por él, y la confianza con la que le hablaba y le tocaba me dice que entre ellos hay algo más que una amistad. Incluso se refirió a él como «mi chico»… No, no me estoy montando historias. Sé lo que escuché.

Alex es tan cabezota que esta mañana ha subido la escalera y ha tocado a mi puerta. Como ya había imaginado que podría hacerlo, me he anticipado y se la ha encontrado cerrada con llave. Me ha gritado que se quedaría en el pasillo hasta que le abriera, pero creo que después de unas horas se ha cansado de esperar y se ha marchado.

Me dijo que me quería. Y me lo ha estado repitiendo una y otra vez durante los once días que he permanecido a su lado en el hospital, cuidándole, mientras él tenía a otra mujer metida en casa.

Me duele que no me haya hablado de ella, sea quien sea esa chica con cuerpo de infarto y mirada angelical que lo abrazó como si lo hubiese echado de menos. Mi subconsciente me juega malas pasadas y evidencia que es alguien importante en su vida. Al fin y al cabo, vive en su casa, lo abraza, lo toca y lo reclama. Mi parte racional me dice que debería dejar de hacer conjeturas y preguntarle directamente a él… Lo haré, juro que lo haré, pronto.

Me levanto temprano —hoy tampoco he dormido una mierda— y me escabullo por los pasillos de la mansión tratando de no hacer ruido para no ser descubierta. Todavía no ha amanecido, así que no me cruzo con nadie hasta llegar al gimnasio, donde encuentro a Hughes corriendo sobre una cinta.

—Hombre, pero si es mi amiga la desaparecida en combate —exclama bajando de la máquina mientras se seca la frente con una toalla. Me observa unos instantes y su expresión cambia a una de preocupación—. Joder, qué mala cara traes.

—Gracias, tú también estás guapo —respondo sin apenas mirarlo y señalo la zona de colchonetas que usamos a veces para entrenar —. Peleemos un poco, a no ser que ya te hayas cansado —lo pico.

—Te recuerdo que todavía me estoy curando de una lesión.

—¡Serás quejica! Eso fue como hace cien años. Venga, prometo ser suave contigo.

—Tú ganas, aunque solo sea para no parecer un llorica. ¿Y esa cara que traes?

Nos ponemos los guantes de boxeo y comenzamos a lanzar golpes flojos para calentar.

Creo que me va a venir bien habérmelo encontrado.

—No sé, ¿podrías dormir tú a pierna suelta en mi lugar?

—Yo… No sé qué decirte —responde apurado, y aprovecho para darle un puñetazo en el costado que no esquiva porque no lo ve venir.

—Venga, tu jefe es un gilipollas, no lo seas tú también. ¿Desde cuándo sabías que había otra mujer en su vida?

—Joder, Alba. Sabes que en la Hermandad la lealtad lo es todo. No puedo contarte lo que sé. No puedo hablarte de él.

Me detengo, dejando que mis brazos cuelguen a cada lado de mi cuerpo como dos pesos muertos, y lo miro a los ojos, permitiendo que vea una parte de mí que no suelo mostrar al mundo. Una más frágil.

—Solo quiero que me digas hasta qué punto he hecho el ridículo colándome por Alex.

Sigue sin pronunciar palabra y su silencio dice más de lo que calla.

Tengo ganas de llorar. No me he permitido hacerlo en los últimos días y, sin embargo, al expresar en voz alta parte de lo que siento, mis ojos han decidido actuar por su cuenta y empañarse hasta emborronar mi visión. Lucho con fuerza para no permitir que caiga ni una sola lágrima.

—Mierda. La traición se paga con la muerte, lo sabes —gime, y yo giro la cara a un lado, tratando de evitar que note lo que me duele su negativa.

—De acuerdo, ya me ha quedado claro dónde están tus lealtades —sentencio, dando por terminada la conversación.

Ya no me apetece seguir aquí. Sé que no estoy siendo justa. No puedo pedirle que traicione a los suyos por mí y, sin embargo, es lo que acabo de hacer. Me he tragado el orgullo, me he abierto y… no ha servido de nada. Me siento patética y egoísta.

—Vamos, Alba, no digas eso. Eres mi única amiga, pero él…

—Lo he entendido —lo interrumpo, y decido seguir lanzando puñetazos como si la conversación no hubiese tenido lugar, solo que esta vez golpeo más y más fuerte. Él únicamente se defiende y eso me cabrea todavía más—. ¿Quieres atacar de una vez? Es bastante aburrido pelear contra un muro, ¿lo sabías?

—Alba, para. —No solo no le hago caso, sino que intensifico los ataques y él los esquiva como puede, pero no me devuelve ni uno de los golpes. Estoy enfadada, frustrada y cansada de esta situación —. Para, por favor.

—Joder, entiendo que no quieras contarme nada, pero ¿ahora tampoco puedes entrenar conmigo? —grito asestándole una serie de varios puñetazos que lo hacen retroceder—. ¿Sabes qué? —Freno de golpe—. ¡Que no estoy segura de querer a un amigo como tú! —escupo con rabia y me doy la vuelta para marcharme.

Tiro los guantes al suelo y me alejo de él. Sé que estoy siendo irracional, pero siento tanta rabia que no puedo recular y mucho menos disculparme ahora.

Necesito estar sola y pensar.

—Alba, yo…

La tristeza en su voz me hace darme la vuelta y lo freno antes de que él también cometa un jodido error y diga algo de lo que después se arrepentirá.

—No sigas. —Me paso una mano por la cara—. Lo que acabo de decirte no es justo —admito—. Somos amigos, pero él también es alguien importante para ti y no puedo obligarte a elegir entre los dos. Te prometo que nuestra amistad no cambiará después de hoy, de esta conversación, aunque… Creo que es mejor que esté sola en

este momento. Al parecer, los celos me convierten en alguien a quien no reconozco. Nos vemos más tarde.

Estoy cruzando el umbral de la puerta cuando su voz detiene mis pasos.

—Es su prometida. Una princesita mimada de la mafia sin sustancia ninguna.

Siento el dolor del golpe y cierro los ojos con fuerza al darme cuenta de que la realidad es mucho peor de lo que había imaginado. Puedo competir con una exnovia que busca una reconciliación, incluso puedo deshacerme de una amante esporádica, pero… ¿su futura esposa? ¿Cómo ha podido engañarme así? ¿Cómo ha podido decirme que me quiere cuando va a casarse con otra?

No respondo. Tampoco me giro para mirarlo porque sé que estoy a punto de romper a llorar y que, si empiezo, no habrá nada que lo detenga.

Hughes intenta añadir algo más, pero no quiero escuchar cómo trata de defenderlo, no puedo. Lo callo levantando la mano y deshago el camino que he trazado hace apenas una hora, despacio, pero con paso firme y la cabeza alta. No dejaré que nadie vea lo humillada y hundida que me siento por dentro.

En cuanto me encuentro a salvo de miradas en el interior de mi habitación, pongo el seguro en la puerta, apoyo la espalda en ella y me dejo caer al suelo mientras revivo en mi mente cada minuto compartido con él.

No entiendo por qué se acercó a mí, por qué me ha estado buscando ni el motivo por el cual no me avisó de que su futura mujer lo estaba esperando antes de llegar a la mansión. Joder, ella es la que tendría que haber permanecido a su lado en el hospital

todo este tiempo y, sin embargo, ¿la tuvo encerrada? Siento que he estado viviendo una mentira y que apenas conozco al hombre al que amo y que recibió una bala por mí.

Pudo haber muerto por salvarme.

¿Cómo se le ocurrió hacer algo así mientras ella lo esperaba preocupada? ¿Cómo ha podido engañarme tanto?

Hundo la cabeza entre las manos y lloro. Lo hago de esa forma en la que te tiembla el cuerpo y notas que no recibes aire suficiente para llenar tus pulmones. Quiero desaparecer, pero, sobre todo, quiero borrar de la memoria las últimas semanas desde que me subí a aquel maldito yate propiedad de Liam Brown. Quiero eliminar el recuerdo de sus manos acariciando mi piel y esa forma suya de mirarme que me hace sentir lo más importante de su jodido mundo. Quiero parar el dolor que experimento en el pecho, como si mi corazón hubiese comenzado a romperse, y quiero dejar de amarlo porque hacerlo duele demasiado.

No sé durante cuánto tiempo permanezco perdida en el llanto e intentando adivinar por qué me ha hecho esto, pero cuando ya no me quedan lágrimas me doy cuenta de que no puedo seguir ni un minuto más en esta casa.

Abro mi portátil, reservo un vuelo para esta misma tarde y llamo a Mark mientras comienzo a guardar mis cosas en la maleta.

—Hola, feo —digo tratando de sonar animada—. ¿Puedes recogerme en Heathrow sobre las diez y media esta noche?

—¿Vas en serio? ¿Qué ha pasado? —pregunta extrañado, y no me sorprende. Desde que regresé de la misión en Estambul, no he mostrado interés alguno en volver. De hecho, les dije que era

probable que tardara más de la cuenta debido a lo sucedido con Alex.

—Que ya es hora de que regrese a casa, ¿no crees? Yue no ha dado señales de vida desde el último intento de secuestro y, puesto que ya me ha localizado aquí, creo que corro menos peligro en casa, cerca de vosotros.

—¿Sombra lo sabe? —pregunta, todavía no muy convencido.

—Aún no. Se lo diré antes de subirme al avión, pero estoy segura de que me entenderá.

—No creo que le parezca bien que lo hayas decidido sin consultarle antes. —Guardo silencio y esto le da tiempo a pensar—. ¿Qué te ha hecho ese puto psicópata?

—Como te escuche llamarlo así vas a tener que correr muy rápido —respondo, y sonrío ligeramente.

—¡Me importa una mierda! Si te ha hecho daño, ni sus técnicas de tortura ni esa «A» ridícula que dibuja en los cuerpos que destroza le van a servir de nada. Pienso llenarle la casa de explosivos. Saltará en pedacitos antes de que pueda darse cuenta de lo que pasa.

—No es nada, Mark. Solo que este no es mi lugar.

—En eso estoy de acuerdo contigo —resopla.

—Entonces ¿vendrás a por mí?

—Cuenta con ello.

La línea se queda en silencio durante unos segundos y, después, susurro un simple «gracias» antes de colgar.

Termino de cerrar la cremallera cuando llaman a la puerta de mi habitación. No respondo por miedo a que sea él, pero entonces escucho la voz de Ania pidiendo que le abra solo un momento.

Escondo la maleta debajo de la cama y entorno la puerta lo justo para que solo pueda verme a mí y no darse cuenta de que mis cosas están recogidas.

—Alex te espera en su despacho ahora —afirma con ese tono de voz que recuerdo bien de cuando era niña. Era el que utilizaba cada vez que me repetía las normas de la casa o cuando me reprendía por cualquier nimiedad. Un tono que en sí mismo se asemeja a una orden.

—Ya. Puedes decirle a tu jefe que siga esperando.

Su gesto se tuerce en una mueca de disgusto.

—Sabes que no es de tener mucha paciencia y ayer no le sentó bien que rechazaras reunirte con él.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —la reto cruzándome de brazos, cansada de toda esta pantomima—. ¿Quién es la chica que se le echó a los brazos cuando llegamos del hospital el otro día?

Ania endurece la mirada, como si estuviese tentada de regañarme como lo hacía cuando era pequeña.

—Eso tendrá que explicártelo él cuando lo considere necesario.

—Siempre tan fiel… La perfecta Ania —escupo con un veneno que no soy capaz de retener dentro por más tiempo. Ella lo sabía. Esta mujer lo sabe todo en esta casa. Y no me lo dijo.

—Aunque no lo creas, esta vez estoy de tu lado —afirma sorprendiéndome—, pero no eres una cobarde, Joana, nunca lo fuiste. Arréglate un poco la cara para que no note que has llorado por él, entra en su despacho con la cabeza bien alta y enfréntalo.

Lo pienso durante unos segundos, después asiento despacio y vuelvo a mi habitación para prepararme. Ella tiene razón. Merezco

respuestas, merezco una maldita explicación y no huir de aquí con el rabo entre las piernas como si fuese yo la que ha hecho algo malo.

# 37

## ALEX

Estoy al borde del colapso. He intentado darle espacio y ayer estuve a punto de tirar abajo la puerta de su habitación, pero no lo hice. Me contuve y me quedé allí durante dos horas, esperando que valorase el esfuerzo que estoy haciendo y accediera a hablar conmigo. No ha servido de nada. Ser paciente no está funcionando y no es que se me dé demasiado bien. Así que esta será la última vez que envíe a Ania a buscarla. Si no baja por su propia voluntad, la obligaré a escucharme.

Miro el reloj. Han pasado quince minutos desde que di la instrucción de avisarla y todavía no hay señales de que vaya a venir. Me levanto, observo el escritorio y coloco correctamente uno de los bolígrafos. Cuando compruebo que todo está en su sitio, suspiro y me enderezo, preparándome para ir a por ella. Pero antes de que pueda moverme, tocan a la puerta y la mujer que me está volviendo loco aparece ante mí. Lleva el pelo suelto y uno de los conjuntos que utiliza para entrenar. Las mallas se pegan a su cuerpo como una segunda piel y me imagino cómo sería inclinarla sobre mi escritorio y follarla hasta que volviera a mirarme como si yo fuese su puto mundo.

—Acércate —le pido, y coloca las manos en sus caderas, dejando claro que no tiene pensado seguir mis órdenes—. Joder, Alba, ¿podemos olvidarnos de tonterías y hablar de lo que pasó el otro día?

Me mira escéptica y sé que está conteniéndose para no gritar.

—Es curioso que ahora quieras hablar cuando te has estado callando bastantes cosas durante las últimas semanas, pero está bien, habla.

—Sentémonos. No es una historia corta.

No me responde, pero se acerca y toma asiento en una de las butacas que hay frente al escritorio. Lo cuento como una victoria. Dejo que el silencio fluya unos segundos entre nosotros, buscando que baje un poco sus defensas, pero solo he conseguido que se ponga nerviosa.

—¿Vas a empezar ya?

—No hace falta que te cuente que el año pasado estuvimos envueltos en una guerra contra Feng porque quería apropiarse de Amapola antes incluso de que esta saliera a la venta. Como sabes, las funcionalidades de esta nueva arma se mantuvieron en secreto hasta el día de la presentación, pero Feng creyó que podía robárnosla.

—Te agradecería que no me contases cosas que ya sé —exclama cruzándose de brazos.

—El poder de su organización era superior al de la Hermandad —prosigo ignorando su pulla—, y cuando Feng cometió el error de secuestrar a Sombra, Liam se volvió loco e inició una guerra. Buscamos aliados, pero no era suficiente para asegurar la victoria, así que mi primo decidió pedirle ayuda a Matteo di Luna.

—¿Debería sonarme el nombre? —pregunta con chulería.

—Debería. Es el *Capo di tutti i capi* de la Cosa Nostra. Vive a caballo entre Palermo y Roma y, sin duda, es el hombre más temido y con más poder no solo de Sicilia, sino de toda Italia.

—Joder, ¿hacéis negocios con esa gente?

—No de forma habitual, pero mi primo es de los que piensan que hay que tener amigos en todas partes y, en esta ocasión, he de admitir que nos vino bien.

—Vale, digamos que me parece maravilloso que los mafiosos juguéis a ser amigos, pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

Suspiro y le lanzo una mirada reprobatoria. Espero que se dé cuenta de que estoy comportándome con mucha paciencia porque odio que me interrumpan mientras hablo.

—Matteo accedió a prestarnos toda la ayuda que necesitábamos y, a cambio, pidió que Liam se casara con su hija.

—¿Que hiciera qué? Pero ¿sois conscientes de que estamos en el puto siglo XXI? —exclama con los ojos muy abiertos.

—Yo también me sorprendí al principio y creí que el viejo estaba gastándonos una broma. Pero los italianos siempre han sido extremadamente tradicionales. Para ellos, la familia es sagrada y tienen fama de negociar alianzas matrimoniales con el fin de unir familias y, así, ganar poder y aliados.

—Putos mafiosos tarados. Menos mal que Liam no aceptó semejante locura.

—No podía. En aquel momento ya estaba loco por Vega y no iba a renunciar a ella ni aunque lo matasen. Tampoco podía rechazar la propuesta de Matteo, el capo lo habría tomado como una ofensa y te

aseguro que se la habría cobrado con sangre. No tuvo otra opción que pedirme que ocupase su lugar.

Entrecierra los ojos, como si estuviese dándole vueltas a lo que acabo de decir, cerciorándose de que ha entendido bien.

—No me jodas. Dime que no acep… —Las palabras mueren en su boca cuando ata cabos.

—Es justo lo que estás pensando. Antonella es la hija de Matteo. No tuve opción, Alba. Si hubiese dicho que no, en el mejor de los casos, nos habría dejado salir con vida de Italia, pero nunca habríamos conseguido la fuerza que necesitábamos para atrapar a Feng.

—Te recuerdo que fuimos nosotros quienes lo capturamos.

—Lo sé, pero el trato ya estaba sellado. Matteo nos proporcionó su apoyo y yo entregué lo más valioso que tenía: mi palabra. En aquel momento no me pareció algo relevante, no tenía a nadie en mi vida. Nunca había existido alguien que me importase lo suficiente hasta que apareciste tú. —Baja la cabeza para huir de mi mirada y tengo ganas de plantarme delante suyo y besarla hasta que no pueda pensar en otra cosa que no sea yo—. La Hermandad me necesitaba, Liam me lo había pedido como mi primo, no como mi jefe, y no pude negárselo. Si te soy sincero, jamás me había imaginado a mí mismo enamorándome y formando una familia, así que no le di tanta importancia como debería. Dime que lo entiendes.

Su mirada vuelve a mí, desafiante, dura.

—Lo único que me queda claro es que Antonella es tu futura mujer.

—¡Por deber, no por amor! —exclamo alterándome y hago una respiración profunda antes de continuar hablando—: No sé cómo

salir de esta, Alba. Te juro que no quiero casarme con ella, pero rechazarla supondría una ofensa para una de las mafias más poderosas de toda Europa y no solo tendría repercusiones para mí, sino también para Liam, para la Hermandad.

El silencio nos envuelve durante unos segundos y albergo la esperanza de que reflexione y comprenda la situación en la que me encuentro.

Busco en sus ojos, en su expresión, pero no encuentro nada que me oriente, y me siento cada minuto más perdido.

—Entonces, está todo dicho —afirma levantando la mirada para clavarla en la mía—. Me habría gustado enterarme por ti, eso no te lo voy a negar, pero, en definitiva, esto es lo que es y no se puede cambiar.

—Me alegro de que lo entiendas.

Me levanto de la silla y noto un pinchazo en la herida. Todavía me duele cuando hago algún esfuerzo o permanezco en la misma posición durante un rato, pero intento olvidarme de que existe. Me acerco a Alba y ella se levanta también. Sus ojos grises no brillan con el fulgor de siempre y, antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, envuelvo su cara entre mis manos y pego mis labios a los suyos.

Se aparta de golpe, empujando mi pecho con ambas manos, y me mira con los ojos muy abiertos, como si la hubiese insultado o algo peor.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Acabo de explicarte que no la quiero, que ella no es la mujer que he elegido.

—Ya. ¿Y qué esperabas con esa confesión? ¿Que siguiéramos acostándonos juntos como si nada? —pregunta ofendida.

—¿Acostándonos? —bufo—. No es solo sexo lo que quiero contigo, Alba, te lo he dejado claro un millón de veces.

—Pues explícame lo que me estás proponiendo si no es solo follar, porque, que yo sepa, después de haberte comprometido con esa mujer por voluntad propia, no tienes más qué ofrecerme.

—¡Joder, ayúdame un poco! —exclamo alterado, empezando a ver esta conversación como un callejón sin salida.

—¿Que te ayude? ¿Y cómo podría ayudarte yo exactamente? —Sus ojos se abren de par en par cuando una idea pasa por su cabeza —. Alex, dime que no me estás pidiendo que sea tu amante.

—En realidad, Antonella sería la otra. No es a ella a quien quiero, lo sabes —trato de explicarle, desesperado.

—¡Pero sería a ella a quien llevarías de la mano y a quien presentarías a tus amigos como tu mujer! Y mientras tanto, ¿qué lugar ocuparía yo? ¿Tendría que esperarte en un picadero con las piernas abiertas para que me follases cuando te cansaras de ella? —escupe con rabia—. ¿Y qué harías? ¿Ponerme un piso y pagar todos mis caprichos? ¿Avisarme tras dejarla en casa y venir a verme a escondidas? ¡Y una mierda! No seré eso ni para ti ni para nadie.

Está furiosa y sé que la estoy perdiendo. ¿De verdad va a rendirse sin luchar? ¿En serio me dejará solo en esto?

—Entonces ¿qué sugieres? ¿Que lo olvidemos todo? ¿Que mandemos esto a la mierda? Me dijiste que me querías, joder. ¿Dónde ha quedado eso? —replico enfadado.

Me observa con rabia y, antes de que abra la boca, sé que sus siguientes palabras van a doler.

—Te quiero, Alex. Pero no lo suficiente como para destruirme por ti —afirma en un tono de voz neutro que me molesta más que los reproches que me ha lanzado hace un momento.

Se encuentra a solo un par de pasos de distancia, pero la siento a años luz.

—Sé que no puedo ofrecerte lo que te gustaría tener, pero déjame intentar buscar una solución. Hablaré con ella, le contaré todo. Te juro que no voy a tocarla. Nuestro matrimonio será solo una pantomima de cara a su padre.

—Y cuando él te exija un nieto, ¿cómo lo harás? Porque sé lo suficiente de vuestro mundo para entender que este tipo de alianzas requieren herederos.

—Nunca prometí descendencia.

Su mirada plateada se clava en mis ojos, como si buscase algo en ellos. No sé lo que es, pero sí estoy seguro de lo que va a encontrar: amor y lealtad.

Después de unos segundos que se hacen eternos, se tapa la cara con ambas manos, respira profundamente y las aparta, irguiendo los hombros, como si acabase de tomar una decisión irrevocable.

—Alex, lo entiendo. —Su tono de voz es pausado y ya no hay rastro de la rabia anterior—. Estás atrapado en este matrimonio de por vida y lo siento de verdad, pero… Si aceptase lo que me propones, sé que acabaría odiándome a mí misma, quizá no al principio, pero sí con el tiempo. Y, seguramente, también te odiaría a ti. Prefiero dejar las cosas como están. Al menos, ambos nos llevaremos un bonito recuerdo.

Al pasar por mi lado, creo que va a cambiar de opinión. Su andar se ralentiza y contengo el aliento cuando noto que gira ligeramente

la cabeza hacia mí. Un segundo después, el momento se ha esfumado y ella continúa su camino con la mirada al frente.

Me doy la vuelta y la observo alejarse. En el instante en que abre la puerta del despacho, sé que ha tomado su decisión, aunque yo también he tomado la mía.

—Alba. —Mi voz es baja, firme—. Puedes intentar distanciarte si quieres…, pero no te equivoques, no pienso renunciar a ti.

No se gira, no responde. Solo tensa la espalda y sale del despacho de mi hermano.

La dejo marchar.

Entiendo que necesita asimilar mis últimas palabras, porque si algo tengo claro es que lo nuestro no termina aquí.

# 38

## ALBA

Las lágrimas comienzan a derramarse por mis mejillas en cuanto piso el primer escalón que me llevará de vuelta a la planta de arriba.

Lejos de él.

No quiero que nadie me vea en este estado, así que corro y subo los escalones de dos en dos. Entro en mi habitación y me aseguro de cerrar la puerta con pestillo.

«No pienso renunciar a ti».

Sus últimas palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez. Su tono era firme, como si estuviese totalmente convencido de lo que estaba diciendo. Como si pudiese decidir por los dos o borrar el hecho de que tiene una responsabilidad con Antonella que no puede eludir.

Cierro los ojos y me apoyo en la pared que hay junto a la puerta. Me digo que será solo un momento, el tiempo justo para coger la fuerza que necesito para hacer lo que debo.

«No pienso renunciar a ti».

Lo peor de todo es que una parte de mí desea creerle; quiere pensar que luchará por mí, por nosotros; que encontrará la manera de que estemos juntos. Es esa misma parte que se aferra a sus «te

quiero» y se olvida de que él ha estado ocultando algo importante durante todo este tiempo.

Pero no puedo.

Abro los ojos, inspiro de forma profunda y me obligo a ser fuerte.

Saco la maleta que he escondido debajo de la cama y meto el neceser que tenía preparado en el baño. El portátil y los cargadores ya están dentro de la mochila que me cuelgo al hombro.

Desde el móvil, abro la aplicación que me da acceso al sistema de videovigilancia de la mansión. El primer día que llegamos, me colé en el sistema informático de Antón gracias a Anémona Azul. No me resultó complicado acceder a todas sus claves de seguridad y no, no lo hice porque desconfiase de Alex o de su hermano, sino porque no iba a dejar mi seguridad en manos de unos hombres a los que no conocía de nada.

Reviso las cámaras una por una. Alex sigue encerrado en su despacho. Allí no hay cámaras, pero sí en el vestíbulo y he comprobado que la puerta no se ha vuelto a abrir desde que yo salí por ella. Estoy segura de que piensa vigilarme de cerca, pero ahora mismo todavía debe de estar pensando en lo que acabamos de hablar. Es por eso que necesito actuar rápido.

Voy pasando las imágenes de las distintas cámaras: veo a Ania ocupada en la cocina y a una chica limpiando la habitación contigua a la mía. Por lo demás, la casa está vacía. Paso a controlar el exterior. Un hombre en la garita de acceso a la propiedad; si no recuerdo mal, su nombre es Antonio y es bastante agradable. También localizo a dos soldados haciendo guardia cerca de la entrada de la casa y dos más en la parte de atrás. Lo único que me preocupa es no saber dónde están Martiño ni la princesa de la mafia.

Miro mi reloj y me doy cuenta de que, si quiero llegar al vuelo que tengo reservado, no podré esperar mucho más.

«Es ahora o nunca».

Desvío algunas cámaras y programo una grabación para las que son fijas: durante quince minutos, si alguien revisa los monitores, estos mostrarán vídeos anteriores en los que yo no aparezco. Puede que esté siendo paranoica y todo esto resulte innecesario, pero prefiero asegurarme de que Alex descubre mi huida cuando ya sea demasiado tarde. No pienso subestimarle.

Cojo la maleta y la llevo a pulso para no hacer ruido. Salgo de la habitación; camino con la espalda pegada a la pared del pasillo, como si estuviera en medio de una misión, y doy gracias a las horas de entrenamiento con Lucas y Mark durante los últimos años.

Llego al piso de abajo en un par de minutos y, tal como esperaba, encuentro la puerta del garaje abierta. Al entrar, observo los coches y mi mirada va directa a uno en concreto: el Porsche 911 Spirit 70 me recuerda a Alex y me hace ojitos en la distancia.

«Si voy a huir de aquí, será a lo grande».

Acaricio la carrocería con la yema de los dedos, abro la puerta y me siento al volante como si esta preciosidad me perteneciera. Cierro los ojos un momento y rememoro la sonrisa pícara que Alex mostraba aquella noche mientras acercaba la mano a mi cuerpo con claras intenciones.

Vuelvo a abrir los ojos de golpe. No debo pensar en él y, definitivamente, no puedo perder tiempo.

Mis expectativas se van a la mierda cuando presiono el botón de arranque y no pasa absolutamente nada. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el llavero inteligente no está por ninguna parte.

Sin embargo, no puede andar lejos si he podido abrir el coche. Salgo y me dirijo al siguiente vehículo y después al siguiente. Ninguno tiene llave, mando ni tarjeta que los haga funcionar. Tampoco está la caja con los recambios que recuerdo haber visto la vez anterior sobre una estantería.

Comienzo a buscar en armarios y cajones y, estoy maldiciendo por lo bajo, preguntándome si sería capaz de entrar en el sistema operativo de alguno de estos coches y arrancarlo en pocos minutos, cuando escucho una puerta cerrarse y una risita femenina. No me da tiempo a esconderme antes de que la puerta del garaje se abra y aparezcan frente a mí Antonella y uno de los guardias.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta ella en un tono que no se parece en nada al que utilizó la única vez que la he visto en persona.

—No, solo he bajado aquí a ordenar un poco —suelto con sarcasmo, y señalo el desastre que yo misma he creado buscando los malditos mandos—. Como ves, sirvo un poco para todo.

Me observa de arriba abajo, evaluándome, y pone morritos antes de hablar.

—Mira, no te voy a engañar. No sé qué lugar ocupas en la vida de Alex, pero voy a casarme con él y eso es algo que va a ocurrir le pese a quien le pese. Cuando papá me envió aquí tuve miedo de lo que encontraría. Solo había visto una vez al hombre al que me había prometido, pero la gente habla y las cosas que escuché sobre él… —Traga saliva y me pregunto si puedo hacer algo para que se marche sin dar la voz de alarma sobre mi huida.

—No entiendo por qué me cuentas todo esto.

Se retuerce los dedos nerviosa y me mira a los ojos de forma tímida.

—Ya termino. La cuestión es que cuando lo conocí un poco más me di cuenta de que no es tan malo como lo pintan. Es un hombre educado, considerado y me trata bien. No puedo pedir a alguien más indicado que Alex como futuro marido, así que he decidido intentarlo. No voy a decir que lo amo, es pronto para eso, pero sé que no me costaría hacerlo y creo que puedo conseguir que él se enamore de mí.

Tengo ganas de cogerla del pelo y sacarla a rastras de la casa. Seguro que lloraría y llamaría a su papi. ¿De verdad hay mujeres que pueden estar contentas con un matrimonio arreglado? ¿No cree que pueda elegir por sí misma? En fin, es su problema y yo ya tengo los míos.

Reviso la hora en mi reloj. Me estoy quedando sin tiempo.

—Mira, es bonito que tengas las cosas tan claras, pero sigo sin saber qué relación guarda eso conmigo.

—Él está encaprichado de ti. Puedo verlo, no soy tonta.

—Tú lo has dicho, soy solo un capricho, no tienes de qué preocuparte. —Las palabras escuecen al salir, pero a esta chica no le falta razón. No puedo evitar que este matrimonio se celebre y tengo claro que no seré la otra, así que se lo pondré fácil—. Voy a serte sincera y espero que me ayudes porque esto nos interesa a las dos. Estaba a punto de marcharme, pero he sufrido un pequeño contratiempo.

—¿Marcharte? Te refieres a… ¿para siempre? —pregunta sorprendida, y veo algo en su mirada que me hace dudar de si es tan inocente como aparenta o todo esto no supone más que una fachada.

—Del país —aclaro—. Pensaba salir de la mansión en uno de los coches, pero no encuentro los mandos.

—Él puede llevarte a donde quieras —afirma rápido, señalando al guardia que permanece en silencio, un paso por detrás de ella. Elevo las cejas dudosa. No conozco a ese hombre y no voy a confiar en él sabiendo que trabaja para Antón.

—No necesito que alguien me lleve y no me fío de nadie.

—Se llama Filippo y no trabaja para Alex ni para su hermano, sino para mí. Bueno, quiero decir, para mi padre —rectifica.

—Encantada de conocerte, Filippo, pero prefiero conducir yo misma. Si uno de los dos me consigue un coche, me iré en este momento y no tendréis que volver a verme nunca.

Antonella y su guardaespaldas comparten una mirada cómplice. Ella le hace un leve asentimiento de cabeza y él saca de su bolsillo el mando electrónico de un coche.

—Es aquel de allí —exclama señalando un SUV bastante corriente mientras me tiende el mando.

—Gracias —susurro antes de darme la vuelta.

—Gracias a ti, Alba. Por ponerme las cosas tan fáciles.

Me marcho sin mirar atrás. El guardia de la entrada apenas me echa un vistazo y me abre la barrera. Supongo que su objetivo se basa más en controlar quién entra y no quién sale de la propiedad.

Llego al aeropuerto en veinte minutos. Dejo el coche en el aparcamiento de corta estancia y voy directa a pasar el control de seguridad. Si Alex llegara a enterarse de que estoy aquí, este control al menos me haría ganar tiempo y distancia.

Consulto el reloj por enésima vez solo para comprobar que todavía faltan casi dos horas para que salga mi vuelo. El tiempo cuando

tienes miedo a ser descubierta pasa jodidamente lento.

Mato los minutos en una cafetería, tomando un *frappuccino* mientras busco en la red cualquier nueva información sobre Feng Yue, pero no estoy concentrada y no hago más que navegar en círculos alrededor de los mismos datos de siempre.

Voy a entrar al baño, pero una mujer con un uniforme horrible me planta un carrito de limpieza delante y me dice que hay una avería y que tengo que ir a los aseos que se encuentran al fondo de la terminal. Sigo sus indicaciones. El pasillo está vacío y agradezco un poco de soledad dentro del bullicio del aeropuerto.

Cuando salgo del cubículo, me lavo las manos y aprovecho para mojarme la cara. Llevo varios días durmiendo poco y mal y la falta de sueño está empezando a pasarme factura. Cojo la maleta del rincón en el que la he dejado y, estoy a punto de salir de los baños, cuando noto un fuerte tirón en la mochila y mi cuerpo impacta sobre el de otra persona a mi espalda sin que pueda evitarlo. Antes de que haya recuperado el equilibrio, me agarran con fuerza, impidiendo que mueva los brazos.

Intento forcejear, lanzando patadas y cabezazos, pero el hombre que me sujeta es mucho más grande que yo y mi cabeza impacta una y otra vez contra su pecho en lugar de hacerlo contra su propia cabeza. Un segundo hombre aparece delante de mí y trata de sujetarme las piernas. Cuando me encuentro con sus ojos rasgados, el pánico comienza a subir por mi garganta. Lucho con más fuerza y consigo darle una patada en la cara. El tío grita de dolor y se lleva las manos a la nariz, pero los brazos que me sujetan desde atrás me aprietan con más fuerza y siento que estoy empezando a marearme.

—¡Hija de puta! Me has roto la nariz —grita el hombre al que he golpeado. Me gustaría regodearme con una respuesta ingeniosa, pero prefiero centrar mis esfuerzos en salir de aquí antes de que el engendro se recupere y vuelvan a ser dos contra una.

—¡Deja de quejarte y ayúdame, joder! —exclama en chino el hombre que tengo detrás y, si antes tenía alguna duda, ahora sé que mi tiempo se agota.

Me muevo como una culebra para intentar escurrirme de entre sus brazos y, justo en ese momento, noto un pañuelo en la cara tapándome la boca y la nariz a la vez. Trato de coger aire para no ahogarme y, entonces, el cloroformo inunda mis fosas nasales y soy consciente de que acabo de cometer un error que puede costarme la vida.

Intento apartar la cara del trapo a la vez que aguanto la respiración, pero todos mis esfuerzos son en vano. Siento las extremidades pesadas y también cómo van perdiendo fuerza poco a poco mientras lucho por mantener los ojos abiertos.

Estoy perdiendo la batalla y me encuentro jodidamente lejos de casa.

Lejos de mi equipo.

Lejos de Alex.

# 39

## ALEX

—¿Cómo que ha salido? —pregunto alternando la mirada entre Hughes y Parker, que permanecen de pie, frente a mí, al otro lado de la isla de la cocina—. ¿Y dónde coño ha ido a estas horas?

Veo que ninguno de los dos quiere responder. Se miran de reojo y, por sus caras, sé que no me va a gustar lo que tengan que decirme. Finalmente, es Hughes quien habla.

—Creemos que no ha salido a dar una vuelta, jefe. Ania ha ido a su habitación para llevarle la cena y algunas de sus cosas no estaban.

—¿El portátil? —pregunto sabiendo que ella no se iría a ninguna parte sin él. Niega con la cabeza y me levanto de un salto. Un latigazo de dolor me atraviesa el vientre por el movimiento brusco y necesito apoyar ambas manos sobre la encimera de la cocina para estabilizarme—. Revisad las grabaciones de las cámaras y traedme a Ania ahora mismo —bramo tirándome del pelo. Esto no puede estar pasando.

—Martiño ya está comprobando las cámaras. Voy a por Ania.

En menos de dos minutos, Martiño y Ania se reúnen con nosotros en la cocina. Ania jura que no ha visto a Alba desde esta mañana y

el jefe de seguridad de mi hermano me muestra las grabaciones de las cámaras después de asegurarme que no ha detectado ningún movimiento fuera de lugar en ellas.

—No puede haber salido —insiste—. Aparecería en alguna imagen.

—No tienes ni idea de lo es capaz de hacer con un puto ordenador y te garantizo que hackear tu sistema de videovigilancia habrá sido pan comido para ella.

—¿Crees que…? —pregunta incrédulo mientras sujeta el portátil con una mano.

—No lo creo, lo sé. Parker, ¿has revisado si falta algún coche? —Me levanto y comienzo a andar de un lado a otro mientras mi cabeza echa humo—. Quiero que interroguéis a todo el que haya estado hoy en la casa. ¡Alguien ha tenido que verla, joder!

Pienso en lo último que le dije en mi despacho. No ha tardado ni veinticuatro horas en alejarse de mí. ¿Es esta su forma de demostrarme que no tengo control alguno sobre ella?

Unos minutos más tarde, ya sé que se fue en un SUV negro de Antón y que el soldado de la garita de seguridad no le puso ningún impedimento para salir de la mansión.

—¡Tendría que haber sabido que intentaría marcharse, joder! —grito mientras lanzo un vaso de agua contra la pared. El cristal se hace añicos.

El silencio parece tener eco en la cocina y siento varios pares de ojos clavados en mí. Mi teléfono suena justo cuando estoy a punto de mandar a todo el mundo a la mierda y el nombre de Vega aparece en la pantalla.

—¿Dónde está? —pregunta alterada sin siquiera saludar primero.

—Aquí no. Acabo de enterarme de que se ha largado a escondidas. No tengo ni puta idea de dónde está, pero te aseguro que voy a encontrarla. ¿Qué sabes?

—Me avisó esta tarde de que volvía a casa. —Aprieto los dientes —. Mark tenía que recogerla en Heathrow a las diez y media, pero son más de las once, ya han salido todos los pasajeros de su vuelo y ella no ha aparecido. La hemos llamado y hemos intentado localizarla a través de la app de rastreo de su teléfono, pero lo tiene apagado. La última conexión la ubica en el aeropuerto de Vigo y de eso ya han pasado varias horas.

—¿Cómo que volvía a casa? —pregunto sujetando el teléfono con fuerza. ¿De verdad se ha marchado sin más?

—¿No te lo dijo?

—No me dijo una mierda y no ha dejado ni una mísera nota.

—Alex, ¿qué ha pasado entre vosotros?

Me callo de golpe y trato de ralentizar mi respiración. Necesito mantener la cabeza fría.

—Eso solo nos incumbe a Alba y a mí.

—No si ella ha desaparecido de la faz de la tierra. ¡Dime de una vez qué le has hecho para que haya tenido que salir huyendo!

Suspiro y me froto el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Lo sabe. Sabe que tengo que casarme con la hija de Matteo di Luna.

El silencio se extiende en la línea durante varios segundos.

—Me alegro de que se lo hayas contado, pero debemos encontrarla, Alex. Dijo que venía y el vuelo en el que supuestamente viajaba llegó en hora a Heathrow. Si no hubiese podido cogerlo, habría avisado a Mark del cambio de planes. Esto no me gusta.

Salgo de la cocina sin terminar la llamada y hago un gesto a Parker, a Hughes y a Martiño para que me sigan mientras continúo hablando.

—Voy hacia el aeropuerto. Te llamo en cuanto la encuentre.

Cuelgo y doy a instrucciones a Martiño para que inspeccionen de arriba abajo la mansión en busca de pistas mientras mis hombres y yo nos encaminamos al aeropuerto. Estoy dispuesto a ponerlo patas arriba hasta dar con ella.

Mientras Parker conduce, yo sigo llamándola y enviándole mensajes, pero, en el fondo, sé que no servirá de nada. Algo me dice que no está a salvo y que me necesita como nunca lo ha hecho antes.

—Hughes —lo llamo, y se gira desde el asiento del copiloto—, sé que Alba y tú os habéis hecho amigos. Si sabes algo que pueda ayudarnos a encontrarla, este es el momento de hablar.

—Jefe, yo no…

—¿Te dijo que estaba pensando escapar? —lo corto.

—No. Lo juro.

Veo en sus ojos una emoción que se parece demasiado a la culpa y me contengo para no agarrarlo del cuello y asfixiarlo hasta que pronuncie la última palabra que está callando.

—Habla —gruño.

—He coincidido con ella esta mañana en el gimnasio. Estaba dolida después del encuentro con Antonella el día que llegasteis del hospital.

Traga saliva y me impaciento. Sé que estaba dolida, pero eso no me dice nada.

—Puede que algo de lo que le he dicho la haya empujado a tomar la decisión de marcharse. Juro que no era mi intención alejarla, pero ella ha llegado exigiendo respuestas y puede ser muy persuasiva cuando quiere.

—¿Qué coño estás tratando de decir? —grito, y lo cojo del cuello de la camiseta.

—Nada inapropiado, lo juro —se apresura a aclarar—. Me refiero a que ha puesto en duda lo importante que es nuestra amistad para mí y la he visto tan dolida que… se lo he contado.

—¿Qué le has contado exactamente? —siseo acercando mi cara a la suya mientras sigo sujetándolo.

—Yo… le he dicho que Antonella es tu prometida.

Le asesto un puñetazo en la mandíbula y, justo en ese momento, Parker detiene el coche en el aparcamiento del aeropuerto. Si no necesitase cada puto segundo para localizar a Alba, le daría su merecido a este cabrón por hablar más de la cuenta.

—Vamos a entrar ahí dentro los tres y encontraremos a mi maldita mujer —ordeno—. Una vez que ella esté a salvo y a mi lado, decidiré lo que hago contigo. No pienses ni por un momento que tu traición se quedará sin castigo.

Salimos del coche y nos distribuimos por zonas. El Peinador no es un aeropuerto demasiado grande, pero tiene bastantes lugares de acceso limitado. Parker revisará el vestíbulo y la zona de facturación, Hughes se encargará de las cafeterías y los servicios y yo la buscaré en el control de seguridad y hablaré con quien sea que esté al mando aquí.

Antes de empezar, llamo a Martiño y le ordeno que me envíe a seis hombres más. Si le ha ocurrido algo a Alba, cada minuto puede

marcar la diferencia, pero no voy a pensar en eso ahora.

Averiguo con qué compañía tenía que viajar, pero el tío del mostrador no está dispuesto a darme la información que necesito, por lo que tiro de contactos y consigo hablar por teléfono con la gerente del aeropuerto.

La diplomacia no es lo mío cuando tengo prisa, así que termino amenazando con cargarme a toda su familia y ella cede: revisa los datos en el sistema y confirma que Alba nunca tomó el vuelo a Londres.

—Joder, ¿dónde te has metido, ratón?

Miro a mi alrededor, buscando algo fuera de lugar, una triste pista de la que tirar. A lo lejos, aparece Hughes corriendo hacia mí con algo en la mano.

Fijo la vista en lo que parece ser una prenda de ropa de color verde… y dejo de respirar cuando la reconozco: su mochila. La mochila de Alba. Esa con las cremalleras negras y una chapa de Coca-Cola prendida del bolsillo inferior.

Se la arranco de las manos en cuanto se acerca y la abro de un tirón. Dentro hay una muda de ropa, su pasaporte y su teléfono.

—Ella no se largaría sin su puto teléfono —suelto en voz alta—. Este aparato y su portátil son como extensiones de su cuerpo. ¿Has encontrado algo más? ¿Dónde estaba?

—Tanto la mochila como su maleta se hallaban dentro de unos baños que están fuera de servicio. Hay una cinta que impide el acceso y un cartel bastante grande en la puerta. Es difícil que alguien pase por alto las señales. No sé qué hacían sus cosas allí dentro. He dejado a dos hombres revisando cada rincón para buscar pistas.

Vamos hacia aquel lugar. La herida me da pinchazos por el sobreesfuerzo, pero trato de ignorarlos. La maleta está llena de ropa, enseres de aseo personal y poco más. No hay rastro del portátil, pero lo que más me preocupa son los signos de lucha que se aprecian junto a uno de los lavabos. Cuando encuentro unas gotas de sangre en el suelo mi visión se vuelve completamente roja.

—Mierda, mierda, mierda. ¡Joder! —grito mientras estampo mi puño en el espejo, lo que provoca que estalle en cientos de cristales pequeños. El dolor en los nudillos me hace sentir vivo y la sangre caliente que mana de ellos capta toda mi atención durante unos segundos—. ¡Tú! —gruño señalando a uno de los hombres de Antón —. ¿Dónde estabas esta tarde?

—Yo…

Duda, y eso es suficiente para que me acerque a él y lo estampe contra la pared. Su espalda cruje cuando golpea contra las baldosas y en su mirada puedo ver el miedo.

—Estaba haciendo guardia por los alrededores de la casa.

Su respuesta me da la excusa que no necesitaba para volver a golpearlo, esta vez en el estómago. Tose e intenta retorcerse, pero mi antebrazo, clavado en su cuello, se lo impide. Si este imbécil hubiese hecho bien su trabajo, Alba se hallaría ahora en la mansión, cuidada y protegida.

Mi teléfono suena y me lo llevo a la oreja sin despegar la mirada del hombre que tengo a escasos centímetros.

—Dime que has dado con ella. —La voz de Vega pende de un hilo —. ¿Alex?

—Se la han llevado —afirmo con rotundidad y con una fuerza que ahora mismo no siento.

—Te juro que como le pase algo, me va a importar una mierda el aprecio que te tengo. Pienso ir a por ti y…

—Cariño. —Escucho a Liam de fondo, intentando tranquilizar a su mujer mientras yo me aparto del hombre al que pretendía dar una paliza para aliviar mi culpa.

El responsable de que mi hada no esté conmigo soy solo yo. Yo jodí lo nuestro al ocultarle la verdad sobre mi matrimonio acordado y al no encontrar una solución que la situara como lo que es en realidad: mi reina.

Nunca había visto a Sombra tan alterada. Ella es la viva imagen de la serenidad y la estrategia y yo… yo soy el abismo en el que nunca pude evitar caer.

—Sombra… —todavía la oigo discutir con mi primo al otro lado de la línea, pero ambos callan cuando la nombro—, te juro por mi vida que la traeré de vuelta.

La escucho suspirar a través del teléfono.

—Lo haremos juntos. Voy a prepararlo todo y estaremos allí lo antes posible. Y, Alex —deja pasar un segundo, dos, tres—, no hagas ninguna locura hasta que lleguemos.

—No prometo nada.

Cuelgo antes de que pueda quejarse o pasarme a mi primo para que me dé una orden que, por primera vez, no sé si podré obedecer.

Voy a encontrar a Alba.

No importa lo lejos que esté ni quién la tenga. Llegaré hasta ella. Y, cuando lo haga, arrasaré con cada muro, cada objeto y cada ser vivo que se haya interpuesto entre nosotros.

# 40

## ALBA

Trato de abrir los ojos, pero me cuesta, como si tuviera los párpados pegados entre sí. Después de varios intentos, logro separarlos apenas una rendija, lo suficiente para descubrir un techo blanco a través de mi visión borrosa.

Siento los brazos pesados cuando los levanto para restregarme los ojos, y una punzada de dolor me obliga a contraerme en cuanto muevo la cabeza.

«Dios, no es solo la cabeza… Me duele todo».

Me doy unos segundos para adaptarme, para calmarme. Cuando creo estar preparada, me incorporo hasta quedar sentada y lucho contra el mareo que amenaza con empujarme de nuevo a una posición horizontal.

Cierro los ojos con fuerza. Los abro de nuevo y procuro ignorar las protestas de mi cuerpo para observar lo que me rodea.

La habitación en la que me encuentro es bastante pequeña y estoy segura de que no he estado aquí antes. Las paredes están pintadas de gris, pero casi todo lo demás es de color rojo. Las sábanas de la cama individual sobre la que estoy sentada, rojas; las únicas dos puertas que hay en la habitación, rojas; la mesa y la silla

de madera ancladas a la pared y al suelo respectivamente, rojas también. Incluso los ladrillos del suelo son de un tono marrón tirando a rojizo. En definitiva, la persona que se ha encargado de la decoración de esta sala tiene una ligera obsesión con este color.

Aguzo el oído, pero no escucho nada. El silencio es tan denso que casi puedo oír los engranajes de mi cabeza al pensar y la sensación resulta demasiado inquietante.

Los recuerdos permanecen borrosos, igual que mis ideas en general, lo que me lleva a pensar que me han inyectado algún tipo de droga que está alterando mi organismo.

Me levanto con cuidado y lucho con un repentino mareo antes de comenzar a andar hacia una de las puertas. En este momento, me doy cuenta de un detalle en el que no me había fijado antes: un reloj digital que marca las cuatro y cinco de la madrugada.

La primera puerta la encuentro cerrada, pero el pomo de la segunda gira con facilidad y me da acceso a un cuarto de baño sencillo: una ducha minúscula, un inodoro y un lavabo con un pequeño armario debajo. Todo está limpio, como si lo hubiesen preparado para mi llegada.

Me acerco al lavabo, abro el grifo y me mojo la cara varias veces, notando un leve alivio tanto en mi dolor de cabeza como en mi claridad mental. El agua está fresca y tengo la boca seca. No sé si es la mejor de las ideas, pero bebo todo lo que puedo hasta saciarme y me seco con una de las toallas rojas que hay colgadas junto a la ducha.

Inspecciono dentro del mueble y solo encuentro varios rollos de papel higiénico, un cepillo de dientes y un bote de dentífrico. Reviso

también la ducha y no veo nada que me llame la atención, así que hago mis necesidades y vuelvo a salir a la habitación.

No hay ventanas, ni aquí ni en el baño. Localizo un conducto de ventilación poco más grande que mi puño y, a su lado, descubro algo que me llama la atención: una cámara.

Es demasiado tarde para hacer como que no la he visto, así que me quedo mirándola fijamente, esperando que quien esté al otro lado decida venir y dar la cara.

Las horas pasan y nadie aparece. Mi mente está mucho más clara y la pesadez de mi cuerpo ha ido desapareciendo poco a poco. Recuerdo todo lo que sucedió: la llegada al aeropuerto, la trabajadora de limpieza indicándome que tenía que ir a otros baños, unos brazos sujetándome desde atrás, yo rompiéndole la nariz a un segundo hombre de una patada y, lo que supuso mi final, un trapo impregnado en cloroformo apretado contra mi nariz.

No tengo duda alguna de quién está detrás de mi secuestro, pero, si la hubiese tenido, los ojos rasgados del tío al que herí y el idioma en el que ambos hablaban entre sí me habrían llevado a la misma conclusión: Feng Yue.

Me coloco de pie frente a la cámara, y me dirijo a ella como si la tuviera delante.

—Después de tanto tiempo intentando hacerte conmigo, debes de sentirte orgullosa de tu logro. —Pongo las manos en las caderas—. La verdad es que nunca pensé que lo conseguirías y, sin embargo, aquí estoy. Imagino que todos cometemos errores y el mío fue subestimarte. Estuviste vigilándome todo el tiempo, ¿verdad? Esperando el momento oportuno, ese en el que no hubiera una legión de guardaespaldas siguiéndome. Bueno, pues aquí me tienes

—afirmo levantando las palmas de las manos hacia arriba—. ¿Cuándo vas a venir para que podamos conocernos? Porque no creo que me hayas traído aquí solo para regalarme unos días de paz y descanso. Te has tomado demasiadas molestias para ahora dejarme encerrada en un cuarto como si fuera una muñeca. —Empiezo a impacientarme. Estoy cansada de aguardar a que alguien venga, a que algo pase, además del tiempo. También tengo hambre, pero no pienso suplicar por comida—. Está bien, esperaremos a que te canses de observarme y decidas pasarte por aquí para conversar conmigo.

Me lavo los dientes, me limpio las gafas y vuelvo a inspeccionar el cuarto de baño solo para descubrir que aquí también hay una cámara y que no puedo ni mear sin que Yue me vea hacerlo.

«Maravilloso».

El tiempo sigue pasando y, sin darme cuenta, me quedo dormida. Cuando despierto, tardo solo unos segundos en orientarme y descubro que alguien ha estado aquí. Sobre la mesa, han dejado un sándwich, una botella de agua y una muda completa de ropa.

Miro hacia la cámara, cabreada por no haber escuchado la puerta.

—¿En serio, Yue? —pronuncio con desprecio—. ¿Tan cobarde eres que has esperado a que estuviese dormida para entrar en mi habitación?

Al principio, me niego a comer, pero el tiempo sigue pasando y da igual lo que haga o lo que le diga a esa mujer a través de la cámara, porque nadie viene.

No lo entiendo. No entiendo qué gana ella reteniéndome aquí sin intentar, al menos, sacarme información sobre Atenea.

Cuando vuelvo a caer dormida, más por aburrimiento que por sueño, aprovechan para entrar de nuevo y cambiar mi sándwich intacto por un plato de pasta, que termina estampado contra la puerta en un arrebato de ira.

No sé cuántos días han pasado desde que llegué aquí. En algún momento, descubrí que el reloj que cuelga de la pared no marca veinticuatro horas, sino doce. No hay interruptores ni en la habitación ni en el baño, así que las luces permanecen encendidas todo el tiempo y no tengo forma alguna de saber si es de día o de noche.

La debilidad ha ganado la batalla y las fuerzas apenas me llegan para arrastrarme hasta el baño y beber agua del grifo. Me siento tan pesada que mis piernas a duras penas me sostienen y el dolor de cabeza hace mucho que se convirtió en mi único compañero.

Cuando salgo de nuevo a la habitación, sé que no tengo opción. Si no me arriesgo a comer lo que me traen, no moriré envenenada, pero lo haré de inanición. Doy pasos cortos hasta la silla roja y me dejo caer sobre ella. Apoyo los brazos sobre la mesa, cojo la cuchara y noto el temblor de mi mano mientras la lleno con la crema espesa que me han traído hoy.

Al menos, desde mi posición, doy la espalda a la cámara, lo que significa que esa hija de puta no tendrá el gusto de verme rendida.

Me obligo a comer despacio y, una vez que he vaciado el plato, cucharada a cucharada, me tumbo en la cama y cierro los ojos.

La tripa me molesta, supongo que se había acostumbrado a hacer el vago, y mis pensamientos vuelven al mismo lugar en el que han

permanecido desde que llegué. Mi equipo estará buscándome. Lo estarán haciendo desde el momento en que mi vuelo llegó a Londres y Mark descubrió que yo no iba en él. Seguro que Vega llamó a Alex para pedirle explicaciones esa misma noche. Cómo habrá reaccionado él es todo un misterio para mí. ¿Me estará buscando también? Me gustaría pensar que sí. No habría dudado de ello antes de descubrir que me ha estado ocultando cosas importantes: Antonella, una chica criada y educada para ser la esposa perfecta de un hombre como él.

Un rato después, me dejo arrastrar por el sueño y, cuando despierto, sé que algo ha cambiado incluso antes de abrir los ojos. Hay algo distinto en el ambiente: una presencia…, quizá varias. Percibo un perfume dulzón y escucho respiraciones que no son la mía. Supongo que es lo que ocurre cuando te habitúas al silencio absoluto: cualquier sonido, por mínimo que sea, se vuelve imposible de ignorar.

Abro los ojos, sabiendo que no tengo dónde esconderme ni con qué luchar, y me incorporo hasta quedar sentada en la cama. Frente a mí hay una mujer asiática, no muy alta y de edad similar a la mía. Va vestida de forma elegante, con una camisa negra y unos pantalones de traje del mismo color; lleva el pelo largo, en ondas suaves cuidadosamente moldeadas que caen sobre su hombro derecho. Es muy guapa y lo que más me llama la atención son sus ojos negros, profundos y brillantes.

—Mis hombres me han dicho que has estado preguntando por mí. Yo también tenía ganas de conocerte en persona, pero, ya sabes, los negocios siempre van primero. —Su actitud es despreocupada, como si estuviese charlando con una conocida, incluso con una amiga.

Carraspeo antes de hablar. Quiero asegurarme de que mi voz no salga ahogada y hace días que no la utilizo.

—Bueno, podrías haber organizado mi secuestro para cuando tuvieses tiempo que dedicarme. Te recomiendo utilizar una agenda, viene bastante bien.

Suelta una carcajada y la recibo como si me hubiese lanzado pequeñas agujas por todo el cuerpo.

—Vaya, llevo muchos meses detrás de ti y en ninguno de los informes que me han enviado hablaban de tu sentido del humor.

—Quizá deberías cambiar de investigador —propongo con mi voz impregnada de sarcasmo.

Me observa detenidamente, analizando cada señal que mi aspecto o mi postura puedan proporcionarle. Yo aprovecho para hacer lo mismo. No sé lo que esperaba de ella, quizá un monstruo con dos cabezas y largas espadas en las manos, pero su imagen es tan… normal que me descoloca.

—¿Qué te ha parecido la comida? —pregunta haciendo un gesto con la cabeza hacia el plato vacío, pero no aguarda mi respuesta—. Ya estaba pensando que tendríamos que alimentarte a través de un gotero. —La miro levantando las cejas—. Oh, vamos, ¿de verdad creías que te dejaría morir de hambre? ¿Después de lo que me ha costado traerte aquí conmigo? Habría supuesto un despilfarro inútil de esfuerzo y dinero y no soy de esas. No, no vas a morirte aquí, Alba. Ni lo pienses.

No voy a caer en sus provocaciones ni mucho menos dejarme manipular por una psicópata que obtiene su dinero de un negocio tan sucio como es la trata de mujeres. Estoy viendo su cara amable,

una que no se corresponde con la realidad y que no me creeré por más tiempo que la mantenga.

—Ahora es cuando me dices lo que quieres de mí, ¿no es así? —pregunto sin contener el desprecio en mi voz y, en respuesta, me ofrece una sonrisa amable.

—De momento, lo único que quiero es que te alimentes y descanses bien. Has comido, así que he venido para compensártelo. El trato es muy sencillo: tú haces algo que me complace y yo te devuelvo el favor.

—Que te den.

—Como desees. Pensaba que podríamos tener una charla un poco más… larga. —Se encoge de hombros—. Pero si no te apetece, me iré. Espero que sigas portándote bien y podamos vernos pronto.

Observo cómo se marcha y escucho el clic de la cerradura cuando cierra la puerta tras ella.

El silencio vuelve a ser total, inmenso, molesto. Me pregunto cuánto durará esta vez.

# 41

## ALEX

Cruzo la puerta del sótano de la mansión y el hedor a orín, a putrefacción y a sangre me devuelve a un pasado que recuerdo demasiado bien.

El hombre al que cogimos anoche está sentado en una silla de metal atornillada al suelo, con los brazos y las piernas atados y una cinta plateada cubriendo su boca. Su ropa se encuentra rasgada en algunos lugares y su ojo izquierdo está hinchado y teñido en distintos tonos de violeta. Dos de los soldados de mi hermano permanecen de pie frente a él, en actitud arrogante, pero la mirada del prisionero me dice que está muy lejos de proporcionarles la más mínima información.

—Largaos —gruño dando un paso adelante.

—Si nos dejas un poco más, conseguiremos que este cabrón comience a hablar —afirma uno de ellos riendo—. Solo necesita algo de motivación.

—He dicho que os larguéis. ¡Ahora!

El buen ambiente que parecía haberse instalado entre ellos se esfuma tan rápido como desaparecen de mi vista. Me acerco al prisionero, que me observa intrigado, y le arranco la cinta de la boca

de un movimiento rápido. Él escupe hacia un lado y, después, clava los ojos en los míos, evaluándome.

—Esto va a funcionar de la siguiente manera —le explico con calma—. Voy a hacerte una pregunta. Si tu respuesta me gusta, te haré otra, y así sucesivamente hasta que quede contento. —Me doy la vuelta, abro un viejo armario metálico y saco de él un carrito sobre el que descansan varias herramientas oxidadas. Compruebo si las que me interesan todavía funcionan y me aproximo al hombre de nuevo—. Tendrá que ser suficiente.

Cuando me sitúo frente a él, su mirada se desvía, solo por un instante, hacia mis juguetes y, aunque recoloca su máscara con rapidez, consigo ver el miedo asomando a sus ojos. Uno con el que va a gustarme jugar.

Siento el frío de la habitación, los olores de mi pasado e incluso puedo escuchar los gritos que me atormentaron durante años. Primero los de mi padre, exigiendo, humillando e imponiendo castigo; después los suyos, los de todos aquellos cuya sangre fue derramada entre estas cuatro paredes, bajo las manos del monstruo que él moldeó a su antojo.

—¿Qué pasa si mi respuesta no es lo que esperabas oír?

—Eso ya lo sabes, pero, ya que tienes curiosidad, te ilustraré. —Cojo las viejas tenazas y las coloco frente a su cara, muy cerca—. Sí, sé que están algo roídas, pero creo que funcionarán. —Sonrío al comprobar cómo se dilatan sus pupilas—. Por cada respuesta que no me convenza, te arrebataré una parte del cuerpo. Comenzaremos por algo pequeño, algo que no te haga perder el conocimiento desde el principio. Los dedos.

Aprieta la mandíbula, pero no dice nada más. No me preocupa, hablará.

Siento cómo mi mente se derrama poco a poco hacia ese vacío conocido, cómo la sed de venganza, de sangre, va colmando mis venas hasta recorrer cada célula viva de mi cuerpo, hasta que Alex comienza a diluirse y Abismo resurge de las sombras para hacerse con el control de todo.

Las preguntas se suceden, el olor se torna más nauseabundo y los alaridos que manan de la garganta de mi juguete se mezclan con el crujido de sus huesos al romperse.

Finalmente, Abismo consigue lo que quería: quebrar al hombre, reducir a la víctima hasta que ya no queda nada. Solo entonces sonríe satisfecho y deja su marca: una «A» trazada a cuchillo que cruza el torso de su enemigo.

—Parece que esta vez no me ha quedado mal del todo. Es una pena que Liam no pueda verlo.

La sangre vertida no es inocente. Es la sangre de un violador, de un asesino, de un traficante de cuerpos y almas humanas. Lo supe desde el principio. Aprendí a reconocerlos siendo apenas un niño. Son seres cuyos ojos narran historias de terror como si fueran cuentos infantiles, animales cuyas sonrisas deberían ser arrancadas a cuchillo.

Mientras limpio los utensilios que he utilizado con un trapo blanco impoluto, pienso en ella. Llevo casi un mes buscando a mi hadita en cada rincón de esta puta ciudad. He recorrido el submundo de arriba abajo y hasta la última rata que habita en él sabe que Alba me pertenece y que ando tras ella.

Abismo ha vuelto y no descansará hasta que Alba lo ponga en su lugar.

Una vez que he terminado de guardar las herramientas, me marcho de aquí. Será otro quien recoja las partes del cuerpo de esa escoria y se deshaga de ellas. El muy hijo de puta resistió bastante, pero habló. Siempre lo hacen cuando aprietas las teclas adecuadas. Dos pistas que poder seguir. Las primeras en tres jodidas semanas.

Paso por la cocina, cojo una botella de agua que bebo de un trago y, cuando cierro la nevera, Antonella aparece justo delante de mí. Su primera expresión al mirarme es de horror, pero se da prisa por disimular sus emociones y se yergue como la princesa de la mafia que es.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no —respondo desviando la mirada hacia la puerta.

—Hace varios días que no te veo y durante las últimas semanas apenas hemos cruzado unas frases. ¿He hecho algo mal? —Sus ojos están brillantes, pero no puedo encargarme de esta mierda ahora. Ni ahora ni nunca, joder.

—No es el momento. Tengo mucho trabajo, Antonella. Si necesitas algo, pídeselo a Ania y ella se encargará de conseguirlo.

Me echo a un lado para esquivarla, pero ella pone la mano en mi pecho mientras se acerca un poco más. Su contacto a través de mi camisa quema y no en el buen sentido. No tiene derecho a tocarme, nadie puede hacerlo excepto Alba y permitirlo se sentiría como una traición hacia ella.

Le cojo la muñeca con la fuerza justa para no dejarle marca, pero sí demostrar que voy en serio, y la aparto despacio mientras la miro con dureza. No es la primera vez que defino con claridad los límites

y su forma de hacerse la sorda empieza a cansarme. Al principio, sus gestos me parecían inocentes, e incluso tiernos; ahora se me antojan desesperados y los considero una falta de respeto.

—Si vuelves a tocarme sin mi permiso, no seré tan amable.

—Perdona, yo solo pretendía… —Suspira y pestañea varias veces para alejar las lágrimas—. Me siento sola, Alex. Quiero acompañarte, ayudarte en lo que sea que estés haciendo. Sé que sufres y entiendo que no desees compartirlo todo conmigo, todavía no nos conocemos lo suficiente, pero, si me dejas, me gustaría demostrarte que puedo ser útil.

—¿Quieres ser útil?

Ella asiente.

—Pues no me hagas perder el tiempo. Si no te gusta estar aquí, llama a tu padre y convéncelo para que te deje volver a casa. Todavía no nos hemos casado, así que no estás obligada a quedarte.

Salgo de la cocina sin esperar una respuesta por su parte. Joder, necesito centrar mis esfuerzos en encontrar a Alba, no en cumplir los caprichos de una niñita malcriada.

Entro en la sala de Atenea y no me sorprende hallar a Antón hablando con el equipo de Sombra. Le dieron el alta al día siguiente de que mi mundo saltara por los aires y está participando en la búsqueda.

—Vaya, siento joderos esta bonita reunión a la que nadie me había invitado —suelto cerrando de un portazo y avanzo hasta dejarme caer sobre el sofá que está junto a la chimenea.

—¿Acaso habrías venido? —pregunta Mark tentando su suerte.

Hace demasiado tiempo que quiero partirle la cara y tengo que recordarme que puede ser útil para la búsqueda de Alba.

—Lo cierto es que no, tenía cosas mejores que hacer.

—Estás hecho un asco —afirma mi hermano—. Podrías haberte dado una ducha antes de venir.

Me fijo en mi ropa llena de salpicaduras de sangre, al igual que mi piel y mis uñas. Vale, puede que tenga razón, pero tampoco es que me importe.

—Tienes algo. —La voz de Sombra llega cansada desde el otro lado de la sala. Levanto la mirada y la observo por primera vez desde hace semanas. Está sentada delante de un ordenador, luce ojeras y aspecto de no haber dormido demasiado. En realidad, ninguno de nosotros lo hemos hecho desde que ella desapareció de la faz de la tierra—. ¿Qué es?

—El hombre al que acabo de interrogar no sabía nada del secuestro de una mujer especial, pero sí había oído hablar de una nueva arma secreta que su jefa oculta en Francia.

—Esa arma podría ser ella —exclama Sombra más para sí misma que para los demás—. Tenemos que averiguar si Yue ha estado entrando y saliendo del país en las últimas semanas. Debe de haber algún registro de vuelos, nombres que podamos interconectar. ¿Puedes conseguirlo? —pregunta mirando a Sebas, que está buscando algo en su portátil.

—No le llego ni a la suela de los zapatos, pero estoy intentando poner en práctica todo lo que me enseñó y creo que podría lograrlo, aunque necesito tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos, joder —mascullo, y el rubito me mira mal.

—Sigues plenamente convencido de que fue un secuestro —exclama Antón, y Sombra responde antes de que pueda hacerlo yo.

—Lo es. Había signos de lucha en el baño donde encontramos sus cosas y no es la primera vez que trataban de capturarla. Esos intentos de secuestro fueron el principio de todo.

—Pero no han pedido ningún rescate. ¿Cómo podéis estar tan seguros? ¿Y si…?

Me levanto y, en una fracción de segundo, tengo a mi hermano arrinconado contra la pared; mi antebrazo está presionando su garganta y mi puño, en el aire, esperando a que una palabra más salga de su boca para descargar toda mi rabia sobre él.

—¡Ni se te ocurra terminar la jodida frase!

El silencio en la habitación se hace denso. Nadie interviene. Nadie se acerca.

Los ojos de mi hermano susurran una disculpa y yo cierro los míos, tomo una bocanada de aire y lo dejo marchar. Cuando nos separamos, Antón se arregla la ropa y actúa como si nada hubiese pasado, sin perder esa aura de jefe de la Familia que siempre lo acompaña.

—La tienen —afirma Sombra, rompiendo la tensión que se había esparcido por la sala—. No han pedido rescate porque no les interesa realizar ningún intercambio. Han obtenido justo lo que querían, una persona capaz de hacer magia solo con sus dedos y un ordenador con acceso a la red. Utilizando Anémona Azul, Alba puede acceder a todo tipo de sistema de seguridad sin ser detectada, rastrear datos, desencriptar códigos y conseguir acceso completo a cualquier dispositivo que entre en contacto con el programa.

—Ella nunca les dará nada —afirma Mark con rotundidad.

—Pues yo espero que lo haga —respondo—. Que les dé todo lo que quieran si esa es la clave para mantenerse con vida.

—Tenemos que encontrar a la persona que la ayudó a escapar —sigue Mark, pero apenas lo escucho.

Vuelvo a pensar en ella atrapada, sola, siendo torturada. Veo su rostro bañado en lágrimas, la escucho gritar, pedir ayuda… y algo se rompe en mi pecho.

Me levanto de golpe y salgo de la habitación en dos zancadas, sintiendo que ya hemos hablado suficiente y que estamos perdiendo un tiempo del que no disponemos. Y Alba tampoco.

Necesito encontrar a quienes se atrevieron a robármela. Y, cuando lo haga, no habrá compasión. Juro que destrozaré todo a mi paso y la traeré de vuelta a mi lado, de donde nunca debieron arrancarla.

# 42

## ALBA

No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrada, pero diría que podría contarse en semanas. Paso las horas mirando el techo, también hago un poco de ejercicio y ando en círculos como un maldito animal de zoológico. La habitación parece cada vez más pequeña, aunque tengo la certeza de que mide exactamente cuatro pasos de ancho por seis de largo. Lo sé porque lo he comprobado más de cien veces.

Al principio, vivía en un estado de alerta continua, a la espera de que alguien viniese a preguntar cosas a las cuales no podría responder y a castigarme por ello. En mi cabeza, se siguen sucediendo escenas en las que varios hombres sin rostro me torturan de formas distintas. Imagino el dolor y casi puedo sentirlo en mis huesos. En el tiempo que llevo trabajando en Atenea nunca me han capturado, por lo que jamás he tenido que enfrentarme a situaciones como esta.

El día que conocí a Feng Yue en esta misma habitación, que se ha convertido en mi jaula, percibí algo en su mirada y supe que jamás podría imaginar hasta dónde sería capaz de llegar para cumplir sus deseos. En sus ojos encontré crueldad y también sadismo; vi calma,

una paciencia latente… Como si no necesitara apresurarse en sacarme información porque tiene la certeza de que, tarde o temprano, acabaré dándole todo lo que pida.

El miedo no se ha despegado de mi piel en ningún momento. Me despierta en mitad de un sueño; se adhiere a él, convirtiéndolo en pesadilla; controla mi respiración e incluso el latido de mi corazón. Pero lo peor de este encierro es, sin duda, el silencio. Nunca la ausencia de sonido me había parecido tan molesta. Me raspa los oídos, acelera mis pensamientos y me asfixia con lentitud. No encuentro descanso en este silencio absoluto y noto cómo mi mente se acerca más y más a la desesperación, al pánico, amplificándolo hasta hacerlo insoportable.

Es ahora cuando me doy cuenta de que esta es la tortura a la que ella me está sometiendo, una lenta que me rompe en pedacitos.

No lo soporto más y grito; lo hago con todas mis fuerzas, poniendo el corazón, la rabia y el alma. Cuando me quedo sin aire, doy una bocanada y vuelvo a empezar. Necesito escuchar algo, aunque sea mi propia voz extinguiéndose poco a poco; necesito sentir dolor, cualquier cosa que no sea esta soledad en la que hallo encerrada.

En algún momento, levanto la cabeza y descubro que ya no estoy sola.

Creo que estoy sonriendo porque las comisuras de la boca me tiran hacia arriba y la piel de mi rostro se tensa.

Mechones de pelo rosa me tapan parte de la visión, pero aun así la veo. Está delante de mí, tan fina, tan bonita y elegante… ¿Cómo puede la maldad habitar en un ser humano con ese aspecto? Su cabello, enroscado en brillantes ondas, le cae con gracia sobre los

hombros, y sus labios, pintados de un rojo profundo, hacen juego con los muebles de la habitación, mimetizándola con el entorno y convirtiendo su presencia en algo casi irreal.

Al pensar en ella como un ser cercano a un ángel, me entran ganas de reír. La risa nace como una pelota en mi pecho y me trepa por la garganta hasta brotar al exterior de forma incontrolable. Escucho mis carcajadas como algo ajeno, como si saliesen de otro cuerpo distinto al mío, y me doy cuenta de que me gustan. Me complace el sonido de mi risa descontrolada e imperfecta.

—Veo que te diviertes —afirma Yue con ese tono dulce y pausado que ya había borrado de mi memoria—. He pensado que disfrutarías de un poco de compañía. ¿Te apetece conversar un rato?

No pienso en si es buena idea antes de abalanzarme sobre ella, dispuesta a matarla con mis propias manos. Me sorprende la facilidad con la que la derribo, pero la euforia dura apenas unos segundos, los que tarda la puerta en abrirse de golpe y estamparse contra la pared, emitiendo un estruendo que me paraliza.

Unos brazos enormes me levantan y me lanzan contra el suelo. Mi cabeza golpea los azulejos rojizos, también mi espalda. El dolor me inmoviliza y la visión se me vuelve borrosa, aunque soy capaz de advertir la mano que se cierne sobre mí.

Un hombre al que no he visto nunca, pero que parece enorme, me da un guantazo, después otro, haciendo que grite de dolor. De pronto, escucho la voz de Yue y, a pesar de que no entiendo lo que dice, respiro aliviada cuando los golpes se detienen.

Creo que se van, tanto Yue como la bestia que ha impedido que la matara y me ha apartado como si solo fuese un molesto mosquito veraniego. El dolor se extiende desde la cabeza y la espalda hacia

las extremidades, asegurándose de no dejar ningún centímetro de mi cuerpo por visitar. Cuando no puedo más, cierro los ojos. Quiero dormir, estoy cansada y hace días que no lo hago durante mucho tiempo seguido. No tengo forma de comprobarlo, pero lo sé. Mi organismo lo sabe. Sin embargo, no consigo que me venza el sueño. El dolor está demasiado presente, la luz brilla en exceso y el silencio que me rodea es tan asfixiante como lo era antes de que Yue apareciera.

Dejo que el tiempo pase, ni siquiera me levanto del suelo, hasta que la puerta vuelve a abrirse y ella aparece de nuevo frente a mí.

—Has cabreado a Rex.

—¿Rex? ¿El gigante que me ha placado tiene nombre de perro? —Me muevo ligeramente, pero un pinchazo de dolor me recorre la columna.

La veo negar con la cabeza, como si estuviese echando una reprimenda a una niña pequeña. Yo respiro hondo, aprieto la mandíbula y me incorporo lo justo para sentarme con la espalda apoyada en la pared.

—No le va a gustar que le hayas llamado así y él escucha todo lo que pasa en esta habitación —afirma señalando con el dedo la cámara que hay encima de la puerta.

—¿Temes que haya herido los sentimientos de tu gigante?

—Lo que me da miedo es que no sea capaz de controlarse contigo. Tiene algunos problemas de gestión de ira. Bueno, creo que de eso ya te has dado cuenta. —Se toca el pelo, colocándoselo sobre un hombro y descubro un arañazo en su cara. Si no me doliera todo, ahora mismo estaría riéndome—. En cualquier caso, he venido para decirte que lo de antes no debe repetirse, no puedes atacarme como

lo has hecho. A estas alturas ya has de saber que no tienes ninguna oportunidad contra mí. ¿Para qué malgastar tu energía con un imposible? Además, me gustaría que nos llevásemos bien.

—Claro, ¿quieres que salgamos a un bar a tomar unas cervezas? Es lo que suelo hacer con mis amigos.

Me lanza una mirada condescendiente antes de seguir hablando.

—Alba, te he investigado. Sé más de ti casi que tú misma, así que no me obligues a pronunciar en voz alta cosas que no quieres escuchar, como que no tienes amigos.

Miente. Quiero gritarle a la cara que Hughes es mi amigo, incluso puso nuestra amistad por encima de su lealtad hacia Alex, aunque yo me estuviese comportando como una niñata. Me entran ganas de decirle que Mark, Sebas, Lucas y Vega son amigos y también familia. Sí, hubo un tiempo en el que no tenía a nadie. Pasé mi infancia, mi adolescencia y parte de mi adultez sintiéndome sola, pero ya no. Sin embargo, no digo nada de eso porque no quiero que sepa cuánto me importan.

—Si quieres que nos llevemos bien, vete y déjame descansar.

—Está bien. Solo he venido a traerte una pastilla para aliviar el dolor.

La deja sobre la mesa junto con una botella de agua sin abrir y se marcha.

Odio que finja ser amable conmigo. Odio que me hable como si supiera qué es lo mejor para mí. Y, sobre todo, odio que tenga tanto control sobre mi vida.

Me arrastro hasta la mesa, observo la pastilla y dudo un momento. Sé que no es seguro tomar nada de lo que esta cabrona me ofrezca,

pero el dolor que siento en la espalda me está partiendo en dos. Si quisiese matarme, ya lo habría hecho.

Cierro los ojos, me llevo la pastilla a la boca y la trago con un poco de agua. Después, me tumbo en la cama y trato de pensar en cualquier cosa que no tenga que ver con las sensaciones de mi cuerpo. Para mi sorpresa, no tardo en relajarme. Una calma apacible se instala en mi pecho y me lleva directa a los brazos de Morfeo.

Por primera vez desde que llegué a este lugar, sueño con algo ligero, alejado de las pesadillas que me atormentan de costumbre. Sueño con Alex, con sus dedos acariciándome la espalda de forma perezosa mientras vemos una película en el sofá de un salón acogedor que no reconozco, pero que se siente hogar. Él me susurra palabras al oído y yo me sonrojo pensando en lo que quiero hacerle después.

Me despierto con una sonrisa y una sensación de paz que nace en mi pecho y se expande hacia todas partes. Una sonrisa que muere en el momento en que abro los ojos y descubro dónde me encuentro.

Los siguientes días se asemejan mucho a este. Todavía me duele la espalda, pero Yue sigue colocando un analgésico junto a mi plato en cada comida y eso alivia mi dolor al momento.

El aislamiento ha dejado de parecer tan pesado. Ya no tengo la necesidad de gritar o intentar arrancar los muebles del suelo. También se ha ido ese molesto ruido mental que no me permitía respirar ni concentrarme, e incluso el silencio se me antoja ahora más soportable.

El otro día, apareció también una libreta y un lápiz junto a la comida, así que he comenzado a escribir. Empecé a plasmar palabras

sueltas: emociones y sentimientos. Ahora relato mis sueños para no olvidarlos, aquellos a los que me gustaría pertenecer y en los que soy feliz cada vez que cierro los ojos.

Hoy, cuando me siento a la mesa, el analgésico no está junto al plato de sopa, tampoco debajo del pan ni detrás de la botella de agua. Me doy la vuelta despacio, con cuidado de no forzar la espalda, y recorro el camino hasta la puerta con la mirada por si se hubiese caído al suelo cuando me han traído la bandeja. No hay nada.

Vuelvo a sentarme derecha y observo mi plato. El dolor sigue presente, pero es cierto que ya no es el centro de todo. Aun así, me vendría bien el medicamento que siempre me traen para aliviarlo. Es lo que me permite dormir y relajarme lo suficiente para soñar con él.

Tomo una cucharada del caldo, después otra, pero a la tercera, me doy cuenta de que no tengo hambre. Mi estómago parece haberse cerrado.

Me tumbo en la cama, cierro los ojos y espero. Trato de alejar cualquier pensamiento que llega a mi cabeza, tal como me enseñaron en aquel curso de meditación online que hice hace años y que había funcionado hasta ahora. Después, comienzo a escanear mi cuerpo, empezando por los pies mientras me centro en las sensaciones que noto.

Mi cabeza va a mil, pensando en cómo podría bloquear las cámaras de vigilancia, cómo podría escapar sin morir en el intento, cómo… Abro los ojos y los vuelvo a cerrar, frustrada porque no consigo dejar la mente en blanco. Me parece escuchar el sonido de la puerta. Me quedo quieta, aguzando todos mis sentidos, pero no pasa absolutamente nada. Falsa alarma.

Cambio de postura y empiezo la meditación desde el principio, concentrándome esta vez en mi respiración.

No sé cuánto tiempo llevo intentando relajarme cuando la puerta se abre con un leve sonido y me incorporo despacio para descubrir a Yue en el umbral.

—Solo he venido a preguntarte si ya te apetece hablar conmigo. Tenemos varias conversaciones pendientes y creo que estás un poco aburrida.

—¿Puedes…? —rectifico a tiempo. No quiero parecer desesperada ni tener que deberle un favor—. Necesito algo para el dolor. El bestia de tu perro me dio tan fuerte que todavía me duele.

—Lo siento. Se han acabado las pastillas —afirma con una mueca que revela que, en realidad, no lo siente en absoluto. La muy hija de puta está disfrutando de la situación.

—Pues dile que vaya a comprarlas.

—No, hoy no.

Está a punto de dar un paso al frente cuando mi grito la obliga a detenerse.

—¡Pues lárgate de una puta vez!

Hasta yo estoy sorprendida de la intensidad con la que han salido mis palabras.

# 43

## ALEX

Llego a la mansión y me recibe Sombra.

—¿Se puede saber dónde coño estabas?

La escucho, pero no la miro. No puedo perder tiempo en mirar a alguien y menos todavía en mantener una conversación. Debo seguir cazando a esos hijos de puta hasta que alguno me dé una pista lo suficientemente buena. Sé que estoy cerca, solo necesito encontrarlos a todos. Estoy convencido de que uno de ellos dispone de información valiosa que me llevará directamente a la zorra de Yue y, por tanto, a mi mujer. Tengo la certeza de que Alba es el arma que nombraron, ella es lo que Yue quería y, ahora que está en su poder, querrá convertirla en su juguete preferido. Bien, puedo lidiar con eso. Mientras Alba suponga un activo de valor para Yue, no se deshará de ella. El problema vendrá si cree que ya no puede aportarle nada y por eso es tan importante llegar a ella antes de que eso suceda.

—¡Alex! —escucho el grito a mi espalda, pero no me giro. Sigo caminando, ajeno a todo lo que me rodea.

Estoy a punto de alcanzar la escalera cuando noto que barren mis pies y mi cuerpo cae irremediablemente como peso muerto contra el

suelo. El ataque me ha pillado tan de sorpresa que ni siquiera me ha dado tiempo a poner la mano y me he llevado el golpe en el hombro. Siento el dolor, pero lo ignoro y me coloco de pie de un salto para enfrentarme a Vega, o más bien debería decir a Sombra, porque la que tengo delante no es la novia de mi primo, sino la líder del mejor puto equipo de toda Europa.

—¡Déjame en paz, joder! —bramo encarándola.

—¡Ni de coña! ¡Ya está bien de ir por libre! La única forma de llegar hasta Alba es trabajar en equipo. ¡A ver si te lo metes en la cabeza de una puta vez!

—Para eso ya estáis vosotros. Y mientras os reunís y trazáis estrategias desde la sala de juntas, yo estoy en la calle, sacándole información a esos desgraciados y cargándome a cualquiera que haya podido ayudar a la sádica loca que retiene a mi mujer. Si no hay novedades, déjame tranquilo.

Se aleja un paso, creando la distancia justa entre nosotros para que ambos podamos calmarnos. Después, respira hondo y me observa con una mezcla de comprensión y tristeza.

—Es que sí tengo algo nuevo que contarte, Alex. Pero llevas semanas desaparecido. Sales de la mansión en mitad de la noche como si fueses un fantasma y pasas días ilocalizable. —Su expresión se suaviza y mis hombros caen, relajando un poco el estado de tensión en el que estaba inmerso.

Me paso una mano por la cara para despejarme.

—Entendido. Ahora estoy aquí. ¿Qué tenéis?

—Sabemos en qué zona de Francia se encuentra Yue y creemos que no se ha movido de allí en cinco días. Tenemos constancia de

que nunca permanece tanto tiempo en el mismo sitio. Esa víbora se mueve tanto como lo hacía su hermano antes de morir.

—¿Lugar? —insisto intentando mostrarme calmado, aunque por dentro mi corazón está a punto de explotar.

—En algún sitio entre Nantes y París, en el valle del Loira. Salimos hacia allí a las siete de la mañana en el jet de tu primo. —Asiento y, antes de que pueda darme la vuelta, continúa hablando—: Deberías pegarte una ducha y cambiarte de ropa por una que no esté salpicada de sangre. Liam vendrá en el avión y estaría bien que te viera con un aspecto algo menos… impactante.

—¿Cómo que vendrá? No puede dejar la Hermandad al descubierto.

—Yo le pedí que lo hiciera. Estás descontrolado. —La fulmino con la mirada y, si fuese otra persona, ya la estaría apuntando con mi Glock. No, ya tendría un agujero de bala en su frente—. A veces, es como si entrases en trance, y el otro día casi matas a Mark cuando se acercó para intentar calmarte. No hablas con nadie. Lo siento, pero no puedo lidiar contigo mientras busco a Alba. —Aprieto los puños con fuerza y los suelto varias veces seguidas—. Sé que la amas. No hace falta que me lo digas, lo veo en tus ojos y en la forma en que estás luchando por ella, pero necesito que lo hagamos juntos, Alex. Por favor.

Sus ojos brillan desesperados, suplicantes y, al observarla detenidamente, me doy cuenta de que se siente tan rota como yo. Alba es como su hermana pequeña, alguien a quien juró proteger y ha perdido. Si le pasase algo, Vega quedaría destrozada.

—Está bien. —Sonríe, pero su cuerpo permanece en el sitio—. La encontraremos juntos. Recorreremos cada rincón de ese valle hasta

dar con ella.

—Gracias —susurra—. Y ahora deberíamos descansar. Vamos a necesitar estar bien despiertos para lo que se nos viene encima. En el avión te contaremos todos los detalles.

Nos despedimos con un asentimiento de cabeza y la observo marcharse. Antes de que pueda hacer lo mismo, escucho un leve carraspeo a mi espalda y, al girarme, me encuentro con Antonella, vestida de punta en blanco, como siempre.

—Lo siento, no quería interrumpir —se disculpa en voz baja, acercándose unos pasos.

—Son las doce de la noche, ¿vas a algún sitio?

—No, yo solo… —Veo cómo se retuerce los dedos y hago un esfuerzo para no interrumpirla y decirle que no tengo tiempo para tonterías—. Necesito hablar contigo. Es importante.

—Está bien, dime.

—¿Te importa si vamos a la cocina? Te prometo que serán solo cinco minutos, después dejaré de molestarte.

Acepto y, al llegar, me pide que me siente en una de las banquetas altas mientras ella comienza a preparar lo que parece ser una infusión. Como no se anima a hablar, opto por hacerlo yo.

—Mañana saldré de viaje y no sé cuánto tiempo tardaré en volver. Mi hermano Antón se encargará de ti en mi ausencia. Cualquier cosa que necesites, puedes pedírsela a Ania o a él.

—Bueno, eso hace más fácil decirte lo que tenía pensado. Ayer hablé con mi padre, me contó que las cosas en casa estaban algo más tranquilas y le pedí permiso para volver. —Vierte el líquido de la pequeña jarra que ha preparado en dos tazas y me tiende una—. Por favor, acéptala. Se te ve cansado y mañana tienes que viajar.

Deja que al menos te ayude con eso. Esta infusión es mano de santo para coger el sueño. Me la prepara mi madre cuando estoy en época de exámenes y los nervios no me permiten relajarme lo suficiente para dormir tranquila.

—De acuerdo. —La sujeto entre las manos y le doy un sorbo al líquido, que está más dulce de lo que imaginaba.

—Espero volver a verte pronto. Al menos, me gustaría hacerlo —confiesa retirando la mirada hacia su taza—. Sé que venir aquí no supuso una idea brillante. Cuando las cosas se complicaron en Italia, fui yo quien persuadió a papá para que me enviara contigo. A él no le hacía gracia la idea, pero yo quería conocer un poco más al hombre con el que tendré que compartir el resto de mi vida y le convencí de que aceptara. Ahora soy consciente de que para ti fue una imposición y no es justo. Siento no haberme dado cuenta antes, solo pensé que a los dos nos vendría bien conocernos un poco más de cara a la boda.

Me paso la mano por el pelo. Quiero decir algo que la haga sentir mejor, pero estoy en total sintonía con lo que acaba de admitir: vino en el peor momento y, desde que apareció, toda mi vida se puso patas arriba. Su capricho de princesa de la mafia fue la mecha que activó el secuestro de Alba y no puedo evitar culparla.

Debe de percatarse de que no voy a añadir nada, porque apura su infusión, se acerca y me da un beso en la mejilla, demasiado largo para mi gusto.

—Buenas noches, Alex. Ojalá podamos vernos pronto. Prometo que seré mejor novia de lo que lo he sido durante estas semanas.

Subo a mi habitación en silencio, enfadado por no haber encontrado una solución que acabe de una vez por todas con mi

compromiso. Entro al baño y me coloco delante del espejo. La imagen que me devuelve me resulta ajena, como si no me perteneciera, como si me faltase algo. Y sé lo que es.

Después de la ducha, me pongo unos bóxer negros y me meto en la cama. Antes de darme cuenta, ya estoy profundamente dormido.

# 44

## ALBA

Me revuelvo en la cama, incapaz de encontrar una postura lo suficientemente cómoda que me permita conciliar el sueño. Estoy segura de que me he despertado cuando no llevaba ni una hora durmiendo.

Me quito los calcetines ayudándome con los pies y una ola de frío me atraviesa el cuerpo. Subo la manta para cubrirme hasta la mitad de la cabeza y me abrazo a mí misma, frotándome los brazos. Los noto sudorosos y fríos.

«Algo no va bien».

Me incorporo y me quedo unos segundos sentada en la cama, tratando de analizar la situación. Cuando me levanto, la habitación se inclina de repente, como si alguien me hubiese lanzado al suelo de un empujón, salvo que aquí no hay nadie aparte de mí.

Apoyo la mano en la pared para estabilizarme y ando a trompicones hasta el baño. Me sujeto apoyándome en el lavabo, enciendo el grifo de agua fría y me mojo la cara una y otra vez.

Al enderezarme, tengo que agarrarme a los mandos del grifo para no caer hacia atrás. Todo a mi alrededor me parece distorsionado y demasiado intenso.

Cierro los ojos y lucho contra el ruido que inunda mi cerebro. Es como un zumbido persistente y molesto que no cambia de intensidad, pero tampoco desaparece.

El frío está conquistando mi cuerpo por completo y ya no soy capaz de contener el castañeteo de dientes.

—Alba, ¿qué te-te está pa-pasando? —tartamudeo.

La chica que veo en el espejo es extraña. Tiene las raíces del pelo negras y el resto rosa, de un tono más opaco que el mío. Dos cercos negros rodean sus ojos hundidos, y los pómulos le resaltan en el rostro como si quisiesen salir disparados.

El temblor de mi cuerpo es imposible de controlar. Él me dirige a mí.

Giro la cara. No quiero seguir viendo a la chica del espejo. No me gusta cómo me mira.

El suelo vuelve a estar en pendiente cuando me suelto del lavabo y me aferro al marco de la puerta, de cara a la habitación.

No puedo continuar, el aire parece viciado y estar de pie me resulta demasiado difícil. Apoyo la espalda en la pared y me arrastro hasta el suelo, que siento helado a través de la tela del pantalón. Respiro hondo, pero no consigo atrapar el aire suficiente y siento que me estoy ahogando. Mi cuerpo tiembla, los dientes me castañean y el corazón me golpea el pecho como si quisiese salir de su encierro.

Me rodeo las piernas con los brazos y lucho contra el dolor que noto en la espalda, en la cabeza, en la mandíbula… Se va expandiendo por mi cuerpo como si no tuviese límites y las lágrimas me nublan la visión y ruedan por mis mejillas sin pedir permiso.

«Quiero que pare. Necesito que pare».

—Ne-necesito ayuda. —Escucho mi propia voz, demasiado débil, y sé que es imposible que me hayan oído. Levanto la mirada y busco la cámara situada sobre la puerta—. Eh, ve-venid aquí. Yo… no pu-puedo respi…

No termino la frase porque una arcada violenta aparece de la nada. Me inclino hacia delante, incapaz de detenerla, pero mi cuerpo parece vacío.

Intento recordar cuándo fue la última vez que comí algo y es inútil, el tiempo no tiene sentido alguno aquí dentro, donde las horas, los días y los meses se funden en un limbo denso que no logro descifrar.

No he escuchado la puerta abrirse, pero, al levantar la cabeza, mi carcelera vuelve a estar frente a mí y, a su lado, el hombre con nombre de perro.

—Veo que hoy no te encuentras bien del todo.

Me gustaría responderle que se vaya a la mierda, pero juntar palabras me resulta difícil.

Da un paso atrás y se sienta sobre la cama, de modo que ya no hay tanta diferencia de altura entre nosotras.

—A-agua —balbuceo, y unos segundos después una mano está sosteniendo una botella contra mi boca.

Siento las gotas resbalar por mi barbilla, pero, por más que bebo, no consigo saciar la sed.

—¿Mejor? —pregunta ella y no respondo. Lo cierto es que no me encuentro mejor. Sigo luchando por controlar los temblores y las náuseas, el dolor, el ruido en mi cabeza, la niebla a mi alrededor—. He venido porque necesito que me hagas un favor. Va a ser fácil y,

para que veas que tengo buenas intenciones, te he traído tu ordenador.

El hombre a su lado me pone el portátil sobre el regazo y lo abre. Coloco las manos sobre las teclas y el bienestar que siempre llega con ese simple gesto no aparece.

—¿Qué… qué favor? —pregunto con voz débil.

—Necesito que mejores nuestra ciberseguridad. —La miro sin entender y hace una mueca de fastidio—. Rex, dásela.

Me encojo cuando el gigante se abalanza sobre mí, pero, en lugar de causarme daño, se agacha para estar a mi altura, abre su enorme mano frente a mis ojos y me muestra una pequeña pastilla blanca que reconozco al momento.

El alivio al verla es instantáneo. Mi cuerpo tira de mí hacia delante con una urgencia inesperada.

«Es esto. La pastilla es lo que necesito. Con ella desaparecerá el dolor y seguro que todo lo demás se irá tras él».

Alargo las manos y mis dedos chocan con torpeza contra la pantalla del ordenador. Las pongo frente a mí, moviéndolas y observando el temblor que me impide guiarlas con naturalidad. Consigo que alcancen su destino, palpando la piel de Rex hasta sujetar la pastilla. Blanca. Pequeña. Perfecta.

Me la llevo a los labios y alguien coloca una botella de agua abierta sobre mi otra mano. Me lleno la boca con el líquido y trago con dificultad.

—Despacio. No queremos que mueras atragantada. —La voz de Yue suena lejana, tranquila, cruel.

El agua baja por mi garganta, calmando levemente la irritación. Cierro los ojos y apoyo de nuevo la espalda en la pared, esperando a

que algo cambie.

El alivio no es inmediato, pero empiezo a experimentarlo. El primero en dejar de luchar contra mí es el corazón, que cesa en su empeño de latir como si estuviese corriendo al máximo de mi resistencia. Cojo aire por la boca y siento que este comienza a llegarme a los pulmones y a expandirlos, poco a poco. Está pasando. El ruido en mi cabeza es ahora más bajo y ya puedo hilar algunos pensamientos.

—Lamento interrumpir tu nirvana, pero ahora que ya te encuentras mejor, es el momento de que te pongas a trabajar —ordena Yue señalando el portátil sobre mis piernas.

—No voy a ayudarte a una mierda —digo mirándola directamente a los ojos—. Eres una puta psicópata que trafica con pobres chicas. Me das asco.

—Suponía que no querrías colaborar a la primera —suelta, mirándose las uñas con indiferencia—, pero hay algo que puede convencerte. Rex, tráela. Mostrémosle a nuestra invitada la suerte que tiene por lo bien que la estamos tratando. —Se encara hacia la puerta y se para un segundo para mirarme de nuevo—. Ya te lo he dicho, Alba. Me gustaría que nos llevásemos bien. Creo que podemos colaborar juntas y llegar a un entendimiento, pero, no te equivoques, acabarás haciendo todo lo que yo quiera, por las buenas o por las malas. Después del tiempo que llevas investigándome, ya deberías saber que consigo cualquier cosa que me propongo. Tengo grandes planes para ti dentro de mi organización.

Vuelve la mirada al frente y comienza a caminar, sin esperar una respuesta por mi parte. Su perro fiel me sujeta con fuerza del brazo

y me arrastra hasta la salida. Lo primero que me sorprende al cruzar la puerta de la habitación es la luz, mucho menos brillante e intensa.

Me llevan por un largo pasillo y trato de fijarme en todo lo que me rodea, aunque sigo sintiéndome un poco mareada. La decoración es opulenta. Pisamos sobre alfombras alargadas que cubren casi la totalidad del suelo; las paredes están recargadas con cuadros de marcos gruesos, dorados y llenos de relieves; los muebles son de estilo barroco, excesivamente ornamentados, y las lámparas tienen forma de araña. Es como si hubiésemos retrocedido un par de siglos en el tiempo.

Giramos a la derecha, solo para adentrarnos en un pasillo demasiado parecido al anterior, y nos detenemos en la tercera puerta a la izquierda. Repito el camino trazado en mi cabeza hasta memorizarlo.

Al otro lado de la puerta, no hay una estancia, sino unas escaleras bastante pronunciadas que se iluminan cuando Yue presiona un interruptor escondido tras un tapiz.

Tropiezo con mis pies cuando Rex me hace descender las escaleras demasiado rápido.

Abajo, el cambio de temperatura es tan radical que estoy a punto de ponerme a tiritar. La sala está en penumbra y el olor es repugnante, una mezcla de comida en mal estado, sudor y sangre. Noto la humedad en el ambiente y, antes de que Yue encienda la luz, adivino que nos hallamos en el sótano de la casa.

Miro al frente y la imagen que descubro me deja congelada. Román, nuestro jefe, líder y fundador de Atenea, se encuentra a tan solo unos pasos de distancia. Sus brazos permanecen abiertos, atados a una barra de hierro que pende del techo mediante un

sistema de cadenas y poleas. Bastaría que alguien las tensase para levantarlo del suelo y dejar su cuerpo suspendido.

No puedo hablar. Juro que lo intento, pero los sonidos no quieren salir de mi boca. Él fija la vista en mí solo un instante y creo ver arrepentimiento en sus ojos. Después, baja la mirada al suelo. Va vestido igual que siempre. Es un hombre de costumbres y pocas veces lo he visto con otra cosa que no sea una camisa blanca acompañada de un traje oscuro.

«¿Por qué podría estar arrepentido?».

—Hola, Román. Mira a quién he traído conmigo. Tal como te prometí, no le he hecho daño alguno. Bueno, a Rex se le fue un poco la mano cuando ella intentó atacarme, pero solo lo necesario para defenderme y hacerle ver que no está bien morder la mano que le da de comer.

Observo detenidamente a mi jefe y veo varios cortes y cardenales en su piel. Su camisa está rasgada y tiene manchas de sangre por todas partes. Las heridas y las costras que cubren su cara delatan que lleva aquí al menos varios días.

Miro a mi alrededor con disimulo, buscando una posible salida o un arma que pueda llevar conmigo para usar en el momento oportuno. Necesito sacarnos de aquí antes de que uno de estos pirados decida que ya no les somos útiles. El problema es que las paredes parecen de piedra y no hay ni una sola ventana, lo que refuerza mi idea de que nos encontramos en un sótano.

Román murmura algo que no entiendo, pero, por lo visto, Yue estaba más atenta que yo.

—La he traído para que puedas contarle la relación que nos une. —Él mantiene la boca cerrada y la mira con odio—. Vamos, no seas

tímido. La chica tiene derecho a saber que está aquí gracias a ti.

Trato de no reflejar la sorpresa que siento. No puedo creer a esta mujer, aunque la forma en la que él sigue guardando silencio en lugar de rebatir su afirmación empieza a ponerme nerviosa.

—Eres una hija de puta —sisea Román, y un ataque de tos le impide continuar.

—Oh, vamos. Está feo insultar a una amiga. Además, podría haberte delatado a tu sobrina y no lo he hecho. Por otra parte, quiero que Alba y yo seamos amigas, así que ella tiene que saber la verdad.

Se gira hacia mí y me entran ganas de arrancarle la cabeza de una patada, pero el agarre de Rex sobre mi brazo es fuerte y necesito un plan antes de intervenir o Román y yo acabaremos muertos en cuestión de segundos.

—Déjala fuera de esto, Yue —gruñe Román, y ella lo ignora a propósito.

—Tu jefe lleva un tiempo colaborando conmigo. ¿La rapidez con la que hemos reabierto los clubs que las autoridades cerraron tras la muerte de mi hermano? Fue gracias a él. ¿El motivo por el cual nunca podéis encontrarme? Él es quien me hace invisible ante vuestros ojos. Y, la mejor de todas. —Lo observa con una expresión maliciosa—. ¿Recuerdas esas misiones que han salido de la nada y os han mantenido ocupados? Tu jefe prácticamente se las inventó.

—Cállate de una vez —la corta Román, y ella se ríe, disfrutando del momento.

—Tengo que reconocer que has sido de gran ayuda los últimos meses, Román. Me has dado mucho más de lo que esperaba conseguir.

Lo miro y mi corazón se para cuando percibo la culpabilidad en su gesto, en su postura, en sus ojos. Se le ve como nunca antes: abatido, débil, cansado.

«Todo lo que Yue acaba de afirmar… es la jodida verdad. Él ni siquiera está intentando explicarse».

—¿Por qué? —Mi voz suena débil y trato de ignorar a la mujer a mi lado que levanta la cabeza victoriosa.

Los segundos pasan demasiado lentos hasta que él decide enfrentar mi mirada y darme su respuesta, una que no me hubiese gustado escuchar nunca.

—Llevo años colaborando con ella. Desde antes de que Bao Feng muriera.

—¿Qué? ¿Cómo pudiste? —grito fuera de mí, aunque soy incapaz de acercarme—. Él fue quien prostituyó a Isabel y la obligó a soportar toda una vida de sufrimiento. ¡Joder, él fue el culpable de su muerte! ¿Cómo pudiste?

La traición se siente amarga y arde en mi garganta. Tengo náuseas y ganas de gritarle al mundo que está loco, que esto no está bien.

—No lo ayudé a él. Mi objetivo siempre fue acabar con el hermano de Yue. Ella me daba información: sus siguientes movimientos, puntos débiles, posibles ubicaciones… Estuvimos a punto de pillarle varias veces gracias a los datos que ella me proporcionaba a escondidas y muchas chicas fueron rescatadas debido a esa alianza.

—¿Y qué obtenía ella a cambio? —pregunto, sabiendo que esta mujer no haría nada sin pensar antes en su propio beneficio.

—Me dijo que era una víctima más de su hermano. Que él se había vuelto loco y que la obligaba a acostarse con sus socios para

sellar tratos importantes.

—¡Y tú la creíste! —siseo, incapaz de entender cómo una de las personas más inteligentes que conozco pudo estar tan ciega.

—Lo comprobé. Era cierto. Bao Feng incluía a su hermana pequeña en algunos acuerdos de negocios y, cuando me reuní con ella, vi el dolor y la sed de venganza en sus ojos, los mismos que encontraba en la mirada de Vega cada mañana. Ella quería lo mismo que nosotros, la muerte de ese malnacido.

—Y si todo estaba tan claro para ti, dime, ¿qué ha pasado? ¿Cómo me explicas que, siendo tan hija de puta, o más, que su hermano, tú sigas apoyándola? ¿Cómo puedes permitir que reabra los clubs en los que obliga a mujeres a prostituirse igual que hizo su hermano con Isabel?

Cierra los ojos y me pregunto cómo es posible que el bien y el mal se hayan dado la mano para firmar un acuerdo. Cómo Román, que para mí era el soporte y ejemplo de todo lo que está bien, ha podido contribuir a que esta mujer cometa los actos más atroces y crueles que podamos imaginar contra chicas inocentes.

—Venga, Román. Díselo —tararea Yue a mi derecha—. ¿O prefieres que lo haga yo?

No se me escapa la burla en su voz y sé que lo que viene no es mejor que lo que me han contado hasta ahora.

—Cuando Feng murió, Yue se vio tentada por el poder —continúa Román, alzando la mirada hasta encontrar la mía—. Tenía acceso al negocio de su hermano, al dinero, a las propiedades, a los contactos… Y de la noche a la mañana, resolvió quedarse con todo.

—Decidí dejar de ser víctima para transformarme en verdugo —interviene la aludida con su voz firme reverberando en las paredes

del sótano—. Después de toda una vida de ser manipulada, humillada y vejada, vi la oportunidad de tomar el control, de convertirme en aquella que decide, en la que elige quién vive y quién muere. Y me juré que nunca más volvería a mirar a alguien desde abajo.

—¿Haciendo pasar a otras mujeres por las mismas vejaciones a las que te sometieron a ti? —pregunto con desprecio—. Tu discurso hace aguas cuando encuentras la mierda que ocultas bajo de la alfombra.

—Son daños colaterales. La vida está llena de contrastes, Alba. Debe haber pobres para que existan los ricos; desgraciados, para que otros puedan ser felices. ¿Acaso no lo ves?

—Lo único que veo es el ser despreciable que tengo delante de mí.

—Es una cuestión de elecciones y no todas son fáciles. Román se vio obligado a elegir entre hacer pequeñas concesiones o dejar que el mundo entero descubriese que él había sido la pieza clave que me permitió alcanzar la cima. Luego está lo de su pequeño secreto… —Echa un vistazo a mi jefe, que luce más abatido que antes—. ¿Se lo contamos? Todavía recuerdo la cara que pusiste cuando te dije que lo había descubierto. En ese momento supe que harías cualquier cosa para comprar mi silencio, y me aproveché de ello.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con miedo a descubrir algo peor.

—Él fue el responsable de la muerte de los padres de Vega e Isabel. Él provocó el accidente de coche porque no pudo soportar que su hermano se quedase con la mujer de la que llevaba media vida enamorado. Él los mató.

Doy un paso atrás y me tapo los oídos con las manos mientras cierro los ojos. No quiero escuchar más. No puedo procesar lo que acaba de contarme. Si Vega llegase a enterarse…, la destrozaría.

Mis párpados se despegan cuando siento una mano fría sobre el hombro. Es ella. Es Yue.

—Pídele que lo niegue —me susurra al oído.

—¿Román? —Mi voz sale temblorosa, a punto de quebrarse.

—No pretendía matarlos. Yo… Ni siquiera sabía de la existencia de las niñas. Hacía años que no hablaba con mi hermano y menos con Marina. Había desaparecido de sus vidas y me obligué a no indagar sobre ellos. Me centré en mi trabajo, creé Atenea y me dediqué a ella en cuerpo y alma… —Cierra los ojos y traga saliva—. No sé lo que me pasó ese día. Me encontraba parado en un semáforo en rojo cuando los vi. Ella estaba preciosa, como siempre. Hablaban, se reían y, entonces, Marina lo besó y yo… Pisé el acelerador a fondo. Fue un impulso, una decisión tomada en una milésima de segundo con la que llevo cargando toda la vida.

No digo nada. No puedo. Solo quiero salir de aquí y volver a mi habitación, a la soledad de mi encierro donde las decisiones de otros no puedan alcanzarme.

Miro a Yue, pidiéndole en silencio que me saque de aquí.

—Estás enfadada, lo sé. Conozco la sensación, pero no te preocupes, voy a ayudarte. —Se acerca a Rex y este le tiende una pistola—. Te doy la oportunidad de vengarte y, créeme, se siente de maravilla cuando alguien paga por lo que ha hecho.

—¿Pretendes que lo mate? —Me limpio las lágrimas de un manotazo y levanto la barbilla—. No te niego que estoy afectada por

lo que acabáis de contarme, pero no me he vuelto imbécil en la última media hora. Sigo teniendo claro dónde están mis lealtades.

—¿Con el asesino de los padres de tu amiga?

—Con Sombra, con mi equipo, con mis valores.

Tuerce el gesto y veo que mis palabras la han golpeado. Después, eleva los hombros, restándole importancia al asunto.

—Albergaba la esperanza de no tener que llegar a esto, pero ya te he dicho antes que la vida está llena de elecciones, y yo voy a ayudarte a tomar la más adecuada.

—¿Para quién? —pregunto.

—Para mí, por supuesto.

Saca del bolsillo de su americana un teléfono, marca y espera. Por su posición, entiendo que se trata de una videollamada.

—Hola, amor, te estaba esperando. Ya te dije que acabarías recurriendo a mi plan —asegura una voz femenina y alegre que me resulta familiar.

—No quería que tuvieras razón, bebé. ¿Está todo en orden por allí? —responde Yue con voz melosa.

—Todo marcha según planeamos. Y nuestros invitados, ¿cómo se encuentran? ¿Me pasas con ella para que pueda saludarla?

—Claro que sí, bebé, pero no seas demasiado mala, que nos conocemos.

Yue se acerca hasta quedar pegada a mí, me coloca un brazo por encima del hombro, como si fuésemos buenas amigas, y sitúa el teléfono delante de nuestras caras para que ambas quedemos encuadradas dentro de la cámara.

—Agh, tienes pinta de apestar. Sabes que en el baño hay una ducha, ¿verdad? —Pestañeo, incapaz de creer que la persona que

está al otro lado de la pantalla sea Antonella, la prometida de Alex.

Habla con Yue como si fuesen algo así como… ¿pareja?

—Nella, ¿qué te he dicho? —la reprende Yue con voz cariñosa—. Vamos al lío, que no quiero que nada se estropee. ¿Estás en su habitación?

—Vale, pero quítale el brazo de encima si no pretendes que la mate en cuanto la tenga delante.

—Me encanta cuando te pones celosa —responde Yue apartándose lo suficiente para no tocarme, pero que sigamos las dos en cámara.

Antonella trastea un momento con el teléfono y cambia el modo de llamada para que veamos desde la cámara trasera. Al principio, no distingo lo que está enfocando, pero tardo poco en darme cuenta de que se encuentra en la habitación de Alex. Mi Alex.

Avanza un par de pasos y se acerca a la cama, donde él permanece bocarriba y con los ojos cerrados.

«Por favor. Dime que no lo ha matado».

Antonella debe de ver el pánico en mi mirada, porque sonríe con crueldad antes de continuar.

—No te preocupes, pequeña friki, que lo que le he dado no lo matará. Eso sí, lo ha dejado frito durante unas cuantas horas. —Cojo aire aliviada, aunque el corazón me dice que esto no ha hecho más que empezar y ella misma me lo corrobora—. Ahora bien, esta pistola sí que podría acabar con su vida —afirma mientras muestra el arma en su mano y apunta directa al pecho de Alex.

Siento cómo mi corazón deja de latir. Un movimiento en falso, un roce del gatillo y Alex podría estar muerto en cuestión de segundos. El silencio se hace eco en la habitación y cruza la llamada.

—No lo hagas. —No sé si ha sonado a exigencia o ruego; no me importa, estoy dispuesta a suplicar si así baja el arma.

—El destino de estos hombres se halla en tus manos, Alba —sentencia Yue y, aunque sé a qué se refiere, no quiero entenderlo—. Tú decides quién vive y quién muere esta noche.

—No puedes obligarme a eso.

—No hacer nada también es una elección. Uno de los dos está viviendo sus últimos segundos, lo quieras o no.

Cierro los ojos. Me siento ligeramente aturdida. Tal vez sea el aislamiento prolongado, la falta de sueño o quizá el ataque que he sufrido hace apenas una hora, pero dudo de si estoy en plenas facultades para tomar una decisión como esta.

Dirijo mi mirada al arma que alguien ha depositado sobre una mesa de metal, a unos metros de distancia de Román.

La observo, pero no me acerco.

Pienso en la tercera opción, esa que Yue no ha contemplado en su discurso. Podría coger la pistola y dispararle a ella. Tendría solo un segundo para hacerlo y una única oportunidad.

La pregunta es si estoy dispuesta a pagar las consecuencias. Es probable que acertase el tiro y que ella muriese en el acto, pero sé con certeza lo que pasaría después: Rex acabaría conmigo y Antonella mataría a Alex.

# 45

## ALEX

Me despierto cuando suena la alarma y lo primero que noto es un molesto dolor que me nace en las sienes e irradia hacia la parte superior de la cabeza. Lo siguiente que percibo son restos del aroma dulzón del perfume de Antonella, algo extraño teniendo en cuenta que ella nunca ha pisado esta habitación.

Me levanto mosqueado y hago un barrido visual a mi alrededor. Tengo una manía desde que era pequeño: el orden. Me molesta que las cosas no estén donde deben estar y me genera ansiedad cuando alguien mueve algún objeto que yo he colocado en el lugar exacto al que pertenece.

Paseo por la habitación buscando cualquier señal que me ayude a confirmar lo que ya intuyo, que ella ha estado aquí. Observo la puerta, las cortinas, las mesitas de noche… Nada parece hallarse fuera de lugar y, aun así, la sensación no me abandona. Cuando me acerco a la cómoda, confirmo lo que ya imaginaba. La señal es apenas evidente y pasaría desapercibida para otros, pero no para mí. Cada noche, antes de acostarme, coloco mi reloj de muñeca con la correa estirada en vertical, en paralelo al bolígrafo que siempre descansa sobre el mueble para cuando lo necesito. La inclinación del

reloj es casi inapreciable, pero está ahí, provocando un desajuste visual que me molesta.

Lo más probable es que Antonella rozase el objeto sin darse cuenta, pero lo hizo y eso confirma que ha estado aquí, en mi habitación, en mi espacio. Ahora, la pregunta es ¿por qué?

Sigo pensando en ello mientras me visto y preparo una maleta para el viaje. Después, bajo a la armería. Mi hermano me dijo que podía contar con las armas que necesitase, pero sabiendo que Liam está al tanto de la operación, cojo solo lo básico y un par de juguetes que llaman mi atención. Tras ello, me reúno con él y le pido que ponga a alguien a seguir a Antonella. Es posible que su incursión en mi cuarto haya sido solo una forma de decirme adiós, pero si algo aprendí durante mi infancia y adolescencia es que no puedes fiarte de nadie.

Me despido de ella también y me confirma que hoy mismo viajará de vuelta a Italia, a Sicilia exactamente, que es donde se encuentra su padre desde hace unas semanas. Nada en su comportamiento me hace dudar, pero no me olvido de que es una mujer criada en la mafia o, lo que es lo mismo, una experta en la mentira y la manipulación.

Cuando subo al avión, Liam me recibe con un abrazo. Él es como un hermano para mí y la persona en la que más confío del mundo. Sombra y su equipo ya están a bordo, también Parker, Hughes y cuatro de nuestros hombres que han venido con Liam.

Cada uno ocupa su asiento. Mi primo susurra algo al oído de su mujer y, después, me hace una señal para que vaya con él al fondo del avión. Nos sentamos en la zona que utiliza para las reuniones, de modo que quedamos uno frente al otro y una mesa en el medio.

—No tenías que venir —le digo una vez hemos despegado.

—¿Ella te importa? —pregunta sin rodeos, aunque me conoce lo suficiente para saber la respuesta.

—Más que nada.

Sus ojos se clavan en los míos con una serenidad que había echado de menos. Con él, no son necesarias largas explicaciones, le basta un minuto cerca de mí para saber en qué estado me encuentro.

—Entonces vamos a por tu mujer, Alex. No dejaremos que esa psicópata le haga daño.

Respiro hondo y relajo los hombros.

—Tengo miedo, Liam. Hacía tanto que no lo sentía que me ha costado reconocerlo, pero estoy… paralizado, frustrado, furioso —confieso—. Han pasado semanas desde que se la llevaron. Semanas en las que han podido hacerle cualquier cosa. Si descubro que la han tocado…, voy a destrozarlos hasta que no quede nada de ellos.

—La rescataremos —afirma con esa rotundidad que siempre me ha hecho confiar en su palabra.

—¿Estás seguro de que puedes venir con nosotros? ¿A quién has dejado al mando?

Se frota la nuca en un gesto muy poco habitual en él.

—A Marcus, con la ayuda de Derek.

—¡No me jodas! ¿Derek? ¿Cómo te ha convencido?

—Mi hermano puede ser un auténtico tocapelotas cuando se lo propone. Volvió a Londres. Lo han echado de la universidad y se ha negado a terminar la carrera. ¡Joder, le quedan cuatro putas asignaturas para licenciarse!

—Te dije que obligarlo a estudiar no era buena idea.

—Pensé que acabaría centrándose, pero se ve que lo conoces mejor que yo.

—Los caraduras nos reconocemos —afirmo tratando de quitarle hierro al asunto—. ¿Y ahora qué?

—El muy cabrón me ha chantajeado. —Se me escapa una sonrisa y me mira mal.

—Lo siento, es que es justo lo que habría esperado de él. Apunta maneras desde que empezaron a salirle pelos en los huevos. ¿Qué te ha pedido ese cabronazo?

—Lo de siempre, un puesto en la Hermandad. A cambio, se compromete a terminar la carrera a distancia y aprender también la parte legal del negocio en Industrias Brown.

—Tienes que reconocer que es bueno negociando. Cuidaremos de él.

—Joder, solo tiene veinte años —se queja dando un golpe con el vaso en la mesa.

—Yo a su edad ya me había cargado a tantos hombres que ni siquiera recordaba sus caras.

—Lo sé, pero quería algo distinto para él, no la misma mierda que tuvimos que vivir nosotros. —Se queda pensativo unos segundos y decide cambiar de tema—. Y ahora, dime, ¿cómo estás?

Niego con la cabeza y me bebo de un trago el vodka que tengo en la mano.

—Hecho mierda, Liam. Todo lo que te haya contado Vega es la pura verdad y apuesto a que se ha quedado corta. Estoy descontrolado. No duermo, me olvido de comer… En la última semana he masacrado a más de veinte hombres y sé que a ninguno le di una muerte rápida.

—Joder.

Liam intenta decir algo, pero lo corto.

—¡El otro día abrí los ojos y me encontré rodeado de cuatro cuerpos mutilados y ni siquiera recuerdo cómo lo hice! He vuelto a caer, a entrar en trance; tengo lagunas mentales y la ira me domina como si no hubiese alternativa posible. Las regresiones…

—Ey, respira. —Noto su brazo alrededor de mi hombro y no soy consciente de cuándo ha cambiado de sitio para ponerse a mi lado —. Ya no eres ese hombre. No estás solo. Yo estoy contigo.

—No lo entiendes. Soy ÉL. He vuelto a ser Abismo —afirmo hundiendo la cabeza entre mis brazos apoyados sobre las rodillas.

Y cuando ella lo descubra…, verá a un ser despreciable, a un monstruo. Una abominación.

—Es diferente, Alex. Esta vez no te has convertido en él por imposición. Has sido tú quien lo ha buscado y lo ha sacado de su letargo. Abismo es indestructible y tú necesitas su fuerza para llegar hasta tu mujer y salvarla. Lo estás utilizando y no al revés.

Estoy pensando en lo que Liam acaba de decirme cuando escuchamos un murmullo de voces al otro lado del avión. Al girarme, observo a Sombra y a su equipo discutir de forma acalorada. Miro a mis hombres y los veo también alterados. De hecho, por la postura de Hughes, sé que se está conteniendo para no participar en la conversación.

Liam me hace un gesto de cabeza y nos acercamos al grupo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con esa autoridad propia en su voz que evita que tenga que alzar el volumen.

—Diversidad de opiniones —responde Lucas como si fuera algo común—. Sebas ha observado algunos movimientos extraños y cree

que Alba está reforzando los sistemas de ciberseguridad de la organización de Feng Yue.

—¡Y una mierda! —exclama Mark, bastante alterado.

—¿En qué te basas para creerlo? —pregunto a Sebas, ignorando a todos los demás. Él teclea con velocidad sobre el portátil que tiene sobre la mesita y después le da la vuelta para que Liam, Vega y yo podamos ver la pantalla.

—Inicié rastreos que antes daban resultados y ahora mueren en seco, como si alguien los hubiese cortado con un cuchillo afilado. También le he seguido la pista a dos servidores fantasma que han desaparecido justo en el momento en que creía haberlos localizado. Es todo muy extraño… Estas cosas suelen tratarse sin miramientos, pero la forma en la que nos redirigen a donde ellos quieren, de manera elegante y suspicaz, me recuerda a ella, a Alba. Demasiada casualidad. Es… Mierda, no sé explicarlo bien, pero hay modificaciones que llevan su firma grabada.

—No estoy entendiendo una mierda —gruño frustrado, y me mira.

—Creo que los está ayudando.

—¡Vuelve a decir eso y te comes el puto portátil! —salta Hughes —. ¿Y tú te consideras su compañero?

—Debemos contemplar la opción de que lo esté haciendo porque no tenga más remedio —afirma Sombra, y el avión se queda en silencio—. No digo que sea así, pero no podemos descartarlo tampoco. Sebas, sigue investigando. Necesitamos saber dónde la tienen exactamente antes de que decidan moverla.

Llegamos a Nantes en una hora y media. Mi primo ha conseguido una casa independiente y discreta a las afueras de la ciudad. No es demasiado grande como para llamar la atención, pero se encuentra

aislada y sus muros son lo bastante altos como para mantener alejados a los curiosos. En cuanto llegamos, metemos nuestras cosas y nos reunimos en el salón. El ambiente sigue crispado y yo lo único que quiero es dejar de hacer planes y salir a buscarla.

Estoy a punto de marcharme por mi cuenta, cuando mi teléfono suena con el tono de llamada que tengo reservado para mi gente. Veo el nombre de Antón en la pantalla y me tenso. Si me está llamando, después de habernos visto hace apenas unas horas, es porque tiene información importante.

Las conversaciones se apagan a mi alrededor y descuelgo mientras todos me miran expectantes.

—Antón, ¿qué tienes?

—Estabas en lo cierto con tu corazonada. Esa prometida tuya esconde algo. Salió con sus guardaespaldas cuarenta minutos después de que os marcharais vosotros, llevándose todas sus cosas y despidiéndose con un «hasta pronto». Mis hombres la siguieron hacia el sur y, sorpresa, nunca llegaron al aeropuerto de Vigo.

—¿Adónde coño fue esa mocosa? —gruño con la poca paciencia que me queda.

—Me avisaron cuando cruzaron la frontera de Portugal. Están en Maia, en el aeropuerto de Porto. Les han perdido la pista cuando se han metido en la terminal de vuelos privados. Estoy intentando conseguir información, pero no tengo a nadie en Portugal que pueda ayudarme con esto. Lo siento, Alex.

—No te preocupes, me encargo a partir de aquí. Ordena a tus hombres que hagan noche en la puta puerta del aeropuerto para asegurarse de que no es una maniobra de distracción y salen de allí a pie.

—Lo haré. Te aviso con lo que sea.

Transmito lo que acabo de descubrir al resto y nos ponemos todos a trabajar en ello. Quince minutos después, disponemos de las hojas de ruta de todos los vuelos privados y semiprivados que han despegado o tienen previsto salir en las próximas horas desde Porto. Por suerte, no son muchos. Observo la pantalla a la vez que Sebas, no hay ningún vuelo con destino a Sicilia o Roma, pero una hoja de ruta me llama la atención.

—¡Este! —Señalo con el dedo—. Saint-Nazaire Montoir, a solo cuarenta y nueve kilómetros de aquí.

—¿Estás insinuando que la hija de Matteo podría tener algo que ver con Yue y el secuestro de Alba? —pregunta Liam con los puños apretados.

—No lo sé, pero nada explica que me haya mentido asegurando que volvía a Sicilia con su padre y después haya conducido hasta Porto para coger un vuelo privado a otro lugar.

De repente, una idea cruza por mi cabeza.

—Sebas, ¿tienes acceso a los vídeos de las cámaras de la mansión?

—Sí. Dime el día y la hora que necesitas y te los muestro.

—Quiero ver lo que pasó antes de que Alba desapareciera.

—Los hemos visto más de una docena de veces y no hay nada —se queja—. Ya os lo dije, desvió algunas cámaras y manipuló otras para que quedase grabada una imagen de días anteriores. Ella nunca habría dejado rastro.

—No hay nada o no vimos nada porque nos estábamos centrando en Alba —susurra Sombra—. Busca a la italiana. Necesitamos saber su ubicación cuando nuestra chica salió de la mansión.

—Ahí es donde quería llegar —afirmo.

Tardamos apenas unos minutos en descubrir que Antonella y uno de sus guardaespaldas entraron al garaje la misma tarde en la que Alba desapareció. No sabemos el tiempo que estuvieron allí, pero no se fueron en coche, de eso estoy seguro porque el hombre de la entrada solo vio salir a Alba aquella tarde. Eso significa que tuvieron que coincidir con ella en el garaje.

—Le tendió una trampa —afirma Sombra, poniendo voz a mis pensamientos—. La muy zorra la ayudó a escapar y después hizo que la cogieran en el aeropuerto.

—Voy a reventar a esa puta pija italiana —gruño dándome la vuelta para ir a buscarla.

—¡Espera! —grita Sombra, y Liam me sujeta del brazo para que escuche a su mujer. Miro con rabia el lugar que me está reteniendo y mi primo me suelta, no sin antes lanzarme una mirada de advertencia.

—Sé que quieres encontrarla cuanto antes, pero escucha a Vega primero. Suele tener razón.

—No podemos matarla, Alex —dice ella acerándose—. No sabemos si actúa por su cuenta o si su padre también está implicado. Además, nuestra mejor baza es seguirla sin que nos vea. La esperaremos en el aeropuerto y ella misma nos conducirá al lugar en el que tienen a Alba. Hemos de actuar con cabeza.

—No me convence ese plan. La rubia tocapelotas va a morir hoy —suelto, y doy un puñetazo a la puerta del salón, con tanta fuerza que la madera salta astillada y mis nudillos llegan al otro lado.

Ni siquiera siento dolor. Solo una ira líquida que me recorre como un río embravecido, salpicándolo todo a su paso.

—Si la matas, perderemos la única pista que tenemos. Imagina que ha quedado con Feng Yue y no se presenta o que intenta contactar con ella y no la localiza. Empezará a sospechar y moverá a Alba de sitio. Estaremos como al principio y no podemos permitírnoslo. Alex, los dos sabemos que lleva demasiado tiempo en manos de esa loca. Debemos arrancársela y hemos de hacerlo ya. No podemos permitirnos fallar.

Me obligo a inspirar profundamente antes de responder.

—Está bien, lo haremos a tu manera.

Me rindo porque sé que está haciendo lo que mejor se le da. Sombra es la mejor estratega que he conocido nunca y Alba es una de las suyas.

# 46

## ALBA

Mi existencia se ha convertido en una nube extraña, en una dualidad de contrastes que me mantiene la mayor parte del tiempo en estado de alerta. Ellos me dan la paz sin la que ya no puedo vivir, apagan el ruido mental en el que me ahogo y se llevan la ansiedad que me destruye. Y cada vez que eso sucede, pago mi deuda.

Preferiría que me pegasen un tiro a seguir viviendo de esta manera.

Me digo a mí misma que la próxima vez seré más fuerte, que soportaré los temblores, el dolor muscular, los mareos, los vómitos e incluso esa sensación horrible de una mano estrujando mi corazón. Me repito que los síntomas no son reales, que el mono no me matará y que si lo hiciera… Bueno, tampoco podría ser peor que esto.

No puedo continuar viviendo con la sombra de la culpa siguiéndome a cada paso que doy, con el peso de mis acciones sobre la espalda, con la certeza de estar fallando a mi gente y todo en lo que creo. Ya ni siquiera estoy segura de cuánto les he entregado y eso me está comiendo por dentro. Sé que he reforzado su sistema de protección, he añadido barreras y algunos muros que

dejarían fuera a cualquiera… Para tratarse de una organización que nos ha estado provocando tantos dolores de cabeza, tenían varios agujeros que yo misma habría acabado encontrando si no me hubiesen atrapado.

También he mejorado su sistema de vigilancia para que no quede ni un solo punto ciego en lo que supongo que es la propiedad en la que nos encontramos. Un castillo, un puto castillo en el valle del Loira. Pensaba que jamás me dejarían conocer nuestra ubicación, pero la zorra de Yue ha tenido que proporcionarme el dato para que yo misma me encargase de blindar este lugar hasta hacerlo impenetrable.

Cada vez que me ponen el ordenador en las manos, aparece un chico y se coloca a mi espalda. No sé su nombre y apenas he cruzado unas cuantas frases con él, pero he deducido que es el informático de Yue. Calculo que tendrá poco más de veinte años. Serio, reservado y con una mirada de resignación en los ojos que me dice que tampoco quiere estar aquí, pero que ha perdido cualquier esperanza.

Escucho pasos fuera y me levanto de la cama, preparándome para lo que venga. Esta mañana no había pastilla en la bandeja de mi desayuno y he de sujetarme una mano con la otra para disimular los temblores. A estas alturas, soy plenamente consciente de que me han convertido en una yonqui. Una yonqui y una traidora.

—Hola, friki.

Antonella entra en mi habitación con la cabeza alta y paso seguro, como si estuviese andando por la pasarela de un desfile de moda. Lleva puesto un conjunto blanco elegantísimo de falda lápiz y

chaqueta, combinado con una blusa en un tono rosado y los zapatos de tacón del mismo color.

Pestañeo para cerciorarme de que mi mente, obnubilada por las drogas, no me esté jugando una mala pasada, pero ella sigue ahí cuando abro los ojos.

Me pregunto si sería capaz de diferenciar la realidad de una alucinación y ni siquiera puedo estar segura de eso.

—Antonella… —susurro, y me mortifica parecer tan débil como me siento.

—Por Dios, das todavía más asco en persona que a través de la pantalla del móvil. Me pregunto qué pensaría mi prometido infiel si te viera en este momento. Apuesto a que perdería el interés por la triste pirada de los ordenadores.

Una arcada repentina me sobreviene y salgo corriendo para aferrarme al inodoro. Intento vomitar, pero no probé nada de lo que había en la última bandeja, así que noto el desagradable sabor de la bilis en mi boca y eso me provoca una nueva arcada.

Cuando termino, tiro de la cadena, me enjuago la boca en el lavabo y me hecho agua en la cara. No puedo evitar mirarme en el espejo para comprobar lo que ella ha visto en mi aspecto: las mejillas hundidas, las ojeras interminables y el pelo seco, sin vida. Por no hablar de que la raíz negra le está ganando mucho terreno al rosa.

Cuando salgo del baño, las piernas me tiemblan y las náuseas no han desaparecido del todo. Encuentro a Antonella sentada en mi cama, mirándose las uñas, como si le aburriera tener que esperarme.

—¿A qué has venido? —pregunto tratando de esconder mis síntomas.

—Estaba visitando a mi amorcito y he decidido pasarme a verte. Al fin y al cabo, somos viejas amigas, ¿no?

—Tú y yo no somos nada —escupo con asco.

—Bueno, eres la amante de mi futuro marido. Las dos hemos estado compartiendo sus babas, así que algo sí somos, ¿no crees?

—¡Lo vuestro es un compromiso por conveniencia y no has compartido con él una mierda!

—Ay, ¿de verdad te creíste ese cuento? —Se levanta y se planta delante de mí. Es más alta que yo y, con los zapatos de tacón, gana unos centímetros adicionales, lo que la obliga a mirar hacia abajo para hablarme—. Sí, mi padre negoció con Liam para que me casara con él a cambio de su ayuda para vencer al hermano de mi bebé, pero fue Alex quien se ofreció a tomar su lugar cuando me conoció. ¿De verdad eres tan ignorante como para pensar que se iba a conformar contigo pudiéndonos tener a ambas? Los hombres como él son incapaces de resistirse a una mujer bonita. —Se aparta la melena rubia hacia un lado y me lanza una mirada de lástima—. En serio, te creía una chica lista, con todo ese rollo de los ordenadores y tal, pero resulta que solo eres una pobre ilusa más.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo y los vuelvo a soltar. Repito la misma acción varias veces. Procuro no pensar en la posibilidad de que tenga razón. Alex me quiere, no podemos estar juntos, pero me quiere. Aunque tal vez, durante este tiempo en el que ya no estoy a su lado, después de haberme negado a ser la otra, él haya decidido seguir con su vida e intentar ser feliz en su matrimonio.

La cabeza comienza a dolerme y un zumbido familiar se mete en mis oídos e inunda mis pensamientos.

—Alex me quiere —musito, y ella comienza a reír. Lo sé porque veo su expresión y sigo sus movimientos, aunque el sonido de su risa no llega a mi cabeza.

Me froto los oídos y la veo inclinarse hacia delante con la boca abierta y, entonces, actúo sin pensar. Doy un paso al frente, la agarro del pelo y golpeo su cabeza contra mi rodilla, dos veces. Cuando la levanto para observarla, tiene sangre en la boca y, aunque la imagen me llega distorsionada, diría que también en la nariz.

La puerta se abre de golpe y esta vez soy yo quien se ríe al ver el horror y la sorpresa mezclados en los ojos de Feng Yue.

—Jodeos, hijas de puta —siseo.

Me cruza la cara de una bofetada y, a pesar de que noto el sabor ferroso de la sangre en mi lengua, no dejo de reír como si estuviese poseída.

Rex aparece y se lleva a Antonella en brazos, en plan damisela en apuros y él, el príncipe del cuento. Eso me deja a mí como la villana, ¿verdad?

Yue agarra un montón de mi pelo en su puño y me obliga a mirarla. En sus ojos hay fuego, uno que no había visto hasta ahora. Siento el frío del metal en mi cuello y sé que me está amenazando con una navaja o un cuchillo. La verdad es que me da igual y no dejo de sonreír.

—Acabas de cometer el peor error de tu vida.

—Hazlo —la reto—. Rájame la garganta como sé que estás deseando hacer. Termina con esto. ¿Crees que me importa dejar de

vivir? Me harías un puto favor salvándome de este infierno.

Me sostiene unos segundos más y siento el ardor de la herida en mi cuello. Unas gotas de sangre caliente resbalan como si fuesen lágrimas de muerte y después… nada.

Noto frío cuando se aleja.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad? —dice mirándome a los ojos—. No te secuestré para destruirte. Lo hice porque eras demasiado valiosa para dejarte del lado equivocado.

—Nunca estaré de tu parte —rebato.

—Bueno, tal vez Sombra no piense lo mismo cuando descubra lo que has hecho.

Doy un paso atrás como si acabase de golpearme.

—Yo no…

—¡A trabajar! Hoy me has cabreado demasiado. Comienza a comportarte como debes y asume de una vez que esta es tu vida ahora y lo será siempre.

Se marcha dando un portazo y, cuando me llevo las manos al cuello, las encuentro manchadas de sangre. Me ha hecho un corte, pero es superficial. Me limpio en el baño y, al salir, siento un mareo y no me caigo de bruces contra el suelo porque dos manos heladas me sujetan de los antebrazos.

—Ten más cuidado —me advierte el informático flacucho, mirando a cualquier lugar menos a mis ojos. Nunca lo hace.

—¿Y tú qué quieres?

Señala la mesa, en la que ahora descansa un ordenador, y me ayuda a sentarme frente a él. En cuanto lo veo, sé que es el mío, mi portátil. Lo acaricio con las yemas de los dedos, con sumo cuidado y

con miedo de que se trate de una alucinación y desaparezca en cualquier momento.

—Puedes encenderlo.

Miro en dirección al chico. Por un momento, me había olvidado de que él estaba aquí. Su mirada es plana, indiferente, pero hago lo que me dice.

Los ojos me duelen en cuanto la luz de la pantalla hace contacto con ellos y me los froto. En ese instante, el zumbido en mis oídos se intensifica y las manos comienzan a temblarme sobre las teclas. Ni siquiera soy capaz de introducir la contraseña.

—No… No puedo.

—Respira hondo. —Su voz suena casi amable y le hago caso.

Cierro los ojos y realizo varias respiraciones profundas. Cuando vuelvo a abrirlos, la palma de su mano está abierta frente a mi rostro y, en el centro, descansa lo único que necesito para seguir adelante.

—¿Qué… qué tendré que hacer esta vez? ¿Y por qué me dejas utilizar mi ordenador? ¿Por qué ahora? —pregunto con miedo, suplicando porque no sea algo que me hunda todavía más en el lugar oscuro en el que llevo demasiado tiempo viviendo.

El chico ladea la cabeza, casi curioso.

—Solo cerrar una puerta, de forma que tu gente no pueda acceder. Son tozudos y están acercándose demasiado a una de ellas. Estoy seguro de que en este portátil dispones de alguna herramienta para llegar a ellos y cortarles el paso.

«Mi gente».

El zumbido en mis oídos ya no viene solo de la abstinencia. Siento la rabia, la impotencia de tener que alejarlos cuando están luchando

con uñas y dientes para encontrarme.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo?

—Los dos sabemos que, si hubiese podido acceder a este equipo y a la información que contiene, ya lo hubiese hecho. No me da vergüenza admitir que eres mucho mejor que yo. Por eso ella te quiere.

Observo el ordenador. Mi ordenador. Tiene algunas teclas borradas del uso y una pegatina que compré con Mara la única vez que la convencí para salir a un centro comercial. Cada detalle me atraviesa como un puñal.

—No pienso atacarles —murmuro.

—No te he pedido eso. —Su voz sigue igual de plana—. Solo vas a reforzar algo que ya existe para mantenerlos lejos de nosotros.

El temblor de mis manos se intensifica, recordándome que soy solo la sombra de aquella Alba que un día fui.

La mano del chico continúa ahí, abierta frente a mis ojos, sosteniendo una pastilla que parece ridículamente pequeña para todo el poder que ejerce sobre mí. Es como si quisiese burlarse de mi debilidad, de lo fácil que le resulta tentarme.

Si sigo adelante, ellos estarán más lejos, pero no hacerlo…

—No estoy traicionándolos —murmullo para mí misma—. No voy a hacerles daño.

Extiendo la mano, cojo la pastilla y la coloco sobre mi lengua. La trago sin agua, no la necesito.

Cierro los ojos y espero. Los minutos pasan despacio hasta que poco a poco los síntomas del mono van disminuyendo.

Los abro, inspiro profundamente y sitúo los dedos sobre el teclado sin comprobar si el informático sigue detrás de mí. Sé que sí, nunca

me dejarían sola con un aparato electrónico.

Introduzco la contraseña mientras mis pupilas se acostumbran a la luz de la pantalla. El temblor de las manos no ha desaparecido por completo, pero ahora me resulta más manejable.

—¿Dónde quieres que vaya? —pregunto con voz fría, disimulando la emoción que recorre mi pecho por estar haciendo lo único que adoro en la vida.

Él me da las indicaciones oportunas. Después, saca su teléfono móvil y se sienta en la cama. No deja de observarme cada pocos segundos, no se fían de mí. Bueno, tampoco yo lo hago.

—Solo oculta mejor la entrada. Han detectado un patrón. Tu misión es camuflarlo para que no puedan rastrearlo.

Por supuesto que han detectado un patrón, porque fui yo quien ocultó esa puerta. Es parte de mi identidad y Sebas la conoce.

Trago saliva. Presiono las primeras teclas con suavidad y comienzo a trabajar en lo que me han pedido.

Siento la magia bajo mis dedos y, por un instante, imagino cómo sería dejarme llevar y crear una señal que solo mi compañero pudiera interpretar. Pienso en ello mientras sigo trabajando. La idea me tienta, pero ha de ser algo que quede tan oculto que el listillo que tengo al lado no pueda detectar. Sé que revisará mi trabajo, cada comando, y lo hará antes de marcharse. No hay nada, nada que pueda hacer sin que él se dé cuenta.

Trabajo en lo que me ha pedido, ajusto parámetros y cambio rutas. A partir de ahora, si Sebas sigue este rastro, se dividirá en tres y, si insiste, lo hará en cinco. No hay forma de que pueda encontrar el acceso a corto plazo.

Ya he terminado, pero mis dedos se niegan a separarse de las teclas.

—¿Ya lo tienes? —pregunta el chico al darse cuenta de que he parado de escribir.

—Más o menos. Estaba pensando en añadir una trampa que los mantenga distraídos.

—Perfecto, hazlo. —Sus ojos regresan a la pantalla del teléfono.

Vuelvo al rastro que he estado ocultando. No puedo tocar nada demasiado evidente, tiene que ser una señal que solo Sebas pueda detectar.

Y entonces me doy cuenta de que solo hay una opción y que siempre ha estado ahí: Anémona Azul. Necesito mostrarle la entrada para que pueda controlar mi ordenador desde fuera y, si lo consigue, tendrá acceso a todo.

Busco la vía más sencilla, esa que nadie seguiría, y rezo por que recuerde las palabras que le he repetido varias veces durante su formación. Al final del camino, introduzco los números «4-3-5», que son los dígitos finales del servidor en el que trabajo cuando estamos en Atenea. Él lo sabe, y a los ojos de mis captores, esa cifra no significará nada.

Esos números, que enmascaro con comandos largos e innecesarios, llevarán a Sebas a una puerta de acceso directa a Anémona Azul. No escribo su nombre y no puedo ser más clara porque estoy segura de que me pillarían, pero espero que mi compañero recuerde nuestras conversaciones y tenga presente todo lo que le enseñé.

Por el rabillo del ojo, veo que mi vigilante bloquea su teléfono y, antes de que pueda decir nada, me adelanto.

—He terminado.

Llevo las manos a mi regazo y siento el corazón latir con fuerza en mi pecho en el momento en que se acerca y gira mi portátil hacia él. Revisa mi trabajo durante un par de minutos, parándose en algunos parámetros, y suelto el aire con disimulo cuando no presta atención a la numeración que he escondido. Después, cierra el ordenador con suavidad y se lo coloca debajo del brazo.

Noto que quiere decirme algo, pero duda. Antes de salir de la habitación, se gira y me observa con curiosidad.

—Espero que algún día podamos trabajar juntos. Creo que podría aprender mucho de ti.

No asiento. Nunca en la vida trabajaré para Feng Yue ni para su organización.

Tras marcharse, me esfuerzo para no hacer ninguna mueca que delate mi emoción. No puedo olvidar que mi vida se filma como un maldito *reality show*.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Por primera vez desde que llegué aquí, no me siento sola. Acabo de enviarle un mensaje a mi amigo, como he hecho decenas de veces antes, solo que ahora está cifrado y no voy a saber si lo ha leído. Aun así, una sensación nueva me recorre la tripa: esperanza.

# 47

## ALEX

—Mierda, están blindados —se queja Sebas dejando de teclear para esconder la cabeza entre las manos. Tiene los codos sobre la mesa y se está frotando el cuero cabelludo con rabia, como si de esa forma las ideas fuesen a brotar al exterior.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Mark, que está sentado a su lado, trazando líneas y anotando números sobre un plano que ocupa casi toda la mesa.

Estamos en el salón de la casa que ocupamos a las afueras de Nantes, planificando la mejor forma de rescatar a Alba del maldito castillo en el que la tienen encerrada. El lugar exacto lo sabemos gracias a Antonella, la cual entró allí hace dos días y no ha vuelto a salir. Lucas, Parker y Hughes están montando guardia y tanteando el terreno mientras nosotros buscamos una forma discreta de acceder.

Al principio, quise hacerlo a lo loco, romper la puerta y arrancar a mi mujer de las garras de Yue, pero mi primo y Sombra me obligaron a frenar. Necesitamos un plan, estoy de acuerdo con ellos, pero el tiempo pasa sin que hayamos encontrado una ruta viable y, si seguimos así, no me quedará más remedio que sacarla de ese castillo a mi manera.

—Su sistema de videovigilancia no tiene ni un solo punto ciego y es imposible manipularlo desde fuera. Necesito entrar para poder acceder a él, si no, estaremos muertos antes de que podamos acercarnos a diez metros de distancia de la puerta —afirma Sebas en tono abatido.

—Joder, encuentra la forma de manipularlo, es tu trabajo —le recrimina Mark.

—¡Y una mierda! —grita Sebas. Se levanta de la silla y encara a Mark, quien no se amilana, sino todo lo contrario—. Mi trabajo es convertirme en invisible y clavarlo en las infiltraciones. Los ordenadores son cosa de Alba.

—Pues ya deberías haber aprendido después de todas las clases que te dio.

Están muy cerca el uno del otro. Parecen dos chulos en una discoteca y yo estoy empezando a perder la paciencia.

Miro a Sombra y ella me pide en silencio que no intervenga.

—¿De verdad piensas que es tan fácil? Alba es la puta maga de la red. No le llego ni a la suela de los zapatos. Si te crees tan bueno, hazlo tú mismo.

Mark está a punto de abalanzarse sobre su compañero cuando Sombra interviene:

—Volved al trabajo y centrad vuestros esfuerzos en salvar a vuestra compañera en lugar de discutir como niños.

Y así, con una sola orden, consigue que ambos cambien la actitud.

No ha pasado ni un minuto desde la interrupción cuando todos nuestros teléfonos suenan a la vez. Nos miramos los unos a los otros, sorprendidos y, en mi caso, con una mala sensación en la boca del estómago.

—Esperad, no lo abráis —nos corta Sombra—. Sebas, comprueba que el mensaje sea seguro.

Solo tenemos que esperar unos segundos para que nos confirme. Cuando abro el mensaje en mi teléfono, me encuentro con un vídeo y, sobre él, el siguiente texto:

Ya es tarde. Ella ha elegido bando

Le doy a reproducir y lo que veo me deja helado. Alba está en una especie de sótano. No parece herida, pero la luz es demasiado escasa para asegurarlo. Sujeta una pistola con manos temblorosas, agarrándola con fuerza, como si temiese que pudiera escurrirse hasta el suelo. Tiene los brazos estirados, todo el cuerpo en tensión y está llorando. Su mirada permanece fija al frente, dirigida al mismo lugar al que apunta con el arma mientras las lágrimas mojan sus mejillas.

Dice algo, pero su voz es tan débil que no llego a descifrar la frase.

De pronto, la cámara se aleja y puedo ver el resto de la escena. A unos cinco pasos de Alba, hay una persona colgada del techo. Tiene los brazos abiertos, atados a una barra de hierro. Parece un hombre y, al contrario que ella, el pobre infeliz luce el aspecto de haber sido torturado durante horas. Tiene la cara hinchada, la ropa rasgada y manchas de sangre por todas partes.

Entrecierro los ojos para fijarme mejor en el tío al que Alba está amenazando con la pistola, pues me resulta bastante familiar, pero me cuesta reconocer su identidad por debajo de los golpes.

Entonces, él ladea la cabeza y la gira ligeramente hacia la cámara, permitiéndome así reconocerlo.

—¡Hostia puta! —sisea alguien a mi espalda, y yo no puedo apartar los ojos de la pantalla de mi teléfono.

El sonido del disparo llega tardío, pues soy capaz de ver la fuerza del retroceso del arma antes de escucharlo.

Alba acaba de disparar a Román.

La bala ha impactado en su pecho y la sangre comienza a brotar a borbotones. La cámara hace zoom sobre él y su cabeza se tambalea hasta terminar colgando hacia delante.

No hay que ser muy listo para saber que ha muerto.

El vídeo se corta en ese momento y la sala se queda en silencio. Vuelvo a reproducirlo. Me fijo en ella, en el temblor de sus manos y piernas, en las lágrimas que empapan su rostro, uno que ni siquiera parece el suyo. Está delgada, demasiado, y las enormes ojeras bajo sus ojos le otorgan un aspecto débil que jamás creí llegar a ver en ella. Tiene la piel grisácea y los labios agrietados y de color azulado.

Amplío la imagen buscando heridas, marcas, rojeces…, cualquier cosa que pueda darme una pista sobre lo que ha tenido que soportar hasta ahora, pero sigo sin encontrar nada. Me fijo en su postura y tampoco capto signos de dolor, pero hay algo, un aura de sufrimiento que la rodea y que no logro adivinar de dónde procede.

Cuando dispara, vuelvo al principio del vídeo.

—Ponlo en el ordenador —pido acercándome a Sebas, el cual permanece inmóvil, igual que el resto de las personas de la habitación—. ¿Estás sordo? Que lo pongas en el portátil. Quiero verlo ampliado.

Sus movimientos son mecánicos, pero al fin hace lo que le pido.

No sé cuántas reproducciones he visualizado ya cuando escucho la voz de Mark a mi lado.

—Tiene que haber un error. Ella no ha… —Calla de golpe, como si le costase demasiado pronunciar las palabras que tiene en la punta de la lengua.

—¿Matado al jefe? —termina Sebas por él—. ¿Es eso lo que quieres decir? Porque es exactamente lo que ha pasado. Alba ha matado a Román.

—Estoy seguro de que hay una explicación. ¿Cómo sabemos que el vídeo no está trucado? —insiste el rubito, incapaz de creer lo que todos hemos visto.

Sé que el vídeo es real. He visto en sus ojos que no quería disparar, pero también el momento exacto en el que ha tomado la decisión de apretar el gatillo.

—Porque me ha costado menos de un minuto comprobarlo —confirma Sebas, igual de enfadado que su compañero.

—¡Callaos los dos de una maldita vez, joder! —grita Sombra, haciendo que la sala se suma en un silencio absoluto.

Liam no deja de mirar a su chica, dándole el espacio que necesita, pero preparado para sostenerla si da un solo traspiés.

Sombra es la líder, es quien toma las decisiones más importantes y acaba de ver la prueba de que Alba ha matado al que, además de ser el jefe de Atenea, también es su tío, el que la sacó del orfanato en el que vivía y ha cuidado de ella, a su manera, desde que tenía quince años.

Todos la observamos, atentos a cualquier gesto que exponga cómo se encuentra o cómo va a afectar esto a la búsqueda de Alba. Por mi parte, me da igual. Puede matar a quien se le antoje, pero

eso no impedirá que siga buscándola hasta devolverla al lugar al que pertenece: a mi lado. Y espero que ellos, su equipo, a los que considera su familia, sean capaces de confiar ciegamente en ella y no abandonarla por lo que acaban de ver.

—Necesito unos minutos —dice Vega al fin, y sale del salón sin mirar a nadie, seguida de cerca por mi primo.

Poco después, Mark también se marcha, después de soltar una excusa absurda que ni siquiera recuerdo. Quedamos Sebas y yo y, al parecer, ninguno de los dos va a rendirse con facilidad.

Sigo reproduciendo el vídeo en mi teléfono, buscando pistas, datos, algo de lo que poder tirar y, mientras tanto, Sebas teclea frenéticamente en su portátil.

—¡Joder! —gruñe después de un rato en el que hemos estado cada uno a lo nuestro—. ¡Ha sido ella, estoy seguro!

—¿A qué te refieres? —pregunto observando la pantalla de su ordenador.

—Estaba rastreando un camino y tenía la intuición de que iba bien, pero, de repente, se ha bifurcado en tres y, al seguir insistiendo, en cinco. Es una puta locura y ahora no tendría forma de encontrar el acceso ni en un millón de años.

—Pero eso significa que andabas cerca —lo corto, agachándome para observar su pantalla, que está llena de códigos y espacios que no entiendo—. Te ha cortado el paso y se ha asegurado de darte trabajo suficiente como para que pienses en rendirte. No hagas lo que ellos quieren, no te rindas.

—Sé lo que quieres decir, pero es que es imposible. Probar todos los caminos que ha dejado abiertos me llevaría semanas de trabajo.

—Tiene que haber otra cosa, piensa. Si no encuentras nada, entraré igualmente en esa fortaleza y la haré pedazos hasta dar con Alba.

—Eso sería una sentencia de muerte y lo sabes.

—En un par de horas llegan las armas que encargó mi primo. Tenemos suficientes para volar el puto castillo —respondo, obviando su advertencia.

—Los dos sabemos que no lo volarás mientras ella esté dentro —me rebate.

—Joder, pues encuentra algo que nos lo haga más sencillo porque, si no, iremos a una misión suicida. —No me doy cuenta de que ha dejado de escucharme hasta que oigo el sonido frenético de las teclas bajo sus dedos—. ¿Qué pasa?

—Es solo algo que has dicho… —Sigue tecleando a una velocidad increíble—. Tengo una corazonada. Déjame que compruebe solo una cosa, puede que no nos lleve a ninguna parte, pero… —No termina la frase porque toda su atención se centra en los códigos que está leyendo.

—¿Quieres decirme de una vez qué estás haciendo? —pregunto, al borde de un ataque de nervios, después de unos minutos.

—Es algo que Alba me repetía durante nuestras clases. Me ha venido a la mente justo en el momento en que me has pedido que encontrara algo que nos hiciese el trabajo más sencillo. No recuerdo cuáles eran sus palabras exactas, pero venían a ser algo como «Cuando encuentres demasiados caminos, sigue siempre el que nunca escogerías, el que parezca más sencillo. Probablemente, ahí estará lo que buscas».

Me mira como si ese mensaje debiera tener algún sentido para mí.

—¿Y? —presiono.

—Estoy siguiendo el camino más sencillo de la primera bifurcación que ha creado, porque estoy seguro de que ha sido ella. Espera… —Se fija en la pantalla, como si hubiese descubierto algo increíble y, aunque miro lo mismo que él, yo no veo nada extraño—. «4-3-5». ¡Es increíble! ¡Así es como termina el número de servidor al que ella se conecta cuando trabaja desde Atenea!

—¡Es una pista! —grito eufórico mientras él sigue a lo suyo, tan entusiasmado como yo.

Esta vez, me mantengo en silencio, no quiero interrumpir lo que sea que está haciendo.

—¡Joder, es la puta ama! Me ha llevado directamente a Anémona Azul.

—Su programa estrella —confirmo, y me mira asombrado.

—Guau, no puedo creer que te haya hablado de él. Alba no confía en nadie que no seamos nosotros. Es muy reservada con todo lo que tiene que ver con el que llama su bebé. ¿Sabes lo que esto significa? Mierda, espera un momento.

—¿Qué pasa? —pregunto saliendo de la euforia en la que ambos nos habíamos sumido.

—He de comprobar que se haya conectado a la red de esos gilipollas desde su ordenador. Entiendo que sí, porque, si no, no me habría puesto en este camino, pero déjame ver.

Apenas unos segundos después, me confirma que está dentro y que ya puede empezar a sacar información.

—¿Qué clase de datos puedes conseguir?

—¿Estás de coña? Tengo acceso a todo su puto sistema de seguridad —dice mientras comienza a buscar ilusionado—. Cámaras,

barreras de acceso, planos, información sobre su personal, horarios… Desde aquí puedo incluso dejarlos sin luz. ¿Te vale?

—Joder que si me vale. Voy a llamar al resto para prepararnos —exclamo poniéndome en pie—. Ahora sí, debemos trazar un plan e ir a buscarla.

Dos horas después, nuestra euforia se ha reducido ligeramente. La información que Lucas ha sacado gracias a Anémona Azul es difícil de digerir. Feng Yue no eligió ese castillo para retener a Alba al azar. Además de ser enorme, cuenta con un sistema de túneles subterráneos de los cuales no hay ni un solo plano. Ni siquiera sabemos si dan a más de una salida ni dónde se encuentran estas.

Hemos conseguido algunos datos sobre ellos, pero son demasiado vagos y solo nos han permitido hacernos una idea general.

Por otra parte, la psicópata de Yue ha blindado el castillo como si se tratase de una fortaleza y cuenta con noventa hombres viviendo dentro, dispuestos a proteger a su reina y a evitar que nos llevemos a Alba.

Sombra está con nosotros, incluso Lucas ha vuelto con Parker y Hughes de la vigilancia. Ya no tiene sentido que ninguno de nosotros permanezca físicamente allí. Ahora podemos conectarnos a sus cámaras y ver lo que está pasando en el interior del castillo en directo.

Vega no ha pronunciado ni una sola palabra sobre el vídeo, solo ha venido cuando los he llamado, nos ha felicitado y se ha puesto a trabajar como antes de que todos recibiéramos el mensaje.

—Jefe, entrar allí será un suicidio —dice Parker en voz baja, dirigiéndose a Liam.

—Lo sería si solo fuésemos nosotros, pero no será así. Necesitamos más soldados para esta misión —responde Sombra en su lugar, sorprendiéndonos a todos.

—¿Qué sugieres? —pregunto.

—Que utilicemos todos los recursos a nuestro alcance y llamemos a nuestros aliados. Pensad si tenéis algún favor que gastar, porque este es el momento de hacerlo.

Nadie cuestiona su decisión. Todos asienten y se ponen a trabajar.

Cojo el teléfono y salgo a hacer llamadas.

Si por mí fuera, entraría en ese castillo yo solo, pero tengo que pensar en ella y sacarla de ese lugar con vida es mi jodida prioridad.

# 48

## ALEX

Sebas no está de acuerdo con la orden que le ha dado Sombra de quedarse fuera, pero es la pieza clave para que la operación tenga éxito. Sin su guía, dudo que saliésemos vivos de ese castillo. Y, gracias a él, ahora sabemos el lugar exacto de la casa donde tienen encerrada a Alba.

«Primer piso, pasillo de la izquierda, tercera puerta a la derecha». Tengo las instrucciones grabadas a fuego en mi cabeza.

Algunos de nuestros hombres creen que los hemos traído a una misión suicida. No es así. Por suerte, Liam improvisa un discurso con el que se los mete en el bolsillo. Si hay alguien capaz de motivar a un grupo de hombres para luchar a su lado, ese es mi primo. Al muy cabrón siempre se le han dado bien las palabras y los soldados de la Hermandad responden como hacemos ante él:

—Tu orden, mi ejecución.

El resto de los soldados, aquellos que no pertenecen a la Hermandad pero que hoy lucharán a nuestro lado, asienten en silencio y acaban contagiándose del fervor que crece entre las filas.

Tenemos armas para destruir una ciudad entera y, si sumamos nuestros soldados, los que han llegado con Antón y los aliados que

hemos podido conseguir en tan poco tiempo, somos cincuenta y dos activos. Sé que seguimos en inferioridad numérica respecto a Yue, pero confío en que estamos mejor preparados y, además, contamos con dos armas que espero que sean decisivas a la hora de equilibrar la balanza a nuestro favor: el factor sorpresa y la ayuda de Sebas en la retaguardia.

Aparcamos los grupos de furgones en distintos puntos alrededor de la propiedad, ninguno a menos de un kilómetro de distancia de los muros. Liam se ha empeñado en ir en el mismo equipo que yo, creo que ni él ni Sombra se fían de lo que soy capaz de hacer esta noche.

Y los entiendo.

En este momento, ni siquiera yo me fío de mí mismo, no cuando siento la ira de Abismo arder bajo mi piel.

Es noche cerrada y la luna, en fase de cuarto menguante, apenas ilumina nuestro camino. Nos movemos con sigilo, atravesando el bosque que rodea la propiedad. Los únicos sonidos que se escuchan son los de nuestras botas al pisar las piedras y las ramas que encuentran a su paso. De vez en cuando, oigo alguna conversación susurrada entre soldados, pero no presto atención, mi mente está enfocada en lo que se viene, en arrasar todo lo que se me ponga por delante hasta llegar a ella.

Alcanzamos el punto acordado dos minutos antes de la hora. Espero a que estemos todos y hablo en voz alta para que los líderes del resto de los grupos puedan escucharme a través del auricular que llevamos cada uno de nosotros en la oreja.

—Equipo tres en posición.

Apenas ha pasado un minuto cuando Sombra, Mark, Antón y Lucas confirman que también han llegado a sus posiciones.

—Sebas, esperamos tu orden —susurra Sombra.

—Hay doce soldados vigilando las inmediaciones —responde el aludido—. Acabo de modificar la grabación de las cámaras exteriores. Ya están mostrando en bucle lo mismo que han recogido durante la última media hora. El cambio de turno está previsto para dentro de… trece minutos y veinte segundos, por lo que ese es el tiempo del que disponéis para llegar hasta el castillo. ¡Buena suerte!

La adrenalina fluye por mis venas como un veneno dulce mientras escalamos la muralla que rodea el perímetro de la fortaleza. Sebastián ha apagado los focos que iluminan las zonas concretas por las que cada equipo trepamos y el muro apenas supera los tres metros de altura.

En cuanto llego al suelo, mis manos sujetan el arma y mi dedo índice se sitúa sobre el gatillo, impaciente por comenzar a jugar con el regalo que Liam me ha traído esta mañana: una versión mejorada de Amapola, nuestra mejor arma y también la más codiciada. Apuesto a que muchos matarían por la oportunidad de tenerla entre sus manos.

Nos camuflamos entre árboles centenarios y zonas frondosas del jardín y, mientras avanzamos hacia nuestro objetivo, neutralizamos con sigilo a cada soldado enemigo que se cruza en nuestro camino.

Al acercarnos al portón lateral por el que nuestro equipo debe acceder, nos escondemos entre las sombras. La fortaleza parece todavía más majestuosa de cerca y he de admitir que nunca se me hubiese ocurrido buscar a Alba en este lugar.

Liam señala a dos parejas de soldados patrullando cerca de nosotros, uno a cada lado. Confirmo por el auricular que estamos preparados y, cuando los otros equipos hacen lo mismo, Sombra da la orden y disparamos a la vez. Después, arrastramos los cuerpos lejos de la entrada.

—Los tres accesos están libres —confirma Sebas—. Lucas, ¿cómo vais vosotros?

—Ya en el tejado —informa el aludido—, esperando a que deis la señal para liarla parda.

—El cambio de turno se dirige hacia la entrada principal, pero no son doce, sino cinco. Todavía no he podido localizar al resto. Deberían estar ahí también.

—Veo a los cinco soldados. Son nuestros. —La voz de Sombra es fría y apenas tarda unos segundos más en asegurar que los han neutralizado.

—Es nuestro turno —afirma Mark con voz animada y puedo imaginar la sonrisa en su rostro—. Cuantos más lleguen, mejor. Tengo una sorpresita preparada para ellos.

Nos pegamos a la fachada del castillo para que nadie pueda vernos desde el interior, con nuestras armas preparadas y nuestros sentidos en alerta.

Los miembros del equipo de Mark ya están distribuidos estratégicamente por distintos puntos del jardín frontal y, cuando comienzan a disparar, los soldados de Yue acuden como abejas a la miel.

El sonido de varias explosiones seguidas es nuestra señal para actuar. Se acabó el andar escondidos y sin hacer ruido.

—Estamos dentro —afirma Lucas. Ellos debían descolgarse por la fachada y acceder a través de las ventanas del piso superior.

—¡Adelante! —ordeno a mis hombres.

Comienzo a disparar la preciosidad que tengo en las manos: un jodido fusil de asalto de tamaño reducido, de una manejabilidad asombrosa y con la mejor munición que existe, Amapola.

Tal como esperaba, todas las putas balas dan en el blanco sin apenas esfuerzo. Los soldados de Yue caen incluso antes de levantar sus armas en nuestra dirección y mi equipo y yo avanzamos, dejando charcos de sangre a nuestro paso.

Las alfombras elegantes se llenan de cadáveres y cristales rotos.

No me detengo, no cubro mis espaldas, solo arraso con todo lo que se cruza en mi camino, tal como juré que haría.

En cuanto compruebo que mi equipo tiene la zona controlada, localizo las escaleras que dan a la planta superior y me dirijo hacia ellas, con Liam pisándome los talones. Sé exactamente a dónde ir.

«Primer piso, pasillo de la izquierda, tercera puerta a la derecha».

La imagen del cuerpo tembloroso de Alba, yaciendo en posición fetal sobre unas sábanas rojas se repite una y otra vez en mi cabeza. Eso nunca tendría que haber pasado. Nunca deberían haberla atrapado y menos estando bajo mi protección.

Siento el aguijonazo de una bala rozando mi antebrazo y el dolor me saca de mis pensamientos.

—¡Al suelo! —La voz de Liam me llega desde atrás. Me aparto y su bala se clava en el pecho del tipo que nos disparaba desde el piso de arriba.

Gruño y clavo mi puñal en el estómago del soldado que aparece frente a mí cuando apenas he subido un par de peldaños. En mi

visión periférica, detecto dos sombras más y sitúo al que acabo de cargarme, que todavía permanece ensartado en mi puñal, a modo de escudo. Su cuerpo se sacude con violencia cuando las balas impactan en él. Aprovecho el momento para devolver los disparos por encima de su hombro antes de que caiga desmadejado al suelo.

Después, sigo ascendiendo escalones mientras salen más asiáticos a mi encuentro, decididos a detener mi avance. No sé cuántos son. En algún momento dejo de contarlos, ya que cualquiera que se interponga en mi camino hasta mi mujer morirá sin remedio. No tengo piedad ni siento compasión por aquellos que ayudan a Feng Yue a prostituir y vender mujeres por todo el mundo. Pueden intentar huir, pero si mi puñal o mi subfusil no acaban con ellos, lo hará alguna de las armas del equipo que he dejado atrás, porque hoy no quedará vivo ni uno solo de estos hijos de puta.

Cuando llego a la cima de las escaleras, giro a la izquierda.

Una fila de hombres aparece por sorpresa al fondo del pasillo y retrasa lo inevitable, disparando en mi dirección.

Liam llega a mi lado en pocos segundos y me hace un gesto que entiendo al instante.

Asiento, lanzo el cartucho de humo y mi primo da la orden.

—Sebas, ¡la luz!

Un segundo después, la casa entera queda sumida en la oscuridad. Se escuchan disparos en el interior del castillo y explosiones fuera, lo que indica que Mark sigue divirtiéndose con sus juguetes.

Liam y yo encendemos nuestras gafas de visión nocturna antes de comenzar a disparar, a la vez, a los cabrones que nos cortan el paso. Avanzamos en cuanto los vemos caer. Mi puñal acaba con aquellos

que todavía continúan con vida y tienen la fuerza suficiente para intentar frenarnos.

Cuento las puertas que voy encontrando a nuestra derecha y, cuando me acerco a la tercera, el corazón me martillea con fuerza en el pecho y su latido se convierte en lo único que escuchan mis oídos.

Alba se halla justo al otro lado de este tablón de madera. Tan cerca que casi puedo oler su champú con aroma a manzana.

Estoy a punto de echar la puerta abajo, pero la voz de Sebas llama mi atención desde el auricular.

—¡Alex, espera! —Tenso los hombros y me planteo obviar su petición y seguir adelante—. Han desconectado las cámaras del interior, tanto la de la habitación como la del baño. Es una trampa.

Busco otras opciones, pero no se me ocurre ninguna que no pase por atravesar esa puerta y averiguar si Alba se encuentra o no al otro lado. También cabe la posibilidad de que no esté sola. Sea como sea, no correré el riesgo de no comprobarlo.

Escucho la voz de mi primo a mi espalda, pidiéndome que espere, pero no lo hago.

No pienso, actúo.

Derribo la puerta de una patada y lo que veo me hiela la sangre. La luz de una linterna ilumina tenuemente la pared del fondo de la habitación, donde un tío enorme, casi tanto como Lucas, rodea el cuello de Alba con su antebrazo, manteniéndola inmovilizada contra su cuerpo mientras presiona una pistola en su sien. Ella no intenta soltarse, más bien diría que está a punto de dejarse caer. Sus brazos permanecen lánguidos a ambos lados de sus caderas y su mirada se

pierde más allá de mí y de esta habitación, como si se encontrase en otro lugar, muy lejos de aquí.

Trato de conectar con ella, aunque no lo consigo. Su cuerpo parece una carcasa vacía y solo puedo pensar en arrancarla de las manos de ese malnacido.

Doy un paso en su dirección, pero el tío que la tiene cogida sonríe de forma espeluznante y me hace parar en seco.

—No creí que hiciera falta decirlo: si te acercas, le vuelo la cabeza a esta preciosidad.

Pasa la lengua por su cuello y tengo que contenerme para no lanzarme sobre él. La ira arrasa con velocidad cualquier otra emoción y se expande abarcándolo todo.

Escucho una nueva explosión y el suelo tiembla bajo nuestros pies.

Me obligo a no mirar a Alba para no flaquear ni delatar cuánto me afecta verla en ese estado.

—Ya, ¿y cómo piensas escapar después? El castillo ya es nuestro y tus compañeros están muertos o desean estarlo.

—Te sorprendería conocer las sorpresas que esconde este lugar —afirma, y sé que se refiere a los túneles. Si llega hasta ellos con Alba, la perderemos—. Y ahora, suelta el arma si no quieres que le haga daño.

—Ni lo sueñes.

—Vamos, creía que la chica te importaba.

—Y yo creo que tu jefa la quiere viva —respondo con la misma altanería con la que él habla.

—Pero los accidentes ocurren.

Presiona la pistola más fuerte contra la sien de Alba y ella cierra los ojos.

De repente, todo pasa demasiado rápido. Percibo un movimiento a mi espalda y me aparto a un lado justo cuando una sombra se abalanza sobre mí. La hoja de algo afilado me roza la piel de un costado y actúo por impulso. Levanto el brazo y disparo a quien me ha atacado antes de poder girar la cabeza del todo.

Caigo al suelo y un cuerpo inerte y poco pesado lo hace sobre mí.

Siento su sangre caliente empapando mi ropa y lo aparto de un codazo. El cuerpo cae al suelo bocarriba, mostrándome de quién se trata: Antonella, mi traicionera prometida, quien nos ha traído hasta aquí sin saberlo.

La bala le ha dado en el abdomen y, aunque pierde mucha sangre, todavía respira.

El tío que sujeta a Alba parece indeciso sobre su próximo movimiento, así que lo presiono para que cometa un error.

—Vaya, parece que una traidora está a punto de morir. ¿Es amiga tuya? Si alguien no tapona su herida, creo que no saldrá de esta. Una lástima, me habría gustado que su muerte fuese más lenta. De todas formas, todavía no es tarde para grabar mi inicial en su frente. ¿Tú qué opinas, grandullón?

Justo en este momento, mi primo entra en la habitación empujando a una mujer asiática que reconozco al instante como la propia Feng Yue.

La daga de Liam está presionando su cuello y bastaría un leve movimiento para rebanárselo y acabar con su vida. Lo he visto hacerlo decenas de veces y tengo que decir que es rápido de

cojones matando a gente de esta peculiar manera. En realidad, me parece algo casi artístico.

—Alex, mira a quién me he encontrado escondida en la habitación de al lado —exclama Liam sonriendo de medio lado—. Creo que esperaba el momento oportuno para hacer su aparición estelar.

—¡Nella! —grita Yue, sorprendiéndonos a todos—. ¿Qué coño le habéis hecho? ¡Vais a pagar por esto! ¡Nella! —Cuando se da cuenta de que la rubia está más en el otro mundo que en este, sus ojos se vuelven más oscuros y su postura se yergue, mostrando la serpiente que es en realidad—. Rex, mata a la chica.

La orden es directa, seca, segura.

No esperaba esa reacción por su parte y mis ojos van directos al hombre, que parece dudar durante un instante. Sabe que, si mata a Alba, tanto él como Yue morirán en cuestión de segundos.

Aprovecho la distracción para coger mi pistola, que estaba en el suelo a medio metro de mi pierna izquierda.

Rex aparta su arma de la sien de Alba y alza el brazo al frente mientras yo quito el seguro de mi pistola y aprieto el gatillo, apuntando directamente a su cabeza. Ambas detonaciones suenan casi a la vez, confundiéndose en una sola.

No siento dolor, así que salgo disparado hacia delante y llego justo a tiempo de sujetar el cuerpo de Alba antes de que caiga al suelo.

Sus ojos son dos pozos profundos y vacíos. Sin vida. Su cuerpo parece flotar en el aire y sus extremidades caen a los lados, desmadejadas, como si no formasen parte del conjunto.

—Dios, ¿qué te han hecho? —susurro para mí mismo cuando me doy cuenta de que parece más una muñeca que la mujer que conozco.

Acaricio su cara con cuidado, apartándole los mechones de pelo que tiene pegados a la frente. Su piel es ahora de un color ceniciento y está tan fría que por un momento pienso que he llegado demasiado tarde. Tomo el pulso en su carótida y lo noto débil, pero puedo sentirlo.

Está viva.

—¡Se escapa! —El grito de Liam me devuelve a la realidad—. ¡Tienes que ir tras ella!

Me giro hacia él y lo encuentro sentado en el suelo, sujetándose una herida en el hombro. La bala de ese hijo de puta le ha dado. Si no hubiese muerto ya, estaría encantado de llevármelo al sótano y encargarme de él.

Dejo a Alba en el suelo, colocando con cuidado su cabeza sobre mis rodillas. Saco un pañuelo negro del bolsillo de mi chaleco y presiono la herida de Liam.

—Mierda, Liam. La bala todavía está dentro.

—Eso nunca es buena señal.

—Ve a por ella.

—Ni de coña voy a dejarte solo —replico tratando de contener la hemorragia.

—Es una orden —gruñe—. No podemos permitir que escape.

Dudo solo un instante y, al observar el tono blanquecino de su piel, tomo una decisión que sé que no le va a gustar.

—Puedes despedirme mañana si quieres, pero de aquí no me muevo hasta que alguien me ayude a sacaros con vida de esta maldita fortaleza.

La voz de Sombra se escucha a través de nuestros auriculares.

—Mi equipo y yo vamos tras ella. Hemos visto por dónde ha escapado y no puede estar lejos de nuestra posición. Mark, Lucas, confirmad ubicación. Necesito a uno de vosotros arriba con Alex y Liam.

—Yo voy —responde el rubito—. En un minuto estoy ahí. No os mováis.

En cuanto entra en la habitación, se fija en el estado de Alba, y corre hacia nosotros con la preocupación grabada en su rostro.

—Ni se te ocurra acercarte —lo freno—. Ayuda a mi primo. Yo me encargo de mi mujer.

Por un momento, creo que va a plantarme cara, pero parece pensárselo mejor. Entre él y uno de los soldados que lo ha seguido hasta aquí sujetan a Liam con cuidado y lo sacan de la habitación.

Observo a Alba, tan quieta, tan débil.

—Ratón, sé que estás ahí. Soy yo. Todo ha terminado, te lo juro. —Su gesto no cambia y, por su expresión, ni siquiera parece haberme escuchado—. Ese hijo de puta no te hará más daño, pero necesito que vuelvas a mí. Por favor.

No sé cuánto tiempo pasamos de esta manera. Yo abrazándola, besando sus manos, su nariz, su frente… mientras le pido que regrese a mi lado.

Un rato después, una mano se posa en mi hombro y escucho la voz de Vega a mi espalda.

—Alex, tenemos que salir de aquí, no es seguro.

Me giro para mirarla y pregunto en silencio temiendo su respuesta.

—Ha escapado —confirma apesadumbrada—. Justo como pensamos que lo haría. Se metió en esos putos túneles y

desapareció en la oscuridad. El dibujo que teníamos de ellos no se asemeja en nada a la realidad, un enjambre de caminos que se entrecruzan. Muchos de ellos terminan en la nada. He dejado a varios hombres allí, tratando de seguir alguna pista, pero ya es demasiado tarde. Debemos hacernos a la idea de que la hemos perdido.

Veo el dolor en su mirada y este no hace más que acrecentar mi ira.

Feng Yue es la mujer que ha conseguido despertar a la bestia a la que juré mantener encerrada. Y ahora Abismo late en mi sangre, más libre que nunca, esperando el momento de la venganza.

Antonella y Rex yacen muertos a mis pies, pero no es suficiente. No lo es.

Salgo de ese maldito castillo con Alba en mis brazos, dejando la muerte a mi espalda.

Feng Yue pagará por el daño que nos ha hecho. Puede que haya escapado esta vez, pero nunca podrá ocultarse lo suficiente.

# 49

## ALBA

Apenas recuerdo el trayecto en coche al aeropuerto o el viaje en avión hasta Londres, solo sé que llevo aquí ya tres semanas. Esta información me la ha dado Mara. Su presencia es la única que soporto y lo hago solo en pequeñas dosis. Al principio, no podía ver a nadie.

Han pasado semanas desde que me rescataron, desde que salí de ese infierno al que me tenían sometida y, sin embargo, no me siento libre. Mi mente parece seguir creyendo que vive en el encierro.

Los primeros días fueron una guerra interna. Luchaba por sobrevivir en un cuerpo que no me quería dentro. La piel me picaba tanto que debía hacer grandes esfuerzos por no arrancármela a tiras y no pude evitar arañarla hasta provocarme marcas profundas que todavía me acompañan. Sentir dolor me aliviaba durante unos segundos, pero después todo volvía a comenzar. Temblaba muerta de frío y al minuto siguiente me desnudaba con movimientos desesperados, con la sensación de que mi cuerpo ardía a la vez que las gotas de sudor resbalaban por él. Dormía poco y en intervalos demasiado cortos y violentos en los que la mente me jugaba malas pasadas, haciéndome revivir en pesadillas las peores experiencias de

mi cautiverio. La traición a los míos y la muerte de Román pesaban en exceso y sentía que, en cualquier momento, la culpa me rompería en pedazos.

Hubo noches en las que simplemente me quedé sentada sobre la cama, abrazando mis rodillas y repitiéndome, una y otra vez, que estaba a salvo, que la sensación de ahogo pasaría.

Pero lo peor no fue la falta de sueño ni los síntomas relacionados con la abstinencia. Lo peor fue desear la droga, contemplar la posibilidad de terminar con todo el sufrimiento de forma fácil y rápida. Me sentí humillada por ansiarla, sucia, débil. Recordaba demasiado bien el alivio que venía asociado a la pastilla que mis captores dejaban sobre la bandeja de comida; la forma en la que el ruido de mi cabeza desaparecía, los temblores se esfumaban y una paz extraña pero bienvenida se instalaba en mi pecho. Anhelaba el bienestar, la calma, el descanso.

Durante veinte días no dejé que nadie entrase en mi habitación, salvo la chica que me traía la comida, que siempre era la misma, alguien a quien evité mirar a la cara. Eché entre gritos y sollozos a Alex, a Mark y a todos los que intentaron ayudarme. Incluso a Vega… La culpa y el asco que sentía por mí misma me impedían estar al lado de cualquiera de ellos.

Tres semanas después, ya no tiemblo como antes y he conseguido dormir en paz varias horas seguidas. Mi cuerpo parece estar recuperándose e incluso soy capaz de mirarme en el espejo y reconocerme. He ganado algo de peso y, aunque todavía me queda mucho camino por recorrer, sé que es cuestión de tiempo que mi apariencia luzca como antes. Sin embargo, mi mente nunca será la misma.

Tengo la sensación de que el deseo nunca se calmará por completo. No he recaído, tampoco se me ha presentado la oportunidad de hacerlo, pero no sé cuál sería mi decisión si mañana apareciera una pastilla en mi bandeja del desayuno. Detesto no poder confiar en mí misma.

Aguardo tumbada bajo las sábanas, inmóvil, a que la mujer llegue como cada mañana. Siempre sucede de la misma forma: da dos golpes suaves en la puerta antes de entrar y después se mueve por la habitación, con cuidado de no hacer ruido, aunque intuyo que sabe que solo finjo estar dormida.

Hoy, sin embargo, percibo el cambio de inmediato. Un golpe seco en la puerta en lugar de dos y un torbellino arrasando con todo mientras entra en la habitación. Me doy la vuelta despacio y veo a Mara abriendo las cortinas y, después, el ventanal de mi habitación. El sol entra a raudales y hacía tanto que no lo veía de forma directa que me molesta en los ojos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Márchate, Mara. —Cojo el edredón y me tapo por completo, pero ella me lo arranca de un tirón, lanzándolo al suelo para que no pueda alcanzarlo sin levantarme—. ¿Acaso te has vuelto loca?

—No, loca es como te vas a volver tú como no salgas de entre estas cuatro paredes.

La observo entrar al vestidor y lanzarme unos vaqueros y un suéter de color verde pastel. Me levanto de la cama, dispuesta a volver a cerrar las cortinas, pero, cuando me acerco al cristal, mis ojos se desvían al jardín y, por un momento, me quedo clavada en el sitio.

Alex parece más imponente que nunca. Viste un traje oscuro y, a pesar de que no puedo distinguir con facilidad su expresión debido a la distancia, sí soy capaz de percibir el aura oscura que lo rodea. Una que antes no estaba ahí.

Lleva a un hombre agarrado de la capucha y lo empuja hacia delante con gestos bruscos que no auguran nada bueno para él.

—No es el mismo desde que volvisteis.

Pego un brinco, asustada por la presencia de Mara a mi espalda y cierro las gruesas cortinas, interrumpiendo nuestra visión del mundo exterior —y de Alex—, para después separarme de ella.

—¿A qué te refieres?

Me mira seria.

—Antes de que os marchaseis de Londres, Alex era un tío guay. Es verdad que tiene un humor un tanto peculiar, pero cuando le coges el punto es realmente divertido. También es directo y fue la única persona que me trató como a una adulta cuando vine a vivir con ellos.

—Yo nunca…

—Tú no vivías aquí por aquel entonces, así que no cuentas —me interrumpe.

—Tampoco vivo aquí ahora. Esto es algo provisional, solo hasta que me recupere.

—Pero ¿es que acaso quieres recuperarte? Porque no estoy viendo que hagas ningún esfuerzo.

—Eso no es justo —le reprocho cruzándome de brazos en posición defensiva. No esperaba esta falta de apoyo, no por su parte.

—Lo que no es justo es que te quedes en esa cama tirada como si la vida no mereciese la pena, como si no tuvieses a un puñado de

personas esperando al otro lado de la puerta para darte un abrazo y brindarte la mano. ¡Se mueren por que les permitas estar a tu lado, Alba! Y tú simplemente los has desechado.

—No lo entiendes, yo… necesito tiempo. Yo… —trato de buscar las palabras, pero me corta antes de haberlas encontrado.

—Deja el yo y piensa un poco en los demás. Están destrozados porque no les permites ayudarte.

—¡Es que no pueden!

—¡Pues deja que estén a tu lado al menos! Sal a la calle, da un paseo… ¡Demuestra que sigues viva! Te rescataron, Alba. Ya no estás en aquel lugar. No sé lo que te pasó allí, pero sobreviviste. ¡Reacciona de una vez! ¿Estás enfadada? Grita. ¿Estás triste? Llora. Haz lo que quieras menos dejar que la vida pase por delante de ti sin hacer nada.

La observo por primera vez desde que ha entrado en la habitación. Su pelo sigue siendo largo, pero se ha deshecho del violeta y ahora luce un castaño natural que la hace parecer menos mujer y más una chica de su edad.

—¿Desde cuándo las niñas de quince años sois tan listas? —pregunto esbozando una tímida sonrisa. La primera en mucho tiempo.

—Ser hija del mayor cabrón de la historia y haber sido criada en un burdel te obliga a crecer más deprisa que el resto.

Descruzo los brazos y los dejo caer a ambos lados del cuerpo. El corazón me late más rápido de lo normal, pero todavía siento la resistencia paseando a sus anchas por mis venas.

—No sé cómo seguir adelante —confieso después de unos segundos de silencio—. No me gusto, Mara. Odio en lo que me he

convertido. He hecho cosas… cosas de las que me avergüenzo y no… —Me froto los brazos, incómoda, como si con ese gesto pudiera mudar la piel por otra más limpia, otra que no hubiese sido testigo de mis últimos meses.

—Ey, respira. —Sus manos se posan en mis hombros y me acaricia despacio, logrando infundirme un poco de calma—. No tienes por qué contármelo. Si hay alguien que puede entenderte, esa soy yo. También hice cosas en mi pasado, cosas que detestaba, pero actué así para que todo fuese más fácil y para protegerme a mí misma. ¿Puedo darte un abrazo?

—Por favor —suplico, y nuestros cuerpos se entrelazan de forma fácil, como si llevasen tiempo buscando el calor del otro.

Su pelo huele a lavanda y a limpio.

Había olvidado lo que se siente cuando alguien cercano te abraza, cuando notas el latido de su corazón sobre el tuyo y el tiempo parece detenerse alrededor. Las lágrimas salen de mis ojos después de días reprimidas.

Tras permanecer un rato abrazadas, nos separamos y tomo asiento en la cama. Ella lo hace a mi lado.

—¿A qué te referías antes al afirmar que Alex no parece el mismo? —pregunto ya más calmada.

—Apenas habla con nadie, no come con el resto y se ha vuelto más… oscuro. Se pasa las noches fuera y, cuando vuelve, se encierra durante horas en el sótano. Nunca me han dejado bajar allí, pero no soy tonta, ¿sabes? Me he dado cuenta de que sube cubierto de sangre y con una expresión demasiado siniestra, incluso para él.

—Mara, hay cosas que es mejor no saber.

—Ya, pero la cuestión es que lo sé. Soy consciente de lo que hace ahí abajo. Lo he visto arrastrar a hombres en mitad de la noche… y luego salir solo, y cubierto de sangre. Sé que usan ese sitio para encerrar y torturar a gente. ¡Joder, me he criado rodeada de violencia! —exclama, desesperada—. ¿Por qué no se puede hablar del elefante en la habitación delante de mí? ¿Hasta cuándo va a seguir Vega tratándome como a una niña?

—Lo hace porque piensa que es lo mejor para ti. —No comparto la opinión de Vega, pero la entiendo. Mara ha pasado por demasiado para su corta edad y quiere compensarla, protegiéndola de todo lo malo.

—Lo mejor para mí es que me escuchen. —Resopla—. Estoy harta de que me traten como a una cría, de que todo el mundo se crea con derecho a dirigir mi vida. Quiero tomar mis propias decisiones.

Tiene razón. Vega debe abrir los ojos. Mara no necesita que la protejan…, necesita que confíen en ella.

—Ahora mismo no estoy en la mejor situación para pedirle nada a tu tía, pero te prometo que intentaré que lo entienda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mientras estuve secuestrada hice cosas que tuvieron consecuencias para otras personas y una de ellas la afecta directamente. Le debo una explicación y creo que ya es hora de que se la dé. —Me pongo de pie, dispuesta a solucionarlo ahora mismo. Si lo pienso demasiado, es posible que la cabeza me juegue una mala pasada y termine por volver a encerrarme en mí misma—. Deséame suerte.

Me he tirado media mañana hablando con mis compañeros de equipo. Primero lo hice con Mark, después con Lucas y, por último, con Sebas. No ha sido fácil, pero el alivio que comienzo a sentir hace que haya merecido la pena.

Ahora toca la parte más dura: reunirme con Vega. Sebas me ha dicho que podría encontrarla en el gimnasio y es aquí donde he venido tras terminar de hablar con él. Me planto frente a la puerta y hago una respiración profunda, no sé si para darme ánimos o para tratar de calmarme, pero el temblor de mis manos no cesa y solo puedo pensar en lo fácil que sería salir corriendo y volver a encerrarme en la habitación en la que he pasado escondida las últimas semanas.

Me froto las palmas de las manos contra la tela de las mallas y empujo la puerta despacio. No la veo de inmediato. La sala parece vacía y el silencio reina en ella. Estoy a punto de marcharme cuando Vega sale del baño y, al levantar la cabeza, nuestras miradas quedan ancladas. La mía, llena de dudas. La suya, de sorpresa.

—¿Vienes a entrenar? —pregunta sin moverse del sitio.

Lleva puesto un chándal negro y todavía tiene el pelo húmedo de la ducha.

—En realidad, te estaba buscando para hablar contigo. —Trago saliva—. Si te viene bien, claro.

Me mira con expresión seria durante unos segundos, los suficientes para que empiece a pensar que esto ha sido una mala idea y que todavía no estoy preparada para afrontar la conversación que tenemos pendiente. Me mantengo inmóvil, en absoluto silencio, hasta que señala con la cabeza una zona de colchonetas en la que hay varios cojines apilados.

Vega se queda de pie, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados. Como si pensase que no va a soportar toda la conversación.

Yo sí me siento. No porque esté cansada, sino porque no me fío de que mis piernas vayan a soportar mi peso sin ponerse a temblar.

—Tú dirás. —Su tono no es duro, pero tampoco amable.

—Lo siento —digo mirándola a los ojos porque, aunque me cueste un mundo hacerlo, no creo en otra forma de pedir disculpas—. Siento haberte alejado durante estas semanas, siento haberme distanciado de todos vosotros. Yo… necesitaba tiempo. Para recuperarme, para entender lo que ha pasado a lo largo de estas semanas y para entenderme a mí misma.

—Eso puedo comprenderlo.

—No fue inmediato. —Trago saliva—. Lo de ayudarlos. Al principio pensé que buscaban información y me negué a decirles nada. Con el tiempo, entendí que lo que querían de mí era que arreglara cosas. Que las mejorara.

Su mirada va a parar a mis manos y solo entonces me doy cuenta de que estoy retorciendo los dedos con fuerza. Dejo de hacerlo al momento, sintiéndome como si acabaran de pillarme copiando en un examen.

—Continúa.

—Lo hice. Reforcé su sistema de seguridad. Añadí barreras, cambié rutas de acceso e incluso creé alguna trampa para despistar a quien se acercase demasiado.

—A nosotros.

No es una pregunta, aun así, respondo.

—Sí, a vosotros. Sé que va a sonar a excusa, pero no quería hacerlo y juro que no les di nada más.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

No hay reproche en su voz. La conozco bien. Ella realmente quiere comprenderme.

Respiro hondo antes de seguir.

—Por las pastillas —admito—. Al principio no sabía que las necesitaba. Me costó reconocer que me había vuelto adicta a ellas, pero llegó un momento en el que sentía que mi cuerpo iba a colapsar si no las tomaba. —Mi voz se quiebra y las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. No las aparto—. Me sentía culpable, sucia, débil, rota… cada vez que los ayudaba a protegerse… o a alejaros. Te juro que me odio por eso.

El silencio vuelve. Trato de descifrar su expresión, pero no encuentro nada. Nada de la persona que una vez me tendió su mano y me sacó de la vida en la calle. Nada de aquella mujer que confió en mí y en mi talento más de lo que nunca lo había hecho nadie. Nada de quien me enseñó a protegerme, a valorarme.

Vega se separa de la pared en la que parecía anclada, da un par de pasos hacia delante y me mira como si todavía no hubiese decidido qué hacer conmigo.

—Vi el vídeo —afirma, y a mí se me encoge el estómago.

Las imágenes de lo que hice vuelven a mi cabeza. No son claras y, sin embargo, recuerdo a la perfección la expresión en el rostro de Román cuando entendió que iba a morir.

—Yo… No fue algo que… —empiezo, pero me enredo con mis propias palabras—. No tuve elección.

—Siempre hay elección. Siempre. —Su afirmación no es un reproche, sino una sentencia.

Le explico todo. Le hablo de cómo Yue pasaba información a Román sobre el negocio de su hermano con la esperanza de terminar con su dictadura sangrienta; le cuento que, tras la muerte de Bao Feng, Yue cambió de parecer y se hizo con el imperio que tanto nos estaba costando destruir y que ella había jurado odiar.

—En realidad, no me quedó claro si la tentó el poder una vez que tuvo acceso a él o es que se trataba de un engaño y este fue su plan desde el principio. La cuestión es que se quedó con todo y utilizó la información que tenía para que Román siguiese ayudándola.

—¿Qué información? Mi tío nunca se hubiese prestado a eso. —Entrecierra los ojos, desconfiando.

—Yue sabía cosas.

—¿Qué cosas? —Hace una pausa y casi puedo ver los pensamientos ensamblándose dentro de su cabeza—. Mi tío no se habría dejado chantajear por ella. No hay nada que le hubiese obligado a ceder.

La miro, suplicando que algo cambie en este momento para no tener que soltar las palabras que retengo atascadas en la garganta.

—Cedió. No tuvo elección porque él guardaba un secreto. Uno muy viejo y que no me pertenece.

—Dilo —exige.

—Vega, yo…

—¡Dilo!

—Él fue quien provocó el accidente que mató a tus padres.

El silencio llega como un golpe seco. Vega no se mueve, no parpadea y, por un momento, es como si alguien hubiese presionado

el botón de pausa en nuestras vidas.

—No. No puede ser. —Su voz es apenas un susurro y suena rota.

—Sé que cuesta creerlo, pero él mismo me lo confirmó. Yue lo sabía y lo usó contra él para frenarnos cada vez que nos acercábamos. Pero no fue solo eso —añado, porque todavía queda algo y, ahora que he empezado, ya no puedo parar—. Yo no quería matarlo, pero Yue tenía otra carta guardada, un plan B por si el primero fallaba. Hizo una videollamada con Antonella. Ella se encontraba junto a Alex.

La expresión de Vega cambia y siento que vuelvo a tener su atención.

—¿A qué te refieres?

—Estaba en su habitación mientras él permanecía inconsciente en la cama. Supuse que le había administrado algún sedante… Lo apuntó con una pistola y me dijo que si no lo hacía… —mi voz falla —, si no mataba a Román, ella…

No termino la frase. No puedo y sé que no hace falta. Vega tampoco responde. Nos quedamos en silencio las dos. Observándonos, tratando de descifrar lo que la otra piensa. Intentando asumir los hechos que ahora nos distancian.

—No puedo culparte por cómo actuaste y, sin embargo, necesito hacerlo. —Sus ojos se clavan en los míos y me cuesta mantener su mirada, pero la sostengo—. Sería fácil arremeter contra ti, canalizar la rabia que siento en el pecho y lanzártela a la cara…

Da un paso atrás y sé que esto le está doliendo tanto como a mí.

—Lo entiendo.

—Pero no sería justo —me interrumpe—. Mi intuición me decía que había algo extraño en la forma de actuar de mi tío de los

últimos meses, y no quise verlo. No hice nada al respecto.

—Vega, esto no es culpa tuya.

—No. Esto es culpa de Román. —Su voz suena firme y, una vez más, me sorprende la fortaleza de esta mujer—. Voy a necesitar algo de tiempo para procesarlo, pero… —La frase se queda en el aire y ella me observa como si estuviese reforzando una decisión que ya ha tomado—. No voy a dejar que esto nos rompa.

El nudo en mi pecho se afloja lo suficiente para que entre el aire.

No hay compasión en sus palabras, tampoco dureza. Solo determinación.

—Gracias.

—Cuando estés preparada, quiero que me cuentes cada detalle que recuerdes. Cada conversación, cada gesto. Esa hija de puta escapó aquel día, pero juro que vamos a encontrarla y, esta vez, pagará por todo.

Asiento en silencio y, entonces, algo viene a mi cabeza.

—¿Y la muerte de Antonella? Por lo que Alex me contó de él, Matteo no pasará por alto su pérdida. Lo verá como un asesinato, como una traición.

—De momento, lo tenemos cubierto. Liam le hizo creer que fue Yue la que apretó el gatillo. Él no sabe que su hija nos había traicionado para aliarse con ella y es vital que siga creyendo la historia que le hemos contado. Por el momento, continúa de luto, pero ya ha comenzado a planear la venganza. Nos será de ayuda para cazar a esa víbora.

—¿Confías en que no descubrirá la verdad?

Vega mantiene mi mirada unos segundos antes de responder.

—No —dice al final, y su respuesta me descoloca.

—Entonces…

—Confío en que, cuando lo haga, ya hayamos arrasado con todo rastro de los Feng y sus negocios.

La frialdad en su tono no es nueva. Frente a mí no tengo a Vega, sino a Sombra. La mujer letal, la estratega. La que no deja cabos sueltos.

# 50

## ALEX

El olor a sangre, sudor y humedad me recibe en cuanto cruzo la puerta del sótano. Cierro a mi espalda y me dirijo, sin prisa, a la zona elegida para la sesión de esta noche. El sonido de mis pasos se hace eco entre el silencio y, a lo lejos, se oye un gemido ahogado al cual decido no prestar atención.

La sesión de caza no ha ido bien y mi estado de ánimo no es el más adecuado.

Cuando llego a la sala escogida para hoy, acciono el interruptor y varios focos se encienden a la vez, iluminándola por completo. No me gusta trabajar con luz tenue y tampoco me agrada hacerlo en lugares sucios, por eso me encargo personalmente de que las habitaciones que utilizo de forma habitual se mantengan siempre limpias e impolutas.

El tipo que permanece colgado del techo por los brazos se despeja al notar la luz blanca y sus ojos se llenan de terror al encontrarse conmigo. Bien, me gusta que haya sido capaz de reconocerme.

Me acerco despacio y juego con su mente durante un rato, hasta que me aburro y mi bestia interior reclama un contacto más físico. Desde ese momento, el cuerpo del hombre se convierte en mi saco

de boxeo. Golpeo una y otra vez sin esperar ninguna reacción por su parte. No hay nada que pueda decir para librarse de su castigo. Su tiempo de hablar ya pasó y las oportunidades le fueron arrebatadas en el momento en que decidió ayudar a la psicópata que se llevó a mi mujer.

No pararé hasta cazarlos a todos y hacerles pagar por cada gota de su sufrimiento. Me da igual que sean docenas o cientos. Los atraparé uno por uno y, después de compartir unos minutos con Abismo, desearán no haber nacido.

Estoy concentrado en los golpes cuando escucho el sonido de un paso a mi espalda y me doy la vuelta rápido, cogiendo del cuello a quien se ha atrevido a interrumpirme. Solo Liam puede entrar si yo estoy aquí abajo y ni siquiera él estaría tan loco como para acercarse a mí por detrás.

Cuando mi cerebro capta la imagen que le llega a través de mis retinas, suelto de golpe a la persona que estoy amenazando y doy un salto hacia atrás, alejándome de ella.

—¡Mierda! ¿Qué haces aquí? —pregunto entre aterrado y enfadado conmigo mismo.

Los ojos de Alba están muy abiertos y noto cada músculo de su cuerpo en tensión.

Llevo semanas sin verla despierta. Me cuelo en su habitación todas las noches, solo cuando estoy seguro de que duerme. Me digo a mí mismo que no es invasión de su privacidad porque lo único que quiero es cerciorarme de que se encuentra bien. Sé que ella no desea verme, he intentado respetar su voluntad y por eso me mantengo alejado, pero ahora… ahora es ella quien ha venido a mí y lo primero que he hecho ha sido asustarla.

Retrocede un paso y escruta mi cuerpo con la mirada. Intuyo lo que está viendo y sé que no estoy en mi mejor momento: ropa arrugada y llena de sangre, ojeras, heridas…

«Mierda, ahora mismo debo de parecer un jodido carnicero».

Espero con paciencia a que su expresión se transforme en una de asco o de miedo, pero no lo hace. En sus ojos encuentro más interés que otra cosa. Después, observa detenidamente al hombre colgado del techo.

—¿Quién es?

—Nadie —respondo, y me pongo delante para taparle la visión.

Ella me sortea, decidida a ver lo que yo trataba de ocultarle.

—¿Y qué es lo que «Nadie» ha hecho?

Frunzo el ceño, confundido porque no sé a dónde quiere llegar. No le encuentro sentido a nada de esto y empiezo a ponerme nervioso. Llevo semanas esperando el momento en que ella quisiese hablar conmigo, en que pudiese, al menos, soportar mi presencia. Y ahora está aquí, en el último lugar en el que me gustaría verla, frente a la peor versión de mí mismo.

—Alba, ¿a qué has venido?

Camina en círculos alrededor del hombre colgado mientras lo observa con verdadero interés. No hay mucho que ver. Me he pasado la última media hora utilizándolo como saco de boxeo para descargar mi ira y apenas puede abrir los ojos. Es una rata, escoria que participó en su secuestro y que merece pagar por sus acciones.

—Tenía curiosidad por lo que hacías durante tanto tiempo aquí abajo y también quería hablar contigo.

—Está bien, dame veinte minutos. Me pegaré una ducha y podremos hablar en otro sitio más tranquilo.

Pero ella no se mueve, sino que sigue observando todo como si quisiese grabar la imagen en su memoria. Después se acerca y sus ojos se detienen en mis nudillos ensangrentados.

—¿Encuentras algún tipo de satisfacción en golpearle? ¿Algo así como alivio? —Estoy a punto de cogerla de la mano y sacarla de aquí de una vez por todas cuando me doy cuenta de que su pregunta no es casual. Ella de verdad quiere saberlo—. Las pastillas que me entregaban me hacían sentir eso: alivio. Me costó darme cuenta de que me había convertido en una adicta. Al principio, creí que las necesitaba para paliar el dolor después de que el mastodonte que protegía a Yue me golpeara, después… me ayudaban a aclarar la mente y también calmaban el silencio. —Hace una pausa—. Nunca creí que el silencio absoluto pudiese ser tan hiriente.

Inspiro profundamente, pensando en la respuesta a su pregunta.

—Sí. Hacerle sufrir me alivia, aunque solo en parte.

—Cuando yo tomaba la droga, sentía que volvía a tener el control de mi cuerpo. Los temblores se hacían más suaves, también las ganas de vomitar… Notaba que podía pensar y que, de alguna manera, volvía a ser yo misma. —Sus dedos juegan con un hilo imaginario entre sus manos—. Un día no hubo pastilla. Trajeron un ordenador y dijeron que debía hacer algo por ellos para que siguieran cuidando de mí.

—Cabrones —siseo apretando la mandíbula hasta sentir dolor.

—Yue siempre iba de buena, era casi dulce conmigo. Ese día me negué rotundamente a ayudarlos y entonces se marcharon. No me obligaron. Me dejaron sola… —Se mantiene unos segundos pensativa como si estuviera reviviendo esos momentos—. Las luces

blancas siempre estaban encendidas y no había ventanas, por lo que no tenía consciencia del paso del tiempo; ni siquiera sabía si era de día o de noche. Los síntomas de abstinencia se fueron haciendo más evidentes y hubo un momento en que no pude soportarlos. —Su mirada se dirige a sus manos y tengo ganas de abrazarla y decirle que nada de eso importa, que lo único que cuenta es que sigue viva. Pero no lo hago, porque intuyo que lo que necesita ahora es que la escuche.

—Estoy aquí —susurro bajito, y sus ojos vuelven a conectar con los míos.

—Sabía que estaba alejándome de vosotros, que cada vez que cedía levantaba muros más altos que os mantendrían apartados. Intenté negarme…

—Pero te dolía. —Termino la frase por ella—. Hiciste lo que creíste mejor para sobrevivir.

—No era solo dolor, Alex. Me ahogaba. Sentía que mis pulmones se cerraban y mi cerebro era aplastado por una roca. Me ofrecían el alivio y cada vez les costaba menos convencerme de que no estaba haciendo nada malo, que solo reforzaba unos sistemas de seguridad que ya existían y que cualquiera en mi lugar elegiría lo mismo.

—Y es cierto. —Levanto su barbilla, pero ella desvía la mirada a un lado.

—No es verdad. Yo quería creerlo, quise creerlo una y otra vez, pero, en el fondo, sabía que era mentira. Conforme pasaba el tiempo me odiaba más. Me sentía débil por aceptar el soborno. Quería escupir la droga, decirle a esa psicópata por dónde podía metérsela, pero… no fui capaz de hacerlo. Ni una sola de las veces que lo pensé. Siempre acabé cediendo.

Pienso bien mis próximas palabras. No quiero que crea que digo aquello que desea escuchar ni que pretendo quitarle importancia a lo que acaba de contarme. Si alguien entiende lo jodida que puede ser la mente, ese soy yo.

—Alba. —Levanta la vista y trato de transmitirle lo que siento antes de decirlo—. Te secuestraron, te alejaron de todo lo que conocías y te aislaron. Te mantuvieron durante días de esa manera, jugando con tu cabeza de forma que no supieses el tiempo que había pasado. Ellos planearon tu secuestro, sabían lo que estaban haciendo. Te engancharon a una sustancia, te convirtieron en una adicta y, aun así, tú seguías pensando en tu gente, en nosotros. Eso te convierte en una persona jodidamente increíble.

Suspira.

—Fui débil. —Sus ojos se llenan de lágrimas, permitiéndome ver que su mayor carga es la culpa que siente—. ¿Cómo puedo miraros a los ojos después de todo lo que hice?

—¡Porque seguiste luchando! —afirmo envolviendo su rostro entre mis manos—. A pesar del aislamiento, a pesar de la tortura… No te rendiste y encontraste la manera de indicarnos el camino. No habríamos llegado hasta ti de no ser por el rastro que nos dejaste. ¿No te das cuenta? ¡Tú nos llevaste hasta ellos!

Traga saliva.

—¿Y por qué no lo siento así? —Su voz está tan cargada de tristeza que tengo ganas de cogerla en brazos y besarla hasta que no le queden lágrimas.

—Escucha, Alba. —Acaricio su mejilla con mi pulgar y vuelve a mirarme—. Hiciste lo que debías para sobrevivir y, en cuanto tuviste la oportunidad, nos diste acceso a Anémona Azul, no solo para que

pudiéramos encontrarte, sino para regalarnos la ventaja que necesitábamos. No va a ser fácil, Alba. Ni rápido. Habrá días de mierda, pero saldrás de esta y yo solo voy a pedirte una cosa.

Guardo silencio, esperando a que procese mis palabras.

—¿Qué?

Dejo pasar unos segundos antes de continuar.

—Que no me apartes de tu lado. Quiero vivir los momentos malos contigo y quiero ser yo quien te recuerde que no debes castigarte por algo que provocaron otros.

—¿Puedo pedir algo yo también? —Una leve sonrisa escapa de su boca y me dan ganas de comérmela entera. Había olvidado lo bonita que es cuando sonríe.

—Por supuesto.

—¿Puedo volver a ser tu ratón o tu hadita? Se me hace raro que me llames por mi nombre.

Hago como que lo estoy pensando y me acerco para besarla, pero, en el último momento, ella me frena y coloca sus manos en mi pecho.

—Una última pregunta, solo para asegurarme.

—Habla de una vez —respondo exasperado, rodeándole la cintura con mis brazos para aproximarla a mi cuerpo.

—No tendrás ninguna otra prometida por ahí escondida, ¿verdad?

No puedo evitar sonreír.

—Ni de coña. Ratón, tú eres la única mujer en mi vida. —Deslizo la mano hasta su mejilla y la acaricio con suavidad—. Y ahora que has vuelto a mí, no pienso soltarte nunca.

Durante años me llamaron Abismo.

Y quizá nunca deje de serlo del todo.

Pero con ella, con Alba…, ya no tengo miedo de lo que soy. Ni de lo que siento.

# Agradecimientos

La historia de Abismo me ha resultado más difícil de contar de lo que imaginé al principio. Desde las primeras páginas, Alex se presentó ante mí como un personaje lleno de aristas, contradicciones y sombras. Meterme en la mente de alguien tan complejo ha sido, sin duda, uno de los mayores retos que he enfrentado escribiendo. Y es que Alex nunca fue solo el personaje cínico, divertido, cruel y sarcástico que conocimos en *Sombra*. Él es también Abismo. Es rabia contenida, cicatrices mal cerradas y el peso de una infancia que nunca terminó de soltarlo. Es un personaje que esconde más de lo que muestra y que convierte el dolor en ironía y el miedo en control.

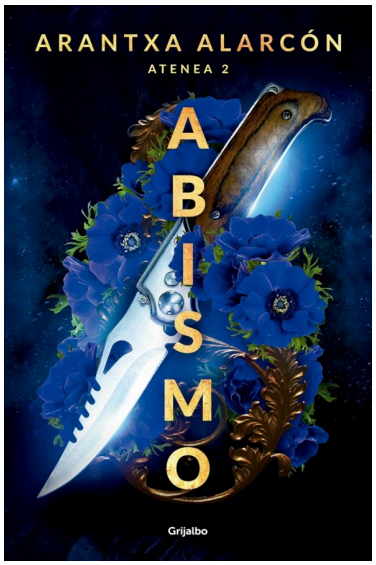
Llevaba pocos capítulos escritos cuando Lidia Pecero, compañera y referente, me dio un consejo que terminó siendo el botón que accionó el resto: «Juega y diviértete. Pásalo bien con el personaje y no lo frenes». Gracias por las alas, amiga. Ha sido increíble escribir desde la libertad.

Gracias a todos los que leéis mis novelas y, en especial, a los que os habéis adentrado en esta serie llena de oscuridad y personajes grises. Gracias a mi familia y amigos por estar siempre, por creer en mí y por empujarme, una y otra vez, a cumplir mis sueños. En especial, como siempre, a los tres chicos de mi vida.

Gracias a Marta, mi editora, por confiar en *Sombra*, en *Abismo* y en mí misma. Y a todo el equipo de Penguin Random House, por cuidar de esta historia y hacer posible que llegue hoy a vuestras manos.

Alex me lo ha puesto difícil y supongo que, por ese motivo, ha terminado significando tanto para mí. Porque cuanto más intentaba contenerlo, más se empeñaba en romper todas las barreras que había construido a su alrededor para convertirse, por fin, en quien siempre fue.

**Su misión siempre fue protegerla.**
**Desearla será su mayor error.**




**ALEX** es el arma más letal de la Hermandad. Frío e implacable, disfruta haciendo lo que mejor sabe: quebrar voluntades, torturar a traidores y eliminar amenazas sin pestañear. Lo llaman **Abismo** porque quien cae en sus manos nunca regresa. Pero bajo esa máscara despiadada late un pasado brutal que podría destruirlo.

**ALBA** es el brillante cerebro que se esconde tras las operaciones de Atenea. Su apariencia inofensiva oculta a una hacker prodigiosa y estratega. Sin embargo, cuando una misión sale mal y se convierte en objetivo, Sombra decide ponerla bajo la protección de Alex. Ni él quiere hacer de niñera ni ella desea que la vigilen, pero no tienen alternativa si pretenden acabar con el enemigo que los acecha.

Cuando el peligro se acerque y viejas heridas se reabran, resistirse el uno al otro será una batalla perdida.

**Si Abismo te encuentra, ya no hay lucha ni redención posibles. solo el tiempo justo para entender que vas a caer.**

**Arantxa Alarcón** nació en Valencia en 1984. Desde niña devora casi cualquier libro que cae en sus manos, aunque son las historias románticas las que suelen mantenerla despierta hasta altas horas de la noche. Compagina su labor al frente de un equipo de importación marítima con su pasión por la escritura. Publicó su primera novela en 2021 y, desde entonces, no ha dejado de crear nuevas historias.

Con *Sombra* (Grijalbo, 2026) inició la serie Atenea, un *mafia romance* que ahora continúa en *Abismo*.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Arantxa Alarcón
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Maria Spada
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7304-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

# Índice

Abismo
Nota de la autora
1. Alex
2. Alba
3. Alex
4. Alex
5. Alba
6. Alba
7. Alex
8. Alba
9. Alex
10. Alex
11. Alba
12. Alex
13. Alex
14. Alex
15. Alex
16. Alba
17. Alex
18. Alba
19. Alex
20. Alba
21. Alex
22. Alex
23. Alba
24. Alex
25. Alba
26. Alba
27. Alex
28. Alba

29. Alex
30. Alba
31. Alex
32. Alba
33. Alex
34. Alba
35. Alex
36. Alba
37. Alex
38. Alba
39. Alex
40. Alba
41. Alex
42. Alba
43. Alex
44. Alba
45. Alex
46. Alba
47. Alex
48. Alex
49. Alba
50. Alex
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Arantxa Alarcón
Créditos